

Enseñanzas

De re histórica

Era a últimos de febrero del año 1870, que España atravesaba por una de las épocas más movidas y más tristes de su historia: la «época progresista». Vacante el trono que recientemente ocupaba doña Isabel II, cada partido o cada personaje político tenía su candidato a rey o su estatuto republicano con que hacer la «felicidad» del país; y el pueblo, el pueblo creyente, miraba con ojos esperanzados que los carlistas se decidieran por fin a barrer de Madrid tanto político desacreditado y tanto badulaque como se habían adueñado de los destinos de nuestra nación en aquellos días nefastos.

El Gobierno, compuesto de personajes medianos, sin ideales, y sin vergüenza casi todos, viendo el descontento del país y su inclinación manifiesta a una solución carlista, especialmente por parte de los católicos, empezó a perseguir al clero y a molestar frailes, embozadamente primero, con desfachatez después, creyendo así desbaratar toda conspiración legitimista, a la sazón en plena actividad.

Una de las víctimas de aquella persecución, fué el entonces Obispo de Osma, que se había opuesto a los desmanes de los progresistas de su diócesis que intentaron obligarle a la publicación de una Pastoral en que se excomulgara a quienes prestaran su apoyo y su concurso a los partidarios de D. Carlos VII... Y un día, el gobernador civil de la provincia, anunciado como para una visita de atención, se presentó en las habitaciones del Palacio Episcopal, acompañado de dos funcionarios del Gobierno y un escribano; y allí al ser recibidos por el señor Obispo de Osma el gobernador civil ordenó al escribano que extendiese la notificación de detención del Prelado, que seguidamente fué trasladado a Madrid,

escortado por dos guardias civiles y arrestado en la Residencia de PP. Escolapios hasta que el Gobierno decidiese...

Los comentarios que en toda España se hicieron sobre tal detención fueron muchos y de muy diversa índole. El Clero, en general, estaba animado de los mejores propósitos para formular una protesta sonada contra tales desafueros; pero no faltaron quienes recomendaron a sus subordinados la mayor prudencia y discreción, «a fin de evitar mayores males»; y esta orden o consejo fué acatado por el Clero, no sin que en algunos puntos de España hubiese algún párroco que desde el púlpito arremetiera con más o menos suavidad contra los liberales que tales desaguizados cometían contra las personas eclesiásticas.

Yo recuerdo haber leído, no hace muchos meses, un número de un semanario carlista que veía la luz pública en Barcelona en aquella época, y en él se reproducía el sermón predicado por un párroco de aquellos de aquella época que no entendían gran cosa de «males mayores» ni de «males menores», y decía a sus fieles oyentes:

«¿Os apesadumbráis porque el venerable Obispo de Osma haya entrado en Madrid entre guardia civiles? Hacéis mal. Yo siento como el que más el vilipendio que han querido echar los liberales sobre las investiduras de ese anciano. Los liberales tienen el don de errar; ellos mismos se desacreditan y anulan. Ellos mismos provocan las antipatías y las iras de los hombres de bien. Quieren anular a los que creen sus enemigos (los carlistas) y no ven que así los robustecen y les abren el camino de la victoria. El Prelado de Osma sabe lo que sufrió Jesucristo por la redención del género humano, y sabe además

que todo suplicio en la tierra tiene su recompensa en el cielo... Amargo es ver al Episcopado conducido y custodiado como pudiera hacerse con un bandido, pero es grato a los ojos de Dios y de los hombres contemplar la fortaleza de ánimo con que reciben los delegados de Dios los golpes que asesta la impotencia del demonio. Es grato, digo, contemplar las consideraciones que tributan los verdaderos cristianos a la víctima de la impiedad, y es consolador observar, que por entre los desacatos y la soberbia mundana de los insensatos gobernantes, renace la virtud y el ansia incesante de hundir en los abismos del oprobio la iniquidad y la tiranía del liberalismo.

Aun desarmada la dignidad de la Iglesia, es más poderosa que los ejércitos, como lo demuestra el hecho de que la sola presencia del Papa León, vestido con los ornamentos pontificios, atemorizó a Atila y le obligó a volver atrás y no pasar a destruir a Roma. El oficio pastoral no es de guerra, sino de paz; su cayado es corvo para guiar, no afilado como para herir; y esto es lo que deben tener presente los gobernantes:

tener puestos los ojos en el sol de la tiara, que siempre alumbra y nunca ciega. Es por esto que el rey don Alfonso de Aragón ordenó en su muerte a su hijo político don Fernando, rey de Nápoles, que estimase sobremanera la autoridad del Papa, y que excusase con él cualquier disgusto «aunque tuviese de su parte la razón». El respeto a los Pontífices y a sus delegados es cosa que ennoblece y levanta. Por esto no se interpretó bajeza el haber tomado el emperador Constantino un asiento bajo en un Concilio de Obispos, ni el haberse postrado en tierra en otro celebrado en Toledo, el rey Egica.»

Yo no debo añadir punto ni coma a este sermón, que en mí fuera más que osadía, irreverencia.

Diré solamente que los atrevimientos y osadías contra las personas eclesiásticas son pendencias de las que al final no se sale bien librado, porque nunca han sido gratas a Dios, sino todo lo contrario.

ABEL



Año 1875. — Don Carlos y su Estado Mayor

De izquierda a derecha. D. José de Suelves. — D. Rafael Tristany — D. Carlos VII — D. José Ponce de León — D. Isidro de Iparraquirre. — D. José de Zubiri.

D. Teodoro Rada (a.) Radica



General de carlistas navarros
muerto en la línea de Somorrostro el año 1874

Era navarro; había nacido hacia el año de 1823; en la primera guerra civil fué Cadete de Infantería carlista; después del Convenio de Vergara estudió para Maestro de Obras, y ejerciendo dicha carrera vivió tranquilamente en Tafalla hasta que al ser destronada Doña Isabel, empezó a conspirar por Don Carlos, y a prepararse, con el estudio de distintas obras militares, para tomar parte, ventajosamente, en la guerra que se consideraba inevitable, dado el espíritu anti-católico en que se inspiraban muchos actos de los revolucionarios.

El genio y las aficiones de D. Teodoro Rada (a) *Radica* eran verdaderamente militares; no se contentó con los conocimientos técnicos que adquirió en los tiempos de paz, sino que en medio de las fatigas y penalidades de la campaña, aprovechaba sus descansos en los alojamientos para dedicarse a la lectura de excelentes obras relacionadas con los distintos ramos del arte de la guerra, e infundiendo en los oficiales y voluntarios

que tenía a sus órdenes el innato espíritu militar que a él mismo le caracterizaba, logró convertir el Batallón de su digno mando en uno de los más brillantes del Ejército carlista, en un Cuerpo tan admirablemente organizado e instruido como pudiera estarlo el mejor Batallón de cualquier otro Ejército europeo; y en cuanto a bravura, público y notorio es que en la última guerra carlista se hicieron tan famosas como temibles las cargas a la bayoneta del popular *Radica* y de aquél su aguerrido Batallón 2.º de Navarra que acabó la campaña sin jefe que lo mandase en propiedad, porque el último que en tal concepto tuvo, D. Fausto Elío, murió gloriosamente en Peña-Plata y a su frente quedó, *accidentalmente*, su Comandante y querido amigo nuestro D. Joaquín de Montagut.

D. Teodoro Rada (a) *Radica* se distinguió en la campaña de la primavera del año 1872; se batió bravamente en Oroquieta, en Arizala y en Eulate, y después del Convenio de Amorevieta emigró a Francia.

A fines de aquel mismo año volvió a entrar en Navarra el Sr. de Rada; formó una partida carlista a la cual convirtió pronto en un Batallón modelo de los cuerpos de su clase. Con él dió la acción de Echagüe, en la cual hizo veinte y tantos prisioneros al enemigo; realizó una atrevida excursión a Valtierra; sostuvo la acción de Enériz, y en marzo de 1873 lucía ya los galones de Teniente Coronel.

En la acción de Monreal mostraron la impetuosidad del carácter navarro *Radica* y su batallón, cargando, *sin bayonetas*, sobre la Artillería enemiga; en la victoria carlista de Eraul ganó la Placa Roja de la Real Orden del Mérito Militar; en la acción de Metauten probó la justicia con que era considerado como el héroe popular de Navarra, y en la victoria carlista de Udave recibió una herida que le valió el ascenso a Coronel, y de la cual fué curado en una casa de campo inmediata a Burdeos, por la misma Doña Margarita de Borbón, en persona, cuya augusta señora le regaló, además, un hermoso caballo tordo, cuando, apenas convaleciente volvió otra vez al Norte para tomar la activa parte que le era habitual en las operaciones de la guerra.

El Coronel *Radica* se batió nuevamente en la acción de Burguete, en la toma de Estella y en la acción de Dicastillo, se apoderó de Sangüesa, haciendo prisionera su guarnición; se distinguió notablemente *por su indecible valor y entusiasmo* (palabras textuales de la *Historia Contemporánea* del Académico de la Real de la Historia D. Antonio Pirala) en las victorias carlistas de Puente-la-Reina y de Montejurra; en la reñida acción de Velabieta rompió dos sables en otras tantas cargas a la bayoneta; fué ascendido a Brigadier cuando los carlistas se apoderaron de Portugaete; y, en fin, al mando de los batallones 2.º y 7.º de Navarra se cubrió de gloria en las memorables batallas de Somorrostro y de San Pedro

Abanto, en las que tan quebrantado quedó el Ejército liberal del Norte y por la primera de las cuales obtuvo la Gran Cruz Roja del Mérito militar.

El heroico Brigadier carlista D. Teodoro Rada (a) *Radica* fué herido por un casco de granada el día 29 de marzo de 1874, en la línea de Somorrostro, y al día siguiente falleció cristianamente en el hospital de Santurce, habiendo sido agraciado en sus últimos instantes con la faja de Mariscal de Campo por Don Carlos, y acompañándole al sepulcro la consideración que tanto a sus amigos como a sus adversarios llegó a inspirar por su carácter simpático, su notable modestia, su ilustración militar y su incomparable bravura.

El Marqués de Tamarit, su hermano D. Juan de Suelves y su sobrino D. José



EL MARQUÉS DE TAMARIT
Del Consejo provisional de Carlos VII

D. Antonio de Suelves y de Ustariz, caballero de San Juan, heredó el título de *Marqués de Tamarit* en el año 1865; durante el reinado de doña Isabel vivió alejado de las luchas políticas; pero cuando vió amenazado su trono por la Revolución ofreció sus servicios a D. Carlos de Borbón y de Austria-Este; asistió a las célebres e históricas

juntas de Londres (20 de julio de 1868) y de Vevy (abril de 1870); fué uno de los testigos que firmaron el acta de la renuncia que de todos sus derechos hizo Don Juan de Borbón y de Braganza el día 3 de Octubre de 1868 a favor de su augusto hijo don Carlos, cuya acta fué levantada por el general carlista don Hermenegildo Díaz de Cevallos y firmada como testigos, por el citado Marqués de Tamarit, por los generales carlistas D. Rafael Tristany y D. Carlos de Algarra, y por el Conde de Fuentes.

El Marqués de Tamarit, asistió también al bautizo de la Archiduquesa de Austria Doña Blanca de Borbón (hermana mayor de Don Jaime); tomó activa parte en la negociación de empréstitos y adquisición de fondos para los trabajos de conspiración y el sostenimiento de la guerra; y figuró en el notable Consejo provisional de Don Carlos del cual formaban parte grandes de España, generales de todas armas, políticos eminentes, títulos del Reino y otras personalidades no menos ilustres por todos conceptos.

Tanto el citado Marqués de Tamarit como su digno hermano el *Ilte. Sr. D. Juan de Suelves*, (también Caballero de San Juan) trabajaron activos, incansables, con el mayor entusiasmo, en pro de los ideales católico-monárquicos en todos aquellos años de organización, propaganda, luchas electorales y conspiraciones que precedieron a la última guerra carlista; desempeñaron arduas comisiones por el extranjero, en unión del Marqués de Vallecerrato y de los Condes de Orgaz y de Robres; sufrieron persecuciones por su lealtad, y se distinguieron como Comisario Regio carlista de

las provincias de Tarragona y de Lérida el Marqués, y su hermano D. Juan como Sub-Comisario Regio de la de Tarragona, viendo premiados por Don Carlos sus relevantes servicios con la Gran Cruz de la Real y distinguida Orden de Carlos III el primero de ellos, y el segundo con la de la Real y Americana de Isabel la Católica.

Fallecidos éstos hace ya muchísimos años, heredó el título del marquesado de Tamarit Don José de Suelves y de Montagut, padre del actual marqués del mismo título.

D. José de Suelves y de Montagut (que en otra parte de este Album aparece formando parte del



D. José de Suelves y de Montagut
(Padre del actual marqués de Tamarit)

Estado Mayor de D. Carlos VII) era hijo del Excmo. Sr. D. Juan de Suelves. Había nacido en Tortosa el año 1850. En 1868, ofreció sus servicios a Don Carlos de Borbón y de Austria-Este, cuyo augusto señor le agradó con el empleo de Alférez y le nombró oficial de órdenes suyo, cuyo puesto de confianza tuvo la suerte de ocupar antes que ninguno de los muchos jóvenes distinguidos que, como el anterior Duque de Medinaceli, como los marqueses de Vallecerrato y de Bondad-Real, figuraron en el brillante Estado Mayor de Don Carlos durante aquella inolvidable época de constante conspiración o en los benditos tiempos de campaña.

Desde 1868 el Sr. de Suelves acompañó siempre a Don Carlos, trabajando incesantemente en la Secretaría de aquel Augusto señor, a las inmediatas órdenes de los generales Elío, Cevallos e Iparraguirre; desempeñó comisiones de confianza y de peligro viendo recompensados por aquella época su celo y su actividad con el empleo de Teniente y la Cruz de primera clase del Mérito Militar, destinada a premiar servicios especiales.

Durante la campaña siguió prestando el servicio de Oficial de Ordenes de Don Carlos, to-

mando a su lado parte en todas las operaciones de importancia que tuvieron lugar en el teatro de operaciones del Norte, distinguiéndose más particularmente en la campaña de Somorrostro, con cuya Medalla honró su pecho y por cuyas jornadas obtuvo una Cruz Roja de 1.^a clase del Mérito Militar; en los sitios de Hernani, Irún y Guetaria, y en la acción de Monte San Juan, por la cual se le concedió otra Cruz Roja del Mérito Militar.

El Sr. de Suelves fué comisionado por Don Carlos para acompañar a Doña Margarita de Borbón cuando dicha augusta señora hizo su primera entrada en España; fué ascendido a Capitán a mediados del año 1874; ganó el empleo de Comandante en la batalla de Lacar; fué agraciado con la Medalla de plata de Carlos VII, y siguiendo al lado de éste todas las vicisitudes de la guerra, tuvo la honra de acompañarle al repasar la frontera con cuyo motivo fué promovido a Teniente Coronel, por gracia general.

Prestando siempre el servicio de oficial de órdenes de Don Carlos, le acompañó en sus viajes por Inglaterra, Méjico, los Estados Unidos y Canadá, siendo agraciado por aquel tiempo con la Encomienda de número de la Real y distinguida Orden de Carlos III.

Asistió también a las inmediatas órdenes de Don Carlos, a toda la guerra de Oriente del año 1877, distinguiéndose en el paso del Danubio, con cuya medalla fué condecorado; estuvo en las tres batallas de Plewna, en la primera de las cuales cargó al lado de Don Carlos al frente del Regimiento n.º 34 de Cosacos, ganando ambos así la Medalla de oro del Valor Militar; y en el ataque del gran reducto de Grivitza se batió el Sr. de Suelves con tal denuedo, que se hizo mención de su arrojo en la Orden General del Ejército, y Don Carlos, le concedió entonces el empleo de Coronel.

Después de la guerra de Oriente siguió largo tiempo D. José de Suelves al lado de Don Carlos, por quien fué agraciado con la llave de Gentilhombre y designado para asistir como tal a la boda de Doña Blanca de Borbón y de Borbón con el Archiduque Leopoldo Salvador de Austria.

En el año 1886 heredó nuestro antiguo amigo D. José de Suelves el título de Marqués de Tamarit; en el de 1893 fué nombrado Presidente de la Junta Provincial carlista de Tarragona, por cuya capital fué elegido Diputado a Cortes en 1896, en 1897, en 1901 y en 1907; ostentó además del de Tamarit los títulos de Vizconde de Montserrat y Barón de Altafulla.

Su muerte fué sentidísima por cuantos tuvieron que tratarle, y la Comunión Tradicionalista perdió a uno de sus prohombres de mayor popularidad y de más brillante historia.



Don Nicolás Olló

Comandante General de los carlistas navarros, muerto en 1874, sitiando la plaza de Bilbao.

Cruzados de Don Carlos VII



Don Antonio de Brea

Jefe de Estado Mayor del Príncipe y General Don Alfonso de Borbón y de Austria, Conde de Caserta.



Don Antonio de Arjona

Comandante General de los carlistas andaluces de 1871 a 1873.



Don Juan de Zaratigui

Comandante general de los carlistas andaluces en 1870.



Don Mariano Torres de Navarra

Coronel de Artillería carlista de la Costa Cantábrica en 1875 y 1876



Don Leoncio González de Granda

Jefe de Estado Mayor de los carlistas vascos en 1875 y 1876.



El Barón de Sangarrén

Coronel del Batallón de Almogávares de la Virgen del Pilar en 1874.



Don Joaquín Elio y Expeleta

General en Jefe de los carlistas del Norte en 1873



Don Romualdo Martínez de Viñalet
Presidente del Consejo Supremo de la Guerra del campo carlista,



Don Joaquín de Llorens
Diputado a Cortes. — Mandó la 4.ª Batería de Montaña desde 1874 hasta la conclusión de la última guerra civil,



Don Torcuato Mendirý
General Jefe de los carlistas del Norte en 1875.



Don Antonio Lizárraga
Defensor de la plaza de Seo de Urgel en 1875



Don Francisco Cervera
Comandante General de los carlistas castellanos en 1875 y 1876.



Don Antonio Díez de Mogyrovejo
Jefe del Cuarto Militar de Don Carlos de Borbón y de Austria-Este



Don Felipe Sabater
Coronel del Batallón carlista de Bilbao en 1874 y 1875.



Don Venancio Eyaralar
Coronel de los Guardias Carlistas de Navarra en 1875 y 1876.



Don José García Albarrán
Defensor de la plaza de Cantavieja en 1875



Don Elicio de Berriz

Ministro de la Guerra de Don Carlos de Borbón y de Austria-Este en 1875 y 1876.



Don Carlos Calderón

Mandó una Brigada de carlistas navarros en 1875 y 1876.



Don Francisco Alemany

Comandante General de los Ingenieros carlistas.



Don José Pérula

Comandante General de los carlistas navarros en 1875 y 1876



Don Juan María Maestre

Comandante General de la Artillería carlista.



Don Amador del Villar

Mayor General de los Ingenieros carlistas.



El Marqués de Grañina

Coronel del Tren de sitio del Ejército carlista del Norte en 1874 y 1875



El Marqués de Segarra

Coronel de los Batallones 2.º y 5.º del Maestrazgo en 1873 y 1874



El Marqués de Capmany

Figuró en el Cuartel General de Don Alfonso de Borbón y de Austria-Este, General en Jefe de los carlistas de Cataluña y del Centro en 1874



Don Eustaquio Díaz de Rada
Comandante General de los carlistas vascongados y navarros en 1872.



Don Alejandro Reyero
Mandó a primera Batería de Montaña del Ejército carlista del Norte en la última guerra



Don Carlos de Vargas
Presidente del Centro Militar carlista de Madrid.



Don Ignacio Plana
Ministro de la Guerra de Don Carlos de Borbón y de Austria-Este



Don Emilio Martínez-Vallejos
Coronel del Batallón de Guías de Don Carlos en 1875 y 1876



Don José de Oriol
Figuró en el Cuartel General del General carlista Don Antonio Dorregaray.



Don Fulgencio de Cirasa
Comandante General de los Carlistas vizcainos en 1875 y 1876.



D. R. Cesáreo Sanz
Segundo Jefe de Estado Mayor del Príncipe y General Don Alfonso de Borbón y de Austria. Conde de Caserta.



Don Javier Rodríguez de Vera
Mandó una Brigada de carlistas guipuzcoanos en 1875 y 1876



Don Antonio Dorregaray

General en Jefe de los carlistas del Norte en 1874 y de los del Centro en 1875.



Don José Martínez Tenaquero

Jefe de Estado Mayor General de Don Carlos de Borbón y de Austria-Este,



Don León Martínez de Fortún

Ayo de Don Jaime de Borbón y de Borbón.



Don Julián García Gutiérrez

Mandó la Batería de a caballo del Ejército del Norte en 1875 y 1876.



El Marqués de las Hormazas

Coronel del Batallón carlista 5.º de Navarra de 1873 a 1875j



Don Fernando Carnevali

Ayudante de Campo del Príncipe y General Don Alfonso de Borbón y de Austria, Conde de Caserta.



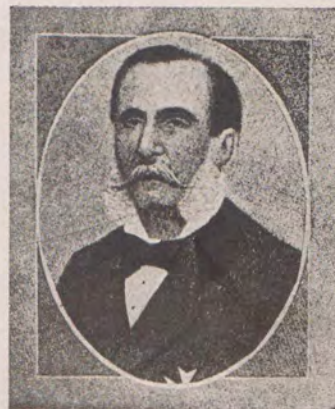
El Marqués de Vallecerrato

Coronel de la Escolta de don Carlos en 1875 y 1876.



Don Juan Polo

Comandante General de los carlistas de Toledo, La Mancha y Extremadura en 1869.



Don Juan Ignacio de Berriz

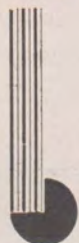
Ultimo Gobernador civil de Madrid por Doña Isabel; luego fue Comisario Regio de Madrid por Don Carlos.

FARMACIA L. MASSANA

Aguas minerales • Específicos • Perfumería
higiénica • Herboristería • Ortopedia
Oxígeno • Análisis • Inyectables

P. Paraiso y C. Piedad ~ Tel. 126 ~ VICH

Cerrajería CAMPA



Hierros para obras y trabajos
artísticos de forjas, cin-
cillos y repujados

Reproducciones antiguas

Calle Nueva, 21

VICH

Agencia Comercial y Financiera

Valores ~ Cupones
Compra-venta y Administración de fincas
Hipotecas ~ Seguros



Rambla Devallades, 12 Teléf. 99
VICH

AGENCIA JURIDICO ADMINISTRATIVA

Director:

Miguel A. Pujol Matavera
Abogado



C. Manlleu, 16

Teléfono 73

VICH

JOAQUIN SALA MOLAS

Antigua Casa "DROGAS" Fundada en 1845

Drogas ~ Pinturas,
Barnices, Brochas y
Pinceles ~ Coloniales,
Comestibles y Con-
servas ~ Cereales Per-
fumería y Explosivos



Plaza Constitución, 2, 3 y 4
Teléfono 72
VICH (Barcelona)

D. Juan Pérez Nájera

(El general de más edad superviviente)



General carlista

Nació en Castroviejo (Logroño) el día 24 de junio de 1845, hijo de D. Francisco, propietario bien acomodado que en el pueblo ya citado fué Alcalde y Juez Municipal muchos años, que en 1857 fué nombrado, por el Excmo. Sr. Marqués de Perales, Visitador de ganaderías y cañadas del distrito de Nájera y que en 1874 fué preso, en compañía de su virtuosa esposa D.^a Benita, y embargados parte de sus bienes, por militar su hijo en el heroico Ejército carlista.

El Sr. Perez Nájera estudió en los seminarios conciliares de su provincia tres años de latinidad, tres de filosofía, dos de moral, dos de historia eclesiástica y seis de Sagrada Teología.

En 20 de enero de 1869 fué preso como agente carlista por los voluntarios de la libertad en Corella (Navarra); recorrió las cárceles de Tudela, Caparroso, Logroño y Calahorra, custodiado

por la Guardia Civil como si fuese un criminal, y al ser puesto en libertad el 6 de febrero, ocupó acto seguido en varias comisiones favorables al Carlismo. Tomó parte activa en las elecciones para las Cortes Constituyentes, por cuya causa, y por sus trabajos de conspiración, fué perseguido y decretada su prisión por los gobernadores civil y militar de Logroño, viéndose en la necesidad de salir, por dos veces, de su provincia.

En virtud de los méritos contraídos y por tener concluída una carrera, fué nombrado Alférez de Infantería.

A principios de agosto de 1870 fué a París, en comisión, mandado allá por el Excmo. Sr. Comisario Régio carlista de su provincia, y el día 29 de dicho mes tomó parte en el alzamiento carlista a las órdenes del Vice-Comisario Régio, siendo dado el día 30 a reconocer oficialmente como secretario del citado Vice-comisario, cuyo cargo desempeñó hasta el 3 de septiembre, en que disueltas las partidas carlistas de la provincia de Burgos y con el fin de evitarse persecuciones (pues por aquel alzamiento había sido condenado en Burgos a catorce años de cárcel), pasó a Zaragoza con nombre supuesto desempeñando allí varias comisiones de interés y peligro a las órdenes de las Juntas carlistas de dicha provincia y de Logroño.

El día 20 de enero de 1871 fué nombrado Teniente de Infantería y Ayudante-Secretario de D. Antonio Lizarraga, Comandante General carlista de la provincia de Logroño, continuando en Zaragoza hasta el 20 de abril de 1872, en cuya fecha, por orden de su Comandante General, se trasladó a Logroño, y no pudiendo realizar el alzamiento por falta de elementos, se vió en la necesidad de abandonar la provincia; entonces el Comandante General citado y el Sr. Perez Nájera pasaron el río Ebro embarcados en una improvisada barquichuela de pellejos; incorporándose al Estado Mayor de las fuerzas carlistas de

Navarra, mandadas por su Comandante General D. Fulgencio Carasa, asistiendo con él a las acciones de Avalos y de Sierra Urbasa, por la cual se concedió la Cruz Roja de 1.ª clase del Mérito Militar al Sr. Perez Nájera, quien siguió de operaciones en aquella provincia hasta que a fines de junio (disueltas ya las partidas) emigró a Francia, donde desempeñó el cargo de Secretario, en las juntas de los generales, hasta fines de aquel año.

El día 3 de enero de 1873 tomó el Sr. Perez Nájera parte en el nuevo alzamiento carlista, a las órdenes del Comandante General de Guipúzcoa y Logroño, acompañándole a su entrada en España por Irún, con el destino de Ayudante Secretario hasta el 18 de marzo de aquel mismo año, en cuya fecha se le confirió el mando de los Guías de Castilla, con el empleo de Capitán, habiéndole cabido así el honor de organizar en el Norte las primeras fuerzas castellanas, con las cuales asistió al ataque del fuerte de Azpeitia, a las acciones de Abalcisqueta y Astigarreta (por la cual obtuvo una segunda Cruz Roja de 1.ª clase del Mérito Militar), a la sorpresa de Peñacerrada y a la victoria carlista de Eraul, en la que con una carga a la bayoneta que dió al frente de los Guías de Castilla se apoderó de un cañón enemigo, siendo recompensado con la Cruz de primera clase de la Real y Militar Orden de San Fernando.

Poco tiempo después pasó el Capitán Perez Nájera a Vizcaya, a las órdenes del Comandante General del Señorío, por quien fué destinado a organizar y mandar castellanos, sirviendo la fuerza a sus órdenes de base para formar el Batallón de Cazadores del Cid, 1.º de Castilla; asistió a la acción de Lamíndano, a las batallas de Montejurra (con cuya Medalla honra su pecho), de Somorrostro (en la que ganó el ascenso a Comandante) y de San Pedro Abanto (en la que se batió ya como 2.º Jefe del Batallón de Cazadores del Cid), a la acción de las Muñécaz, a la batalla de Abárzuza (por la que se le concedió la Placa Roja del Mérito Militar), a las acciones de Oteiza (11 de agosto) y de Oyarzun (11 de noviembre), siendo agraciado con la Medalla de Vizcaya, y ganando, en fin, el empleo de Teniente Coronel en la gloriosa batalla de Lácár.

A fines de marzo de 1875 pasó el Sr. Perez Nájera con su Batallón a la provincia de Alava, en donde permaneció hasta el 30 de abril que fué nombrado 1.er Jefe del Batallón de Cazadores de Palencia, 5.º de Castilla. El día 20 de junio se batió en la acción de Carrasquedo (valle de

Mena) por la cual le fué concedida la Encomienda de la Real y Distinguida Orden de Carlos III, cuyo Diploma recibió acompañado de una certificación del Comandante General de la División de Castilla, D. Francisco Cervero y Alvarez de Toledo, que dice así: «El Teniente Coronel Don Juan Perez Nájera se encontró a mis órdenes en la acción del Valle de Mena, el 20 de junio, en la cual se portó de un modo tan heroico, que no puedo menos de quedar satisfecho de su valor, y estar orgulloso de mandar jefes, como el referido Nájera, siendo premiado su mérito con la Encomienda de Carlos III.»

El día 7 de agosto de 1875 pasó el Teniente Coronel Perez Nájera a mandar el Batallón de Cazadores de Arlanzón 2.º de Castilla; siguió de operaciones en Navarra, donde fué jefe de la línea de Mañeru y Santa Bárbara; a fines de enero de 1876 pasó a la línea de Vera; batióse con el Batallón de su mando los días 18 y 19 de febrero en las acciones de Peña-Plata y Palomeras de Echalar; acompañó después a Don Carlos de Borbón desde Almandoz en dirección a la frontera; mostró una vez más su valor reduciendo a la disciplina en Roncesvalles a una fuerza de otro cuerpo que encontró allí insubordinada, por cuyo peligroso servicio fué ascendido a Coronel el día 27 de febrero de 1876, y al siguiente emigró a Francia con Don Carlos de Borbón, cuyo Augusto Señor concedióle, con aquella fecha, la Medalla de plata de Carlos VII.

En Marzo de 1877 marchó el Coronel Perez Nájera, emigrado, a la América del Sur, en donde se dedicó al comercio hasta el año de 1885, en que al saber el fallecimiento de Don Alfonso, ocurrido en el Palacio del Pardo, creyó que se iba a reanudar la guerra carlista, y abandonando tranquilidad, posición y bienestar, regresó a Francia y de nuevo ofreció sus servicios a Don Carlos de Borbón y de Austria-Este; en agosto de 1886 fué preso por la Guardia Civil, en Logroño, siendo declarado soldado por la Diputación Provincial, considerándosele como desertor adscrito a la reserva de 1874, consiguiendo la redención del servicio militar mediante el pago de 1.250 pesetas.

El día 4 de julio de 1894 premió Don Carlos con la faja de General de Brigada los valiosos servicios de nuestro biografiado.

El general Sr. Perez Nájera tiene en la actualidad cerca de 90 años, siendo, por tanto, el decano de los veteranos carlistas. No conocemos otro de su graduación todavía viviente.



Condecoraciones y Monedas

1873 Azul

1874 Violeta

1875 Marrón



Sellos de la

última guerra



1874 Rosa

1874 Carmín

D. Rafael Tristany



Marqués de Tristany y Conde de Aviñó

Capitán General de los ejércitos de D. Carlos VII

Nació en Ardévol (Cataluña) el año 1814 y
falleció en Lourdes en 17 de junio de 1899

Descendiente de noble familia, nació en Ardévol en 1814; a los 19 años de edad ingresó en las filas carlistas; asistió a los combates de Serraseca, Suria, Torá, Funallosa, Sos, Llanero, Manresa, Matamargo, Berga, Gerri, Bruch, Prats de Llusanés, Hospitalets de Cervera, Calaf, Casa Massana, Tona, Estanys, Ladurs, Pont de Alvins, Solsona (en cuyo asalto ganó la Cruz de la Real y Militar Orden de San Fernando), Salellas y Granera, ascendiendo a Subteniente en abril de 1834, a Teniente en julio del mismo año, a Capitán dos meses después, a Comandante en no-

viembre del citado año, y a Teniente Coronel en septiembre de 1835.

También tomó parte el Teniente Coronel Tristany en la acción del Boix de Llubera y en la batalla de Biosca, en la cual recibió una herida que le valió la segunda Cruz de la Real y Militar Orden de San Fernando.

Cuando el General Cabrera emigró a Francia en 1840, el Teniente Coronel Tristany se quedó escondido en España; lanzóse de nuevo a campaña en 1847; ascendió a Coronel al año siguiente y a Brigadier en 1849; desempeñó los cargos de Comandante General de las provincias de Barcelona y de Lérida, asistió a los combates de San Feliu de Saserra, Cervera, Tarrasa, Suria, Cunit, Monsonés y Puigcercanau, después del cual llegó a mandar el Brigadier Tristany una columna de dos mil hombres, al frente de la cual dirigió las acciones de Rigols, Sampeyor, Pont de Armentera (en la que destruyó al enemigo), Villanueva de Prades, Berga (de cuya plaza se apoderó), Sallent (en donde también venció a los liberales), Igualada (cuya guarnición hizo prisionera), Panadella, Funallosa, Pontazgo de Jorba (cuya guarnición tuvo que rendírsele), San Salvador, Prades (de cuyo fuerte se apoderó) y Aviñó, en donde cogió prisioneros al Brigadier Manzano y setecientos liberales más entre jefes, oficiales e individuos de tropa. Por último, después de entrar en Cardona (donde hizo prisioneros al Coronel Olmedilla, varios oficiales y 30 soldados de caballería), y a pesar de sostener una acción ventajosa en Pinós, tuvo al fin que emigrar a Francia el Brigadier Tristany el día 18 de Mayo de 1849.

El día 18 de Julio de 1855 entró de nuevo en España el Brigadier Tristany, y al frente de unos doscientos hombres logró sostenerse en Cataluña por espacio de un año.

En 1861 ofreció sus servicios al Rey Francisco II de Nápoles, cuyo augusto señor le nombró Comandante General de la provincia de los Abruzzos; al mando de las tropas napolitanas

obtuvo el General Tristany las victorias de Monte Cataldo, Campo de Melle y Castellonuevo; pero al fin cayó prisionero y fué deportado a Francia.

El General Tristany volvió a Cataluña en Mayo de 1872, con el cargo de Comandante General del Principado; sostuvo una ventajosa acción en las Presas; rindió las guarniciones de San Feliu de Pallarols, San Hilario, Taradell y Salella; tuvo un encuentro con los liberales en Llacuna, y venció a una columna de Guardias Civiles en Sanahuja.

Al encargarse Don Alfonso de Borbón y de Austria-Este del mando en jefe de los carlistas catalanes, confirióse la Comandancia General de los de Lérida y Tarragona al General Tristany, quien en 1873 asaltó la Poble de Segur; rindió la guarnición de Gerri; copó en Sanahuja un escuadrón de Lanceros del Regimiento de Calatrava y 125 milicianos nacionales; fué agraciado con la Gran Cruz de la Real Orden del Mérito Militar; asistió al asalto y toma de Igualada y a la victoria carlista de Caserras; y destruyó en Prades la columna del Coronel Maturana, muriendo éste en el combate y cogiendo los carlistas un cañón, numeroso armamento y muchos prisioneros.

En el mes de Noviembre de 1873 fué ascendido a Teniente General D. Rafael Tristany, quien durante el año siguiente asaltó a Vich, apoderándose en dicha ciudad de un batallón, un escuadrón y dos cañones Krupp; tomó a Manresa, cogiendo allí otro cañón, y entró en Vendrell, tomando allí dos cañones más al enemigo.

Cuando Don Alfonso de Borbón y de Austria-Este pasó al Centro, quedó el General Tristany al frente de los carlistas de Cataluña, en número de once mil trescientos noventa hombres con veinte y dos cañones y cuatrocientos caballos.

He aquí la organización del ejército carlista de Cataluña por aquella época:

Comandante General: el Teniente General Don Rafael Tristany.

Jefe de Estado Mayor: El Coronel Don Jacinto Vives.

Fuerzas afectas al Cuartel General: el Batallón de Guías de Cataluña un Escuadrón y una batería y media: en total 800 hombres, 80 caballos y 6 cañones.

Primera División (Barcelona y Gerona): Mariscal de Campo D. Francisco Savalls. — *Brigada de Barcelona:* Brigadier D. Martín Miret, con seis batallones, un escuadrón y media batería; en total 2.820 hombres, 80 caballos y dos cañones. — *Brigada de Gerona:* Brigadier D. Francisco Auguet, con cuatro batallones, un escuadrón y una batería; en total 2.160 hombres, 80 caballos y 4 cañones.

Segunda División (Lérida y Tarragona). — Brigadier don Francisco Tristany. — *Brigada de*

Lérida, Coronel don Ramón Tristany, con cinco batallones y un escuadrón; en total 2.830 hombres y 80 caballos. — *Brigada de Tarragona,* Coronel D. José B. Moore, con cinco batallones y un escuadrón; en total 1.580 hombres y 80 caballos.

Artillería. — Coronel D. Francisco de Sagarra, con dos compañías y diez cañones distribuidos en distintos puntos, además de los doce cañones afectos al Cuartel General y a la primera División; 160 artilleros de plaza, además de los de campaña.

Ingenieros. — Teniente Coronel D. Luis de Mas, con dos compañías de zapadores; en total, 160 hombres.

Mozos de Escuadra. — Cuatro Compañías, con 500 hombres.

Carabineros. — Seis compañías, con 300 hombres.

Inválidos. — Una compañía 80 hombres.

Durante el mando en jefe del General Tristany ganó éste una acción cerca de Cardona, en la que se apoderó de un cañón sistema Plasencia, sostuvo la ventajosa acción de Prades, y el General Savalls obtuvo la notable victoria de Castelló de Ampurias en la que cayeron en poder de los carlistas el Brigadier Moya con dos cañones sistema Krupp y 200 hombres, pereciendo en el combate el resto de su columna, de la cual pocos pudieron salvarse en aquella sangrienta jornada que hizo rayarse a mayor altura que nunca la fama y popularidad del bravo y afortunado General Savalls.

En Marzo de 1875 pasó el General Tristany al Norte con el cargo de Jefe del Cuarto Militar de Don Carlos, con cuyo agosto señor asistió al sitio de Guetaria, y por quien fué agraciado en Junio de aquel mismo año con la Gran Cruz de la Real y Militar Orden de San Fernando.

En Noviembre de 1875 fué nombrado Capitán General de Cataluña el General Tristany para que procurase reanudar la guerra en el Principado; pero no pudo esto realizarse y el General Tristany vivió ya emigrado hasta su fallecimiento, ocurrido en Lourdes el día 17 de Junio del año 1899.

Sus funerales, celebrados con toda solemnidad por el antiguo Capellán de su Estado Mayor el Reverendo señor Espinós, fueron presididos por el General carlista D. Marcelino Martínez de Junquera en representación de Don Carlos, cuyo agosto señor había agraciado a nuestro ilustre biografiado con los títulos de Marqués de Tristany y Conde de Aviñó.

Entre los muchos individuos de la familia Tristany que han militado en el Carlismo recordamos en este momento los siguientes:

D. Miguel Tristany, Comandante General de los carlistas catalanes al principio de la guerra

civil de los siete años; fué muerto en la acción de Galinyá, el año 1834.

D. Benito Tristany, Mariscal de Campo carlista; fusilado por los liberales en Solsona el día 17 de Mayo de 1847.

D. José Tristany, Coronel carlista que se distinguió en la primera guerra civil.

D. Miguel Tristany, Capitán carlista; muerto en la victoria que su hermano el General D. Rafael obtuvo en Aviñó el año 1848.

D. Antonio Tristany, Comandante carlista;

muerto en la acción de Casa-Massana de Pinós el año 1855.

D. Francisco Tristany, Brigadier carlista; fué Comandante General de los carlistas de la provincia de Lérida en la última guerra civil.

Don Rafael Tristany bien merecido tenía el grandioso homenaje que la Comunión Tradicionalista, y al frente de ella, Don Jaime de Borbón, le tributó en 1914 con motivo del traslado de sus restos a España, y de cuyo grandioso acto nos ocupamos en otro lugar de este «Album».

Don Francisco Savalls y Masot



Hijo de un bravo jefe carlista que murió a manos de liberales en la primera guerra civil, nació en el lugar de La Pera (Gerona) en 1817, y apenas contaba 18 años de edad cuando a las órdenes de su señor padre salió a campaña por don Carlos M.^a Isidro de Borbón en Cataluña, obteniendo por méritos de guerra sus ascensos hasta

Capitán que era ya cuando al concluirse la guerra civil de los siete años emigró a Francia.

En 1848 volvió a Cataluña para batirse por Don Carlos Luis de Borbón y de Braganza; se distinguió en las victorias carlistas del Hostal del Coll David, de Fornells y del Pasteral, llegando a mandar el Batallón de voluntarios de Hostalrich. Luego sirvió en el Ejército del Duque soberano de Módena, hasta que tuvo lugar la paz de Villafranca; fué después Capitán de Zuavos Pontificios; se distinguió a las órdenes del heroico Marqués de Pimodan en la célebre batalla de Castellfidardo, en la cual cayó prisionero, y en cuanto recobró la libertad volvió a servir a Pío IX cuya Santidad le confió el mando de un Batallón de Cazadores.

D. Francisco Savalls se conquistó en el Ejército Pontificio la estimación de sus jefes, y hasta llegó a llamar la atención de su Santidad que le honró con particular afecto; al que correspondió siendo uno de los dos únicos jefes pontificios que en Civita-Vecchia se negaron a rendirse cuando los italianos sitiaron dicha plaza, mereciendo nuestro intrépido y sereno biografiado los más calurosos elogios por parte del General pontificio Kanzler, cuando volvió a Roma.

Al ser licenciado el Ejército Pontificio ofreció el Sr. de Savalls su espada y sus servicios a Don Carlos de Borbón y de Austria-Este, cuyo augusto señor le nombró segundo Comandante General de los carlistas de Gerona, y al ir a entrar en campaña se fué antes a Roma, a pedir su Bendición a Pío IX, cuya Santidad, se la otorgó abrazándole y diciéndole *Id, hijo mío; marchad confiado y nada temáis por vuestra alma ni por vuestro cuerpo*. La verdad es que parece extraño que lograra salir con bien de tantos y tan serios peligros como llegó a arrostrar en campaña.

Gran conocedor del país y de su gente, implacable enemigo de los liberales contra quienes

había peleado dentro y fuera de España, reunía el Sr. de Savalls excelentes condiciones para mandar voluntarios carlistas, y cuando el Brigadier Estartús se pasó a los liberales quedó de Comandante General de los carlistas de Gerona don Francisco Savalls, quien sostuvo en 1872 una de las campañas que más pueden honrar a un guerrillero: pues aunque no llegó a tener por entonces mucha fuerza a sus órdenes (y a pesar de carecer muchas veces de municiones) supo sostenerse a costa de arrojo, habilidad, fatigas y sacrificios; perseguido, a veces, hasta por cinco brigadas enemigas; organizando su gente e imponiéndose al país en frente de los cuarenta batallones, seis escuadrones y dos regimientos de Artillería que constituían por aquella época el Ejército liberal de Cataluña, sin contar los voluntarios de la libertad que guarnecían muchas poblaciones.

Al hablar el General liberal Nouvilas en el Congreso de los Diputados sobre el estado de la guerra civil de Cataluña en 1872, dijo, entre otras cosas, lo siguiente: «Savalls en Gerona, con solo «cuatrocientos hombres es completamente árbitro, y cobra contribuciones hasta en pueblos «donde jamás la facción había entrado.»

La Junta Central carlista de Cataluña obsequió por entonces al Brigadier Savalls con una magnífica espada de honor, y don Carlos de Borbón le escribió al propio tiempo ensalzando sus hechos por los que le felicitaba.

A principios de 1873 ya había organizado el señor de Savalls en Gerona cuatro batallones, un Escuadrón y dos compañías escogidas, dedicadas al servicio de observación del enemigo, exploración y seguridad del país.

Después de asistir el Brigadier Savalls a los combates de Alps (contra la columna Mola y Martínez) y de San Pedro de Osor, a la toma de Ripoll y a la derrota del General Martínez Campos en Campdevanól, fué nombrado (a principios de Marzo de 1873) Comandante General carlista de las dos provincias de Barcelona y Gerona con el empleo de Mariscal de Campo.

Cuando el Capitán General liberal de Cataluña D. José M.^a de Velarde trató de levantar un somatén general contra los carlistas (ordenándolo así el día 28 de Mayo de 1873), bastó que el General carlista Savalls, desde la Sellera, impusiese pena de la vida a todo individuo o corporación que levantara somatén, para que aquella orden del Capitán General liberal no fuese obedecida: el poder carlista se colocó enfrente del Poder liberal, representado por el Capitán General del Principado, y lo cierto es que el país hizo más caso del primero que del segundo, y que a quien obedeció fué al General carlista Savalls, redundando ello en gran prestigio de nuestro biogra-

fiado, así como del Carlismo, que se mostraba incontrastable en Cataluña.

En San Quirce de Besora cogió prisioneras dos compañías liberales el General Savalls (7 de Julio de 1873) y dos días después destruyó en Alpens a la División enemiga que mandaba el Brigadier Cabrinety, muriendo éste allí y quedando en poder de los carlistas su Artillería, 50 caballos, 42 mulos y 800 prisioneros. Para conmemorar aquella victoria concedió don Carlos a nuestro ilustre biografiado el título de Marqués de Alpens, y creó una Medalla con que agració a los carlistas que asistieron a aquella jornada, tan gloriosa para las armas carlistas.

Habiendo surgido, por entonces, graves disgustos en el campo carlista, marchó al Norte para conferenciar con Don Carlos.

A su regreso se apoderó el General Savalls de Granollers (a sólo treinta kilómetros de Barcelona), rindió a los voluntarios de la libertad que guarnecían Cardedeu: venció a las tropas que acudieron en auxilio de dicha población: entró a viva fuerza en Bañolas: hizo frente en Riudellots de la Creu a las columnas del Brigadier Reyes y del Coronel Casals que trataron de socorrer a Bañolas; puso asedio a dicha plaza; y volvió al Norte, llamado por Don Carlos, para responder a unas acusaciones formuladas muy justamente por el entonces Infante Don Alfonso, Capitán General del ejército carlista de Cataluña.

Don Carlos impuso a Savalls un *arresto por desacato a su augusto hermano Don Alfonso*. No había de estrañar a nadie la pena impuesta al general Savalls, sabiendo la impetuosidad de carácter del bravo general.

Poco tiempo después, Don Carlos le puso en libertad y de nuevo volvió a Cataluña, encargándose de la Comandancia General de las fuerzas carlistas de Barcelona y Gerona.

A poco de regresar Savalls a Cataluña obtuvo otra señalada victoria, destruyendo el día 14 de Marzo de 1874 en la sierra de Toix (Castellfullit) a la División del General Nouvilas, cogiendo dos mil trescientos prisioneros (entre ellos el mismo General liberal citado), cuatro piezas de Artillería, y más de cien caballos. Dos días después se rindió, también al General Savalls, la plaza de Olot, entregándole seis piezas de Artillería y quinientos fusiles de la Milicia Nacional (quedando en libertad la tropa de la guarnición) y como en Blanes se apoderó poco después de otros dos cañones, y en Tordera alcanzó otra victoria cogiendo más de mil fusiles al enemigo, resultó que el General Savalls obtuvo en nueve días cuatro victorias y se apoderó (en tan corto espacio de tiempo) de doce cañones, más de cinco mil fusiles, más de doscientos caballos y gran cantidad de dinero perteneciente a las tropas liberales. La derrota del General liberal Nouvilas (so-

bre todo) llegó a infundir verdadero pánico en los pueblos liberales de Cataluña: muchos voluntarios de la libertad abandonaron las armas y gran número de poblaciones prefirieron someterse a los carlistas, mejor que hacerles frente y exponerse a ser tomadas por asalto.

A mediados de julio de 1874 sitió el General Savalls a Puigcerdá; el 24 de aquel mes rechazó en Castellfullit a la División del General Merelo, que trató de levantar aquel cerco; para conseguir este objeto los liberales fué preciso que acudiese en auxilio de Puigcerdá el mismo Capitán General de Cataluña, Serrano Bedoya, con veinte batallones.

A fines de agosto de aquel mismo año de 1874 volvió a sitiar el General Savalls a Puigcerdá; el Capitán General del Principado, López Domínguez, hubo de ponerse entonces a la cabeza del Ejército liberal de Cataluña, y aprovechándose de la niebla logró que una parte de sus tropas rebasase la línea carlista, viéndose por ello obligado a retirarse el General Savalls, al verse cogido entre dos fuegos, al disiparse la niebla.

A principios de octubre sostuvo el General carlista Savalls un combate contra la guarnición de Vich; y en los días 3 y 4 de noviembre, al frente de 5 batallones, 2 cañones de montaña y 70 caballos, alcanzó la famosa victoria de Castelló de Ampurias, en cuyo combate quedó destruada la división del Brigadier liberal Moya, quien hubo de entregarse prisionero, con dos cañones Krupp, de batalla, un Comandante, varios oficiales, ciento treinta individuos de tropa y unos cuarenta caballos.

Con la Gran Cruz Roja del Mérito Militar y el ascenso a Teniente General premió Don Carlos esta victoria del General Savalls cuyo prestigio que había quedado algo quebrantado con el fracaso de sus operaciones sobre Puigcerdá, volvió a quedar asegurado.

Habiendo sido nombrado General en Jefe del Ejército carlista de Cataluña el General Savalls en 1875, derrotó al Brigadier Cirlot entre Bañolas y Cornellá, y al Brigadier Saenz de Tejada en San Miguel del Monte (Olot), sostuvo ventajosas acciones en Santa Coloma de Farnés, en el Bruch y en Blanes (donde hizo algunos prisioneros) y entró a viva fuerza en Molins de Rey (haciendo prisionera su guarnición).

Al saber que por algunos agentes liberales se trataba de introducir la seducción y la deslealtad en el campo carlista, el General Savalls dió en San Pedro de Torelló el día 25 de Julio una terrible orden general, la cual, así como la toma de San Martín de Maldà, las desgracias de los liberales que a ella se siguieron, el sitio que nuevamente puso en Puigcerdá y, en fin, la acción de Breda contra el General Weyler, prueban que el General Savalls no cejó en su lucha contra los

liberales. A pesar de ello fué muy criticado, primero por haber llegado a poner sitio a la plaza de Seo de Urgel el General Martínez Campos, y después por no haberle obligado a levantarlo.

En la obra *Campaña de Cataluña de 1872 a 1875* se trata detenidamente de este delicado asunto; en el corto espacio de que se puede disponer en una biografía del género de las del presente album, nos tenemos que concretar a consignar que creemos que el General carlista Savalls pudo estar más o menos acertado, y más o menos animoso en sus operaciones de Julio y Agosto de 1875; pudo sentir mayor o menor espíritu de compañerismo en pro de los generales carlistas Dorregaray y Castells; pero creemos firmemente que no fué traidor; sus detractores deben hacerse cargo de que el General Savalls no podía impedir que los alfonsinos se aprovecharan del territorio francés para burlar los planes de los carlistas, desconcertándoles, y obligarles a abandonar posiciones que, en virtud de la complicidad de Francia resultaban insostenibles. Tampoco era posible ya exigir grandes éxitos a un General como Savalls que solamente disponía de nueve mil trescientos noventa y dos hombres (siempre escasos de municiones y dinero) con cuatrocientos noventa y ocho caballos y doce piezas de Artillería de campaña, para hecr frente a los cincuenta y cinco mil hombres que cuando se acabó la guerra del Centro llegaron a reunir en Cataluña los liberales, con tres mil caballos, sesenta y ocho piezas de Artillería de campaña, un Batallón de Ingenieros, tres Batallones de Artillería a pie, y doce tercios de rondas volantes.

Don Carlos de Borbón llamó el día 3 de Septiembre de 1875 al Norte al General Savalls, quien hizo entrega del mando al General Castells y acto seguido se fué por Francia a Navarra, siendo de notar que al hacer entrega del mando no se reservó ningún documento, ni aún de los que más podían favorecerle, que se encontraba tan falto de dinero que tuvo que vender dos mulos de brigada para subvenir a los gastos suyos, de su hijo, de su Capellán y de su Secretario, en aquel viaje del Principado al Norte, atravesando el Sur de Francia.

Formóse causa al General Savalls para depurar responsabilidades, teniéndosele entretanto incommunicado en Iturmendi; pero si tuvo altos acusadores, también tuvo entusiastas defensores, decididos partidarios, y nada llegó a probarse en contra de su lealtad. El mismo Fiscal de aquella causa, que lo fué el Brigadier de Infantería carlista D. Enrique Chacón, militar encanecido en el servicio de las armas y persona de gran rectitud, nos dijo muchas veces que al General carlista Savalls se le podía titular de díscolo, de indisciplinado, de sanguinario (?), de cualquier cosa menos de traidor; y hasta el mismo General

carlista Lizárraga (cuyas antipatías hacia su colega Savalls eran públicas y notorias, y que fué, precisamente, el heroico defensor de la plaza de Seo de Urgel) decía terminantemente a Don Carlos en su comunicación del día 3 de Septiembre de 1875, desde Pau, *que reconocía que desde que se reunieron en Cataluña los ejércitos liberales del Centro y del Principado consideró ya imposible que Savalls, Castells y Dorregaray pudieran romper la línea enemiga para socorrerle ni levantar el sitio de Seo de Urgel, aun que lo intentasen de común acuerdo.*

El General carlista D. Francisco Savalls emigró al concluirse la última guerra carlista, y falleció cristianamente en Niza, allá por los años de 1885 ó 1886, protestando de su lealtad hasta el último instante de su vida, según recordamos haberlo leído así entonces en el semanario tradi-

cionalista titulado *Rigoleto*, que por aquella época publicaba en Madrid el veterano carlista Don Pablo Marín Alonso.

Por Septiembre de 1910 leímos en *El Correo Español* que entre los muchos españoles que habían ido a Frohsdorf a ofrecer personalmente su adhesión a Don Jaime de Borbón, figuraba un hijo del General Savalls, llamado D. Juan. ¡Cuándo se acabó la guerra en 1876, la familia de nuestro heroico biografiado había dado ya una docena de bravos militares al carlismo!

Siempre recordaremos que, en ocasión de hallarnos en Venecia con el que fué capitán en la División alavesa señor de Austri, éste, delante de Don Carlos, acusó de traidor al General Savalls. Y Don Carlos, con gran energía, le replicó: «Guárdate, delante de mí, de calificar a Savalls de esta manera.»

Don Juan Castells y Rosell



Nació en la villa de Ager (Lérida) el año 1802; a principios del 1835 lanzóse a campaña al grito de ¡Viva Carlos V! al frente de una partida con la cual organizó un batallón suyo mando se le confirió al año siguiente.

Asistió a los ataques de Pla de Isobol, Hort, Berga, Vallsebre y Hostal de Farriols, ganando la Cruz de la Real y Militar Orden de San Fernando.

Al principio de Marzo de 1837 derrotó (al mando de dos batallones) a la División liberal de Niubó en las inmediaciones de la casa llamada Estany de Llovarola, muriendo aquel jefe isabelino en el combate, y quedando en poder del jefe carlista Castells gran número de prisioneros (entre ellos 27 oficiales) por cuyo hecho de armas se concedió a nuestro valiente biografiado la Encomienda de la Real y Americana Orden de Isabel la Católica.

En el mes de Junio del mismo año fué encarado por el General Marqués de la Solana, del bloqueo de Berga D. Juan Castells, quien se distinguió en el asalto de dicha plaza, y ya era Coronel cuando tomó el mando de todos los carlistas de Cataluña el General Conde de España, cuyo ilustre militar nombró Comandante General de la 2.^a División (compuesta de 5 batallones) al señor de Castells, quien ganó el entorchado de Brigadier en la reñida acción de Ager que sostuvo contra el General en jefe liberal Barón de Meer.

Al concluirse la primera guerra civil emigró a Francia y luego a Inglaterra el Brigadier carlista

Castells; en agosto 1847 entró de nuevo en Cataluña; se puso al frente de 200 voluntarios; se distinguió en los combates de Igualada, Monistrol de Montserrat, Coll de Estanyes y Bagá (donde venció al Brigadier García) recibió una herida en la acción de Valhonestá, y emigró de nuevo a Francia después de conquistar la faja de Mariscal de Campo con el mérito que contrajo en el bloqueo de Berga y en la reñida jornada de Valcebre.

En el año 1853 volvió a España el General carlista Castells, y a poco de fijar su residencia en Barcelona le ofreció el Capitán General de Cataluña Sr. Larrocha apoyarle con su influencia si quería pedir al Gobierno isabelino la revalidación del alto empleo que había logrado obtener en el campo carlista; pero D. Juan Castells prefirió vivir alejado de la vida militar.

A poco de ser destronada Doña Isabel II, fué encerrado en el castillo de Montjuich el General carlista Castells, quien hubo de permanecer allí largo tiempo, durante el cual fué asesinado por los liberales en Montalegre su hijo Hipólito, joven de 15 años, cuya injusta muerte fué enérgicamente criticada hasta por los mismos republicanos.

El día 6 de Abril de 1872 dió el General carlista Castells el grito de ¡Viva Carlos VII! en Gracia (Barcelona) al frente de 74 hombres, y con el cargo de Comandante General de los carlistas de la provincia de Barcelona, creciendo aquella fuerza de tal manera que en breve tuvo ya 500 voluntarios a sus órdenes. Sostuvo los combates de Vinardell y de Valcebre; entró en Berga; tomó a Manresa (donde hizo prisionero al Coronel liberal Rokisky) entró en Tarrasa; dió las acciones de Mura, Bagá, Pobla de Lillet, Grau de Soldevila, Sallent, Balaguer, San Lorenzo de Morunys y Caldas de Montbuy probando sus excelentes dotes de guerrillero, sosteniéndose aún en medio de incesante persecución de que fué objeto por parte de numerosas columnas liberales por espacio de más de medio año, viéndose recompensado por Don Carlos de Borbón y de Austria-Este, con la Gran Cruz Roja del Mérito Militar y el título de Marqués de Balaguer.

Al hablar el General Nouvilas en el Congreso de los Diputados sobre el estado de la guerra civil de Cataluña por la segunda mitad del año 1872, se expresó así: «Castells, en la provincia de Barcelona, previene a los municipios que reciban con fuego a los falsos carlistas que se presenten a exigir contribuciones, lo que no se atrevería a ordenar el mismo Capitán General del Principado, porque sabe que sería desobedeciendo.»

En el mes de Febrero de 1873 fué substituído el General Casells por el Brigadier Galcerán en el mando de los carlistas de la provincia de Barcelona; entonces estuvo bastante tiempo en Ripoll en situación de cuartel; luego volvió a emigrar por tercera vez; viajó por distintos puntos del extranjero, y, por fin, en Marzo de 1875 fué nombrado Comandante General de la 2.^a División carlista de Cataluña, compuesta de las brigadas de Lérida y Gerona.

En esta nueva etapa de su vida militar, el General carlista Castells venció al Brigadier liberal Delatre en Tragó; cogió más de cien caballos en Agramunt, y en Agosto (a la cabeza de los batallones tercero de Lérida y cuarto de Aragón, una pieza de Artillería y algunos caballos) trató de auxiliar la plaza carlista de la Seo de Urgel, atacando al efecto, a los sitiadores por la parte de Adrall y por la de Navinés, donde hizo prisionera una Compañía de Infantería.

A principios de Septiembre de 1875 fué nombrado Comandante General carlista de Cataluña Don Juan Castells, con el empleo de Teniente General, cuando ya no podía contar sino con pocas escasas fuerzas para oponerse a los sesenta mil hombres que los alfonsinos habían reunido en el Principado. A pesar de todo, aun logró el General carlista Castells prolongar la guerra durante un par de meses, venciendo a la columna de Enrile en Agramunt, el Regimiento de América en Espinalvet y al de Reserva de Barcelona en Pobla de Lillet.

Concluída la última campaña carlista, emigró a Francia nuestro ilustre biografiado y falleció cristianamente en Niza en Marzo de 1891.



Un mártir por la Unidad católica

D. Cayetano y D. Joaquín de Freixa



Nació D. Cayetano de Freixa en Berga en 1812; a los 20 años de edad ingresó con el empleo de Subteniente de Infantería en el Ejército; peleó contra los carlistas durante la primera guerra civil llegando a obtener el empleo de Capitán y distinguiéndose en las acciones de San Jaime de Frontañá, de Castellar de Nuch y de San Mauricio de la Cuart.

En 1843 fué agraciado con el grado de Comandante; en 1844 fué nombrado segundo Capitán de la Guardia Civil; sirvió como tal en Teruel, Cataluña y Valladolid; ascendió en 1853 a primer Capitán de la Guardia Civil, con la categoría de Comandante de Ejército, y fué destinado a Barcelona; concediósele en 1856 el grado de Coronel; fué promovido a Comandante de la Guardia Civil en 1858, a Teniente Coronel en 1863, a Coronel 1869, y en 1873 honraba ya su pecho con las placas de las reales y militares órdenes de San Hermenegildo y del Mérito Militar y con las encomiendas de la Real y distinguida Orden de Carlos III y de la Real y Americana Orden de Isabel la Católica.

El día 22 de Julio de 1873 salió de Barcelona el Coronel Freixa al frente de 250 Guardias civiles de Infantería y 50 de Caballería, con inten-

ción de unirse a Don Alfonso de Borbón y de Austria-Este (hermano de Don Carlos) pero la mayor parte de la fuerza retrocedió en el camino y sólo pudo incorporar cinco oficiales y algunos Guardias civiles al campo carlista el Coronel Freixa, quien fué ascendido a Brigadier y agregado al Estado Mayor de Don Alfonso, con cuyo General en Jefe carlista asistió a los combates de Caldas de Montbuy, Balsareny, Caserras, Tortellá, Balaguer, Montejurra, Teruel y Cuenca, obteniendo sucesivamente la Gran Cruz Roja de la Real Orden del Mérito Militar y el ascenso a Mariscal de Campo, el día 12 de Abril de 1874.

En Febrero del año siguiente fué nombrado Vocal del Consejo Supremo carlista de la Guerra el General Freixa, quien con dicho cargo permaneció ya en el Norte hasta que al concluirse la guerra emigró a Francia; regresó a España el año 1879, fijó su residencia en Barcelona y allí falleció cristianamente en 1898.

DON JOAQUIN FREIXA

Hijo del General carlista del mismo apellido, lucía ya las insignias del grado de Capitán de la benemérita Guardia Civil cuando con su señor



padre ingresó el año 1873 en el Ejército carlista de Cataluña, en el que llegó a ser Teniente Coronel. Figurando en el Estado Mayor de Don Alfonso de Borbón y de Austria-Este se distinguió por su pericia y arrojo en numerosos combates del Principado y del Centro. No es, pues, extraño que los Infantes, que tan de cerca pudieron apreciar las excelentes cualidades de que se hallaba adornado D. Joaquín Freixa, le considerasen y distinguieran siempre de un modo muy especial, así como Don Carlos, cuyo augusto señor quiso premiar los eminentes servicios prestados a la Causa Católico-Monárquica por el hijo y a la vez recom-

pensar los méritos contraídos por el padre, y la lealtad y el sacrificio de ambos, concediendo al primero el título de Marqués de las Palmas, en recuerdo del lugar en que el Coronel don Cayetano de Freixa proclamó a Don Carlos al frente de su Tercio de la Guardia Civil.

D. Joaquín de Freixa falleció cristianamente en Barcelona el año 1905; su entierro, presidido por su hijo D. Joaquín fué una espléndida manifestación de duelo en la que figuraron la Junta Regional carlista de Cataluña, nutridas representaciones de varios Círculos y periódicos tradicionalistas y centenares de carlistas.

D. Juan Francesch y Serret



Hijo del Excmo. Sr. D. Ramón Francesch, Intendente de División, nació en Lérida en 1833; a los diez y siete años de edad ingresó en la Academia de Ingenieros del Ejército; en 1855 fué promovido a Teniente y destinado a Madrid, en donde ganó el empleo de Capitán en la sangrienta jornada del día 16 de Julio de 1856. Cuando la guerra de Africa, solicitó ser destinado al Ejército de operaciones, y figuró en el Cuartel General del 2.º Cuerpo de dicho Ejército, a las inmediatas órdenes del Teniente General Conde de Paredes de Nava.

En aquella gloriosa campaña obtuvo el señor

de Francesch el ascenso a Comandante y la Cruz de 1.ª clase de la Real y Militar Orden de San Fernando; pero en la acción de Cabo Negro recibió tan grave herida que fué declarado inútil ya para el servicio militar, ingresando poco después en el Cuerpo de Inválidos, a pesar de lo cual se batió tan bizarramente en las calles de Madrid el día 22 de Junio de 1866 contra los sublevados del Cuartel de San Gil, que hubo de ser promovido a Teniente Coronel.

En 1869 ofreció D. Juan Francesch sus servicios a Don Carlos de Borbón y de Austria-Este, cuyo augusto señor le nombró tres años después Comandante General de los carlistas de la provincia de Tarragona.

En Junio de 1872 salió a campaña el Coronel Francesch, y apenas pudo reunir unos cuatrocientos hombres a sus órdenes, acometió, el día 29 de dicho mes la conquista de Reus, guarnecida por el Regimiento de Caballería de Bailén.

Cuando ya solamente disponían los liberales del cuartel de Caballería, defendido por escasa fuerza, el Coronel carlista Francesch se dirigió a él ordenando cesar el fuego (sin duda para procurar evitar nuevas desgracias) pero en aquel momento fué herido mortalmente.

Retirado del lugar del combate, recibió a petición propia los Santos Sacramentos, y confortado con los auxilios espirituales, expiró el día 1.º de Julio, después de estrechar la mano de los jefes y oficiales liberales, quienes con gran solicitud le cuidaron cuando los carlistas se vieron obligados a retirarse de Reus.

El entierro del Coronel carlista D. Juan Francesch fué costeado por la noble oficialidad del Regimiento de Caballería de Bailén, y lo presidieron las autoridades militar y municipal de Reus, con asistencia de un inmenso gentío, pues

disfrutaba nuestro ilustre biografiado de grandes simpatías por aquel país, aún entre sus adversarios políticos.

Como curiosidad copiamos a continuación lo que del bravo Coronel dijo *La Ilustración Española y Americana* al publicar un retrato suyo en 24 de Julio de 1872. lo cual fué lo siguiente :

«El señor Francesch era un hombre de talento, de instrucción militar y de carácter enérgico.»

«Cuántas personas conocían a Francesch y sabían que estaba al frente de una partida, esperaban o temían que llevase a cabo alguna acción extraordinaria ; y en efecto, la entrada en Reus del cabecilla carlista es un acto de arrojo que, de

haber sido secundado por la suerte, hubiera puesto en un conflicto al Gobierno.

«Hay que tener presente que los carlistas han luchado en Reus con el ejército y la población, que es toda republicana.

«El acto del cabecilla carlista y de los que le acompañaban, y la defensa bizarra que han hecho las tropas del gobierno, prueban una vez más que quedan héroes en España.»

«Los que conocían a Francesch (decía un escritor liberal de aquella época) no vacilan en asegurar que hubiera aparecido el día menos pensado, y al frente de una partida, en las calles de Madrid.»



Muerte del jefe carlista D. Juan Francesch.— 1.º Julio 1872

Don Marcelino Gonfaus (a) Marsal



Brigadier de Caballería carlista
fusilado en Gerona en 1855

Nació en la Villa de Prats de Llusanés (Barcelona) el 14 de Junio de 1814; a los veinte años de edad ingresó en las filas carlistas, e ignoramos detalles de los servicios que prestara a la Causa Católica-Monárquica por aquella época; sólo sabemos que tenía ya el grado de Teniente Coronel cuando emigró a Francia en 1840.

Siete años más tarde volvió a Cataluña, a entrar de nuevo en Campaña, y al grito de ¡Viva Carlos VI! reunió pronto a sus órdenes más de 300 voluntarios, a cuyo frente ganó el ascenso de Coronel entrando en Arenys de Mar (donde hizo algunos prisioneros), sosteniendo el combate de Mura: peleando contra la columna de Besalú en la bajada de Orriols y en la acción de Bascaño o Bascara y apoderándose de San Feliu de Guixols.

El Coronel Carlista Gonfaus (a quien amigos y enemigos conocían más por *Marsal* que por su propio apellido) dió una acción en los campos de Ayguaviva; tomó a Bañolas; contribuyó muy eficazmente a la victoria carlista de Pasteral; venció, al frente de un escuadrón, al General Marqués del Duero en Fornells; se distinguió notablemente en la célebre victoria carlista de Aviñó, dando en ella una brillante carga de caballería; y al reorganizar el General Conde de Morella las tropas carlistas del Principado en 1.º de Enero de 1849 confirmó al bravo Coronel Marsal en el mando del Regimiento de Lanceros de Cataluña, y le

confirió además el de la 4.ª División, cuyas brigadas estaban a las órdenes de los coroneles Don Juan Solanich y D. Francisco de Ulibarri, con un total de cuatro batallones denominados de Olot, de Figueras, de Gerona, y de Hostalrich, mandados respectivamente, por los comandantes Don Pedro Gisbert, D. Marterión Serrat, D. Domingo Serra y D. Francisco Savalls.

El Coronel carlista Marsal desplegó en aquella guerra una actividad asombrosa, llegando a hacer famosa y muy temida la Caballería de su digno mando.

Esto no obstante, perseguido por seis columnas de tropas isabelinas al mando de los generales Echagüe, Ríos. Hore, Santiago, Ruiz y Lafont, cayó prisionero, rindiéndose tras heroica lucha al General Hore el día 6 de Abril de 1849.

Conducido el Coronel carlista Marsal a Gerona, fué allí sometido a un Consejo de Guerra que le condenó a muerte; pero cuando ya estaba en el cuadro en que acababa de ser fusilado el Capián Romero (valiente carlista procedente del Ejército Isabelino) cuando ya sólo faltaban breves instantes para ser también pasado por las armas nuestro valiente biografiado, llegó el coronel liberal Oráa, con el indulto que había solicitado de Doña Isabel II, pagando así, caballerescamente, la deuda de gratitud que tenía contraída con el Coronel Marsal, a quien había debido la vida y la libertad en un sangriento combate de aquella misma segunda guerra carlista.

Entonces fueron conducidos el Coronel Marsal y su Jefe de Estado Mayor D. Jacinto Vives, a Barcelona; y cuando al concluirse aquella campaña concedió Doña Isabel una amnistía general, emigró de nuevo a Francia el bravo Coronel carlista Marsal.

Con el empleo de Brigadier y el cargo de Comandante General interino de los carlistas catalanes, volvió al Principado el día 2 de Julio de 1855 D. Marcelino Gonfaus (a) Marsal, llegando a sostenerse en campaña durante cuatro meses, a pesar del aislamiento en que hubieron de encontrarse tanto él como los pocos carlistas que, por entonces, tomaron las armas; pero después de sostener varios combates, algunos de los cuales resultaron ventajosos para él, cayó herido y prisionero en Orriols y fué fusilado en Gerona el día 8 de Noviembre de aquel mismo año de 1855 en que por tercera vez alzó pendón de guerra en Cataluña por su Dios, por su Patria y por su Rey.

En 1876 Don Carlos de Borbón y de Austria-Este concedió a la señora viuda del heroico Brigadier carlista D. Marcelino Gonfaus el título de Condesa de Marsal.

D. José B. Moore



Nació en Barcelona el mes de Junio de 1842; recibió esmerada educación en Londres e ingresó a los 15 años de edad en la Marina inglesa; en 1869 fué elegido Presidente del Comité electoral carlista de Gracia y Vice-secretario del Centro Legitimista de Barcelona, y tomó parte en el alzamiento carlista de 1872; primero como Ayudante de Campo del General Don Matías de Vall, después a las órdenes de su sucesor en el mando de los carlistas de la provincia de Tarragona D. Domingo Sanz, y, finalmente, a las del Coronel de Ingenieros D. Juan Francesch, a cuyo lado asistió a la célebre entrada de los carlistas en Reus, penetrando con dicho heroico jefe en la plaza del cuartel de Caballería, donde aquél recibió las mortales heridas que pocas horas después acabaron con su vida.

A principios de 1873, al reorganizarse las fuerzas carlistas catalanas, fué el Sr. Moore nombrado Capitán de la 1.^a Compañía del 2.^o Batallón de Tarragona, cuyo mando se le confirió en Mayo de aquel mismo año, con el empleo de Comandante, y por el mérito que contrajo en la acción de Puigreig fué ascendido a Teniente Coronel.

Con este empleo tomó parte el Sr. Moore en varias acciones de guerra, distinguiéndose en la de Prades (en la que fué copada la columna del Coronel Maturana) en la entrada en Vich (por la

que se le nombró Caballero de la Real y Militar Orden de San Fernando), y en la toma de Vendrell; siendo nombrado Comandante General interino de Tarragona en Febrero de 1874.

El día 15 de Mayo de dicho año fué el señor Moore ascendido a Coronel y confirmado en el mando de los carlistas de dicha provincia, al frente de los cuales sostuvo numerosos fuegos, venció al General Salamanca en San Vicens, a los batallones de Cazadores de Reus y de Arapiques en la Torre de Monferri, y tomó a Belmunt, viendo recompensados sus servicios con la Encomienda de la Real y Americana Orden de Isabel la Católica, con la Placa Roja del Mérito Militar y con la Medalla de Carlos VII.

Relevado en Junio de 1875 del mando de las fuerzas carlistas de la Provincia de Tarragona, pasó el Coronel Moore a las inmediatas órdenes del General Savalls; asistió entonces al combate de Blanes y a la entrada en Molins de Rey, Breda y otros puntos. Después compartió con el General Castells las glorias y fatigas de los últimos días de la guerra en Cataluña, mandando entonces tropas carlistas de Lérida y Tarragona, y entró al fin en Francia el día 14 de Noviembre de 1875, por Ossegne, al frente de 240 infantes, una Sección de Artillería y 42 caballos del 4.^o Escuadrón de Cataluña.

Don Carlos de Borbón y de Austria-Este premió con la faja de Brigadier los servicios prestados por D. José Moore, quien con objeto de asistir a su señora madre en ocasión de hallarse gravemente enferma volvió a España y al poco tiempo fué detenido, preso y procesado; sufrió más de veinte causas criminales pero de todas ellas resultó absuelto.

El General carlista Moore (agraciado por don Carlos de Borbón con el título de Conde de Moore) se distinguió como escritor militar con su obra titulada *Guerra de guerrillas*, así como con los muchos artículos sobre asuntos militares que desde 1895 a 1897 publicó en la excelente *Biblioteca Popular Carlista* de nuestro inolvidable amigo don Juan Bautista Falcó, malgrado publicista católico-monárquico.

Don Carlos, en 1898, lo nombró Capitán General del Principado de Cataluña, cuando la pérdida de las colonias, y jefe de la conspiración que culminó en el fracaso del llamado «movimiento de Barcelona en 1900. Tenía establecido entonces su Cuartel General en Banyuls-sur-Mer, donde le habíamos visto diferentes veces en aquella época de marcada agitación carlista.

Don Juan Romagosa



Comandante General de los carlistas catalanes, fusilado en Igualada el año 1834

Mucho sentimos no poder dar detalles de la vida de este bravo General, uno de los primeros mártires de la Causa Católico-Monárquica, por lo cual no queremos dejar de consagrarle un recuerdo en estas páginas, publicando su retrato y lo poco que de él hemos podido averiguar, por no habernos sido posible adquirir su hoja de servicios, la cual debió ser brillante, pues en el año de 1820 era ya Mariscal de Campo *don Juan Romagosa*.

Durante el período constitucional se distinguió por su adhesión a la Causa realista y el entusiasmo y decisión con que se puso a las órdenes de la célebre Regencia de Urgel que dirigió la campaña contra los liberales; después de vencidos éstos, ejerció el General Romagosa, entre otros cargos de importancia, los de Gobernador político-militar de la ciudad y corregimiento de Mataró y Gobernador Militar de la plaza de Ciudad-Rodrigo.

Al morir Don Fernando VII emigró el General Romagosa, a quien Don Carlos nombró a mediados de 1834 Comandante General de los carlistas de Cataluña, con el empleo de Teniente General, concedido en 14 de Abril. A bordo de un bergantín sardo arribó dicho General el día 12 de Septiembre de aquel año a las playas de San Salvador y punta de Bará, burlando la vigilancia de los cruceros españoles y franceses. Escondido en la casa del párroco de Selma se ocupaba en preparar un plan de levantamiento general carlista de los catalanes para el día 20 de aquel mismo mes, cuando cuatro días antes fué descubierto por los agentes del Capitán General liberal de Cataluña quienes le redujeron a prisión y le trasladaron a Igualada donde fueron fusilados el Capitán Romagosa y su Secretario; y habiendo corrido igual suerte por aquellos días, en Lérida, Don Ramón Aldama, otro de los futuros jefes del proyectado levantamiento general carlista de Cataluña, fracasó éste; pero no sólo no fueron exterminados los carlistas, sino que las partidas lanzadas al campo siguieron en sus correrías, engrosaron su fuerza; aumentó su número, y organizando una resistencia desesperada, acabaron, en breve, por formalizar la guerra

Don Ignacio Wilhs

Perteneciente a una católica familia de la aristocracia holandesa, fué Oficial de Zuavos pontificios; se distinguió en la defensa de Roma contra las tropas garibaldinas en el mes de Septiembre de 1870; mandó en Cataluña el Batallón carlista de Zuavos, y alcanzó gloriosa muerte en la conquista, por asalto, de la población fortificada de Igualada, el día 19 de Julio de 1873, haciendo justicia a su denodado carácter y singular heroísmo, tanto sus compañeros de armas como las mis-

mas tropas liberales. He aquí cómo describe aquel interesante episodio nuestro querido amigo D. Francisco de P. Oller, antiguo Director de la ilustración militar carlista *El Estandarte Real* y actual Representante de Don Alfonso-Carlos en la América del Sur. En el número correspondiente al mes de Julio de 1891, al recordar aquella sangrienta jornada, tan gloriosa para las armas carlistas, se expresa así:

«También se distinguió el Batallón de Zua-



Comandante de Zuavos Carlistas, muerto en el asalto de Igualada (1873)

»vos, creado a imitación de los pontificios por el
 »entonces Infante Don Alfonso, y en el que ha-
 »bía algunos oficiales extranjeros que habían ser-
 »vido con S. A. R. en Roma. Uno de ellos, el
 »holandés Wilhs, mandaba el Batallón. En los
 »momentos en que trataba de tomar una barri-
 »cada que defendían tenazmente los republica-
 »nos, Wilhs manda, para animar a los zuavos,
 »desplegar la bandera del Batallón, que ostenta-
 »ba el sagrado Corazón de Jesús, y marchar con
 »ella al asalto. El abanderado es muerto por una
 »descarga que le hace el enemigo; Wilhs recoge
 »entonces la bandera teñida en sangre, la enseña
 »a sus soldados, y con ella en la mano se dirige
 »hacia el enemigo; pero cae atravesado. Antes
 »de morir arroja la bandera a la barricada donde
 »estaban los republicanos, exclamando ya n la
 »agonía: *¡Donde va la bandera van los zuavos!*;
 »y, efectivamente, los zuavos, aún más enarde-
 »cidos con la muerte de su heroico jefe, asaltan
 »incontrastables la barricada, se apoderan de ella,
 »recuperan la bandera, y vengan así la muerte
 »de aquel bravo católico que había sabido apro-
 »vechar su juventud en hacer pública y heroica
 »confesión de su fe, lo mismo en defensa del
 »Papa, primero, que proclamando, después, los
 »principios religiosos enfrente de los delirios re-
 »volucionarios imperantes a la sazón en España.

Don Jerónimo Galcerán

Don Jerónimo Galcerán nació en Prats de Llusanés el año 1820. Fué Cadete carlista en los colegios militares de La Nou y de Borredá (donde los carlistas tenían establecidas Academias militares) y alférez de Granaderos en un Batallón carlista de Cataluña en la primera guerra, en que tanto se había distinguido su padre D. José Galcerán, que fué el primero que en Cataluña dió el grito de ¡Viva Carlos V! por lo cual vióse perseguida su familia hasta el extremo de encerrar los liberales a sus padres y hermanos en un fuerte de Prats de Llusanés, su villa natal, por espacio de más de dos años.

D. Jerónimo, a pesar de su juventud, se distinguía por su bravura en los combates, especialmente en los de Peracamps, Moyá, Manlleu, Ripoll, Roda y Solsona, en el cual fué gravemente herido; y aún estaba curándose en Berga cuando se acabó la primera guerra carlista, marchándose entonces a Francia.

En Bourges estuvo emigrado hasta que en 1847 entró de nuevo en campaña, con el empleo

de Capitán y se batió con tanta bizarría en la segunda guerra carlista, que el General Conde de Morella le apellidaba el *León Catalán*.

Acabada aquella campaña se dedicó al comercio; y cuando el destronamiento de Doña Isabel II, ofreció de nuevo sus servicios a la Causa Católica-Monárquica.

El General carlista Castells le encargó de organizar a los carlistas del distrito de Vich; y tanto trabajó en dicho sentido, que, con la ayuda de muchos propietarios de aquella «plana», pudo ofrecer bien pronto un Batallón de más de 1.000 plazas.

Organizó asimismo el partido de Berga, y en Abril de 1872 se lanzó a campaña, entró en varias poblaciones, atrayéndose con sus afables maneras hasta a muchos de los mismos liberales. En San Pedro de Torelló tuvo una escaramuza con fuerza de la Guardia Civil. Los voluntarios carlistas eran casi todos bisoños, que al comenzar el tiroteo y al ver dos o tres heridos se espantaron un poco, pero la serenidad de Galcerán se

impuso e hizo renacer en todos su vacilante valor.

Con el General Castells, a los pocos días, hizo frente a una columna liberal en los montes de Vallcebre. La acción que allí se desarrolló y la dispersión de los liberales fué obra de Galcerán. Aquella victoria proporcionó algunos días de descanso a los carlistas, aumentaron con ello el número de su fuerza. Más tarde atacó Don Jeróni-



DON GERÓNIMO GALCERÁN
Brigadier carlista

mo Galcerán a Tarrasa, entrando en el recinto de a ciudad. Pocos días después fué herido en una pierna en el combate de Sallent.

Curado de la herida volvió a la lucha, y en menos de un mes triplicó el contingente de sus fuerzas carlistas. Durante el ataque a Ripoll estuvo encargado de rechazar la columna enemiga que había en Vich, en caso de pretender ésta acudir en auxilio de los defensores de aquella Villa del Ter y del Fresser. El Coronel Galcerán tenía

unos mil hombres en San Hipólito de Voltregá. Salió en efecto de Vich la columna liberal; el Coronel carlista don Martín Miret con sus fuerzas rompió el fuego, retirándose con orden hasta encontrar en las inmediaciones del castillo de Orís al Coronel Galcerán, quien entró también en acción, y sin contar las fuerzas contrarias se precipitó sobre ellas, cayendo entonces herido de tanta gravedad que falleció el día siguiente, cambiándole el consuelo de saber que la victoria había coronado el esfuerzo de los carlistas en aquel fuego que se llamó «de la Gleva» y que tuvo lugar el día 23 de Marzo del 873.

El General carlista Ruiz de Larramendi, entregó a la señora viuda del heroico D. Jerónimo Galcerán un autógrafo de Don Alfonso de Borbón, entonces General en Jefe de los carlistas de Cataluña y el decreto ascendiendo a Brigadier a su marido, aquel leal tradicionaista que tan querido y popular se había hecho en toda Cataluña.

En el año 1912, en Junio, los carlistas catalanes celebraron un grandioso «aplec» en Conangell (Torelló), con motivo de la inauguración de un monumento (costeado por suscripción entre los carlistas) dedicado a Don Jerónimo Galcerán y levantado en el sitio en que halló la muerte tan bravo soldado de la tradición.

También un hermano de Don Jerónimo Galcerán, el Reverendo Don José, Párroco de Viñolas, se distinguió en la última guerra carlista. Sus entusiasmos por la Causa le habían llevado a tomar parte muy activa en algunos alijos de armas, y fué encarcelado y sometido a proceso. En la cárcel se encontraba e Reverendo Galcerán al ser herido mortalmente su hermano Don Jerónimo. Logró escapar, y entonces, convencido de que los liberales no le dejarían tranquilo, se fué el campo carlista, tomando parte en varias acciones, en una de las cuales (en Navarcles) cayó gravemente herido. Llegó a teniente Coronel. Ni aun al frente de su Batallón usó otro distintivo militar que la espada al cinto y la boina, y el Santo Cristo pendiente del cuello.

Al terminar la guerra volvió a ocupar su parroquia de Viñolas de Orís, en donde le conocimos; hasta que, por oposición ganó el Curato de le Parroquia de Nuestra Señora de la Piedad de Vich y en cuya ciudad falleció después de larga enfermedad.



Episodios de la Guerra carlista.—1872-1876



2 Mayo 1872

Entrada de Carlos VII en España, por Vera



14 Marzo 1874

Savalls copa a la columna Nouvilas en Castellfullit de la Roca



9 Julio 1873

Victoria de Alpens, en la cual fué muerto el brigadier Cabrinety



16 Diciembre 1874

Junto a Cardona, Tristany destroza a la columna liberal de Weyler

Bautista Soler Martí

EXPORTADOR
DE FRUTAS



Calle Luis Oliveros, núm. 18. = Teléfono núm. 17

BURRIANA

CATALUÑA POR CARLOS VII



D. Domingo Massachs
Coronel del Batallón 3^o de Barcelona
"Voluntarios de Igualada"



D. Luis de Mas
Coronel de Infantería y organizador del Cuerpo
de Ingenieros



D. Manuel Vilageliu
Brigadier y Comandante general de Caballería
de Cataluña



D. Benito Font-Cuberta
Coronel de las fuerzas carlistas del Maestrazgo
y Tarragona



D. Joaquín Sacanell
General de Brigada y Ayudante de C.^o de
Carlos VII



D. Juan Camps Segalés
Teniente Coronel de Infantería y Jefe
de Maestranza



D. Pascual Cucala Mir
Brigadier, a las inmediatas órdenes de D. Alfonso
de Borbón y de Austria-Este



D. Alejandro Argüelles
Jefe de E. M. G. del General Tristany (1874)



D. Isidro Pamies (Cercós)
Teniente Coronel de
Infantería











HOTEL INGLÉS

Establecimiento
de primer orden
recientemente
restaurado



Garage propio en
la misma plaza.

PLAZA DE CANALEJAS
Teléfonos núms. 14554 - 14555

Valencia

TRADICIONALISTAS ILUSTRES

D. Jaime Balmes y Urpía



REVERENDO DOCTOR DON JAIME BALMES Y URPIA

Ilustre filósofo vicense, gran propulsor del Tradicionalismo español

Nació en Vich el día 28 de agosto de 1810; estudió la carrera eclesiástica en el Seminario de dicha ciudad y en la hoy extinguida Universidad de Cervera (Lérida) tan notable para aquellos tiempos. Ordenado de Presbítero, y desempeñando desde joven varias cátedras, dió bien

pronto a conocer su gran talento y su admirable labor en el campo de las letras.

El Cardenal D. Fray Ceferino González y los más eminentes escritores, como D. Marcelino Menéndez Pelayo, D. Juan V. de Mella, D. Alejandro Pidal y muchísimos otros que sería harto

prolijo enumerar han juzgado los talentos extraordinarios del insigne hijo de Vich.

Nosotros no intentaremos ni siquiera panegirizar al gran filósofo; reconocemos nuestra incompetencia para juzgar de su gloria y lo inmortal de su grandiosa obra; sólo aspiramos a que no falte su nombre en la galería de tradicionalistas, y para recordar la grandísima importancia que llegó a alcanzar en la cultura española un índice de las obras de aquel genio que en menos de diez años llenó el universo mundo, influyendo de una manera poderosa en todos los filósofos, en todos los políticos, en todos los sabios.

Antes del año 1837, escribió un tratado de *Trigonometría rectilínea y esférica*.

El año 1839 se hizo notar como escritor original y de vigoroso pensamiento con la publicación de su estudio *sobre el celibato del Clero*, que obtuvo premio en un público Certamen de Madrid.

Escribió, luego, en 1840: *Observaciones sociales políticas y económicas sobre los bienes del Clero*; *Consideraciones políticas sobre la situación de España*; *Filosofía Elemental*; y *Cartas a un escéptico*.

Después de redactar Balmes en 1842, en Barcelona, la notable revista *La Civilización*, escribió él solo, en 1843, otra Revista, *La Sociedad*, y en 1844 dió a luz *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la Civilización europea*.

En Madrid fundó en 1845 *El Pensamiento de la Nación* proponiéndose perseguir la terminación del pleito dinástico de España, mediante el matrimonio de Doña Isabel con su augusto primo Don Carlos Luis de Borbón y de Braganza; aquel mismo año publicó *Escritos políticos* y su incomparable e inmortal obra *El Criterio*.

En 1846 dió a luz su *Filosofía Fundamental*; en 1847 *Estudios políticos*, *La Religión demostrada al alcance de los niños* y *Pío IX*; sus últimos trabajos figuran en *Escritos póstumos* y *Poesías póstumas*; falleció tan portentoso genio el día 8 de julio de 1847, víctima de tuberculosis pulmonar.

Inútil es decir que la fama de estas obras traspasó nuestras fronteras, mereciendo el honor de ser traducidas al francés, al inglés y al alemán.

Sobre la acción política del insigne Balmes, ningún estudio hemos visto tan acertado y hermoso como el que con el título de *Balmes Tradicionalista* publicó en *Ausetania*, de Vich (y reprodujeron luego muchos periódicos) nuestro querido amigo D. Juan María Roma, el día 2 de julio de 1910, con motivo del glorioso Centenario del natalicio de aquel gran filósofo, temible polemista y periodista concienzudo, que aquel año se celebró con inusitada magnificencia y solemnidad en su ciudad natal de Vich, donde en sencillo pero artístico y severo mausoleo se guardan los restos del malogrado Reverendo Doctor Don Jaime Balmes, legítima gloria, en primer término de la Iglesia atólica, honor de España, en general, y de Cataluña en particular, orgullo de Vich y de la Comunión Católico-Monárquica que también le rindió pública, espléndida y solemnemente el homenaje de su respeto, de su admiración y de su cariñosa gratitud en las fiestas cívico-religiosas que se celebraron, sobresaliendo entre tantos y tan grandiosos actos un *Congreso Internacional de Apologética* con el concurso de los primeros sabios de nuestra nación y del extranjero, ávidos de honrar con su ciencia y su oratoria la preclara memoria del inmortal filósofo catalán.

B.

El Cardenal Alameda de Brea

Nació en Torrejón de Velasco (Madrid) el día 19 de Julio de 1781; a los 15 años de edad ingresó en la Orden de San Francisco; adquirió en breve gran celebridad como orador sagrado; en 1808 fué de Misionero a Montevideo, y se distinguió como excelente religioso y decidido patriota en aquella plaza, último baluarte de los españoles en la América meridional.

Emigrado luego en el Brasil, y recibido en la gracia de los Príncipes de Braganza, soberanos de aquel Imperio, fué el Padre Cirilo de Alameda de Brea quien concertó la boda del Rey de España Don Fernando VII y del Infante D. Carlos M.^a Isidro de Borbón con las Princesas Doña

Isabel y Doña María Francisca de Braganza, y por su mediación se firmaron en Río Janeiro los contratos matrimoniales el día 22 de Febrero de 1816.

Se distinguió tanto por su singular talento, piedad y vastísima ilustración, que a los 36 años de edad fué ya nombrado General de la Orden de San Francisco, por el Papa Pío VII, y Grande de España de 1.^a clase por Don Fernando VII, en 28 de Noviembre de 1817. Rigió a los Franciscanos por espacio de seis años, y como General mostró infatigable celo por el esplendor y gloria de su Orden.

El Padre Cirilo (como familiarmente era co-



Presidente de la Junta de Estado de Carlos V
(1837 a 1840)

nocido por todo el mundo nuestro ilustre biografiado, una de las figuras más populares de su tiempo) llegó a ser también uno de los principales personajes de la Corte de Don Fernando VII, quien le nombró Canciller Mayor de Castilla y Ministro de su Consejo de Estado.

Cuando se casó aquel Rey con la Princesa de Nápoles Doña María Cristina de Borbón, figuró el Grande de España, Alameda de Brea, como testigo de la Regia boda, por parte del Rey, en unión del Cardenal Inguanzo, de los Duques de Híjar y de Alagón, y de los Marqueses de Valparaíso, de Bélgida y de San Martín.

El día 21 de Abril de 1831 fué presentado por Su Majestad para la Iglesia y Arzobispado de Santiago de Cuba, siendo preconizado en Roma el 30 de Septiembre de aquel mismo año (apadrinándole en tan solemne acto S. A. R. el Infante Don Carlos) y siendo consagrado en Sevilla el día 12 de Marzo de 1832, apadrinándole entonces el Rey Don Fernando VII.

En 1836 se trató por algunos de dar el grito de ¡Viva Carlos V! en la Isla de Cuba; según el Académico de la Real de la Historia D. Antonio Pirala, parece ser que para ello se contaba con el Arzobispo Alameda de Brea, pues en una exposición elevada por el Cabildo Catedral de aquella Archidiócesis al Capitán General y Gobernador General de la Gran Antilla se consignaban textualmente estas palabras: *La conducta del Prelado, sus relaciones locales, y otras más extensas e influyentes en el resto de la Isla, no conspiran a otro fin que el de prepararla a ser el refugio de Don Carlos.* Las autoridades superio-

res de Cuba quisieron entonces proceder contra el Arzobispo; pero éste abandonó aquella Isla el día 2 de Enero de 1837; desembarcó en Jamaica, se trasladó luego a Inglaterra, llegó a Londres el día 17 de Julio de 1837, y de allí pasó al territorio vasco-navarro dominado por las armas carlistas.

Cuando el Arzobispo Alameda de Brea llegó al Norte, estimó en tanto su llegada Don Carlos María Isidro de Borbón, que apenas tuvo de ella conocimiento le agració con la Gran Cruz de la Real y distinguida Orden de Carlos III y le confirió la Presidencia de la «Junta de Estado», con la cual debían consultar semanalmente los Ministros o Secretarios de Estado y del Despacho de Su Majestad, todos los asuntos graves de sus respectivas dependencias.

Cuando la boda de Don Carlos M.ª Isidro de Borbón con la Princesa de Beyra Doña María Teresa de Braganza, el Arzobispo de Cuba Alameda de Brea figuró en tan solemne acto como testigo nombrado por aquel augusto señor, en unión del Conde de Alcudia y de los generales Duque de Granada de Ega y Marqués de Valde-Espina.

Al dejar, más tarde, entrever el general Maroto sus aviesas intenciones (poco después de fusilar en Estella a los generales carlistas Guergué, García y Sanz) el Arzobispo de Cuba Alameda de Brea se le puso al frente apostrofando duramente su conducta en carta que le dirigió el día 18 de Marzo de 1839, y tanto procuró contrarrestar los planes del citado General, que éste, en carta dirigida al Obispo de León, Don Joaquín Abarca le decía que nuestro ilustre biografiado estaba de acuerdo con sus émulos (los del General Maroto) para contrariarle capitaneando en contra suya a los apostólicos que aún no habían sido desterrados, secundándole en aquellos planes el General Montenegro y los prestigiosos políticos carlistas Erro, Ramírez de la Piscina y Marcó de Pont. En efecto, puesto de acuerdo el Arzobispo de Cuba con los citados señores, al mismo tiempo que con Don Carlos, con el Infante Don Sebastián y con el brigadier Vargas, trató de derrocar el poder del General carlista Maroto, y tal vez lo hubiera conseguido sin la prisión del Brigadier D. Carlos de Vargas.

Un inglés, Mr. Mitchel, lanzó en 1840 a la publicidad un folleto atacando duramente a alguno carlistas de los más conspicuos, entre ellos el Arzobispo de Cuba, Alameda de Brea y al General D. Joaquín Elío, resultando luego que el Arzobispo Alameda de Brea dió a Mitchel muy extensa y documentada contestación, probando en ella su constante lealtad; además, y en unión del antiguo Ministro D. Juan Bautista Erro escribió el Arzobispo Alameda de Brea a Don Carlos M.ª Isidro de Borbón, desde Montpellier una notabilísima carta, fechada el día 13 de Abril de 1840, cuya carta tiene verdadero valor histó-

rico, no sólo porque patentiza la lealtad de los carlistas atacados por el inglés referido, si no que también porque dicho documento prueba la enemistad que a todos ellos les separó del traidor Maroto, y se hacía, en fin, en dicha carta un patriótico llamamiento a todos los leales carlistas emigrados, a fin de que la unión incondicional de todos ellos pudiera servir como de base para luchar en adelante con un alto sentido político.

Uno de los cargos formulados contra el Arzobispo Alameda de Brea se fundaba en que cuando el Gobierno del Rey de los franceses Luis Felipe de Orleans propuso (en Mayo de 1839) la conclusión de la guerra civil abdicando Don Carlos, saliendo de España Doña María Cristina y pactándose la boda del primogénito de Don Carlos con Doña Isabel, para gobernar ambos colectivamente, como igualmente soberanos, el citado gobierno francés acudió para ello a la influencia del Arzobispo Alameda de Brea; mas sólo fué por consideración al valimiento que tenía aquel Prelado en la Corte de Don Carlos, como acudió también aquel mismo gobierno francés, y con igual objeto, a los generales Conde de España y D. Ramón Cabrera; pero en la historia consta que tanto estos generales como el Arzobispo Alameda de Brea, rechazaron los tres las proposiciones del Gobierno francés.

La lealtad del Grande de España Don Fray Cirilo de Alameda de Brea queda plenamente probada con el recuerdo de que cuando Don Carlos María Isidro de Borbón trató de promover un nuevo levantamiento en el Norte, a él recurrió, y nuestro ilustre biografiado trabajó activamente para reanudar la guerra en el país vasco-navarro, impidiéndolo la falta de dinero, por no haberse podido cubrir el empréstito de tres millones de francos que empezó a negociarse en Londres y que hizo abortar el Embajador Isabelino Marqués de Miraflores valiéndose al efecto de un artículo que publicó en «El Constitucional» desacreditando aquella negociación.

En el ostracismo permaneció el Arzobispo Alameda de Brea durante diez años que aprovechó en recorrer toda Europa, la Tierra Santa y el Norte de Africa, regresando al cabo de tanto tiempo a la Madre Patria, acogido (como los generales Conde de Casa-Eguía, Villarreal, Uranga, Montenegro, Silvestre, Vargas, Alvarez de Toledo, Guibelalde, Carasa y otros muchos) a la amplia amnistía concedida por Doña Isabel a propuesta del Presidente de su Consejo de Ministros el Capitán General D. Ramón María Narvaez, primer Duque de Valencia.

Por aquella época ingresó el Arzobispo Alameda de Brea, en la Real Maestranza de Caballería de Ronda; el día 20 de Abril de 1850 fué preconizado Arzobispo de Burgos; el día 3 de

Agosto de 1857 fué preconizado Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas, de cuya sede tomó posesión el día 30 de Octubre del año siguiente, habiendo sido creado antes Cardenal de la Santa Iglesia Romana en el Consistorio que se celebró en Roma el día 13 de Marzo de 1858.

Desde que regresó a España vivió el Cardenal Alameda de Brea, exclusivamente consagrado al gobierno de las diócesis que hubo de regir; pero cuando fracasó en San Carlos de la Rápita la conspiración carlista que costó la vida al malogrado Capitán General de Baleares D. Jaime Ortega, al conocer su prisión se trasladó inmediatamente a Madrid el Cardenal Alameda de Brea para gestionar el indulto, en cuya concesión le cupo parte principalísima, y que si llegó tarde para el Capitán General de Baleares, salvó por lo menos la vida de su Secretario D. Pablo Morales, de su Ayudante de Campo D. Francisco Cervero, del General Carlista Elío y de otros muchos comprometidos. Como prueba de la gran confianza que a todos aquellos carlistas inspiraba el Cardenal Alameda de Brea, sólo consignaremos aquí un detalle que consta en la historia: al ser conducido al castillo de Tortosa el General Elío, pidió como único favor al oficial de la Guardia Civil que le custodiaba, que notificase acto seguido su prisión al Cardenal Alameda de Brea, como así lo hizo aquel digno oficial en cuanto llegaron a Tortosa; pero cuando su aviso llegó a Toledo, ya estaba el Cardenal en Madrid, gestionando gracia.

Según también consta en las obras de historia contemporánea, la confianza y la consideración que siempre inspiró el Cardenal Alameda de Brea a la Familia Real proscripta fueron tales que aún en la época en que siendo niños D. Carlos y Don Alfonso de Borbón y de Austria-Este costaba como un triunfo poder verles y hablarles, se consideraban las recomendaciones de nuestro Cardenal como de las más eficaces para conseguir tan grato objeto.

Cuando al ser destornada Doña Isabel II se desbordaron las pasiones anti-clericales de los revolucionarios, fué notabilísima la enérgica actitud en que a pesar de sus ochenta y ocho años de edad se colocó frente a ella el Cardenal Alameda de Brea con la publicación de la famosa y valiente exposición que dirigió a las Cortes, cuya extensión sentimos no sea para incluirla en esta biografía; pero cuyo histórico documento pueden leer los aficionados a esta clase de recuerdos en el capítulo LXVI del tomo primero de los *Anales de la guerra civil*, interesante obra escrita por el Catedrático D. Nicolás M.^a Serrano y por el Director de *El Correo Militar* D. Melchor Pardo.

El Cardenal de Toledo, Primado de las Españas, Don Fray Cirilo de Alameda de Brea falleció en Madrid el día 1.^o de Julio de 1872.

El Cardenal Monescillo



Nació este ilustre varón en Corral de Calatrava (provincia de Ciudad-Real) en el mes de Septiembre de 1811.

Protegido por el Deán de la Santa Iglesia Primada de España D. Lorenzo Hernández Alba, estudió filosofía el señor Monescillo en los célebres colegios de San Bernardino, de Toledo y de San Pedro Mártir, que regían los Padres Dominicos, llegando a obtener con nota de sobresaliente los grados de Bachiller, de Licenciado y de Doctor. A los diez y ocho años de edad fué ya nombrado Profesor de Teología, y en 1835 celebró su primera Misa en la iglesia de Santa Cruz de Madrid.

Poco después hízose ya notar como erudito escritor, colaborando en la revista titulada «El Genio del Cristianismo»; hiciéronse famosas sus cartas del año 1849 sobre asuntos relacionados con la enseñanza, dirigidas al ilustre Marqués de Valdegamas D. Juan Donoso Cortés, considerado por aquella época como un prestigio universal. También publicó en «El Católico» y en «El Pensamiento Español» intencionados artículos políticos contra los gobernantes de aquel tiempo, cuyos odios y persecuciones llegó a concitar de tal manera que le obligaron a emigrar a Francia.

Gracias al Capitán General don Ramón María Nervaez, primer Duque de Valencia, pudo

volver a España el señor de Monescillo, dedicándose entonces a sus predilectas tareas de la prensa diaria y de los trabajos literarios.

Pocos años gozó de relativa calma e independencia para el estudio. La Providencia le señaló nuevos horizontes y un campo de acción aún más extenso, elevándole al Vicariato *Vere Nulius* de Estepa, donde empezó a ensayarse en el alto régimen pastoral, aunque siempre dominado por su irresistible tendencia a escribir y a propagar por medio de la prensa.

Suprimida aquella vicaría en el año de 1852, pasó de Canónigo a Granada; de allí, por permuta a Toledo, donde el insigne Cardenal Alameda de Brea le dió una prueba de singular predilección promoviéndole en turno suyo a la dignidad de Maestrescuela, silla coral que ilustró y sublimó hasta que fué exaltado en 1861 al trono episcopal de Calahorra y la Calzada, en el que adquirió gran importancia social y política.

En la diócesis de Calahorra estuvo cuatro años, pasando en el de 1865 a la de Jaén; en 1877 fué nombrado Arzobispo de Valencia y en 1884 recibió la birreta Cardenalicia.

Por indicación del Sumo Pontífice León XIII fué propuesto para la Silla arzobispal de Toledo, Primada de las Españas, en 1892. Preconizado el día 11 de junio de aquel mismo año, recibió grandes testimonios de afecto al salir de Valencia el día 7 de agosto. Por poderes se posesionó del Arzobispado de Toledo, y en la capital de este nombre hizo su entrada pocos días después en medio del mayor entusiasmo de aquella población.

Los cargos políticos del Cardenal Monescillo fueron los siguientes: Diputado a Cortes por la Mancha, su circunscripción natal, en las Constituyentes de 1869; Senador del Reino por Vizcaya en 1871; otra vez, por Granada en 1877, y a poco fué nombrado Senador por derecho propio. Puso al servicio de estos cargos todo el aliento de su ser, y sostuvo debates, discusiones, interpelaciones y réplicas, difíciles muchas, peligrosas algunas, y todas con adversarios de escuela, irreductibles por la tenacidad sistemática con que vivían obcecados.

Desde algunos años antes de su fallecimiento (que tuvo lugar el día 11 de agosto de 1897 en Toledo) vivió en la capital de su Archidiócesis, sufriendo con resignación una terrible enfermedad que le tuvo postrado por largo tiempo; pero que nunca llegó a disminuir el vigor de su carácter, y así, en muchas ocasiones protestó ené-

gicamente en documentos pastorales, contra abusos y vicios de los gobiernos y de la sociedad.

Cuando la peregrinación obrera a Roma, muchos alfonsinos pretendieron hacer creer que el Papa León XIII había condenado el Carlismo. Entonces el Cardenal Monescillo publicó una famosa pastoral apellidada por algunos *La resurrección carlista*, porque en ella se demostró que ni Su Santidad nombró para nada a los carlistas ni a Carlos VII en el acto de la Audiencia que dió a la peregrinación, ni los personajes que la componían entendieron el verdadero sentido de las palabras del Sumo Pontífice, con todo lo cual el Carlismo adquirió aún mayor robustez y virilidad.

Ya en las Cortes Constituyentes de 1869 y en las de Don Amadeo de Saboya había hecho gala el Cardenal Monescillo de su adhesión al Carlismo; de él podría decirse que expiró bendiciendo al augusto Caudillo de la Comunión Católico-Monárquica.

Poquísimo antes de morir, casi entrado ya en la agonía, una persona enviada expresamente a Toledo por Carlos VII, llegó hasta la cabecera de su lecho de dolor, portadora de augustos consuelos, y el ínclito Príncipe de la Iglesia, oyendo el Mensaje con los ojos arrasados en lágrimas, manifestó el pesar que sentía por morir sin haber visto a la justicia triunfante en su patria, y encargó que se transmitiesen sus gracias y sus fervientes bendiciones al *Rey cristiano y caballero*. ¡Digno fin de una vida consagrada por entero a servir la verdad y a combatir el error, en todos los terrenos, por aquel santo Prelado y gran español!

Conoció a Carlos VII en Ginebra durante el período turbulento transcurrido entre la batalla de Alcolea y el levantamiento nacional carlista. El entonces Obispo de Jaén era el designado (con gran gozo suyo), para administrar el Sacramento del Bautismo a Don Jaime de Borbón. Pero el

Santo Pontífice Pío IX, que siempre mantuvo trato afectuosísimo con Carlos VII, le expuso paternalmente una observación dictada por su amor a España: aquel acto, dijo, podía ocasionar persecuciones al Obispo de Jaén, podría ser destruido privándose con ello a la Sede de un Pastor tan celoso, y a la Iglesia en España de uno de sus prelados más insignes; por todo lo cual Su Santidad aconsejaba que para bautizar a Don Jaime se escogiese un obispo *in partibus* al que no pudiera arrojar de su silla el gobierno de Madrid.

Rindiéndose a tan prudente consejo, bautizó a Don Jaime el Apóstol de Australia, D. Fray Benito Serra, Obispo titular de Daulia; pero el señor de Monescillo, aunque convencido de la sapientísima prudencia, siempre deploró no haber tenido aquel honor y que las circunstancias le hubiesen impedido dar aquella pública y señalada muestra de su adhesión a Carlos VII, cuyo augusto señor, en su exquisita delicadeza y en su extremada prudencia evitó siempre el crear conflictos al Cardenal Monescillo (al igual que a otros Prelados españoles no menos adictos a su Causa) y jamás le mezcló en servicios políticos; pero siempre le pedía sus oraciones, y con frecuencia recibía testimonios de su paternal interés. No mucho antes de morir, sufriendo ya su última enfermedad, postrado en cama escribió el ilustre purpurado a Carlos VII una conmovedora carta, conservada como reliquia en los archivos del Palacio Loredán de Venecia.

También con Don Alfonso de Borbón y de Austria-Este (hermano de don Carlos) mantuvo afectuosas relaciones el Cardenal Monescillo, pues se estimaban desde que se conocieron en Roma, hallándose Don Alfonso sirviendo en el brillante Cuerpo de Zuavos Pontificios, y asistiendo por aquel mismo tiempo el Cardenal al Concilio Vaticano.

El Obispo de Vich, Fray Raimundo Strauch

Hijo de don Francisco Strauch, Sargento de Suizos al servicio de España, nació en Tarragona en el mes de octubre de 1760.

A los dieciséis años de edad vistió el hábito de Menores Observantes en el Convento de San Francisco de Asís, de Palma de Mallorca, en el cual fué Lector de Filosofía y de Sagrada Teología. De esta última facultad se le nombró en 1798 Catedrático de la Universidad literaria de la ya citada capital.

Versado en el estudio de la Sagrada Escritura y de sus expositores, combatió con empeño

los errores que mal disfrazados con la hipocresía de los sabios, según el mundo, y prudentes según la carne, vierten disimuladamente todo el veneno de los impíos heresiarcas y se apoderan insensiblemente del espíritu de los incautos.

Cuando las huestes de Napoleón invadieron España, el Ilmo. Sr. Strauch pasó a Cataluña como Capellán del Regimiento de Suizos, siguiéndole en todas sus operaciones de guerra.

En ninguna ocasión dejó de vestir el hábito franciscano.

Nombrado Obispo de Vich en 1816, trabajó

incesantemente por el bien de su grey, procurando preservarla de los errores de la impiedad, combatiendo a ésta hasta derramar su sangre.

Tradujo las *Memorias del Abate Barruel para servir a la historia del jacobinismo*, destruyendo los prestigios de la impiedad, patentizando lo absurdo de los principios de ésta, la atrocidad de sus medios y la depravación de sus maestros.

Ante tanta firmeza para poner de manifiesto las asechanzas del infierno, los enemigos decre-



taron su muerte, que con la del religioso lego Fray Miguel Quingles, natural de Mallorca (que le acompañaba) alevosamente ejecutaron el día 16 de abril de 1823, por la tarde, en los campos de Vallirana.

Mientras le conducían con dicho lego en una tartana desde Barcelona a Tarragona, simulando haber visto algunas fuerzas realistas, les mandaron apearse, y a pocos pasos brutalmente les fusilaron.

Los cadáveres del Prelado y de su acompañante quedaron abandonados en el camino, y fueron enterrados sin solemnidad alguna en el cementerio de Vallirana.

En el trascoro de la Catedral Vigitana, al pie del altar del Crucificado elevó el ilustre Prelado D. José Morgades un sencillo monumento,

al que fueron trasladados desde Vallirana, en 27 de noviembre de 1889, los restos de las víctimas del liberalismo Ilmo. Sr. D. Fray Raimundo Strauch y hermano Fray Miguel Quingles.

He aquí como refiere aquel horrendo crimen la *Biblioteca Popular Carlista*:

«Conducido a Barcelona, fué encerrado Su Ilma. en uno de los calabozos de la torre de la Ciudadela, donde se le dejó incomunicado.

«Pocas esperanzas alimentaba el Cabildo de Vich, bajo el concepto de que esta prisión era una de las tenebrosas maniobras de la atroz política de un partido cuyo carácter distintivo es la violencia; pero cuando advirtió que la revolución incapaz de esperar los trámites de la ley, empezó a manchar sus bayonetas con las veinticuatro víctimas de los *Tres Robles*, se estremeció por la vida de su venerable Prelado.

«Desgraciadamente no fueron infundados los temores del Cabildo. Estaba decretado en los inefables consejos de la Providencia que el fanatismo liberal debía coronar la dilatada serie de sus horrores con el sacrílego asesinato del Obispo de Vich, y éste consumóse de la manera más alevosa e inicua, para decirlo así en una palabra, más... liberal. Quiso hacer creer a Su Ilma. que se le conducía a Tarragona. Puesto en una tartana llegó a Molins de Rey, en donde convidó a comer en un mesón a los dos oficiales de la partida de tropa que le escoltaba. Habiendo entrado en la Parroquia de San Mateo de Vallirana, bajo el pretexto de que los facciosos (realistas) disparaban (para cuya farsa se mandó adelantar algunos soldados que lo hiciesen), se le previno que descendiese de la tartana y anduviese por una senda separada del camino principal. Pocos pasos había dado cuando se le fusiló alevosamente junto con el religioso lego que le servía, Fray Miguel Quingles, natural de Mallorca y profeso del Convento de San Francisco de Palma. Consumóse tan horrible crimen entre cuatro y cinco de la tarde del día 16 de abril de 1823. Los cadáveres del Ilmo. Sr. Don Fray Raimundo Strauch y del religioso lego Fray Miguel Quingles estuvieron insepultos dos días y medio. Para darles sepultura fué menester expresa licencia del jefe político de Cataluña. Los vecinos de Vallirana hicieron guardia día y noche a los cuerpos de los ilustres mártires antes de que fuesen enterrados en el cementerio de aquella parroquia, e impidieron con su caritativo celo que una partida de revolucionarios machacasen las venerables cabezas.»

Hace pocos años, debido a la iniciativa de los carlistas catalanes, se erigió una cruz monumental en el sitio donde fué fusilado.

Don José Caixal y Estradé



Obispo de Urgel

Nació en Valossell (Lérida) en 1803; abrazó la carrera del sacerdocio apenas llegó a la edad competente para ello; ejerció el profesorado en la Universidad de Cervera y en el Seminario de Tarragona de cuya Santa Iglesia Catedral fué nombrado Canónigo en 1831.

El día 5 de Junio de 1853 fué el Sr. de Caixal preconizado Obispo de Urgel, en cuya Diócesis dedicóse con ahinco a la predicación de la divina palabra: dió numerosas misiones e inmortalizó su nombre con la construcción del Seminario y la fundación del Colegio de San Luis, destinado a favorecer las vocaciones eclesiásticas de los pobres.

Doña Isabel II agració en 1858 con la Gran Cruz de la Real y Americana Orden de Isabel la Católica al Ilmo. Sr. Caixal, quien se distinguió notablemente en el Concilio Vaticano, en el que dejó oír su elocuente palabra hasta por doce veces, mereciendo que su Santidad Pío IX le nombrase Camarero asistente al Solio Pontificio y que le hiciese Noble romano, título que sólo conceden los Pontífices a las personas que llegan a prestar eminentes servicios a la Iglesia.

Si como orador era notable el Sr. Obispo Caixal, no dejó menos bien sentada su reputación como escritor; poseía perfectamente el español, el francés y el italiano; en lengua latina escribió *Veni mecum*, precioso diccionario para sacerdo-

tes; y en castellano (en colaboración con el Padre Palau) escribió la *Lucha del alma con Dios*; sus pastorales fueron siempre documentos notables.

En 1871 fué elegido Senador del Reino por Tarragona.

Cuando la última guerra carlista, confirió Don Carlos de Borbón el cargo de Vicario General Castrense de sus tropas al Sr. Obispo Caixal, quien acudió al Norte al lado de Don Carlos hasta que, posesionados de la ciudad y los fuertes de Seo de Urgel los carlistas, volvió el Sr. Obispo Caixal a su Diócesis, de la cual ya no se separó hasta después de sitiada y tomada Seo de Urgel (en Agosto de 1875) por los alfonsoinos, quienes le consideraron como prisionero de guerra; como tal le condujeron a Barcelona, escoltado por oficiales de la Guardia Civil, y le confinaron después al castillo de Alicante, de donde pasó el Sr. Obispo a Roma en calidad de desterrado y con expresa prohibición de regresar ya nunca más a España.

El Excmo. e Ilmo. Sr. D. José Caixal (a quien Don Carlos agració en campaña con la Gran Cruz de la Real y distinguida Orden de Carlos III) vivió en la capital del orbe católico en medio de la mayor pobreza; pero recibiendo grandes pruebas de afecto por parte de Sus Santidades Pío IX y León XIII, quien le mandó su bendición en el artículo de la muerte, la cual ocurrió el día 26 de Agosto de 1879.

Surgieron algunos obstáculos para dar sepultura a su cadáver en tierra española; pero por fin transigió con ello el Gobierno, y los restos mortales del Sr. Obispo Caixal descansaron, al fin, en la Capilla de San Armengol, de la Catedral de Urgel.

Campo carlista



Acción de Piedrabuena - 1874

El Obispo de Daulia



El Excmo. e Ilmo. Fray José María Benito Serra,
Obispo de Daulia

D. José María Benito Serra, nació en Mataró (prov. de Barcelona), el día 11 de Mayo de 1810. Recibió su educación en el Colegio de Padres Escolapios, y a los diez y nueve años de edad marchó a Santiago de Galicia, donde vistió el hábito de San Benito en el Monasterio de San Martín. De allí y terminado su noviciado, pasó a estudiar Filosofía al Monasterio de Irache (Navarra) y después Teología en el de San Vicente, de Oviedo, siendo ordenado de Sacerdote en Santiago de Galicia, a donde regresó una vez concluidos sus estudios, el día 19 de Marzo de 1835.

Por la persecución de que fueron objeto las órdenes monásticas aquel año, el Padre Serra pasó con otros religiosos a Nápoles, al Monasterio benedictino de la Santísima Trinidad, de Cana.

Se le dedicó por sus superiores a la enseñanza de Teología e Idiomas, y en 1845 solicitó y obtuvo ser enviado a las Misiones de Australia.

Fué Obispo de Puerto-Victoria, y más tarde, Auxiliar y Administrador Apostólico del de Perth con el título de Obispo de Daulia.

Regresó a España, y a su vuelta a la Australia se llevó de aquí cuarenta Misioneros que le ayudaron en su apostólica empresa, estableciendo escuelas y fundaciones religiosas, iglesia catedral, un monasterio y un palacio episcopal.

En tan penosa labor perdió su salud, y solici-

tó y obtuvo de su Santidad Pío IX la aceptación de la renuncia de la administración apostólica de la Diócesis de Perth, regresando a España en 1862.

Tampoco descansó en su patria, pues su celo apostólico le llevó a emprender una obra en grado sumo enaltecedora, la de sacar del fango del vicio a desgraciadas jóvenes que en él se encontraban sumidas, y fundó, en una casa alquilada en Ciempozuelos, un Asilo, bajo el título de Nuestra Señora del Consuelo, donde las extraviadas y arrepentidas jóvenes pudieran encontrar un refugio seguro y su regeneración. Aquel fué el principio de una gran obra.

Así fundó el Instituto de Oblatas del Santísimo Redentor, bajo la protección de la Inmaculada y de San Alfonso de Ligorio, que se inauguró definitivamente en 2 de febrero de 1870.

Aprobado dicho Instituto por el Eminentísimo señor Cardenal Alameda de Brea, Primado de las Españas y bendecido paternalmente por el gran Pío IX, contaba ya en 1880 con más de sesenta Hermanas y doscientas acogidas, distribuidas en ocho casas, cuando atendiendo el venerable fundador a que para la mayor prosperidad de su obra convendría mucho la aprobación de la Santa Sede, se decidió, por fin, a pedirla; pero no tuvo el consuelo de verla porque no llegó hasta algunos años después de la muerte del celosísimo fundador.

Retirado el Obispo de Daulia en el desierto de Las Palmas inmediato a Benicasim (Castellón), allí falleció el día 8 de Septiembre de 1886, después de una vida de virtudes fecunda en beneficios para sus semejantes.

Esta es en extracto la vida del Excmo. e Ilmo. Sr. Don Fray Benito Serra, Obispo de Daulia, Prelado doméstico de su Santidad, Conde del Sacro Romano Imperio, Noble Romano, Caballero Gran Cruz de la Real y Americana Orden de Isabel la Católica Fundador de las Religiosas Oblatas del Santísimo Redentor.

El granito de mostaza que el insigne Obispo de Daulia sembró se ha convertido en frondoso árbol; a su muerte habían trece asilos; en la actualidad llegan ya a diez y ocho, con más de quinientas hermanas.

La Comunión Tradicionalista se honró contándole entre sus más entusiastas y decididos afiliados, encontrando siempre sus partidarios un sabio consejo y palabras de alentamiento en el inolvidable Obispo de Daulia en quien concurría también una circunstancia gratísima y de feliz recordación para todos los buenos jaimistas: el fué quien administró las Santas Aguas del bautismo a Don Jaime de Borbón.

El Obispo de Nueva Segovia



Don Fray Mariano Cuartero y Sierra

Muchos han sido los militares carlistas que después de batirse en campaña han abrazado el estado religioso, y muchos han sido también los Prelados que, unos más y otros menos directamente, han dado pruebas de su adhesión al Carlismo; pero solo sabemos de un Prelado que lo haya aclamado espada en mano en los campos de batalla, si bien ocurrió esto cuando no solamente no era eclesiástico, sino que ni en serlo había pensado nunca por aquella su época militar.

Don Mariano Cuartero, perteneciente a noble familia aragonesa, había nacido en Zaragoza el día 10 de Enero de 1830 y se encontraba en Madrid estudiando la carrera de Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, cuando en 1847 se marchó a Cataluña para ingresar en las filas de los que en sus abruptas montañas peleaban al grito de ¡Viva Carlos VI!, siendo nombrado Cadete y ascendiendo poco después a Alférez.

Al concluirse aquella guerra se refugió el señor de Cuartero en la casa-parroquial de un pueblecillo de los Pirineos, esperando allí a que se

concediese indulto general; pero le agradó tanto la vida religiosa, que en vez de volver luego a Madrid a seguir sus estudios de Ingeniero, ingresó en el Convento de Monteagudo, de la Orden de Agustinos Descalzos: se ordenó de sacerdote en 1853 y, previas oposiciones, obtuvo el grado de Lector de Filosofía; cuatro años después ganó el grado de Lector de Sagrada Teología; en 1863 embarcó para Filipinas; en 1867 fué elegido Prior del Convento de Manila; en 1870 fué elegido Provincial de su Orden en el Archipiélago Filipino; el año 1875 fué consagrado Obispo de Nueva Segovia (Isla de Luzón) en 1880 fué agraciado con la Gran Cruz de la Real y Americana Orden de Isabel la Católica; y falleció cristianamente en Vigan (capital de su diócesis) el día 12 de Agosto de 1887.

Como en Filipinas no podía haber para los buenos españoles otra política que la de inculcar en los naturales del país el amor a la Madre Patria, a fin de sostener a todo trance su mayor prestigio y la integridad de sus dominios, el señor Obispo Cuartero y Sierra no tuvo ocasión de hacer gala de sus antiguas ideas carlistas; pero que éstas anidaron siempre en su corazón lo prueban varios detalles: el interés con que siguió las vicisitudes de la última guerra civil; las entusiastas cartas que escribía a su hermano político el General de Artillería carlista D. Antonio de Brea; el auxilio eficaz que (dentro de los límites que permitían su posición excepcional en una Colonia) prestó a muchos de los carlistas que hubieron de arribar a la perla de nuestros dominios de Oceanía; y, en fin, la circunstancia de que los dos eclesiásticos que en los cargos de mayor confianza para un Prelado tenía cuando le sorprendió la muerte, eran dos probados y decididos carlistas: su Provisor General, D. José de Gojeascoechea, que había hecho toda la guerra civil de 1873 a 1876 como oficial de Caballería, a las inmediatas órdenes del General carlista Dorregaray, con quien sirvió lo mismo en el Norte que en el Centro, llegando a alcanzar con su bravura el empleo de Comandante, y se hizo sacerdote cuando llegaron los tiempos de paz; y el Secretario del señor Obispo Cuartero, que lo era un sacerdote guipuzcoano, apellidado Picabea, que en todo se mostraba entusiasta carlista.

El Obispo de la Habana



Don Fray Jacinto Martínez Sáez

Nació el día 10 de septiembre de 1812 en Peñacerrada (provincia de Alava). Desde sus primeros años dió pruebas de poseer memoria feliz, claro talento y grande afición al estudio. Sus padres, honrados labradores, favorecieron su decidida inclinación a la carrera eclesiástica.

A la edad de 12 años comenzó a estudiar filosofía en Salamanca, y poco después se trasladó a Madrid, donde continuó este estudio, siempre con gran aprovechamiento.

En 1828, a la edad de 16 años, tomó el hábito de religioso en el convento de capuchinos de Toledo. El día de San José del año 1836 fué ordenado de sacerdote por el señor Bonel y Orbe, a la sazón Obispo de Córdoba, y más tarde Arzobispo de Toledo y Cardenal de la Santa Iglesia Romana.

Al suprimirse las órdenes religiosas, viéndose, muy a pesar suyo, fuera del claustro, se consagró casi exclusivamente al ministerio, entonces tan árduo y tan lleno de peligros, del confesionario y del púlpito. Su elocuencia, que tan brillante y tan persuasiva era, no pudo menos de llamar hacia él la atención pública, y sus convicciones, siempre tan profundas, tan firmes y tan decididas, le impelían a plantear sin temor ni vacilaciones, y resolver con toda la entereza de su inquebrantable carácter, las más graves y aún más espinosas cuestiones que en aquella tan agitada época se suscitaban. Excitadas contra él, con este motivo, las pasiones políticas, huyendo de la persecución que sufría, en 1838 se vió obli-

gado a pasar la frontera y buscar refugio en Francia.

Al poner el pié en la nación vecina, se encontró sin recursos propios con los cuales se pudiese sostener. En estas circunstancias que tan afflictivas eran, el Padre Martínez, en cuya grande alma jamás entraron la desconfianza y la desesperación, en vez de amilanarse, como tantos otros se han amilanado en su caso, alentado por las mismas dificultades que encontraba, concibió la idea de estudiar el francés y habilitarse para ejercer su santo ministerio en Francia. Para él, concebir una idea era adoptar una resolución, y adoptar una resolución era empezar a luchar contra toda clase de obstáculos para llevarla a cabo.

Permaneció en Francia hasta 1843, año en el cual, movido por su celo, emprendió su primer viaje a América, donde estuvo trabajando sin descanso, como misionero en Méjico, o como cura párroco en la Isla de Cuba, hasta fines del año 1857.

Vuelto a España, en 1858 recibió el grado de Doctor en Teología y desempeñó el cargo de catedrático de Cánones en el Seminario Conciliar de Toledo, y recomendado por el ilustre cardenal Alameda de Brea, fué por primera vez a Roma con el cargo de Catedrático de Teología, y a tan alto grado llegó la reputación de su inteligencia y de su carácter que en 1863 fué designado por el inmortal Pío IX para que en calidad de Secretario acompañase a Monseñor Saba de Oziero, Arzobispo de Cartagena, en su misión a las Indias Orientales. Durante esta misión, recorrió gran parte de la India, de la China y el Japón. Terminada su misión, al volver a la ciudad eterna tuvo la satisfacción de saber que la Santa Sede, no sólo aprobaba su conducta, sino que además quedaba muy complacida de la *Memoria* que le había remitido acerca de las muchas y árduas cuestiones, cuyo examen se le había confiado.

No obstante sus méritos, que tantos y tan grandes eran, había llegado a la edad de cincuenta y tres años sin haber recibido, ni solicitar ni pensar siquiera en recibir recompensa de ningún género.

Sin embargo, el Gobierno, que ya había fijado su vista en un sacerdote de tanta actividad y tan lleno de ciencia, al tener noticia del excelente resultado de su misión a Oriente, le eligió para que ocupase la silla episcopal de la Habana. Esta elección, que por los muchos mere-

cimientos del electo había sido aceptada en Roma sin dificultad y hasta con júbilo, fué confirmada sin la menor dilación por Su Santidad en el Consistorio de 27 de marzo de 1865. La consagración tuvo lugar en Madrid, en la Real Capilla el día 11 de junio del propio año.

Habiéndose pasado gran parte de su vida como un misionero, o, mejor dicho, cual un apóstol, viajando y estudiando, el Obispo de la Habana había adquirido una erudición grandísima en las ciencias eclesiásticas; estaba muy familiarizado con las ciencias naturales, y poseía no pocas lenguas vivas y muertas. Era orador notable; escribía con suma facilidad y corrección; predicó mucho.

Como escritor, el Obispo de la Habana conquistó una gran reputación.

Como político, fué el Obispo de la Habana el Prelado que más explícita y decididamente se

declaró carlista cuando en 1871 le eligieron senador del Reino los alaveses; también por entonces figuraron en la Minoría Católico-Monárquica de la alta Cámara de las Cortes de Don Amadeo de Saboya los Obispos de Avila, de Cuenca, de Jaén, de Osma, de Tarazona, de Tortosa, de Urgel y de Vitoria; pero ninguno de ellos llegó a mostrarse tan resuelto y tan públicamente carlista como nuestro valiente biografiado, quien no contento con proclamar sus ideales al Parlamento, trabajó activamente y con el mayor celo y entusiasmo, no solamente en la Madre Patria, sino que también en distintos puntos del extranjero, especialmente en la capital del Orbe Católico, por el triunfo de la Causa Tradicionalista.

Falleció como un Santo en una humilde celda de su convento de Capuchinos, de Roma, el día 31 de octubre de 1873.

Don Vicente de Manterola y Pérez



Diputado a Cortes de 1869 a 1872

Nació en San Sebastián (Guipúzcoa), el día 22 de junio de 1833.

Desde los primeros años manifestó gran afición al estudio y decidida vocación por la carrera eclesiástica; así es que habiendo adquirido los primeros conocimientos en San Sebastián, entró en 1846 en el Seminario Conciliar de Pamplona, donde estudió Teología con mucho aprovechamiento.

Hombre de fecunda imaginación y de elevado espíritu, se dedicó al estudio de las ciencias abstractas, y al terminar su carrera ya se adivinaba en el señor de Manterola al orador fecun-

do, al escritor distinguido, que más tarde había de ocupar un puesto importante en la república de las letras y en el estadio de la ciencia.

Cuando aun estudiaba su carrera, ya era solicitado por diferentes establecimientos y corporaciones, habiéndose encargado, a los veintidós años de edad, de explicar (sin sueldo ni remuneración alguna), las asignaturas de latín e historia en el Instituto de San Sebastián.

Deseoso de concluir su carrera, pasó al Seminario de Toledo, donde estudió el séptimo año y recibió el grado de licenciado en sagrada Teología, doctorándose después en el de Salamanca.

En el curso académico de 1858 a 1859 tuvo a su cargo en el Seminario de Pamplona las cátedras de latín, griego y retórica, habiendo producido óptimos frutos su celo profesional.

Si su carrera literaria fué brillante, no escasos fueron los triunfos que le proporcionó su celo apostólico.

La fama de la ilustración y las virtudes del señor de Manterola era ya general en toda España. A causa de ella el ilustrísimo Sr. D. Antolín Monescillo, a la sazón Obispo de Calahorra, le nombró su Secretario de Cámara, cargo en el cual demostró toda la fuerza de su vigorosa inteligencia.

Al año siguiente cesó en este empleo, en virtud de haber sido nombrado, por oposición, Magistral de la Catedral de Vitoria, habiendo conservado luego durante toda su vida el paternal cariño que ni por un momento dejó de profesarle el inolvidable Cardenal Monescillo.

Sería interminable nuestra tarea si hubiéramos de citar todos los sermones que pronunció en la Real Capilla y en otras iglesias de distintos puntos de España. Diremos únicamente que en todas partes brilló como uno de los primeros oradores sagrados de su tiempo.

Se distinguió D. Vicente de Manterola como notable escritor.

Tales eran los antecedentes que recomendaban al señor de Manterola cuando fué elegido Diputado por Guipúzcoa en las Cortes Constituyentes convocadas en 1869 como consecuencia del destronamiento de D.^a Isabel II a fines de septiembre del año anterior.

Delicada y difícil en alto grado era la posición de los sacerdotes que fueron por entonces a un Congreso como aquel, en el cual predominaba el elemento librecultista y había una fracción franca y decididamente anticatólica, a la cual daba importancia el espíritu revolucionario.

Mucho valor era necesario para usar de la palabra en el recinto del Congreso, dadas aquellas circunstancias, a hombres que no estaban avezados a las luchas parlamentarias. Y, sin embargo, al discutirse la totalidad del proyecto de Constitución, pronunció D. Vicente de Manterola un discurso del que podría decirse que ha pasado a la historia, pues si de él dicen algunos escritores que se resintió de la entonación de la oratoria sagrada y que carecía de algunos requisitos puramente exteriores, esencialmente artísticos, en cambio todos los comentaristas de aquella época, lo mismo los amigos que los adversarios políticos, reconocen que fué aquel un discurso monumental, nutridísimo de doctrina, revelador del hábil polemista, del profundo observador, del hombre de ciencia, merecedor de la popularidad que adquirió en toda España y del

entusiasmo y cariñosa adhesión que supo inspirar a las masas católicas.

Su propio contrincante, el verbo de la democracia, el que luego fué primer Presidente de la República Española, Don Emilio Castelar, hubo de saludar con admiración y con respeto al valioso paladín de la Causa Católico-Monárquica, al modesto eclesiástico a cuya buena y preclara memoria dedicamos estas líneas, quien haciendo siempre gala de su gran erudición, de sus profundos conocimientos históricos y teológicos, se distinguió más tarde en la discusión de los artículos 20 y 21, así como presentando una enmienda encaminada a sostener la Universidad Católica, con cuyo motivo amplió los poderosos argumentos de sus anteriores discursos.

Acordada, al fin, por las Cortes Constituyentes la libertad de cultos, el señor de Manterola se alejó del palenque parlamentario, volvió a su Catedral de Vitoria y coadyuvó poderosamente a la propaganda de las ideas tradicionalistas, así como a la organización de los elementos antiliberales.

Durante la última guerra civil prestó grandes servicios a la Causa Católico-Monárquica el ilustre Canónigo Manterola; desempeñó importantes Comisiones de Don Carlos de Borbón en distintas naciones de Europa, y se distinguió, sobre todo, al frente de un Comité que constituyó en Roma, en donde trabajó activo e inteligente, con todo el entusiasmo y energía propios de su gran carácter, secundado eficazmente por el Marqués de Patrizzi, el Conde de Solderini, Don Luis Negri y D. Eduardo Soler.

Después de la guerra, nuestro insigne biografiado obtuvo por oposición la Canongía Penitenciaria de la Santa Iglesia Catedral de Toledo. Su muerte causó hondo sentimiento entre los carlistas, que lo consideraban como uno de sus hombres más eminentes.

Don Cruz Ochoa y Zabalegui

Hijo de un señor oficial carlista de la primera guerra civil, nació en Puente-la-Reina, el día 3 de mayo de 1840; graduóse de Bachiller en el Instituto de Pamplona, y había ya empezado a estudiar la carrera de Abogado cuando le tocó en suerte ser soldado en la quinta de 1859; solicitó y obtuvo el ingreso en el benemérito Instituto de la Guardia Civil, a cuya Dirección General fué destinado como escribiente. Sin abandonar sus obligaciones militares continuó en la Universidad Central los estudios de su carrera, terminóla en 1866, y pasó entonces a desempe-

ñar interinamente una Cátedra en la Universidad de Zaragoza.

Cuando fué destronada Doña Isabel, dejó el señor de Ochoa su Cátedra; sostuvo brillante campaña de propaganda católico-monárquica como Director de *El Legitimista Español*, y habiendo sido elegido en el año de 1869 diputado a Cortes por la circunscripción de Navarra, probó con sus célebres batallas parlamentarias que era un excelente orador; fueron sus discursos modelo de energía y lógica inflexible, y mereció ser blanco de los odios de la famosa *partida de la porra*,

algunos de cuyos individuos llegaron a asesinar en la Corredera Baja de San Pablo, de Madrid, a un sobrino del General liberal Azcárraga, confundiendo con el Diputado carlista Ochoa.

El nombre de nuestro ilustre biografiado adquirió ya gran relieve en aquella lejana época,



EXCMO. SR. D. CRUZ OCHOA
Senador del Reino en 1893 y 1899

por su fogosa oratoria, por sus incansables bríos, por su ardor en la defensa de todo lo santo y noble, alcanzando especial renombre cuando en las Cortes Constituyentes de 1869 se alzó, cual invencible luchador, a contrarrestar las blasfemias de aquel médico y diputado a Cortes catalán, apellidado Suñer y Capdevila, que decía haber proclamado guerra a Dios y a la tisis.

Del señor de Ochoa (que fué el primero que dió en plena Cámara el grito de ¡Viva Carlos VII!) puede asegurarse que fué en el Parlamento el héroe de la minoría tradicionalista. Siempre en la brecha, siempre animoso, razonador unas veces, incisivo otras, pero siempre elocuente, sostuvo una campaña que sólo puede compararse con la que dió tan grande como justa celebridad al insigne D. Cándido Nocedal en las Cortes del bienio de 1854 a 1856.

Así no fué de extrañar que cuando se verificaron nuevas elecciones políticas, el año 1871, volviera el Sr. de Ochoa a tomar asiento en el Congreso como diputado por el distrito de Tudela, sosteniendo en las Cortes de Don Amadeo

de Saboya el alto concepto y justa fama que había conquistado en las Constituyentes.

Cuando estalló la guerra civil, el señor de Ochoa se alistó con juvenil entusiasmo en el Ejército carlista del Norte; durante algún tiempo militó a las órdenes del célebre guerrillero Don Manuel Santa Cruz, Cura de Hernialde; pero luego que fué declarado rebelde por las autoridades carlistas, el señor de Ochoa hubo de separarse de él, incorporándose a las tropas carlistas que siempre fueron leales y obedientes a Don Carlos de Borbón.

Acabada la guerra establecióse el señor de Ochoa en Durango, para ejercer la abogacía, y de aquella época hemos oído contar un incidente que pinta a lo vivo el carácter y firmeza de sus convicciones.

Como el juzgado le rehusara por inhábil para ejercer la profesión, pues ninguno que hubiera servido a Don Carlos con grado de oficial o jefe podía ejercer legalmente ninguna profesión sin hacer antes una aceptación expresa del indulto concedido por Don Alfonso, y como era lo natural que el juez entendiese que hombre de tales prendas no habría militado sin llevar estrellas o galones: «No, señor juez (le dijo con noble alteza Don Cruz Ochoa), sepa usted que yo hice la campaña carlista como soldado raso; no me obliga, pues, la Real Orden del indulto».

Vuelto a Madrid, llamóle el célebre Ministro alfonsino Don Germán Gamazo, con quien le ligaban lazos de amistad contraídos en la carrera, como condiscípulos que habían sido; conocedor y estimador de la valía del señor Ochoa, hízole el señor de Gamazo notables y tentadores ofrecimientos que de haber sido aceptados tal vez hubiesen llevado a nuestro ilustre biografiado a los más altos puestos de la política liberal; pero estaban de por medio sus enteras convicciones, y jamás quiso faltar a ellas. Otras miras más levantadas tenía por entonces; creyó escuchar la voz de Dios que le llamaba al honor sacerdotal, y en 1883 abrazó la carrera eclesiástica.

Entonces empezó para él una vida quizás más oscura que la anterior, pero de la cual podría decirse que la humildad y virtudes del sacerdote eclipsaron los esplendores de la propia valía.

Sin embargo, sus relevantes dotes, aunque contenidas por su modestia, le denunciaban a pesar suyo; fué durante algunos años Canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Calahorra, en cuya ciudad ejerció el cargo de Secretario de Cámara del insigne D. Antonio de Cascajares, que luego llegó a Cardenal de Zaragoza, y que por aquella época regía como Obispo la Diócesis de Calahorra.

El Ilte. Sr. D. Cruz Ochoa dió muchas misiones en Navarra, edificando en todas partes

con su piedad, y en el año de 1896 obtuvo en reñidas y brillantes oposiciones la Canongía Doctoral de la Santa Iglesia Primada de España, siendo a la sazón Arzobispo de Toledo el antiguo compañero suyo de campañas parlamentarias, el insigne Cardenal Monescillo.

Todavía tuvo el señor de Ochoa la felicidad (así lo reputaba en su indecible amor a Navarra), de representarla como Senador del Reino de 1893 a 1896; y en Toledo encontrábase dedicado a su santo ministerio cuando en el año 1899 fué elegido Senador del Reino por Guipúzcoa, con cuyo motivo hubo de volver a levantar su prestigiosa voz en defensa de los sagrados in-

tereses de la Iglesia y de la bandera tradicionalista, captándose desde el primer momento el respeto y la consideración del Senado.

Ultimamente había sido elevado a la dignidad de Chantre de la Santa Iglesia Primada de España por el Cardenal Aguirre, Arzobispo de Toledo, y ocupaba la cátedra de *Procedimientos eclesiásticos* a completa satisfacción de todo el Seminario, cuando falleció cristianamente en Toledo el día 25 de febrero del año 1911 el Ilustrísimo Sr. D. Cruz Ochoa, cuya vida estuvo toda ella consagrada al servicio de los grandes ideales de su alma hermosa: *Dios, la Patria y la Monarquía católica tradicional*.

D. José Roca y Ponsa



Nació en Vich (provincia de Barcelona) el día 20 de marzo del año 1852; empezó en el de 1861 a estudiar la carrera eclesiástica en el Seminario de aquella diócesis; en 1872 pasó al de Canarias, en el que durante veinte años desempeñó sucesivamente las cátedras de Latín, de Filosofía, de Lugares teológicos con Lengua hebrea, de Teología dogmática, de Hermenéutica, de Oratoria Sagrada y de Sagrados Cánones, con más la Summa de Santo Tomás, confiriéndosele el Presbiterado en 29 de marzo de 1875. En 22 de junio del año siguiente se le confirió el grado de Doctor en Sagrada Teología por el Semina-

rio de Granada, con la calificación de *Nemine discrepante*, y en 11 de agosto de aquel mismo año fué elegido y tomó posesión de la Canongía Lectoral de la Santa Iglesia Catedral de Canarias, habiendo hecho antes los actos literarios que prescriben los Sagrados Cánones, los cuales fueronle aprobados por unanimidad. En 8 de mayo de 1877 fué elegido por el Ilmo. Sr. Urquinaona, Obispo entonces de la Diócesis de Canarias, para que a la cabeza de los eclesiásticos de aquella Diócesis y de la de Tenerife, que fueron en peregrinación a Roma, ofreciese sus respetos al Romano Pontífice Pío IX.

En los días 1, 3 y 6 de octubre de aquel mismo año le fueron conferidos, respectivamente, en el Seminario de Canarias, los grados de Bachiller, Licenciado y Doctor en Derecho Canónico *Nemine discrepante*.

En 1878 publicó un libro para refutar los errores racionalistas diseminados en varios folletos que por aquel tiempo vieron la luz pública en la ciudad de Las Palmas.

Desde el día 1.º de agosto de 1873 hasta el año de 1888 redactó sucesivamente los periódicos católicos *El Triunfo*, *La Tregua*, *El Gólgota*, *El Faro Católico de Canarias* y *Revista de las Palmas*, haciéndose notable por la inteligencia, pureza de doctrina y denuedo con que defendió siempre la Santa Causa de la Iglesia y del Pontificado.

El día 1.º de febrero de 1890 fué nombrado Rector del Seminario de Canarias.

En el año de 1892 pasó a Sevilla con el cargo de Canónigo Penitenciario, y habiendo vacado la Canongía Magistral de aquella archidiócesis a los quince meses de llegar allá el señor de Roca y Ponsa, ganóla brillantemente, y desde entonces la desempeña con singular acierto y valía.

Al poco tiempo de residir en Sevilla no tuvo inconveniente en manifestar sus ideas tradicionalistas, ofreciéndose en lo mucho que vale a los elementos carlistas de dicha capital, escribiendo notables artículos en *El Correo Español* y varios folletos que se han hecho populares; tomando, en fin, activa parte en la fundación del semanario tradicionalista titulado *El Radical*, en el Certamen del día de Santiago del año 1910, y animando a la Juventud jaimista sevillana, de la cual fué nombrado Director espiritual, electrizando con su palabra aquellos corazones juveniles.

En la *Crónica de la segunda Asamblea nacional de la Buena Prensa*, celebrada en Zaragoza el año de 1908, léese en las páginas 68 y 69 lo siguiente:

«Don José Roca y Ponsa. — Así se llama el canónigo magistral de Sevilla, hombre de macizo entendimiento, de ilustración vastísima y profunda, de hondo pensar y galano decir, un eclesiástico, que por su estructura mental y por su celo en la defensa de los grandes ideales cristianos se da la mano con Manterola y Martínez Izquierdo, con Mateos Gago y Sardá y Salvany, con todos esos ilustres sacerdotes que en la Iglesia española contemporánea brillan como astros de

primera magnitud, difundiendo la luz de las buenas doctrinas sobre las tinieblas de una época de excecicismo y dudas pavorosas. — Gusta de recias lides y las decisivas batallas, a las que aporta todo el fuego de su corazón y toda la poderosa energía de su inteligencia, formada al calor de los grandes maestros de la escolástica cristiana, con quienes ha convivido y convive en larga e íntima familiaridad. Es un gigante al que no sabrían rendir ni vencer los más fieros golpes de los enemigos, y que aun lleno de heridas se levantaría de nuevo abrazando su escudo y corriendo a probar una vez más sus armas con los que le hubieran derribado por tierra. — Ese es el hombre, y por el hombre puede formarse idea del orador. Vibrante, enérgico, fogoso, sus palabras tienen sonoridades de clarín de guerra, y su voz estampidos como de ametralladora o de cañón. Al hablar, su alma entera asoma a sus labios y se derrama sobre el auditorio, comunicándole sus estremecimientos y poderosas palpitaciones. Es de los que entusiasman y convencen.»

El doctor Roca y Ponsa ha asistido a las Asambleas convocadas por nuestros Caudillos en estos últimos años, y en ellas ha dado clara muestra de sus profundos conocimientos y de su amor a la Causa de la Tradición.

Don Ramón O'callaghán y Forcadell



Descendiente de una noble familia irlandesa, nació don Ramón O'Callaghán en Uldecona (Tarragona) el día 15 de Mayo de 1834; cursó la carrera eclesiástica en el Seminario de Tortosa; se ordenó de sacerdote en 1858; desempeñó por es-

pacio de diez años las cátedras de Práctica parroquial y Derecho canónico en el Seminario ya citado; con la honrosa calificación de *némine discrepante* obtuvo más tarde en la Universidad de Valencia los grados mayores en la Facultad de Sagrada Teología, los de los Sagrados Cánones en el Seminario de Barcelona y los de Derecho Civil en la Universidad de la capital del Principado.

Después de una oposición brillantísima a la Canongía Doctoral de Tortosa fué agraciado el Doctor O'callaghán con aquella prebenda en 25 de Octubre de 1875.

También ejerció durante seis años el cargo de Vicario General Castrense de la plaza y distrito militar de Tortosa, y en varias ocasiones el de Vicario General de su diócesis.

El Cabildo Catedral de Tortosa, reconociendo en el Doctor O'callaghán especiales cualidades, le nombró Archivero, y el Ayuntamiento de dicha ciudad le honró con el título de Archivero del Municipio y «Cronista de Tortosa».

Publicó gran número de obras científicas y

de Historia Religiosa, todas de indiscutible mérito.

Los vastos conocimientos de este ilustre Prebendado fueron reconocidos y justamente apreciados, no sólo por la comarca de Tortosa, sino que también por los Pontífices León XIII y Pío X, según expresivos autógrafos de Monseñor Tarozzi, Prelado de las Cartas Latinas de Su Santidad, y del Cardenal Vives. La «Asociación Artístico-Arqueológica de Barcelona» le nombró socio correspondiente en 1892; el Ministerio de Instrucción Pública y de Bellas Artes de Francia le nombró Oficial de la Academia de la Historia, de París; otro tanto hicieron con él la Academia de Jena, en Turingia, el año 1898, y la de Hipona en 1900; La *Sociedad literaria Histórica y Arqueológica de León*, se complació en hacerle Miembro correspondiente en 1902 en cuyo año también extendió a su favor el título de Académico la «Academia de Jurisprudencia y Legislación»; y la «Sociedad Arqueológica Tarraconense» nombró socio correspondiente en el año de 1903.

Protector decidido y entusiasta celador de la gloria de Dios y de su Iglesia, el doctor O'callaghán, a sus desvelos y a sus expensas se restauraron los santuarios de la Virgen del Coll del Alba y de San Antonio, ambos del término de Torto-

sa. A él se debieron en gran parte, las obras realizadas hace ya algunos años en el Santuario de la Virgen de la Piedad, de su villa natal de Ulldecona.

Confortado con los auxilios espirituales falleció el día 7 de Noviembre de 1911 en Tortosa. A su entierro, que se vió concurridísimo, asistieron los alcaldes de Tortosa y de Ulldecona con nutridas comisiones de sus respectivos Ayuntamientos, así como de varios pueblos de los distritos de Tortosa y de Roquetas, y dignas representaciones de todas las más importantes entidades de Tortosa.

El señor O'callaghán y Forcadell, que era sobrino del General carlista Forcadell y del Brigadier carlista O'callaghán, se distinguió toda su vida por su incondicional y entusiasta adhesión a la Causa Católico-Monárquica; por ella sufrió persecuciones y hasta fué encerrado en el castillo de Tortosa y preso en la cárcel de dicha ciudad durante la última guerra carlista. Decidido y entusiasta protector de la prensa tradicionalista, contribuyó a su sostenimiento, habiendo sido constante colaborador de «El Correo Español», de «El Correo Catalán» y de todos los periódicos carlistas publicados en Tortosa.

D. Nicolás Pasalodos y Ledesma



Nació en Portillo (Valladolid) en el año de 1809; estudió en Valladolid la carrera de Juris-

prudencia, terminándola en 1832; se ordenó de Presbítero en 1834; tres años más tarde fué nombrado Fiscal eclesiástico de la Audiencia arzobispal de Talavera de la Reina; después pasó a ser Vicario Juez eclesiástico de Ciudad-Real, en cuya capital desempeñó también el Decanato del Colegio de Abogados, la Presidencia de la Sociedad de Amigos del País, y la dirección del Instituto Provincial de Segunda Enseñanza, siendo además Auditor honorario del Tribunal de la Rota.

En el año 1853 fué el señor de Pasalodos nombrado Deán de la Santa Iglesia Catedral de Coria; ingresó después en la religiosa y militar orden del Santo Sepulcro; vióse agraciado más tarde con las encomiendas de la Real y distinguida Orden de Carlos III y de la Real y Americana de Isabel la Católica; mostróse activo y entusiasta partidario de los ideales tradicionalistas, haciendo gala de ello, y coadyuvando con el mayor celo a sus trabajos de organización y propaganda desde que fué destronada Doña Isabel II, y figuró dignamente en la minoría parlamentaria del Carlismo durante el reinado de Don Amadeo de Saboya, como Diputado a Cortes por Coria (provincia de Cáceres) único distrito de Extremadura que dió el triunfo a un candidato tradicionalista.

D. Estanislao Jaime de Labayru y de Goicoechea



Hijo del Teniente Coronel D. Nicolás de Labayru que fué Gobernador Político-Militar de Batangas, nació el día 7 de Mayo de 1845 en la capital de dicha provincia filipina; pero desde muy niño vivió en Bilbao, donde cursó con gran aprovechamiento los estudios de segunda enseñanza, y en Vitoria, primero, y en Burgos y en Barcelona, después, las carreras de Teología y y Cánones, graduándose en la imperial ciudad de Toledo, *neminé discrepante*, por los años de 1869, 70 y 71, siendo su padrino en el último de sus grados, en el de Doctor de Cánones, otro bilbaíno ilustre, nuestro inolvidable amigo el notable jurisconsulto D. Juan de Lapaza de Martiartu.

Vuelto a Vitoria, allí recibió todas las sagradas órdenes, incluso el presbiterado, que le fué conferido el día 21 de Diciembre de 1872.

No habían pasado cinco años cuando fué nombrado examinador Sinodal de Bilbao, y confesor de religiosas en 1881.

Corriendo este mismo año designóle el Ilmo. Sr. D. Gabino Catalina del Amo, Obispo de Calahorra, para el mismo cargo que ejerciera en Bilbao, concediéndole licencias absolutas, como también se las otorgó el Rmo. Arzobispo de Burgos señor Salazar, y luego el señor don Santos

Zárate en 1888, y no mucho más tarde los prelados de Salamanca y de Pamplona.

Ya de entonces, y aún de mucho antes, databa la fama del señor de Labayru como ardiente cultivador de los estudios serios y erudito de buena ley. Fundador de «La Voz de Vizcaya», en la dirección de la cual (hasta que fué a dirigirla el señor de Balbuena) tan legítimos triunfos cosechaba, vió en torno suyo reunido lo más selecto de Euskalerría y aún de fuera, como el dulcísimo y tierno Selgas; hizo en aquel periódico valentísima campaña en pro de la verdad y de la tradición.

Desaprecida «La Voz» por causa de las iras gubernativas, ayudó a crear el «Lau-Caru», que también murió *ab irato* gubernativo; luego colaboró en el «Laurac-bat» y en el «Betit-bat», y por fin creó «El Basco», que le debió constante colaboración, apoyo y consejo.

Si su modestia no le hubiera impedido, el nombre del Doctor Labayru se habría hecho tan famoso como el de los Doctores Gago, Menterola, Sardá y otros en defensa del Tradicionalismo.

Era de una laboriosidad incansable, y la Real Academia de la Historia, a propuesta de los ilustres señores D. Fidel Fita, de la Compañía de Jesús, y D. Juan Catalina, le nombró Académico correspondiente en Vizcaya.

Escribió el Sr. de Labayru muchas y excelentes obras, sobresaliendo sus «Lecturas Eucarísticas»; «La Iglesia y la Enseñanza»; «Galería de vascongados ilustres»; «Vida de Fray Juan de Zumárraga»; y su monumental «Historia del Señorío de Vizcaya».

A la muerte del penitenciario de Vitoria Don Francisco Sanz de Frutos, Rector del Seminario Conciliar de aquella capital, e Ilmo. Sr. Obispo de dicha Diócesis le ofreció este importante cargo, que rehusó el señor de Labayru por no salir de su Bilbao, al que amó como el más cariñoso de los hijos a la más tierna y excelente de las madres.

En Enero del año de 1904 falleció cristianamente en Bilbao el ilustre Doctor Labayru, muy respetado y muy querido en Vizcaya, habiendo perdido el Carlismo a uno de sus más fervientes y eruditos panegiristas.

Excmo. Sr. D. Juan Donoso Cortés



Marqués de Valdegamas

La biografía del preclaro español, verdadero blasón para la España en general, y para los españoles que pertenecemos a la escuela cuyos principios abrazó y defendió ardorosa y brillantemente en los últimos años de su vida, no es fácil

reseñarla. Bien quisiéramos darle a conocer en todos sus detalles y rasgos tan característicos y especiales de tan insigne escritor y profundo político, pero debemos ceñirnos a lo más culminante, presentándole en especial en el acto de romper solemnemente con su escuela, es decir, cuando iba a pronunciar su célebre discurso en el Congreso español el 4 de enero de 1849, cuyo eco resuena todavía en todos los ámbitos de Europa, y que fué una abjuración rotunda de su liberalismo de antes y un panegírico elocuentísimo de los ideales tradicionalistas, que abrazó con admirable fervor.

Nació Donoso Cortés en Don Benito (Extremadura) el 6 de mayo de 1809, y concluida su carrera, se puso bajo la dirección de un escritor español bastante célebre, que no admiraba sino a los autores franceses del siglo XVIII; esto fué causa de que, con tal maestro, Donoso saliera filósofo en religión y, en política, monárquico-liberal-parlamentario.

Mas su gran talento, su gran corazón, sus estudios y la gracia de Dios, obraron sobre su privilegiada inteligencia, que le llevó a la vanguardia de los elementos católicos y tradicionalistas, y cuya piedad fué engrandeciéndose hasta el fin de su vida. Su fama de hábil político e insigne escritor se extendió por toda Europa.

Falleció en París el día 3 de mayo de 1853, aceptando la muerte con una resignación verdaderamente ejemplar.

Excmo. Sr. D. Antonio Aparisi y Guijarro

Hijo de D. Francisco de Paula Aparisi, Oficial Mayor de la Contaduría del Ejército, Comisario de Guerra honorario, nació en Valencia el día 29 de Marzo de 1815.

Hizo sus primeros estudios en el Colegio andresiano de las Escuelas Pías; se distinguió como inspirado poeta desde niño; a los doce años de edad ganó en público certamen un premio ofrecido por la «Sociedad de Amigos del País».

Abarcó, ya en su juventud, estudios de legislación, de historia, de filosofía, de literatura y de moral, extractando selectos autores, añadiéndoles comentarios y traduciendo en verso a Virgilio, Camoens y Milton. En tiernos idilios hizo resaltar las bellezas de la Biblia; componía dramas, tragedias (como la titulada «Don Fadrique», escrita a los veinticuatro años de edad), novelas y estudios históricos, llamando justamente la atención.

El día 3 de Julio de 1834 recibió la investidura

de Abogado en Valencia; abrió el bufete y, principalmente desde 1842, el ejercicio de la abogacía llegó a absorberle por completo; temporada hubo en que llegó a informar hasta siete veces en una sola mañana; no hubo causa criminal de importancia en la que no se le nombrase defensor, ni cuestión grave en que no se le consultara, ni preso pobre que a él no recurriese. Tal era su desinterés, que repetía a menudo: «La única parte dolorosa de mi profesión es la de cobrar para vivir», y a tan nobilísimo sentimiento arregló siempre su conducta.

Inútil sería que encareciésemos sus ruidosos triunfos; al través de los años aún Valencia guarda grata memoria del orador ilustre que arrancó innumerables víctimas a la muerte. Llamábanle el «abogado de las causas perdidas»: donde para todos era la culpabilidad clara, el crimen notorio, e irremediable la condena, allí encontraba él dudosa la culpabilidad, improbable el crimen



Senador del Reino en 1871 y 1872

y probable la inocencia; y es que su elevado espíritu y su profundo conocimiento de hombre le hacían comprender que la mayor parte de los delitos no son hijos de la perversidad, sino de arrebatos momentáneos de las pasiones exaltadas o de ciega ignorancia.

Motivo era de admiración para muchos lo de que a pesar de ser sus opiniones francamente monárquicas fuese el señor Aparisi el defensor de los republicanos. No hubo proceso de rebelión en que los más comprometidos no le designasen como tal, proporcionándole con ello largo trabajo, abundante gloria, pero ningún provecho positivo.

Donde sus facultades encontraban más grato empleo y adquirían toda su intensidad, era en la tribuna del foro, ejerciendo el sublime ministerio de la defensa.

Dejemos de ocuparnos del Sr. Aparisi Guijarro como *Abogado* para recordarle ahora como *literato*. Ya hemos dicho algo de sus aficiones literarias en su infancia y en su primera juventud; aplaudiéronse en «El Liceo Valenciano» repetidas veces sus robustos versos; «La Restauración» ostentó en sus artículos su carácter indomable y su fervoroso entusiasmo por la Religión y por los principios que elaborados por el lento trabajo de los siglos eran firmes cimientos de la sociedad española. Aquella fué su primera campaña política: después fué Director de «El Pensamiento de Valencia», en el cual colaboraron también carlistas tan ilustres como D. León Galindo de Vera, el Conde de Caltavuturo, D. José Royo y

Salvador y la Marquesa de Arco-Hermoso, más conocida en el mundo de las letras por su popular pseudónimo «Fernán-Caballero». Asimismo escribió e influyó mucho el señor Aparisi y Guijarro en «La Concordia», periódico que publicaban hombres de los más eminentes de su tiempo.

Vivísimo deseo tenían los íntimos amigos del señor Aparisi y Guijarro de que éste fuese elegido Diputado a Cortes; rehusólo en varias ocasiones; por fin en 1857 ofreció no oponerse a ello, bajo condición de que no se le obligase a escribir ni una sola carta solicitando votos, y al año siguiente fué elegido Diputado a Cortes por Valencia.

La influencia de sus discursos fué tal que los dispersos elementos católicos incondicionales que había a la sazón en la Cámara principiaron ya a tener como un lazo de unión y a aunar sus esfuerzos. Sin previo acuerdo se le reconoció como jefe, y sus palabras fueron la regla de conducta de cuantos se preciaban de católicos y monárquicos a la antigua o tradicional usanza española.

No es posible enumerar sus triunfos parlamentarios; casi puede asegurarse que fueron tantos como sus discursos.

En varias ocasiones le fueron ofrecidas las plazas de Fiscal del Tribunal Supremo y de Consejero de Estado; siempre las rechazó, nunca quiso ejercer cargos retribuidos.

El señor Aparisi y Guijarro fué elegido por cuatro veces Diputado a Cortes: en 1858 y 1863 por el Distrito de Serranos, de Valencia; en 1865, por Valencia y por Pamplona; y en 1869 por Vizcaya.

En el año 1871 fué elegido Senador del Reino por Guipúzcoa y al año siguiente por Valencia.

La cuestión dinástica pesaba sobre él de una manera indecible; tenía escrúpulo de creer en el derecho de Don Carlos a la corona sin fundamento sólido. Estudió aquel gran pleito (como él lo llamaba), y no sólo se convenció de ello, sino que deseoso de convencer a todo el mundo escribió un folleto, y a mediados de Enero de 1869 marchó a París acompañado del Conde de Orgaz y del antiguo Diputado a Cortes D. León Galindo de Vera, llamado por el antiguo Ministro isabelino Bertrán de Lis, para procurar la fusión dinástica, o sea la de las dos ramas de la Casa Real de Borbón, en cuyo asunto ya se habían ocupado, aunque siempre en vano, muchos políticos nacionales vextranjeros, especialmente el insigne filósofo D. Jaime Balmes, tomándolo también con gran empeño el ilustre repúblico Don Manuel Bertrán de Lis, gobernante íntegro, fiel partidario de Doña Isabel.

La fusión dinástica no pudo realizarse, a pesar de los buenos deseos y la buena voluntad de Doña Isabel y de sus respectivos representantes. Cuando concluyeron aquellas negociaciones, que

duraron unos quince días, marchó nuestro ilustre biografiado a Londres con el Conde de Orgaz; luego permaneció en Francia (unas veces en París y otras en Biarritz), escribió sus famosos folletos titulados «El Rey de España» y «La Cuestión dinástica», proclamando en éste el derecho de Don Carlos a la corona. Redactó también la célebre carta-manifiesto de Don Carlos a su hermano Don Alfonso que se publicó en 30 de Junio de 1869.

A fines de Enero del año siguiente fué el señor Aparisi y Guijarro a Roma, donde conferenció extensa y detenidamente con todos los prelados españoles que por allá se encontraban a la sazón, sobre asuntos de gran interés político y religioso; acogiéndole afectuosamente Su Santidad Pío IX, recibéndole en audiencia privada; también redactó la protesta de Don Carlos contra la subida de Don Amadeo de Saboya al trono, y después de dos años de emigración regresó a España, con el cargo de Senador del Reino, falleciendo repentinamente en la noche del día 5 de Noviembre de 1872, en un coche de alquiler en el que con el Senador carlista D. Gabino Tejado se dirigía al Teatro Real de Madrid.

En la mañana del día 7 de aquel mismo mes se celebró la misa de cuerpo presente en la parroquia de San José y fueron trasladados sus restos al cementerio de la Sacramental de San Martín.

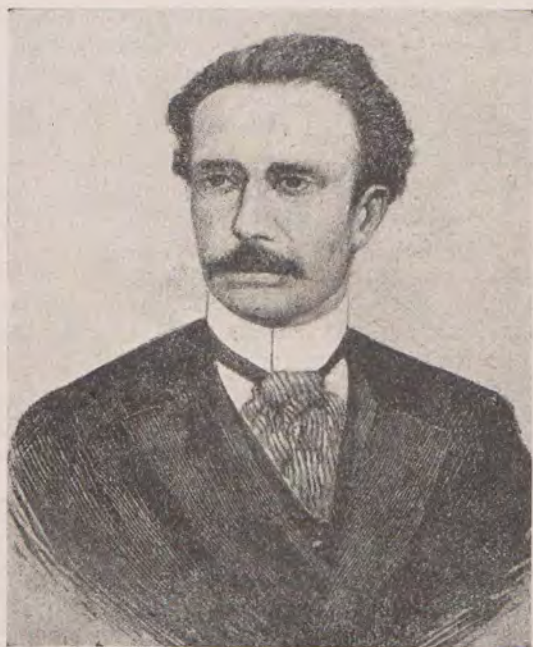
Presidieron el duelo los Ilmos. señores Obis-

pos de la Habana, de Daulia y de Archis. El acompañamiento llenaba toda la calle del Caballero de Gracia, con una nunca vista multitud. Innumerables fueron los sufragios aplicados espontáneamente en Roma, París, Madrid, Valencia, Almería, Burgos, Barcelona y Cádiz; y gran número de poblaciones y pueblecillos; porque Don Antonio Aparisi y Guijarro representó una idea magnánima y salvadora: la unión de los españoles y la restauración de la Monarquía tradicional, «como medio para defender la divina Religión de nuestros padres», que ponía sobre todas las cosas, al sustentador infatigable y elocuente de la doctrina le rindió piadoso tributo el mundo católico.

Por iniciativa del Sr. Obispo de Avila, acogida con entusiasmo por todo el episcopado y por hombres ilustres de distintas ideas políticas, se acordó erigirle un mausoleo en Valencia, su país natal, y hacer una edición completa de todas sus obras.

La Real Academia Española celebró notable sesión necrológica en la que el Excmo. Sr. Don Cándido Nocedal pronunció las siguientes palabras, como expresión de la principal labor política del insigne patricio D. Antonio Aparisi y Guijarro: «Nadie ni con mejor fortuna que Aparisi ha divulgado por España las ideas de que es símbolo y representa la persona de Don Carlos de Borbón, purificándolas de las manchas de feos colores con que las pretenden tizar los revolucionarios y presentándolas a su verdadera luz.»

Excmo. Sr. D. Francisco Navarro Villoslada



Senador del Reino en 1871 y 1872

En Viana (Navarra) nació D. Francisco Navarro Villoslada el año 1818; estudió la carrera de Abogado en Madrid; fué nombrado redactor de la «Gaceta de Madrid» en 1847; luego figuró en las redacciones de los periódicos titulados «El Español», «La Esperanza», «El Siglo Pintoresco» y «El Padre Cobos»; más tarde fué Secretario del Gobierno Civil de la provincia de Alava y Oficial primero de la Secretaría del Ministerio de la Gobernación.

En el año 1858 se consagró ya exclusivamente y por completo al célebre diario de Madrid, «El Pensamiento Español», del cual fué fundador y propietario, llegando a hacer de él uno de los periódicos más notables de España.

Las novelas tituladas «Las dos hermanas», «El Ante-Cristo», «Doña Blanca de Navarra», «Doña Urraca de Casilla» y «Amaya o los vascos en el siglo VIII», debidas a su feliz ingenio y escritas con toda la galanura del más puro idioma castellano, elevaron a nuestro ilustre biografiado a la categoría de los mejores prosistas. También escribió un drama titulado «Echarse en brazos de Dios», estrenado con gran aplauso en

el teatro de «La Cruz», de Madrid. Su vastísima ilustración la acreditó con sus obras «Los textos vivos» y «La Inquisición en sus relaciones con la sociedad española».

Durante el reinado de Doña Isabel fué Don Francisco Navarro Villoslada elegido por tres veces Diputado a Cortes, siempre por Navarra, y cuando aquella augusta señora vióse destronada, el señor Navarro Villoslada defendió al Carlismo en «El Pensamiento Español»; perteneció al Consejo provisional de Don Carlos de Borbón de París, y también ejerció el cargo de Secretario suyo hasta que el día 25 de Enero del año 1870 se rompió una pierna en Viena y ya no pudo seguir a Don Carlos en su vida de viajes y conspi-

raciones, quedando en la capital de Austria para atender a su curación, hospedado en el mismo palacio de Su Alteza Real el Duque de Módena que le mostró singular afecto.

En las Cortes de Don Amadeo de Saboya formó parte de la Minoría parlamentaria Católico-Monárquica, como Senador del Reino por Barcelona, distinguiéndose con sus discursos, especialmente en la memorable sesión celebrada en el Senado el día 3 de Junio de 1871.

En el año de 1886 ejerció por breve tiempo el cargo de Delegado de Don Carlos en España, y retirado luego a su casa de Viana, falleció cristianamente en ella el día 29 de Agosto de 1895.

D. Cándido de Nocedal



**Ministro de la Gobernación de Doña Isabel en 1856
Delegado General de D. Carlos VII después de la
última guerra carlista**

Era hijo del Sr. D. José María de Nocedal, Caballero del Cuerpo Colegiado de Hijos-Dalgo de la Nobleza de Madrid, veterano Jefe de Infantería que se había distinguido en la guerra de la Independencia.

D. Cándido nació en la Coruña el día 11 de marzo de 1821; a los diez y nueve años de edad

terminó la carrera de Abogado; en 1842 fué nombrado Fiscal de uno de los Juzgados de primera instancia de Madrid, y habiendo tratado de atajar los excesos de la Prensa, vióse obligado a renunciar el citado destino; en 1843 tomó asiento ya en el Congreso como Diputado a Cortes; fué después director de la *Gaceta de Madrid*, cuyo cargo ejerció, renunciando al sueldo. Durante muchas legislaturas desempeñó la Secretaría del Congreso de los Diputados; posteriormente fué Fiscal de la Audiencia de Madrid y del Consejo Real, Subsecretario del Ministerio de la Gobernación y primer Vice-Presidente del Congreso de los Diputados, empezando en este alto puesto a mostrar sus grandes dotes de gobierno; pero hasta las Cortes de 1854 figuró siempre en segunda fila, pareciendo a todos, y creyéndolo él asimismo, que para lo que servía era para despachar asuntos meramente jurídicos y administrativos.

En las Cortes Constituyentes de 1854, enfrente de la Revolución desencadenada, fué en las que D. Cándido de Nocedal creció y se colocó en lugar preeminente defendiendo la Unidad Católica, combatiendo la soberanía nacional, sustentando los principios fundamentales del orden social, datando de aquella época su gran reputación de orador y de político enérgico y previsor.

Tan rudo trabajo, realizado entre continuos peligros y persecuciones, le valió la cartera de Ministro de la Gobernación y le hizo ser como el alma del Gabinete de que entró a formar parte en octubre de 1856 bajo la presidencia del Capitán general D. Ramón María Narváez, primer duque de Valencia, cuyo Gabinete, a impulso del señor de Nocedal, realizó la reforma constitucional y publicó la famosa ley de imprenta que

(según testimonio del Presidente de la República D. Emilio Castelar, en 1873) llegó a retrasar veinticinco años el curso y triunfo de las ideas republicanas. Cuando aquel Gobierno del General Narváez se dispuso a convertir en ley tradicionalista el Reglamento de los Cuerpos Colegisla-dores, el Sr. de Nocedal obligó a sus compeñeros de Gabinete a abandonar el Poder antes que llegar a transigir con el enemigo.

Durante algunos años pretendió el Sr. de Nocedal conciliar el servicio de la dinastía liberal con la defensa de los tradicionales principios católico-monárquicos; así lo confesó aquel insigne político a Doña Isabel II en franca y leal carta de 25 de marzo de 1869, contestando a la que dicha augusta señora le había escrito veinticinco días antes; pero cuando consideró fracasada aquella empresa, desplegó la bandera católica y tradicional, y comenzó la serie de campañas parlamentarias en que fijó los principios y la norma de conducta de la Comunión Católico-Monárquica, encarnando en una agrupación práctica y de batalla los principios que ya antes que él sostuvieron en libros y discursos Ceballos, Alvarado, Balmes y el Marqués de Valdegamas.

El Capitán general D. Ramón María Narváez, Duque de Valencia, quien, a su vez, pretendió agrupar alrededor del trono de Doña Isabel a los elementos tradicionalistas, trató de conservar siempre a su lado a D. Cándido de Nocedal; ofrecióle de nuevo una cartera de Ministro, la Presidencia del Congreso, la Embajada de España en Roma (creyendo que esto le halagaría mas que nada) y hasta publicó (sin consultárselo previamente) en la *Gaceta de Madrid* un Real decreto concediéndole la Gran Cruz de la Real y distinguida Orden de Carlos III; pero el Sr. de Nocedal renunció aquella Gran Cruz, desechó la Embajada de Roma, la Presidencia del Congreso y la cartera de Ministro, y siguió en su constante campaña política católica, *esperando* (célebres palabras suyas) *a que pasasen los Ejércitos de la Tradición para incorporarse a ellos*.

Cuando ocurrió el destronamiento de Doña Isabel, el Sr. de Nocedal, desligado ya todo compromiso, se encontró completamente identificado en ideas con el Carlismo; fué elegido Diputado a Cortes por Pravia (Asturias) y capitaneó en el Congreso la Minoría Católico-Monárquica compuesta de los Marqueses de Reguer, de Campo-Franco y de Sofraga; de los Condes de Orgaz, de Roche y de Canga-Argüelles y de los Sres. D. Rodrigo Ignacio de Varona, D. Ramón Ortiz de Zárate, D. Carlos Calderón, D. Guillermo Verd, D. José Quint de Zaforteza, D. Manuel de Sure-

da, D. Luis María de Llauder, D. Ramón Vináder, D. Nicolás Pasalodos, D. José Royo y Salvador, D. Benito Sánchez Freire, D. Joaquín Hernández Rodríguez, D. Luciano Puga, D. Emilio Lázaro, D. Domingo de Miquel, D. Juan Vidal de Llobatera, D. Luis de Trelles, D. Narciso Martínez Izquierdo, D. Ignacio Alcibar, D. Benigno de Rezusta, D. Manuel de Unceta, Don Francisco Gassol, D. José Ignacio Dalmau, Don Juan Civit, D. Juan Vidal y Carlá, D. Joaquín María de Sullá, D. Agustín María Saco, D. Ramón de Somoza, D. Luis Echevarría, D. Enrique de Aguilera (Marqués de Cerralbo), D. Joaquín María Múzquiz, D. Cruz Ochoa, D. Cesáreo Sanz y López, D. Demetrio Yribas, D. Fernando Felipe Fernández, D. Guillermo Estrada, Don Alejandro Menéndez de Lurca, D. Domingo Días Caneja, D. Matías Barrio Mier, D. Juan Sánchez del Campo, D. José María de Pereda, D. Matías de Vall, D. Narciso María de Castellví, D. Julián de Otal, D. Ramón de Nocedal, Don Tomás Vélez Hierro, D. Diego de Musoles, D. Alejo Navia de Salcedo, D. José Luis de Antuñano, D. Antonio Juan de Valdósola, D. Valentín Gómez y D. Lorenzo de Arrieta Mascarúa.

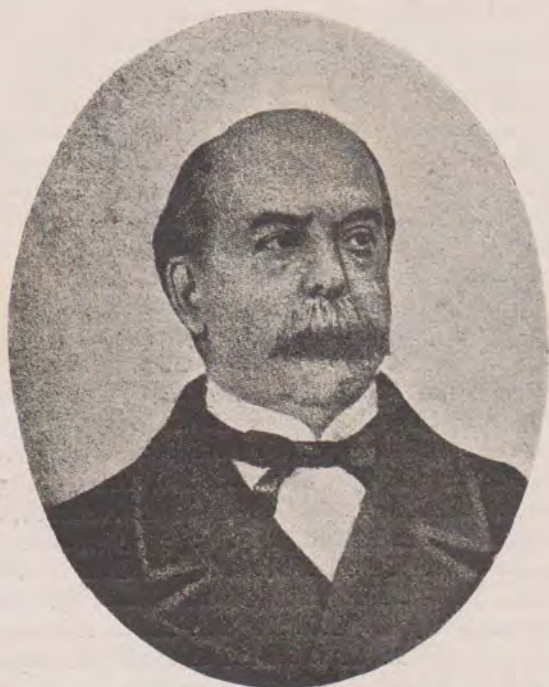
D. Cándido de Nocedal al frente de aquellos dignísimos diputados a Cortes llegó a dificultar de tal modo el Gobierno de D. Amadeo, que tal vez hubiera conseguido que un golpe de Estado, analogo al del General Pavía en 3 de enero de 1874, hubiese puesto el triunfo en manos del Carlismo sin necesidad de recurrir a la guerra, a la cual fué siempre opuesto el Sr. de Nocedal, quien decía que sin guerra, los Gobiernos revolucionarios acabarían por disolver el Ejército; que sin Ejército los desmanes de los alborotadores darían lugar a que llamasen a Don Carlos, para salvar sus escaparates, hasta los tenderos y mercaderes de Madrid, electores de Don Manuel Ruiz Zorrilla y D. Práxedes M. Sagasta, sostenedores del trono de D. Amadeo.

Solamente Dios sabe si los planes del Sr. Nocedal habrían producido el resultado que él se proponía.

Terminada la guerra, D. Cándido de Nocedal, investido por Don Carlos de Borbón con amplios poderes, consiguió con su firmeza de carácter y su excepcional talento, reorganizar los elementos del Carlismo y ponerle de nuevo en condiciones de fuerza y de pujanza.

El día 18 de julio de 1885 murió cristianamente en Madrid el Excmo. Sr. D. Cándido de Nocedal, después de dos años de penosa enfermedad y de continua preparación para la muerte.

D. Luís González Bravo



Ultimo Presidente del Consejo de Ministros de Doña Isabel II.—Después afiliado al Carlismo

Perteneciente a distinguida familia, nació en Cádiz el día 8 de julio de 1811; estudió Filosofía y Humanidades en Madrid y en la Universidad de Alcalá de Henares la carrera de Jurisprudencia, que concluyó brillantemente cuando aun no había cumplido los veintidós años de edad. Abrió bufete en la corte y, sin abandonar sus tareas de abogado, se dedicó al periodismo.

Pero ya a los veintinueve años de edad empezó el señor de González Bravo a reaccionar, combatiendo fieramente a los progresistas, y con tanto acierto que desde un principio llegó a figurar en primera línea entre los moderados. Entonces tomó asiento por primera vez, como Diputado, en el Congreso; allí se elevó a gran altura luchando contra la Regencia del General Espartero, y, habiendo montado a caballo cuando el alzamiento nacional del año 1843, con el cargo de Secretario del General Serrano, fué el señor de González Bravo como el alma política de aquella breve campaña, que terminó en los campos de batalla de Torrejón de Ardoz, a cuya jornada asistió con el cargo de Ayudante de campo del General Narváez, y el día 30 de noviembre de aquel mismo año fué nombrado Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de Estado.

Sus primeros actos en tan elevado cargo fueron la célebre acusación contra el Presidente del Consejo de Ministros del partido progresista D.

Salustiano Olózaga, la guerra a muerte a los partidos avanzados, la disolución de las Cortes (que luego se negó a reunir en el plazo fijado por la Constitución) y la política reaccionaria (émula de la del General Narváez) que puso en vigor y en la que siempre estuvo pronto a jugarse el todo por el todo con el peculiar arrojo con que gustaba de retar las simpatías del populacho, viendo premiados sus valiosos servicios con la Gran Cruz de la Real y distinguida Orden de Carlos III, que le concedió D.^a Isabel en 13 de Diciembre de 1844.

Después fué Embajador de España en Lisboa y Consejero de Estado el señor González Bravo, quien representó los distritos de Málaga, Jaén, Guía (Canarias), Valdemoro y otros en el Congreso en el cual combatió constantemente las ideas y los hombres de la Revolución, acreditándose de furibundo reaccionario, de político enérgico, batallador y generoso a un mismo tiempo.

Ejerció el cargo de Ministro de la Gobernación algunas de las veces en que fué Presidente del Consejo de Ministros el Capitán general Don Ramón María Narváez, Duque de Valencia, sobresaliendo en todas ocasiones por su energía, su actividad y su enemistad irreconciliable con todo cuanto podía ser atentatorio al orden social, así como por el temerario valor cívico y personal con que siempre desafió las iras revolucionarias y la impopularidad entre la gente maleante de toda España.

Al morir el General Narváez, volvió a encargarse D. Luis González Bravo de la Presidencia del Consejo de Ministros, decidido a dar la batalla a la Revolución, procurando, en cambio, reunir alrededor del trono de D.^a Isabel todos los elementos de orden religiosos, monárquicos y sociales de la Nación; fracasaron sus gestiones para conseguirlo y cuando la Revolución le venció en 1868 acompañó a Doña Isabel en la emigración, y al abdicar aquella augusta señora en su hijo Don Alfonso el señor de González Bravo (que con ello se consideró desligado de sus antiguos compromisos políticos) se acogió bajo los pliegues de la Bandera Católico-Monárquica.

D. Luis González Bravo ofreció personalmente sus servicios a Don Carlos de Borbón, en París, el día 13 de Enero de 1871; desde entonces tomó activísima parte en los trabajos de conspiración militar, sintiendo *no tener un entorchado en la bocamanga para lanzarse al campo a la cabeza de los comprometidos y llegar en veinte días a Madrid* frase suya que retrata su entusiasmo, su fe y lo audaz de su carácter; fué desde el primer instante su mayor afán tener para el día del triunfo preparadas ya de antemano todas las leyes que se hu-

bieran de dar al Reino; presidió con tal objeto una Junta constituida al efecto por hombres de tanta valia como lo fueron D. Antonio Aparisi y Guijarro, D. Juan Ignacio de Berriz, D. Pablo Morales, D. Vicente de la Hoz, don Bienvenido Comín y D. Antonio Juan de Vildósola, y cuando más risueñas eran sus esperanzas falleció repentinamente en Biarritz el día 1.º de septiembre de 1871, en el momento de dirigirse con su inseparable amigo D. Juan Ignacio de Berriz (en cuyos brazos expiró) a celebrar una importante conferencia política con su cuñado el insigne D. Cán-

dido Nocedal, que acababa de llegar a Bayona con delicada misión de Don Carlos, cuyo Augusto Señor sintió casi como una derrota aquella desgracia, porque nuestro ilustre biografiado, con sus excepcionales dotes de inteligencia y de palabra, con su práctica de gobierno, con su ánimo indomable, con sus denonados arrestos y con su serenidad en medio de las tempestades políticas, parecía dotado por la Providencia con los caracteres peculiares a las grandes figuras de una Comunión de las especiales condiciones que caracterizan a la Católico-Monárquica.

Excmo. Sr. D. Juan Vázquez de Mella



Nuestro ilustre biografiado nació en «Cangas de Tineo» (Asturias) en el año de 1861; pero se educó en Galicia. Estudió la carrera de abogado en la Universidad de Santiago, brillando desde luego entre sus compañeros por su constancia en el estudio y su claro juicio; fué como el alma de «El Pensamiento Galaico», diario tradicionalista de aquella época; pasó después a ser Redactor de «El Correo Español», de Madrid, y habiéndolo

se conquistado en breve uno de los primeros puestos entre los escritores tradicionalistas, confirióle Carlos VII la dirección de su citado órgano oficial en la prensa, en cuyas columnas admiraron propios y extraños el vasto saber del señor Vázquez de Mella y el nervio de su vigorosa lógica.

Realizó luego varios viajes de propaganda por las provincias Vascongadas, Navarra, Aragón y ambas Castillas conquistando en todas partes frenéticos aplausos y cordiales simpatías.

Durante los años 1893 a 1899 fué Diputado a Cortes por Estella; a principios del año 1904 fué elegido Diputado a Cortes por Aoiz (Navarra) en una elección parcial que ocasionó el fallecimiento de D. Miguel Irigaray, y desde 1905 vino representando el señor de Mella el distrito de Pamplona en el Congreso por mucho tiempo.

En sus muchas y siempre brillantes campañas parlamentarias probó ser un coloso de la elocuencia: de un salto conquistó puesto preeminente (según confesión unánime de la prensa de hace ya treinta años y de los más conspicuos políticos de aquel tiempo) cuando habló por primera vez en el Congreso, en los célebres debates y famosa sesión permanente de mediados del mes de mayo del año 1893.

En el Parlamento contó por triunfos sus batallas, e innumerables son los discursos que fuera de él pronunció en los centros políticos y religiosos, en «meetings» y en banquetes, hasta el punto que se ha formado con ellos un cuerpo de doctrina constituyendo una obra monumental, pues no ha habido asunto de índole religiosa, filosófica, política o social que él no tratara obteniendo con ello un verdadero éxito, reconocido hasta por sus propios adversarios políticos, quienes también le estimaban y le admiraban.

Durante los años de 1900 a 1903, pareció como que vivía el Sr. Vázquez de Mella algo alejado de la vida activa de la política; pero también consiguió grandes ovaciones las pocas veces que por entonces hubo de pronunciar discursos, como ocurrió en la conferencia notabilísima que dió en

la Asociación de la Prensa, de Madrid, en el «meeting» gallego de la misma capital, en el que hizo admirable exposición de los principios regionalistas, y en el viaje que realizó por Barcelona, Girona, Lérida y algunas poblaciones de la provincia de Tarragona, como la de Montblanch, en 1903.

Entre los triunfos del Sr. Vázquez de Mella en su segunda época de vida parlamentaria, recordamos su discurso regionalista de la memorable sesión celebrada en el Congreso el día 29 de noviembre de 1905; al año siguiente por febrero y marzo admiraron a España entera sus discursos sobre el regionalismo, con motivo de la cuestión catalanista, así como el que el día 16 de marzo pronunció sobre la ley de jurisdicciones militares, y los de noviembre de aquel mismo año de 1906 (especialmente los de los días 12 y 13 de dicho mes) contra los proyectos anti-clericales del Gobierno del General López Domínguez, del Conde de Romanones, Dávila, Gimeno, etc. También fué magnífica y de gran efecto la campaña realizada por el señor Vázquez de Mella en defensa de los intereses religiosos de nuestra patria, con sus discursos notabilísimos (como todos los suyos) en los grandiosos «meetings» católicos de Pamplona, Bilbao y de Barcelona, al que asistió Jaime III, mostrando este augusto Señor una vez más su proverbial bravura atendiendo personalmente al cuidado de los heridos, en medio de las descargas que entre católicos y liberales se cruzaron a la salida de la plaza de toros de las Arenas el domingo 20 de enero de 1907, en cuyo día cúponos también a nosotros el honor de oír silbar las balas.

En aquel mismo año fué elegido (el día 21 de marzo), por unanimidad, Académico de la Real Española el señor Vázquez de Mella, cuyos recientes triunfos parlamentarios no hay quien no los recuerde, ni quien deje de admirarlos, aun en las mismas filas por él combatidas; su famosísimo discurso de 21 de diciembre de 1910 sobre los antiguos tratos del Presidente del Consejo D. José Canalejas con el Cardenal Cascajares y el Capitán General Marqués de Polavieja, así como también sobre la conjura para el proyectado matrimonio del Príncipe don Jaime con la difunta Princesa Doña Mercedes, constituye labor emi-

nente, que seguramente pasará a la historia, así como su intervención en el debate político, el día 31 de enero de 1912 en el Congreso de los Diputados, de cuyo discurso dijo *La Epoca*, órgano del partido liberal conservador, lo siguiente: «Ingeniosidades aparte, (y es lástima que la premura del tiempo obligue a prescindir de ellas; pues ha tenido el señor Mella algunas de un aticismo insuperable y de una demoledora intención inimitable), el discurso todo, aunque arrancando del detalle de los incidentes del indulto de Cullera, y elevándose luego a la exposición de las teorías en que se fundan y en que se separan la Monarquía representativa y la Monarquía constitucional, se ha encaminado a demostrar la influencia del miedo en la vida política española... De tal modo se dió maña el elocuente orador tradicionalista en cortar cabezas, que quizás por asociación de ideas, y enlazando su figura física y política con su actitud de hoy, alguien la comparaba con Don Ramiro el Monje, y el espectáculo de la mayoría y oposición radical con el de la famosa Campana de Huesca.»

El señor Vázquez de Mella fué mantenedor de los Juegos Florales celebrados en Sevilla el año 1906, y de los que en Murcia tuvieron lugar en el de 1911, obteniendo en una y otra capital ovaciones indescriptibles, así como en el discurso que pronunció con motivo del Congreso Eucarístico de Madrid, y el año siguiente en la solemne velada necrológica en honor del gran Menéndez Pelayo, que se celebró en el Teatro de la Princesa, de la capital de España.

En Vázquez de Mella admirarán las generaciones dos aspectos: el del orador, maestro de la oratoria castellana, émulo digno de los más preclaros artistas que tuvo la Elocuencia en los países latinos, y el del filósofo.

Antes que orador estadista, por encima de estas cualidades, surgía en su personalidad el filósofo; pero un gran filósofo, cuyos libros formarán escuela y discípulos entusiastas en todos los países de habla castellana. Balmes y Mella serán la filosofía española de un siglo, la filosofía cristiana que alumbraba como un faro cien años de confusión y tinieblas.

D. Guillermo Estrada y Villaverde

Nació en Oviedo el día 22 de Mayo de 1834, en el seno de una familia muy apreciada en el antiguo Principado de Asturias por sus virtudes y sus talentos.

Sus opiniones legitimistas dataron de 1851, época en que estudiaba Derecho político. Las explicaciones de su profesor, jurídicas e históricas acerca de la legitimidad de Isabel II, y la lectura

de la obra sobre Derecho constitucional de España, por el Vizconde V. Duhamel, le convencieron de que el derecho pertenecía a la dinastía tradicionalista.

Esta convicción influyó en él para que, aunque no pertenecía a la Comunión Católico-Monárquica, viviese retraído de la política hasta que triunfó la Revolución de Septiembre de 1868.



Comprendiendo entonces que había llegado el momento de defender sus ideales políticos, aceptó el sufragio de los electores de Asturias, y figuró en la minoría tradicionalista como Diputado a Cortes por Oviedo.

El señor de Estrada era ya Doctor en Derecho, Socio correspondiente de la Real Academia de la Historia, individuo de la Junta de escuelas de Oviedo y Catedrático de la Universidad de la indicada capital, y había desempeñado los cargos de individuo de la Junta provisional de Beneficencia, Magistrado suplente de la Audiencia de Oviedo, Secretario del Colegio de Abogados y Secretario, también, de la Conferencia de San Vicente de Paúl de dicha capital, desde su fundación en 1855 hasta que quedó suprimida por los revolucionarios de 1868.

Este último título fué el que más estimó el señor Estrada.

Como Diputado constituyente defendió una enmienda contra la libertad de la prensa y otra en la cuestión religiosa, sosteniendo que el Estado debía renunciar al ejercicio de las regalías.

En las elecciones del año 1871, fué elegido Diputado a Cortes por el distrito de Laviana (Asturias) llegando a obtener 5.998 votos, y no sacando más que 1.076 su contrincante, a pesar de ser candidato ministerial y disponer, por lo tanto, de todo el apoyo moral y material del Gobierno Amadeísta.

Perdió su Cátedra el señor Estrada por no querer jurar la Constitución, y tuvo el honor de ser nombrado Presidente de la Comisión asturiana que fué a Vevey para imponer al Príncipe Don Jaime de Borbón (a poco de nacer) la *Cruz de la Victoria*, acto muy significativo al que se

dió, por cierto, más importancia en el Extranjero que en España, y con cuyo motivo fué agraciado por Don Carlos de Borbón con el título de Conde de Covadonga.

Fué vice-Presidente de la Junta provincial católico-monárquica de Oviedo, y uno de los fundadores del Casino Carlista de aquella capital, a cuyos socios dirigía con frecuencia la palabra en conferencias públicas, habiendo dedicado una serie de ellas a explicar los fundamentos jurídicos e históricos del derecho de Don Carlos. Fué también Director y principal redactor del diario «La Unidad», que se publicaba en Asturias con muy buen éxito en 1869, y colaborador literario de otros varios periódicos. Por razón de su profesión tuvo que pronunciar varios discursos, tales como el de su investidura de Doctor; el de recepción como Catedrático; el de contestación a la recepción de otro Catedrático; y el inaugural de un curso académico en la Universidad de Oviedo.

Hombre de costumbres sencillas, constituía toda su felicidad la familia, de la que vivió (a pesar de ello) lejos durante algún tiempo, sacrificándose así por la Causa que defendió.

Era el señor de Estrada un orador de los más correctos en la brillante y numerosa minoría carlista de 1871. El discurso relativo al voto particular de D. Cándido Nocedal, contestando en el acto a Moreno Nieto, fué notabilísimo y le captó la admiración de la Cámara.

Durante la última guerra carlista prestó Estrada grandísimos servicios a la Causa Católico-Monárquica, ejerciendo cargos importantísimos; y en la emigración fué Secretario de Don Carlos de Borbón, y Vocal de la Junta reservada de la frontera que presidió el vice-Almirante Mr. de Viñalet.

También fué vice-Presidente de la Junta provincial Católico-Monárquica de Asturias; fundador del Casino Carlista de Oviedo; Director del diario tradicionalista «La Unidad», y colaborador del «Boletín Eclesiástico».

Cuando volvió de la emigración recuperó su Cátedra, y con el saber y la elocuencia que le eran característicos, con su prodigiosa y variadísima ilustración, enseñó las asignaturas de Derecho Civil, Hacienda, Derecho Internacional, y últimamente, la de Historia del Derecho.

Canonista eminente; jurisconsulto distinguido; versado como pocos en la Historia; literato muy erudito; escritor intencionado y brillante; Don Guillermo Estrada, fué una de las figuras más salientes de la Causa Católico-Monárquica y una de las primeras ilustraciones de España. Tan perfecto cristiano y cumplidísimo caballero falleció a fines de Diciembre de 1894 en la misma capital de Asturias en que había nacido.

Excmo. Sr. D. Manuel Polo y Peyrolón



Hijo del señor don Domingo Polo primeramente abogado y luego Sacerdote), nació «D. Manuel Polo y Peyrolón», en Cañete (Cuenca) el año 1846; estudió en las universidades de Valencia y de Madrid las carreras de Derecho y de Filosofía y Letras; ganó en reñidas oposiciones la Cátedra de Psicología, Lógica y Filosofía moral del Instituto de Teruel; fué en 1879 trasladado, por concurso, a la cátedra de dicha asignatura del Instituto de Valencia; ejerció el cargo de Bibliotecario de dicho Instituto; ha visto premiados sus servicios profesionales con la Encomienda de la Real y Americana Orden de Isabel la Católica, y fué Socio de Mérito de la Económica de Amigos del País, de Alicante, Correspondiente de la Real Academia de la Historia, Vice-Presidente de la Comisión de monumentos históricos y artísticos de la provincia de Valencia, individuo de la Academia Romana de Santo Tomás de Aquino, de la francesa de Monte-Real y de otras corporaciones científicas y literarias, habiendo sido además condecorado por León XIII con la cruz *Pro Ecclesia et Pontifice*.

El señor de Polo y Peyrolón dió numerosas conferencias en la *Juventud Católica* y en el Círcu-

lo *Católico de Obreros* de Valencia, fué colaborador de varios periódicos carlistas; fué elegido en 1896 Diputado a Cortes por Valencia, y en 1907 Senador del Reino por dicha provincia, distinguiéndose con tal motivo en el Congreso y en el Senado; fué durante muchos años Presidente de la Junta Provincial carlista de Valencia, y Jefe Regional de los carlistas del antiguo Reino de Valencia; dos veces Senador del Reino por la provincia de Valencia y en el Senado combatió enérgica y brillantemente la política democrática del Gobierno de Canalejas especialmente en todo cuanto afectaba a los imprescindibles derechos de la Iglesia y a las legítimas aspiraciones de los católicos.

Como literato, figuró D. Manuel Polo y Peyrolón entre los que más honran a España con sus libros y folletos, muchos de los cuales han sido premiados en la Exposición Regional Valenciana de 1883, en la Exposición aragonesa de 1886 y en la Exposición Universal de Barcelona, de 1888. Bastantes escritos suyos se han traducido al portugués, al francés, al italiano y al alemán; entre sus muchas obras recordamos ahora las siguientes: «El guerrillero» (novela); «Matrimonio civil o Sacramento y Concubinato» (novela); «Quien mal anda ¿cómo acaba?»; «Seis novelas cortas» (una de ellas «Los Mayos»); «Costumbres populares de la Sierra de Albarracín» (cuentos); «Pepinillos en vinagre» (artículos satíricos); «Hojas de mi cartera de viajero; discursos académicos»; «Pacorro» (novela); «Bocetos de brocha gorda» (cuentos); «Páginas edificantes» (cuentos morales); «Manojico de cuentos»; «España y la Masonería»; «La Madre de Don Carlos, Vida y virtudes de la Venerable Cristina de Saboya» y «Vida de León XIII» (obra premiada.) Entre sus muchos folletos merecen especial mención los que a continuación se expresan: «Burgueses y proletarios». — «Pan y Catecismo». — «¿Hay acaso Providencia?» — «El anarquismo». — «El trabajo y el salario». — «Errores y horrores contemporáneos». — «¡Pícaros frailes!» — «El liberalismo por dentro». — «Las libertades de perdición». — «El liberalismo católico sin comentarios». — «La limosna». — «Credo y programa del partido carlista».

Su muerte dejó un gran vacío en el Tradicionalismo valenciano.

Excmo. Sr. D. Gabino Tejado

Hijo del Sr. D. Bartolomé Tejado, Catedrático de la Universidad de Salamanca, nació en Badajoz el año 1819; a los veintidós años de edad obtuvo el título de Abogado en la Universidad de

Madrid; desde 1845 hasta 1851 fué modesto empleado en los ramos de Bellas Artes e Instrucción Pública; después pasó a desempeñar el destino de Oficial de la Secretaría del Ministerio de la



Senador del Reino en 1871 y 1872

Gobernación, hasta que lo dimitió en 1858, y se dedicó exclusivamente a trabajos literarios, llegando a ser uno de los escritores más notables en el difícil campo de las ciencias político-sociales.

También fué Diputado a Cortes desde el año 1850 hasta el destronamiento de Doña Isabel II; el carácter que por aquella época tuvo en las Cortes fué el siguiente: Diputado de oposición adicto a la política del ilustre escritor católico Marqués de Valdegamas, en 1850; Diputado reformista y auto-parlamentario, en las Cortes de 1851; Diputado independiente en las de 1857; Diputado por la candidatura católica de Navarra en las Cortes de 1866; y Diputado de oposición Católico-Monárquica en las de 1868.

Al ser destronada Doña Isabel II afilióse desde luego el Sr. de Tejado al Carlismo, en pro del cual trabajó infatigablemente con sus escritos, con sus consejos y con sus brillantes discursos como Senador del Reino por la provincia de Castellón, en las Cortes de Don Amadeo de Saboya, en las que capitaneó varias veces a la Minoría Católico-Monárquica del Senado, con motivo de ausencias y enfermedades del insigne patricio Don Antonio Aparisi y Guijarro.

El Sr. de Tejado que fué del Consejo provisional de Don Carlos de Borbón y de Austria-Este en París, intervino activamente en la negociación de empréstitos para la guerra, juntamente con los generales Elío y Algarra, con los condes del Pinar, de Orgaz y de Fuentes y con los señores D. Bienvenido Comín y Doctor Vicente. También asistió en 1870 a la histórica Junta de Vevey (Suiza) y con el título de «La solución lógica en la presente crisis» publicó por aquella época un precioso folleto que se hizo muy popular y del que hubieron de tirarse en breve tiempo varias ediciones.

Al concluirse la última guerra carlista fué de los que más contribuyeron con su ilustrada colaboración a la importancia que en breve tiempo llegó a adquirir «El Siglo Futuro»; pero desde algunos años después tuvo que vivir alejado de la vida política, obligado a ello por cruel enfermedad.

Como escritor, baste decir del ilustre D. Gabino Tejado, que, a pesar de sus ideas y su significación tan reaccionarias, fué elegido Académico de la Real Española para ocupar la vacante del gran Aparisi y Guijarro.

El Excmo. Sr. D. Gabino Tejado falleció cristianamente en Madrid.

El Marqués de Cerralbo

Don Enrique de Aguilera y Gamboa nació en Madrid el día 8 de julio de 1845; desde muy joven se distinguió por su afición a los estudios históricos y literarios, mostróse escritor de galana frase, inspirado poeta, y en 1871 fué elegido Diputado a Cortes por Ledesma (Salamanca), adhiriéndose, como tal, a la Minoría católico-monárquica del Congreso.

En 1875 sucedió a su señor padre en los títulos de Marqués de Cerralbo (con Grandeza de España), de Almarza y de Campo-Fuerte, Conde de Alcudia (con Grandeza), de Foncalada y de Villalobos, así como en los de Marqués de Flores-Dávila, Conde de Alba de Seltes, de la Oliva de Gaytán y de Casasola cuyos títulos cedió a sus hermanos. La casa de Cerralbo, una de las más antiguas de Castilla, tuvo su origen en el célebre D. Diego López de Pacheco, tronco de

las de Villena y Escalona, y en varias ocasiones ha estado unida por matrimonios con familias reales.

En 1885 fué nombrado Senador del Reino por derecho propio, y Don Carlos le agradeció con los honores de Mayordomo Mayor y Gentil-hombre suyo, con ejercicio y servidumbre, como Grande de España.

Cuando la erección del Monumento de la iglesia de Cegama dedicado a la gloriosa memoria del general Zumalacárregui, el Marqués de Cerralbo dirigió los trabajos que para ello se realizaron como Presidente de la Junta encargada de los mismos, en la cual figuraban también los generales carlistas Cavero y Calderón y los marqueses de Valde-Espina, de Villadarias, de la Romana, de Vallecerrato y de Castrillo.

De Enero a Marzo de 1890 realizó el Marqués



de Cerralbo un brillante viaje de propaganda carlista por Cataluña, celebrándose con tal motivo magníficas fiestas en Barcelona, Tarragona, Tortosa, Vich, Poblet, Olot, Manresa, Igualada y otros puntos.

Don Carlos, apreciando en lo mucho que valían las dotes políticas y exquisito tacto del Marqués de Cerralbo, le nombró delegado suyo en España.

En cuanto a la inmensa labor de organización carlista realizada por el Marqués de Cerralbo, nada tan elocuente como sus propios resultados.

Deseosos los carlistas de patentizar al Marqués de Cerralbo su estimación, obsequiáronle con una magnífica corona que le fué solemnemente entregada en su Palacio de Madrid, el día 4 de Noviembre de 1892, por una brillante y numerosa Comisión al frente de la cual figuraban el General de Artillería D. Elicio de Berriz.

El día 15 de Julio de 1895 D. Carlos de Borbón nombró Caballero de la Insigne Orden del

Toisón de Oro al Marqués de Cerralbo «como prueba especial de gratitud a quien servía, todavía más que por tradicional deber, por entusiasmo y amor en tantos años de trabajo, de abnegación, de peligros valerosamente arrostrados, de sacrificios sin cuento (palabras textuales del autógrafo regio).

Al año siguiente deseando Don Carlos dar al Marqués de Cerralbo un nuevo testimonio de lo mucho en que estimaba sus eminentes servicios le invistió con uno de los collares del Espíritu Santo que había heredado de Don Enrique V de Francia (el Conde de Chambord), como Gran Maestre nato de tan insigne Orden francesa.

Por prescripción médica hubo de ausentarse de España el Marqués de Cerralbo en 1898, y al año siguiente presentó la dimisión de Delegado General de D. Carlos a fin de atender al restablecimiento de su salud, quebrantada por sus muchos asiduos y prolongados trabajos políticos.

En el Congreso arqueológico que se celebró en Toulouse el verano de 1910 llamaron poderosamente la atención los trabajos realizados por el Marqués de Cerralbo en su Castillo y sus magníficas posesiones de Santa María de Huerta.

También fué otro gran éxito para el insigne Marqués de Cerralbo la conferencia que dió en Ginebra a mediados de septiembre de 1912. El competentísimo auditorio le ovacionó, admirando los grandes servicios prestados a la ciencia arqueológica y a la Historia.

Al presentar la dimisión el que fué insigne jefe delegado de D. Jaime de Borbón, Don Bartolomé Feliu, por motivos de su avanzada edad y quebranto de salud; y deseando el que era entonces nuestro Caudillo nombrar una Junta Central que llevase la dirección del partido, compuesta de senadores y diputados iaimistas, puso al frente al Excmo. señor Marqués de Cerralbo, quien tomó posesión en noviembre de 1912, desempeñando dicho cargo hasta que finalizó la guerra europea.

Falleció cristianamente en Madrid, siendo su muerte sentidísima por todas las clases sociales.

Excmo. Sr. D. Matías Barrio Mier

Nació el día 10 de Febrero de 1844 en Verdeña (provincia de Palencia); su familia paterna era una de las principales del país; y la materna, cuya nobleza es antiquísima, procede de Asturias. Recibió la instrucción primera en las escuelas de Verdeña, Redondo y Cervera de Pisuerga, acabando de perfeccionarse en Toledo; y en cuanto a la segunda enseñanza, cursó de 1853 a 1854 en aquel Instituto el primer año de latinidad y humanidades, el segundo y tercero en el Colegio Politécnico de Madrid, y en Junio de

1856 recibió el semigrado que por entonces se exigía para pasar a la filosofía. En el año de 1859 recibió en el Instituto de Toledo el grado de Bachiller en Artes. En dicha capital estuvo al lado de su tío don Celestino de Mier, Deán de aquella Santa Iglesia Catedral (Primada de las Españas), y desde el año 1859 hasta el de 1865 siguió en la Universidad de Valladolid los seis años de Leyes, obteniendo en todas las asignaturas las primeras notas.

En el mes de Junio de 1865 se licenció el se-



Jefe de la Minoría Carlista del Congreso de los Diputados durante muchos años

ñor de Barrio y Mier en Derecho Civil y Canónico; recibió la investidura de Doctor en la Universidad de Madrid el día 10 de Noviembre del año siguiente, y la carrera de Administración la siguió en las Universidades de Valladolid y de Madrid, obteniendo también en ella el doctorado.

Siendo todavía estudiante sustituyó nuestro ilustre biografiado la cátedra de Administración (Hacienda y Derecho político comparado) en la Universidad de Valladolid.

En las mismas Universidades de Valladolid y de Madrid cursó también todas las asignaturas de la facultad de Filosofía y Letras hasta alcanzar el Doctorado, como en las otras dos carreras ya anteriormente citadas.

En los cursos de los años de 1866 al 68 estudió en la Universidad de Madrid los dos primeros años de Teología, con nota de sobresaliente, y no continuó esta carrera por haberse suprimido en la Universidad, a consecuencia del destronamiento de Isabel II.

Tenía cursadas seis carreras, habiendo sufrido dieciséis ejercicios para la obtención de grados; ganó, previa oposición, multitud de premios ordinarios o de asignatura, tres extraordinarios de grado, recibiendo cuatro grados de Bachiller, cuatro de Licenciado, y tres de Doctor.

Es imposible un ejemplo mayor de aplicación e inteligencia, pues terminó el señor Barrio Mier tantos estudios cuando sólo contaba veinticinco años de edad.

Empezó a ejercer la Abogacía desde principios de 1866, hallándose, al efecto, inscrito en los Colegios de Madrid y de Vitoria.

Cuando estalló la Revolución de Septiembre de 1868, fué separado de la Universidad el señor de Barrio Mier, y en el curso de 1868 al 69 abrió una Cátedra privada de Derecho en unión del Doctor Don Vicente Oliver Bico.

En las Cortes de Don Amadeo de Saboya fué por primera vez elegido Diputado por el Distrito de Cervera de Pisuerga, al cual vino representando después frecuentemente en el Congreso, y siendo el más joven de todos los diputados del año 1871, asombró al Parlamento el portentoso trabajo de su privilegiada inteligencia.

Poco después ganó en reñida oposición una Cátedra de Derecho en la Universidad de Zaragoza, y cuando empezó la última guerra civil, dando una prueba más de su amor a la Causa Católico-Monárquica, abandonó la Cátedra y la carrera que tan brillante porvenir le ofrecían, y se fué al territorio dominado por las armas carlistas en el Norte, ofreciendo sus servicios a don Carlos de Borbón y de Austria-Este, cuyo augusto señor le nombró Corregidor de Vizcaya; también fué Decano de la facultad de Derecho de la Real y Pontificia Universidad de Oñate, cuya solemne inauguración tuvo lugar en Diciembre de 1874; excusando decir nosotros que ambos cargos fueron desempeñados con entera satisfacción de todos por nuestro ilustre biografiado.

Terminada la guerra emigró el Sr. de Barrio Mier a Francia, y al regresar a España hizo oposiciones a una Cátedra de la facultad de Derecho en la Universidad de Oviedo, y después a la Universidad Central, explicando allí la asignatura de «Legislación comparada», que es una de las del grupo del doctorado de Leyes.

Cuando Don Carlos de Borbón nombró Delegado suyo en España al Marqués de Cerralbo y los carlistas entraron en su período de actividad extraordinaria en el terreno legal, en las primeras elecciones políticas que se presentaron, que fueron las del año 1891, fué nuevamente elegido diputado a Cortes por Cervera del Río Pisuerga, D. Matías Barrio y Mier, quien desde entonces hasta su fallecimiento ejerció casi siempre la Jefatura de la Minoría Tradicionalista del Congreso.

De su gestión como Diputado y Jefe de la Minoría carlista del Congreso, bien alto hablan los admirables discursos pronunciados por el señor de Barrio Mier en distintas ocasiones, todos ellos modelos de corrección y de elegancia. Sus contestaciones a los discursos de la Corona forman una brillante ejecutoria parlamentaria, sobresaliendo en ellos la firmeza en la doctrina y la claridad en la exposición.

El día 7 de Diciembre de 1899 fué nombrado el señor de Barrio Mier por Don Carlos de Borbón y de Austria-Este para relevar al Marqués de Cerralbo en el cargo de Jefe Delegado de la Comunión Católico-Monárquica. Durante más de

diez años llegó a ostentar la alta representación de Don Carlos. Cuatro elecciones de Senadores del Reino y Diputados a Cortes tuvieron lugar durante el tiempo en que el ilustre Barrio Mier figuró al frente de la política del Carlismo; sus minorías parlamentarias resultaron constituidas de la siguiente forma por aquella época:

Años de 1899 a 1901. — Diputados a Cortes: Don Matías Barrio Mier (por Cervera de Pisuerga) y D. Víctor Pradera (por Tolosa). Senadores: Marqués de Cerralbo y Duque de Solferino (ambos por derecho propio), Marqués de Tamarit (por Tarragona) y D. Cruz Ochoa (por Navarra).

Años de 1901 a 1903. — Diputados a Cortes: Don Matías Barrio Mier (por Cervera de Pisuerga), D. Joaquín de Llorens (por Estella), D. Romualdo Cesáreo Sanz (por Pamplona), el Marqués de Tamarit (por Tarragona), D. Víctor Pradera (por Tolosa) y D. Miguel Irigaray (por Aoiz). Senadores: Marqués de Cerralbo y Duque de Solferino (ambos por derecho propio).

Años de 1903 a 1905. — Diputados a Cortes: D. Joaquín de Llorens (por Estella), D. Juan Vázquez de Mella (por Aoiz), D. Enrique Gil Robles (por Pamplona), D. Antonio de Mazarrasa (por la Guardia), D. Teodoro Arana (por Azpeita), D. Julio de Urquijo (por Tolosa) y D. Javier Bretón (por Tafalla). Senadores del Reino: Marqués de Cerralbo y Duque de Solferino (ambos por derecho propio), Marqués de Vessolla y D. Luis de Bobadilla (ambos por Navarra).

Años de 1905 a 1907. — Diputados a Cortes: D. Matías Barrio Mier (por Cervera de Pisuerga), Don Joaquín de Llorens (por Estella), D. Juan Vázquez de Mella (por Pamplona) y el Conde de Rodézno (por Aoiz). Senadores del Reino: El Marqués de Cerralbo y Duque de Solferino (ambos por derecho propio), el Marqués de Vesso-

lla (por Navarra) y D. Teodoro de Arana (por Guipúzcoa).

Años de 1907 a 1910. — Diputados a Cortes: D. Matías Barrio Mier (por Cervera de Pisuerga), Don Joaquín de Llorens (por Estella), D. Juan Vázquez de Mella (por Pamplona), el Conde de Rodézno (por Aoiz), D. Bartolomé Feliú (por Tafalla), D. Miguel Junyent (por Vich), D. Mariano Bordas (por Berga), D. Manuel de Bofarull (por Vil·lademuls), D. Rafael Díaz Aguado Salaberry (por Tolosa), el Marqués de Tamarit (por Tarragona), el Conde del Castillo de Piñeyro (por Tudela), D. Pedro Llosas (por Olot), D. Celestino de Alcocer (por la Guardia), D. Lorenzo María Aliet (por Cervera). Senadores: El Marqués de Cerralbo y el Duque de Solferino (ambos por derecho propio), el Marqués de Vessolla (por Navarra), D. Emilio Sicars (por Barcelona), D. Manuel Bonmatí (por Gerona), D. José de Ampuero (por Guipúzcoa), D. Manuel Polo Peyrolón (por Valencia) y el Barón de Esponellá (por Lérida).

El exceso de trabajo, sin duda, le acarrió al Sr. de Barrio Mier una anemia y postración general que le condujeron al sepulcro, falleciendo cristianamente en Madrid el día 23 de Junio del año 1909. Su cadáver fué enterrado en Verdeña, su pueblo natal; el solemnísimos acto de trasladarlo a la estación del Norte, en Madrid, fué presidido por D. Pablo Higes (padre espiritual del finado), por D. Carlos Barrio (hijo), por D. Bartolomé Feliú (como Jefe-Delegado de la Comunión carlista), por D. Eduardo Dato (como Presidente del Congreso de los Diputados), por los ministros de la Gobernación y de Gracia y Justicia (en nombre del Gobierno), por el Rector de la Universidad Central, por el Padre Fray Bonifacio Aval. Agustiniano, por el Doctor Recondo, por Don Pedro Fernández Durán y por la plana mayor de la Comunión Tradicionalista.

Ecmo. Sr. D. Luís María de Llauder

Era sobrino del General isabelino Llauder, que tan despiadadamente se portó con los carlistas, como Capitán General de Cataluña, al principio de la primera guerra civil.

Nació en Madrid el año de 1837; licencióse en Derecho Civil y Canónico a los veinte años de edad, en la Universidad de Barcelona; en 1866 empezó a distinguirse ya como periodista; en 1869 escribió un folleto titulado «Desenlace de la Revolución Española», defendiendo los ideales católico-monárquicos, y en el palenque de la prensa adquirió bien pronto fama de publicista y polemista distinguido.

Con aplauso de todos los carlistas riñó rudas batallas en «El amigo del pueblo», en «El Criterio Católico» y en el diario «La Convicción»; ha-

biendo sido el primero en defender por aquella época el programa carlista en Cataluña, en ocasión en que los gobiernos liberales perseguían sin piedad a los partidarios de Don Carlos de Borbón y de Austria-Este.

El señor de Llauder arrojó impávido los peligros de aquellos azarosos tiempos, hasta que, al fin, se vió obligado a emigrar al extranjero, donde Don Carlos, estimando su carácter y apreciando sus servicios, le confió delicadas y honrosas comisiones, y en el año de 1871 fué elegido Diputado a Cortes por Berga.

Para la Causa Católica fué el señor de Llauder un atleta. En las distintas crisis por que hubo de atravesar el Catolicismo, motivadas por la perfidia de ciertos elementos empeñados en unir



aspiraciones y pareceres distintos y en confundir credos diversos, el señor de Llauder, con su habilidad y talento, defendió la tesis católica, triunfando de sus temibles adversarios. La mejor demostración de que interperió la verdadera doctrina la constituyen los obsequios de que fué objeto por parte del Clero catalán, distinguiéndole y aplaudiéndole también el Episcopado en general, por sus méritos y servicios prestados a la Causa Católica.

En el año de 1878 se encargó el señor de Llauder de la Dirección del «Correo Catalán», de Bar-

celona, por defunción del malogrado Sr. Millá de la Roca; en dicho diario sostuvo numerosas campañas en pro de los intereses católicos y de la Causa Tradicionalista; el Clero de Cataluña demostró en distintas ocasiones el afecto que profesó al señor de Llauder pues el de la Diócesis de Barcelona le regaló una riquísima pluma de oro, y el de la de Gerona le obsequió con una magnífica escribanía de plata.

Como articulista fué siempre el señor de Llauder de los que conquistaron mayores lauros, pudiéndose además afirmar que pocos cual él han contribuido tanto a la propaganda católico-monárquica; pues además de sostener dos publicaciones tan importantes como el «Correo Catalán» y la magnífica ilustración «La Hormiga de Oro», fundó en Barcelona un establecimiento de librería e imprenta, notable centro de grandes resultados.

D. Luis M.^a Llauder, que fué gran auxiliar de la campaña de propaganda realizada por el Marqués de Cerralbo en el año 1890, fué elegido Diputado a Cortes por Berga cuando las elecciones políticas del año siguiente, y Senador del Reino por la provincia de Gerona en las de 1896; ejerció el cargo de Presidente de la Junta Regional Carlista de Cataluña desde 1890, y falleció cristianamente en Barcelona el día 10 de Junio de 1902, siendo su muerte sentidísima tanto por sus adversarios políticos como por sus correligionarios, en genral, y en particular por los catalanes, quienes sienten veneración por su buena memoria, recordando siempre con admiración su peculiar modestia y su brillante vida política.

Don Carlos de Borbón agració al señor de Llauder con el título de Marqués de Vatlleix.

D. Benigno Bolaños y Saenz (Eneas)

Era natural de Estables de Molina de Aragón (provincia de Guadalajara); manifestó desde sus primeros años gran afición a los estudios, cursando con gran aprovechamiento en el Seminario de Sigüenza y en la Universidad de Zaragoza el doctorado en Teología, en aquél, y el de Derecho y Ciencias Sociales en ésta.

Dieciocho años de edad contaba cuando hizo los primeros ensayos de su brillante carrera periodística en «La Ilustración Católica». Fundó luego el semanario titulado «El Pilar», dejando en el mismo las hermosas huellas de su privilegiado ingenio, puesto al servicio de la Causa del Bien; más tarde colaboró en «El Intransigente» y en otras publicaciones de carácter tradicionalista.

En el año de 1888 ingresó con el carácter de Redactor en «El Correo Español» al fundarse és-

te, sorprendiéndole la muerte ocupando el cargo de Director de dicho órgano oficial de la Comunión Católico-Monárquica.

Su fallecimiento que fué muy sentido, ocurrió en Madrid el día 13 de Julio de 1911.

La pluma del Sr. de Bolaños (el «gran maestro» como dicen los periodistas del jaimismo al evocar su recuerdo ilustre) puesta siempre al servicio de los intereses de la Religión, de la Patria y de la Monarquía Tradicional, popularizada bajo el pseudónimo de «Eneas», bien claramente reflejaba su extraordinaria inteligencia, su vasta ilustración y su voluntad indomable para defender la verdad, impulsado por el fuego que su corazón encendían sus afectos para la Causa Católico-Monárquica.

A pesar de sus reconocidos dotes, «Eneas», en su trato, no reflejaba otro carácter que el que



sus cualidades le imprimían: siempre fué ingénuo, amable i sencillo.

«La Comunión Tradicionalista perdió con su muerte a un valiente adalid; la causa católica a uno de sus portavoces más elocuentes.»

Esto decía de él el ilustre escritor D. Severino Aznar en «El Correo Español» el día 13 de Julio de 1910, en su precioso artículo titulado «Crucificarse con su pluma».

Para los carlistas el nombre de «Eneas» ha pasado a la galería de sus hombres ilustres, al lado de los Villoslada y de los Aparisi, al lado de los Zumalácarregui y los Ollo.

El no tenía el prestigio de las cicatrices gloriosas, pero no por eso merece menos veneración que el primero de los veteranos. No se batió en las montañas, pero se batió en la ciudad; no hizo la guerra de espada y fusil, pero hizo la guerra de ideas, que no es menos dramática y aniquiladora; no tomó plazas ni defendió reducidos, pero conquistó almas para la Causa y sostuvo otras que vacilaban en su fe, y reduplicó en todas la confianza y el entusiasmo, el brio y el coraje. Y todo eso es triunfo guerrero.

El no escribió grandes dramas como Tama-yo; ni novelas primorosas como Villoslada o Pereda; ni libros cargados de doctrina como Mannerola; y no deslumbró y sugestionó a las multitudes y a los Parlamentos como Aparisi o como Mella, pero con su labor humilde, algo oscura, y perseverante de periodista, es uno de los hombres que más han influido en el alma de nuestra Comunión, y en general, en toda la política religiosa española.

Don José María de Pereda

Nació el día 7 de febrero del año 1839 en Polanco (Santander). Su familia, distinguida y bien acomodada, profesaba de abolengo las mismas ideas tradicionalistas que formaron el credo y constituyeron el más fervoroso culto del insigne autor de *Peñas arriba*: ya en la primera campaña carlista se distinguió mucho como Auditor de Guerra un próximo pariente suyo, de su mismo apellido, que militó en las filas de Carlos V.

En Santander recibió la educación elemental, y en la misma ciudad estudió los años de filosofía correspondientes al Bachillerato, pasando después a Madrid, donde se dedicó a los estudios preparatorios para la carrera de Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos a la que sus buenos padres le dedicaban.

Pero la más dominante afición del señor de Pereda se marcaba ya hacia los estudios literarios, y muy pronto reveló su feliz ingenio y privilegiadas dotes en artículos que dió a luz en varios periódicos literarios de España, brillando su nombre a gran altura, especialmente desde que publicó su primer libro titulado *Escenas*

Montañesas, en el que se mostró habilísimo pintor de costumbres y profundo observador de caracteres y preocupaciones de su bello país.

Refractario el señor de Pereda a las luchas políticas, no había escrito nunca en este ardiente sentido hasta que destronada Doña Isabel y viendo con la obra revolucionaria heridos de frente sus sentimientos e ideas, fundó y dirigió con el mismo título de otro literario que había publicado en sus primeros años, un periódico satírico, *El Tío Cayetano*, que llamó mucho la atención en toda España, y cuyos artículos se reproducían y comentaban con interés en los diarios carlistas de Madrid.

Estas circunstancias y la de ser el señor de Pereda uno de los hombres más independientes de la Montaña, movieron a los electores de más significación del distrito de Cabuérniga (Santander), a ofrecerle su apoyo en la lucha electoral para Diputados a Cortes del año 1871, honra que fué desde luego aceptada por el interesado, sólo en el concepto de que aceptando podría contribuir con sus fuerzas al logro de las aspiraciones



de la Causa Católica-Monárquica y a la destrucción de los viciosos y funestos elementos de la obra revolucionaria.

Fué, pues, don José María de Pereda uno de los Diputados que más honraron a la Minoría parlamentaria carlista en las Cortes de Don Amadeo de Saboya, en las que tomó parte en varias discusiones.

Después de aquella campaña parlamentaria, siempre se mantuvo adicto a la Causa Católico-Monárquica.

Prescindiendo de algunas otras, titúlanse sus obras principales: «Escenas montañosas», «Ti-

pos y paisajes», «Bocetos al temple», «Tipos tras-humantes», «El buey suelto...», «Los hombres de pro», «Don Gonzalo González de la Gonzalera», «De tal palo tal astilla», «Esbozos y rasguños», «El sabor de la tierruca», «Pedro Sánchez», «Sotileza», «La Montalvez», «La Puchera», «Nubes de estío», «Al primer vuelo», «Peñas arriba», «Pachín González» y «Ensayos dramáticos».

Como académico de la Real de la lengua española, fué el señor de Pereda, en realidad, maestro insigne de la literatura castiza, cristianamente naturalista, regocijo del habla castellana, orgullo de la Patria, alma grande, leal a la Tradición Católico-Monárquica, prestigio indiscutible de su época, y patriarca montaños, venerado de todos los españoles.

Si fué legítima gloria de la Patria, lo fué, en particular, del Carlismo, no sólo por las ideas salvadoras que amó y defendió en sus obras, sino que también por la constancia con que profesó nuestros benditos ideales, sin recatarse nunca de ello, como bien claramente lo demostró su discurso de ingreso en la Real Academia Española, dirigiéndose al Académico de la misma Don Benito Pérez Galdós, quien se había permitido decir en uno de sus escritos que el señor de Pereda tenía fama de ser ardiente partidario del Tradicionalismo, pero que él no podía creer que eso fuera verdad.

Falleció cristianamente el 1.º de marzo de 1906 en Santander, donde era como una institución; no es de extrañar, por lo tanto, la extraordinaria sensación que en dicha capital, y luego en toda su provincia, produjo su muerte generalmente sentida también en toda España y entre los más conspicuos intelectuales del extranjero.

Excmo. Sr. D. Tírso de Olazabal

Senador del Reino en 1896 y 1897

Perteneciente a noble y antigua familia guipuzcoana, nació en Irún en el año de 1842; estudió filosofía en un colegio de la Compañía de Jesús en las inmediaciones de Burdeos; en 1865 fué elegido primer Diputado foral por el distrito de Tolosa, y en las elecciones políticas de los años 1867 y 1869 fué elegido Diputado a Cortes, figurando desde luego en la Minoría Católico-Monárquica del Congreso.

Emigrado después en Francia, fué destinado por Don Carlos de Borbón y de Austria-Este a su Consejo provincial; se distinguió en la célebre e histórica Junta de Vevey el año 1870; y cuando se iniciaron los preparativos para la última guerra civil, figuró en la «Junta Real Carlista» presidida por el Conde de Santa Coloma, en la cual

figuraban también el Marqués de Santa Cruz de Inganzo, los Condes de la Florida y de Faura, los barones de Uxolá y de la Torre, y los señores D. Roque Heríz, D. Prudencio Vinuesa, D. Esteban Pérez Tafalla y don Fermín Urbasas.

Dedicóse principalmente el señor de Olazábal a la adquisición de armas y municiones para los carlistas, siendo honrado por Don Carlos con el cargo de Presidente de la Comisión de Armamento, el cual ejerció con tal celo, entusiasmo, actividad y acierto que, unas veces por tierra y otras por mar, burlando hábil la vigilancia de la Marina de Guerra, llegó a proporcionar al Ejército carlista más de cuarenta mil fusiles, algunos millones de cartuchos y unas cincuenta piezas de artillería, constituyendo todo ello una serie de servicios peligrosos y valiosísimos, por



los cuales fué agraciado con el nombramiento de Coronel honorario de Artillería, con la llave de Gentil-hombre, con el título de Conde de Arbeláiz, con la Gran Cruz Blanca del Mérito Militar y con la Cruz de la Orden de San Luis, del antiguo Ducado de Parma.

A mediados de 1875 fué el señor de Olazábal

elegido Diputado General por Guipúzcoa, y después de la última campaña carlista escribió un libro titulado «El Armamento de los Carlistas». Fué Delegado de Don Carlos en Guipúzcoa; luego fué elegido Senador del Reino por aquella provincia en las elecciones de 1896; tuvo el honor de acompañar a su Alteza Real e Imperial la Archiduquesa de Austria Doña Blanca de Borbón, hermana mayor de Don Jaime, y luego a este augusto señor, cuando bajo el más riguroso incógnito vinieron a España; asistió como Decano de los jefes regionales carlistas a los funerales de Carlos VII, así como a la solemne proclamación de Jaime III, y después, en el «Salón de banderas» del Palacio Loredán, de Venecia, a la lectura del testamento político de Carlos VII.

El ilustre señor de Olazábal ejerció muchos años la jefatura de los carlistas vascongados; sin dejar de atender con infatigable celo a todo cuanto como a tal le correspondía, vivió en San Juan de Luz, durante la última guerra carlista; y por los muchos y valiosísimos servicios que prestó a la Causa Católico-Monárquica, sobre todo en las épocas más difíciles de su historia, no hay carlista que no pronuncie su nombre con entusiasta cariño y respeto.

El Excmo. Sr. D. Tirso de Olazábal fué uno de los muy pocos tradicionalistas a quienes Carlos VII agració con el Collar de la Orden del Espíritu Santo, y Jaime III honró su villa de San Juan de Luz alojándose en ella diferentes veces.

El Cura Santa Cruz

Hemos leído tanto y tanto, escrito por autores de derecha, sobre el Cura Santa Cruz, que por lo diferentes en apreciar sus hechos y su conducta con respecto a los que fueron sus superiores o sus jefes militares, no queremos inclinarnos a favor de ninguno de los que han querido, o han pretendido ajustarse a la verdad.

Todos los carlistas saben que el P. Santa Cruz, después de la guerra carlista, entró en la Compañía de Jesús. Años después, fué enviado a las Misiones de América, donde demostró, durante muchos años, un celo extraordinario por la gloria de Dios. Jamás dejó de suspirar por el triunfo de la Causa Carlista, como lo demuestra la carta que en fecha 23 de marzo de 1926 dirigió desde Colombia a D. Francisco de P. Oller, representante de D. Jaime en Buenos Aires, en la que le decía:

«... Cuando S. M. Don Jaime de visita en Bogotá, me envió su retrato con dedicatoria, que tanto agradecí. Para manifestarle mi gratitud, le contesté, haciendo votos por su salud y por su triunfo... Hoy cumpla 84 años...»

No vamos aquí, pues, a hablar por nuestra cuenta del célebre jefe carlista y celosísimo Misionero jesuita. Que hable la prensa liberal y los liberales.

Decía «El periódico para todos», de Madrid en 7 de mayo de 1873:

LA INSURRECCION CARLISTA EN EL NORTE

Hemos prometido a nuestros lectores en la revista anterior darles algunas noticias biográficas del Cura Santa Cruz, y vamos a cumplir nuestra promesa.

El renombrado cura no tiene más que 42 años, y es de mediana estatura, ancho de espaldas, es sumamente nervioso y robusto.

Sus cabellos son largos y negros. Sus ojos tienen una expresión de audacia y vivacidad extraordinarias.

Tiene la barba muy poblada.

Enérgico y de una actividad notable resiste fácilmente las mayores fatigas, y según se asegura



Don Manuel Santa Cruz, «Cabecilla» carlista

puede hacer sin mucho cansancio una jornada de veinte leguas.

Nacido de humilde cuna, debe su carrera a la caridad, y era antes de militar en la facción, cura de Hennialde, pueblo inmediato a Tolosa.

Muy conocido por sus opiniones carlistas, se ocupaba hace dos años en hacer penetrar armas en España y en establecer en varios puntos de Guipúzcoa depósitos de municiones.

Arrestado en el momento que salía de su iglesia, en la cual acababa de celebrar el santo sacrificio de la Misa, rogó a los soldados que le acompañasen a su casa a fin de pudiera tomar chocolate.

Accedieron los soldados a su petición, y algunos momentos después Santa Cruz saltaba por una altísima ventana, huyendo a Francia con toda felicidad.

Al estallar la insurrección de 1872, fué uno de los primeros que penetraron en España, alistándose como simple soldado en la partida de Recondo.

Una de sus principales hazañas, ha sido el

copo de un convoy de armas y municiones, cogido entre Vergara y Mondragón.

Santa Cruz entiende algo de medicina y cirugía, y se dedica con frecuencia a asistir a los heridos carlistas.

Su valor, y más que esto sus crueldades le han dado una inmensa reputación, y su cabeza ha sido puesta a precio.

En la actualidad manda 900 hombres perfectamente uniformados y disciplinados, los cuales en los momentos de peligro están habituados a disolverse para reunirse en breve en un punto determinado. Santa Cruz sólo obedece las órdenes de Lizárraga.

Sumamente desconfiado, y temiendo que algunos de los que están a sus órdenes lo entreguen a fin de tener derecho a la suma en que está pregonada su cabeza, tiene una guardia de cuarenta hombres que son los únicos que le inspiran confianza.

Cuando duerme, que es poco, coloca a su lado dos centinelas de su guardia, y no come jamás viandas confeccionadas expresamente para él, sino del rancho que le da a su partida.

En vez de pan, come unas tortas del tamaño de la palma de la mano, las cuales amasa un hombre del cual nada tiene que temer.

Santa Cruz no olvida nunca que su cabeza está valorada en 40.000 reales.

Otro sacerdote, llamado Santos Ayala, acaba de lanzarse también al campo, mandando otra partida carlista de 64 hombres, la cual huyó perseguida hacia San Clemente del Valle.

Nosotros, a fuer de liberales y adictos al actual régimen, no podemos dejar de censurar con la mayor dureza a los que, llamándose representantes de un Dios de Paz, se lanzan a estas luchas sangrientas.»

Torcuato Isaura,



El Padre M. J. Santa Cruz, camino de la Misión.

Por su parte, el diario liberal «Ahora», con reproducción de los sitios en donde principalmente había operado el Cura Santa Cruz, publicaba el siguiente reportaje al dar conocimiento de su fallecimiento agosto de 1926.

EL CURA SANTA CRUZ

Un accidente

Desde final de junio de 1872, en que comienzan a reunirse, hasta principios de agosto, los guerrilleros de Santa Cruz andan corriendo la tierra y reclutando gente, sin tener ningún encuentro importante con las tropas liberales.

En agosto libran la primera acción y la ganan; sorprenden un convoy de armas que va de Mon-



El R. P. Manuel Ignacio Santa Cruz J. S.

Nació el 23 de Marzo de 1842. Murió el 9 de Agosto de 1926.

dragón a San Sebastián, ponen en fuga la escolta y se apoderan de cincuenta fusiles y de cuatro cajas de municiones.

Pero después del combate, mientras comían, a uno de los voluntarios se le disparó el fusil y la bala fué a herir en una mano a otro voluntario; al apodado «Larría».

Sus compañeros le hicieron una cura de mo-

mento como buenamente pudieron y luego Santa Cruz, se fué con él a llevarlo a un caserío de confianza, para que lo asistieran bien.

La partida se quedó escondida en el monte, por el puerto de Kanpáuzar.

¡Cazado!

Volvía el cura de dejar a «Larría» en su refugio, cuando en un barranco se encontró de manos a boca con una columna de soldados liberales.

No les dió tiempo más que para entereverlo.

Brincó, brusco y ágil, como una alimaña sorprendida de pronto por los cazadores, y echó a correr.

Pero no había corrido más que unos metros cuando súbitamente se quedó en medio del barranco inmóvil, mirando con ojos espantados hacia adelante: era que venía a su encuentro un destacamento de miqueletes.

No había escape.

Que lo cogieran las tropas liberales de línea, equivalía para el guerrillero a un juicio sumarísimo y el fusilamiento en un plazo de cuarenta y ocho horas.

Que lo cogieran los miqueletes, que tenían con él muchas cuentas pendientes, representaba la muerte inmediata sobre la marcha.

Se decidió por entregarse a las tropas de línea.

Giró otra vez sobre sus talones y, siempre corriendo, perseguido por los miqueletes, que lo habían reconocido, se fué hacia las tropas que encontró primero.

Iba vestido de campesino, con una blusa corta, a cuadros, alpargatas y boina. Al ser detenido por los soldados los miqueletes llegaban ya gritando:

¡Es Santa Cruz!... ¡Es Santa Cruz!

Y lo rodearon furiosos, zarandeándolo, dándole empujones y culatazos, increpándolo...

El jefe de la columna acudió rápidamente a imponer orden.

—Este prisionero es mío.

Lo sacaron del círculo de iracundos miqueletes, lo ataron bien y entre soldados con la bayoneta calada le hicieron echar a andar, camino de Aramayona.

Al llegar al pueblo la columna con el prisionero, las gentes salían a las puertas de sus casas a verle.

Santa Cruz divisó entre los curiosos al párroco.

—¿Crees que me fusilarán? — le preguntó en vascuence al pasar por su lado.

—Estate seguro — le respondió el párroco.

Primo de Rivera prepara una fiesta

Le encerraron en uno de los cuartos del piso alto del Ayuntamiento de Aramayona. Día y noche, un centinela, con su fusil al hombro, estaba junto a él. A la puerta montaba la guardia un piquete. Todas las habitaciones estaban llenas de

tropa, y pared por medio de la sala que le servía de encierro se alojaba la plana mayor de la columna.

El jefe envió aviso de la captura que había hecho a su general, don Fernando Primo de Rivera que estaba en Vitoria.

La noticia produjo una gran alegría a Primo de Rivera y a su Estado Mayor.

Santa Cruz, poco antes de morir — el 6 de julio de 1926 — contó a un colaborador de la revista madrileña «Razón y Fe» cómo le capturaron, lo que le ocurrió en su prisión de Aramayona y cómo se escapó. En ese relato — publicado en «Razón y Fe» el 10 de noviembre de 1926 — asegura que Primo de Rivera, al saber que estaba preso, empezó a convidar a sus amigos a «una gran fiesta en Aramayona».

—¿Qué fiesta? — le preguntaban.

Y él respondía:

—El fusilamiento de Santa Cruz.

A poco de estar encerrado el cura recibió la visita de un colega que, por encargo de las autoridades militares, iba a confesarle.

Este sacerdote no tenía, por lo visto, la brutal franqueza que el párroco y procuró animar al prisionero.

—Tal vez no le maten... — le dijo.

Pero Santa Cruz no se hacía ilusiones.

—¿Qué dices?... — le respondió encogiéndose de hombros —. ¡Estos me fusilan de seguro!..

—Yo — explicaba él en esas confesiones publicadas en «Razón y Fe» —, yo tenía como cierto que me iban a fusilar, pero no por eso perdí el pulso. Yo nunca perdí el pulso en la guerra ni en los peligros—. Por eso pensaba cuanto podía en escaparme...

Proyectos de fuga

Algunos de los centinelas que turnaban guardándole no lo trataban con mucho afecto. El habla en su relato de un soldado andaluz que, mirándole con aire burlón, le decía de cuando en cuando:

—Se nos escapó, ¿eh?... Ahora no se nos escapa...

El cura le contestaba:

—¡Qué le vamos a hacer!

En cambio, otro soldado castellano se compadecía de él:

— Me da pena... — murmuraba —. Tengo pena de usted...

De fuera también le llegaba alguna muestra de interés.

Un día un campesino se plantó frente al balcón de la sala en que estaba, y en un momento en que lo divisó tras los cristales se soltó rápidamente la faja, hizo ademán de atarla al balcón y luego de agarrarse a ella y de saltar a la calle.

En seguida desapareció.

—Yo, decía Santa Cruz en su narración — me sonreí, entendiendo lo que me quería decir. No necesitaba yo que él me enseñara a huir.

Pensando en mi huida, dije en presencia del soldado a la señora que me traía de comer que me preparase cierta bebida para adormecer a los centinelas.

Esto se lo dije sin que el soldado se diera cuenta de lo que se trataba, porque hablábamos en vascuence.

La señora me respondió:

—No piense en eso, don Manuel; no se puede hacer nada.

El soldado andaluz me molestaba no poco con su cantinela:

—Se nos escapó, ¿eh?... Ahora no se nos escapa..

El soldado castellano, en sus ratos de guardia, seguía tratándome con cariño.

Una vez mirando al balcón, dijo:

—Por ahí se podría escapar uno... Pero se necesitaría ser muy listo...

Yo no era muy listo, pero me escapé.

Un soldado compasivo

—Viendo... sigue contando Santa Cruz — que no era posible pensar en adormecer a los centinelas con alguna bebida, tuve que pensar en otras cosas.

Me ocurrió fingirme enfermo con muchos dolores de cabeza. Mostraba este dolor con ayes y dando vueltas en la cama y en la silla.

Entonces volvió el andaluz con su música:

—Con que se nos escapó, ¿eh?... Ahora no se nos escapará...

Para alivio del mal de cabeza pedí un pañuelo empapado de vinagre. Me lo trajeron y me lo ató a la cabeza.

Después me ocurrió pedir alguna bebida que me ayudase a tener vómito. Así que a los dolores de cabeza fingidos junté vómitos verdaderos con muchas demostraciones aparentes de malestar.

Con todo eso conseguí que algún centinela distinto del andaluz me diera permiso de salir al balcón a respirar el aire.

Estábamos ya en el 11 de agosto, cuando Primo de Rivera preparaba el viaje a Aramayona para «la fiesta» anunciada.

Por la noche fingí un rato de sosiego en mis dolores y vómitos. Entonces empecé a hablar con el centinela. Como no era el andaluz, conversé con confianza y también el soldado me mostraba afecto y confianza. En la conversación le pedí el fusil para examinarlo.

Yo lo miraba por todos lados, por arriba, por abajo, y lo alababa. Decía:

—¡Qué buenos fusiles!... ¡Si nosotros hubiéramos tenido de éstos!..

Mientras hablaba así, lo inspeccionaba, y ví que no estaba cargado. Se lo entregué y pronto volvieron los dolores de cabeza y los vómitos.

Los oficiales entretanto se divertían pared por medio de mi prisión, tocando sus instrumentos músicos.. Todavía me acuerdo de las piezas que tocaban..

El salto

Bastante entrada la noche, pedí al soldado permiso para salir a respirar el aire fresco al balcón. Me lo concedieron sin dificultad, compadeciéndose de mis males. Entonces até al balcón el pañuelo que llevaba puesto a la cabeza.

Entré de nuevo, siempre mostrando mi mucho malestar.

Salí otra vez y ahora até al pañuelo una blusa.

Sería entonces eso de las once de la noche. Ya no se oían los instrumentos de los oficiales; por las calles no se sentía nada: todos estaban acostados.

Entonces me dije: «O ahora o nunca».

Volví a entrar con mis muestras de dolor y me acosté y aparenté estar sosegado un momento... Inmediatamente un gran vómito con unos apuros horribles.

Salí corriendo al balcón, como si fuera a vomitar sobre la calle, y volviéndome desde allí al centinela, le dije:

—Mira... ¡Me veo en un apuro... Aquí...

—No, no; ahí no... —respondió él.

—Pero yo resueltamente le repliqué:

—¡Cómo no!... Tú mira a la puerta para que no entre nadie...

Obedeció el soldado. Volvió la cabeza... Yo entonces di un tremendo brinco y caí a la calle...

Caí de pie, y como al tirarme me había agarrado a la punta de la blusa que antes había atado con el pañuelo al balcón, el golpe fué pequeño; la blusa y el pañuelo sirvieron para detenerlo.

En seguida sentí al soldado echando interjecciones. De seguro que cogió el fusil.

En el río

Yo apreté a correr, y en seguida que salí del pueblo me dije: «No tengo que ir lejos; cerca me tengo que quedar.» Y me metí en el río.

Por él anduve hasta que encontré un buen rincón cerca de la orilla y allí me agazapé.

Muy pronto empecé a sentir las carreras de los caballos, los ladridos de los perros, los pasos de los hombres por entre los maizales. Y todo muy cerca de mí.

Yo estaba allí metido en el agua todo el cuerpo; sólo dejaba fuera la boca para poder respirar. Si me hubiera sido posible, ni eso hubiera dejado fuera.

Así estuve desde las doce de la noche...

«Yo no sé si eres carlista...»

—A eso de las once de la mañana continué contando Santa Cruz — ya no podía resistir el frío y pensé en salir del agua.

Me puse de pie y me dije: «El primero que

ahora vea tiene que ser para mí el ángel de la guarda.»

En seguida ví entre los maizales un campesino y le hice señas con la mano para que se acercase.

Debió de pensar que yo era algún pescador, porque estaba desnudo de la cintura para arriba; como el color blanco de la camisa podía resaltar en la obscuridad, debajo del agua me la había quitado y la había tirado.

Cuando estuvo cerca el campesino le dije:

—Yo no sé si eres carlista o liberal: eso me importa poco. Lo que me importa es que me salves, que seas mi ángel de la guarda..

En seguida me conoció y me dijo:

—No se mueva de ahí, porque si no está perdido... Ya está puesta a precio su cabeza... Está todo lleno de guardias; todos los puntos están cogidos... Quédese ahí hasta que venga yo..

Allí me quedé, esperando lo que dispusiera aquel buen hombre.

Se fué a su casa, y para guardar mejor el secreto no quiso contárselo ni a su mujer... Cogió un par de huevos crudos para que me alimentara y una elástica para que me abrigara un poco; vino a traérmelo y me indicó que siguiera allá quieto hasta el anochecer.

El salvamento

Al obscurecer volvió con otro campesino. Me trajeron ropa; me la puse y echamos a andar, yo entre ellos...

Pasando por un camino algo desviado del pueblo entramos en el monte. Caminamos hasta llegar al caserío de Larrañaga, donde me hicieron entrar.

Allí me cuidaron como mejor pudieron. Los jóvenes tomaron posiciones para custodiar las avenidas. La casera se puso a preparar tocino frito para mi alimentación. Otro casero bastante joven me estaba curando los pies. El más anciano, un anciano venerable, de pie con los brazos cruzados, me miraba sin hablar.

Me parecían todos ellos unos ángeles del cielo.

El más viejo, por fin me habló. Y me decía:

—Anoche, don Manuel, estábamos pensando en usted, y decíamos: «¡Si pudiéramos ayudar a don Manuel!...» No podíamos hacer nada y rezamos el rosario por usted...

Un buen rato estuve allí en aquel caserío. Nunca me olvido de aquella gente... Luego me llevaron por los montes a una cueva que está en la Peña de Amboto. Es un sitio donde no pueden entrar ni las zorras. En aquella cueva me pusieron cama blanda. Estuve muy bien. Un pastorcito venía todos los días tocando la flauta, como si fuera a guardar el ganado, y me traía de comer.

Después de tres días me puse en camino para Francia, hasta otra vez...

Vicente Sánchez-Ocaña

Las merindades de Vizcaya y Carlos VII

Entre los recuerdos más agradables que Carlos VII debió conservar de la adhesión de los pueblos que durante años defendieron su bandera con las armas, figura el acto solemne y más que solemne, espontáneo, con que Vizcaya renovó los sentimientos de su acrisolada lealtad, en momentos los más angustiosos para la Causa carlista.

El Ejército Carlista, ante los inmensos recursos del enemigo y después de una gloriosísima campaña, se retiró de Somorrostro y de la línea de Bilbao el 2 de mayo de 1874, pero con tal orden, con regularidad tan perfecta, que aquello más que una retirada semejaba una maniobra militar, pues todos los almacenes, los efectos, hospitales, todo cuanto constituye la impedimenta de un Ejército y todos sus variados elementos, se levantaron con regularidad y se condujeron al interior del país, sin que el enemigo se atreviera a intentar una persecución, que, quizás, convirtiera en derrota lo que aparecía como una victoria.

Esa retirada, operada ante un enemigo victorioso, si perder un solo hombre, ni un cañón, ni una acémila, ni dejar uno solo de los infinitos elementos aglomerados en meses para una campaña como la de Somorrostro y un sitio como el de Bilbao, constituye una verdadera página de gloria para los generales carlistas, que la realizaron con tal arte, que sus soldados sólo se apercibieron de que se retiraban al hallarse concentrados los Batallones desde Galdácono a Durango. Cuantos presenciaron aquel suceso, admíranse, aún hoy, de la disciplina con que se realizó aquello, que más bien puede llamarse operación estratégica que retirada. Sólo los soldados que pelean por convicción y sabiendo defienden una causa propia, son capaces de dar el ejemplo admirable de aquel puñado de héroes, que ya al siguiente día ocupaban las posiciones, dispuestos a nuevos combates con igual o mayor decisión, que al emprender su magnífica retirada.

Empero, si la operación resultó gloriosa por lo ordenada y bien combinada y porque los generales lograran no se quebrantase el vigor y la dis-

ciplina de sus tropas, debe confesarse que el golpe fué rudo y trascendental. De nuevo el Ejército de la Legitimidad habíase estrellado ante los muros de Bilbao, y lo que durante meses fué la ilusión de alcanzar el triunfo rápidamente, se desvanecía al abandonar aquellos campos. Sacrificios sin cuento; miles de vidas preciosas; recursos amontonados, merced a la abnegación del país; la esperanza de que Europa nos reconociera y con su influencia se levantara otras Provincias, todo desapareció el 2 de mayo, para quedarnos, con la gloria sí, pero, en realidad, casi como al comenzar la guerra debiendo ganarlo todo de nuevo. Esta es la verdad, que leales siempre, debemos reconocer como hecho indudable.

En ninguna parte causó la retirada de Bilbao mayor sensación que en Vizcaya, como que nadie debía sentir sus efectos inmediatos con la intensidad del Señorío, que perdía la mejor de sus esperanzas, después de haber empleado en aquella empresa cuantos recursos tenía. Y sin embargo, Vizcaya, fué la primera que, sobreponiéndose al dolor, acallando el sentimiento que su fracaso causaba en su corazón, quiso demostrar su lealtad y su amor al Rey caballero, que si se había visto obligado a retirarse, lo hizo después de exponer gallardamente su vida, de agotar todos los medios y ante la sola consideración de no aniquilar su Ejército, ni destruir el país, que tan generosamente le ayudaba en su noble empresa.

Hallábase Vizcaya reunida en sus Juntas de Merindades que es una de las formas forales de congregarse y de tomar acuerdos que el Señorío tenía adoptado de antiguo, pues efecto de la guerra necesitaba tomar disposiciones que regularan la marcha de su administración en ese difícil período, cuando llegó la noticia de que el Ejército Real, levantando el sitio de Bilbao, se retiraba hacia el interior, si bien dejando perfectamente cubiertas todas las líneas para impedir el avance del enemigo, y de que Carlos VII llegaría de un momento a otro a Durango, pues venía en la retaguardia del Ejército, es decir,

que sólo abandonó la línea de combate después de replegarse todos los batallones.

Pintar la emoción que la noticia produjo en el seno de la Asamblea foral sería difícil, pues aquellos hombres prácticos concedieron, desde luego, todo el alcance del suceso y previeron las dificultades que sobrevendrían a la Causa. Mas si apreciaron en todo su valor el hecho, midieron, asimismo, las consecuencias de dejarse dominar por el abatimiento, comprendiendo que en aquellos momentos se requería más que nunca un arranque de patriotismo, y que inspirándose todos en el bien de la Patria, se agruparan y rodearan al Rey, para demostrar la unión incontrastable del noble solar vascongado con su Señor y la decisión firmísima de morir en la demanda.

Meditaron el paso que iban a dar, calcularon sus consecuencias, y como hombres de corazón no vacilaron en llevarlo a cabo desde luego: podía redactarse un Mensaje a Don Carlos, renovando la lealtad de Vizcaya, podía encargarse a la Diputación hiciera presente los sentimientos de aquel pueblo de titanes; nombrarse una Comisión al efecto, pero ante la gravedad del hecho que motivaba el acuerdo, prefirieron realizar el acto en Corporación, esto es, presentarse la Junta en masa al Rey, y allí, a su presencia, renovar el juramento de fidelidad y ofrecerle vidas y haciendas por la Causa que simbolizaba.

Apenas Carlos VII llegó a Durango solicitó la Junta general una audiencia, que otorgada en el acto, se celebró el 3 de mayo, es decir, al siguiente día de levantado el cerco de Bilbao.

No fué el acto de esos suntuosos en que el fausto y la grandeza brillan por cima del objeto de la ceremonia; no, que ni Vizcaya rodeó a sus actos de gran pompa y ostentación, ni los momentos se prestaban a ello, ni los representantes del Señorío eran hombres que se fijaran en esas pequeñeces.

Reuniéronse todos, absolutamente todos, los Apoderados de las nueve Merindades de Vizcaya, en número de más de cincuenta individuos en el salón de la casa morada de D. Carlos, presididos por el Excmo. Sr. D. Luis Mon, Conde del Pinar, Corregidor del Señorío de los Diputados generales, don Pedro María de Piñera y D. Faus-

to de Urquizu, y asistiendo, además, los Síndicos D. Gustavo de Cobreros y D. Juan José de Llona; los Consultores D. Juan Nicolás de Tollara y D. Pantaleón de Sarachu; los Padres de Provincia Excmo. Sr. D. José Niceto de Urquizu, D. Lorenzo de Arrieta Mascárúa y el Secretario de Gobierno D. José Antonio de Olascoaga. Debemos notar entre los concurrentes, a los señores D. Gaspar de Beláustegui, D. José M.^a de Ampuero, D. Pedro de Allende Salazar, Don Frutos J. de Espalza, D. Juan E. de Orue y otros muchos de distinción y que representaban las fuerzas vivas de Vizcaya en aquellos momentos.

Presentóse Don Carlos, acompañado de toda su servidumbre, entre los que había Dorregaray, Iparraguirre, Vives, Marichalar, Valde-Espina (hijo), Morales, Ponce de León, Faura y otros varios.

Adelantóse el Conde del Pinar, y en frases elocuentes y expresivas, expuso a Don Carlos los sentimientos de Vizcaya, consignando que, lejos de entibiarse la fe del Señorío en la causa de su Señor, se afirmaba más y más, y que anhelando manifestar su adhesión, habían deseado las Juntas de Merindades, presentar sus respetos al Señor, a la vez que ofrecerle de nuevo vida y haciendas en defensa de la justa y noble Causa que simbolizaba. Añadió que este ofrecimiento no era una vana fórmula, sino que, naciendo del corazón, se hacía con toda la sinceridad y energía que Vizcaya sabía desplegar en los momentos supremos.

Hondamente conmovido Carlos VII ante tan expresiva muestra de amor, acogió a la Junta general con aquel afecto que los Reyes tradicionales profesan a su pueblo, y en las frases de cariño que pronunció, aceptando la lealísima manifestación de Vizcaya, reveló cuanto apreciaba al fiel Señorío.

Las palabras del Señor fueron acogidas con unánime aclamación y los gritos de ¡Viva el Rey! ¡viva nuestro legítimo Señor! se repitieron con entusiasta calor, precedidos de los dedicados a la Religión y a los Fueros, que Vizcaya ha unido y enlazado siempre la Causa de Dios y de sus libertades a la de la legitimidad de sus Señores.

C. Cruz.



Homenaje a los héroes de la Tradición y de la Patria



INSTITUCIÓN DE LA FIESTA DE LOS MÁRTIRES

10 DE MARZO

El Rey Santo



Don Carlos M.^a Isidro de Borbón (Carlos V)

Conde de Molina

A la memoria del cual fué instituída la fiesta del 10 de Marzo

† En Trieste, el día 10 de Marzo de 1855

El Rey Caballero



Don Carlos de Borbón y de Austria-Este (Carlos VII)

Duque de Madrid

Que instituyó la Fiesta de los Mártires de la Tradición y de la Patria

† En Varese (Italia) en 18 de Julio de 1909

Institución de la Fiesta Nacional en honor a los Mártires de la Tradición

Venecia, 5 de noviembre de 1895

Muy querido Cerralbo: Ya te rogué por telégrafo dieras las gracias en mi nombre a los muchísimos que de todo España me felicitaron ayer por mi fiesta.

Al reiterarlas por escrito, quiero comunicarte un pensamiento que, desde hace mucho tiempo, desio encerrar en forma concreta...

¡Cuántas veces encerrado en mi despacho, en las largas horas de mi largo destierro, fijos los ojos en el Estandarte de Carlos V, rodeado de otras 50 Banderas, tintas en sangre nobilísima, que representan el heroísmo de un gran pueblo, evoco la memoria de los que han caído como buenos, combatiendo por Dios, la Patria y el Rey!

Los Ollo y los Ulibarri, los Francesch y los Andéchaga, los Lozano, los Egaña y los Balanzategui, nos han legado una herencia de gloria que contribuirá, en parte no pequeña, al triunfo definitivo que con su martirio prepararon.

Y al fin cada uno de esos héroes ha dejado en la historia una página en que resplandece su nombre. En cambio, ¡cuántos centenares de valerosos soldados, no menos heroicos, he visto caer junto a mí, segados por las balas, besando mi mano, como si en ella quisieran dejarme con su último aliento su último saludo a la patria! ¡Cuántos he estrechado sobre mi corazón en su agonía! ¡Cuántos rostros marciales de hijos del pueblo, apagándose en la muerte con sublime estoicismo cristiano, llevo indeleblemente grabados en lo más hondo de mi pecho, sin que pueda poner un nombre sobre aquellas varoniles figuras!

Todos morían al grito de ¡viva la religión! ¡viva España! ¡viva el Rey!

Con la misma sagrada invocación en los labios, cuántos otros han entregado el alma a Dios, mártires incruentos, en los hospitales, en la emigración, en las cárceles, en la miseria, matados aún más que por el hambre, por las humillaciones, y todo por no faltar a la fe jurada, por ser fieles al honor, por no doblar la rodilla ante la usurpación triunfante!

Nosotros, continuadores de su obra y herederos de las aspiraciones de todos ellos, tenemos el deber ineludible de honrar su memoria.

Con este objeto propóngome que se instituya una fiesta nacional en honor de los mártires que desde el principio del siglo XIX han perecido a la sombra de la bandera de Dios, Patria y Rey en los campos de batalla y en el destierro, en los calabozos y en los hospitales, y designo para ce-

lebrarla el 10 de marzo de cada año, día en que que se conmemora el aniversario de la muerte de mi abuelo Carlos V.

Nadie mejor que aquel inolvidable antepasado mío personifica la lucha gigantesca sostenida contra la revolución por la verdadera España durante nuestro siglo.

En los albores de éste, digno émulo de los héroes de la Independencia por su entereza y por su inflexibilidad en el cumplimiento del deber, irguióse enfrente de Napoleón, que en el apogeo de su deber no consiguió doblegarle, como encarnación augusta de la monarquía española.

En el segundo período de su vida ejemplar, reinando su hermano, fué también, en la primera grada del Trono, celoso custodio de las virtudes y tradiciones monárquicas, a la par que modelo de súbditos.

Y, por último, a la muerte de Fernando VII capitaneó la guerra de los siete años, que ha servido para dar nombre gráfico y definitivo a los defensores de la bandera de la antigua España: los carlistas.

Estas razones me han determinado a escoger la fecha del 10 de Marzo...

Ya conoces mi deseo, mi querido Cerralbo. Hazlo saber de antemano, como Representante mío, a nuestras Juntas, a nuestros Círculos y a nuestra prensa, para que se preparen a celebrar, desde el año próximo, con la solemnidad debida, esta fiesta nacional.

En ella debemos procurar sufragios a las almas de los que nos han precedido en esta lucha secular, y honrar su memoria de todas las maneras imaginables para que sirvan de estímulo y ejemplo a los jóvenes y mantengan vivo en ellos el fuego sagrado del amor a Dios, a la Patria y al Rey...

Obra del corazón ha de ser esta fiesta, y con tributos del corazón hemos de celebrarla, más que con ostentosas manifestaciones. La fe, la gratitud y el entusiasmo reemplazarán en ella con creces el fausto y la pompa, que no se avienen bien ni con los gustos de la gran familia carlista, ni con la situación en que se halla por su desinterés sublime.

Dame cuenta, te ruego, de todas las adhesiones que recibas a esta idea y de los preparativos que se hagan en los diferentes puntos de España para que esta fiesta nacional, que yo, desde el destierro, presidiré con todo el fervor de mi alma.

Guárdate Dios, como muy de corazón lo desea
Tu afectísimo

Carlos

Guerra de la Independencia

(Bruch - 1808)



¡GLORIA A NUESTROS PROGENITORES!

Nuestros padres, en la Guerra de la Independencia, no defendían lo desconocido; por dicha suya, desconocida era para ellos la herejía liberal. Defendían, pues, otra cosa que conocían y poseían y amaban, a saber: la Monarquía Católica. *Dios, Patria y Rey*, era su lema, su grito de combate, su grito de victoria y su esperanza y su *no importa* en las desgracias. Pero el liberalismo, o prescinde de Dios o le niega en el orden social: supedita a la Patria a sus absurdos, según aquello: *piérdanse las colonias y sálvense los principios*; y anula al Rey quitándole la responsabilidad y el gobierno. Luego el liberalismo ni tiene Dios, ni Patria, ni Rey. Luego el alzamiento nacional de 1808 no fué un alzamiento liberal, sino antiliberal.

¿Y contra quien peleaba España? Contra el soberano de la Revolución, que tenía a Dios ofendido y ultrajado, a nuestra Patria avasallada, a nuestro Rey prisionero. Bonaparte, en lo religioso, nos regalaba la libertad de cultos, la extinción de las órdenes religiosas. El abolió a los frailes, la excelsa virtud de la Iglesia, con las *libertades de perdición*, que dió Gregorio XVI más tarde. En lo político, una Constitución cabal y completa aurora sangrienta de la funesta de Cádiz. Nos daba un rey que fuera un punto so-

bre la *i* — como dijo Hegel—, esto es, sin poder ni gobierno. Todo esto sin quitar la independencia, con un simple cambio de dinastía. Contra todo este tinglado se alzó el pueblo español, por su propia iniciativa, queriendo lo suyo, lo propio, lo tradicional: la Monarquía católica española con su legítima dinastía.

¿Y hay algo más antiliberal que el glorioso alzamiento de 1808? ¿Y quién lo duda? Porque era así, el fraile y el sacerdote vieron claro que demandaban sus auxilios la Religión y la Patria, y alentaron al pueblo y avivaron su fe, e inflamaron su patriotismo; y el coloso se vió herido en el Bruch, caído en Bailén, vencido en cien combates y encadenado por fin en una roca en medio de las agitadas olas del Atlántico.

¿Quién alaba y bendice a los héroes de la Independencia sino la Tradición? ¿Quién los considera como su honor y su gloria, sino los tradicionalistas?

Recordemos, pues, sus glorias. Que nos alienen los que triunfaron. Que nos muevan al sacrificio los que sucumbieron. Y asidos a la columna del Pilar de Zaragoza, disponámonos a luchar y a vencer o morir por el triunfo de la causa católica en nuestra nación sin ventura.

M. DE S.

La Fiesta del 10 de Marzo y Los Héroes de la Independencia

Don Carlos VII llama «Fiesta nacional» a la que instituyó en honor de los que han sucumbido en defensa de la bandera que en sus manos tremolara. El augusto Jefe de la Comunión carlista se expresó con rigurosa propiedad: la bandera «Dios Patria y Rey» no es bandera de partido, sino enseña nacional, y la fiesta del 10 de Marzo no viene a ser otra cosa que el complemento de la del 2 de Mayo. Una misma es la causa por la cual dieron su vida los héroes del año 1808 y la que ha producido los mártires a quienes se dedica la presente fiesta; una misma la bandera que aquéllos y éstos levantaron; idéntico el grito que les lanzó a la pelea por Dios, por la Patria y por el Rey. Esta es la fe jurada en Zaragoza por el pueblo aragonés; esta es la que juraron Gerona, Lérida y los catalanes; este, en fin, el grito de Asturias y Galicia, de las Castillas y Extremadura, de las Andalucías y Valencia, y de todas las regiones y pueblos de España al levantarse como un solo hombre para combatir al tirano que había invadido pérfidamente nuestro suelo, atentando a la vez contra la Religión y la independencia patria, y contra el de derecho nuestros Reyes.

La solidaridad de la causa tradicionalista con la que sostuvieron nuestros mayores en 1808 ha sido reconocida y confesada por hombres liberales tan conspicuos como el señor Cánovas del Castillo, quien, discutiendo con Castelar, decía en el Congreso de diputados el día 17 de Mayo de 1876:

«Señores diputados: el amor a la verdad tiene muchas veces condiciones dolorosas; y cuando se acude a ella, y cuando se llama y es preciso presentarla en toda su desnudez, hay que decir cosas que a muchos desagradan, que a uno mismo constriñen profundamente; pero lo primero es la verdad, cuando a la verdad histórica se apela.

»¿De qué pueblo habla el señor Castelar en 1808? ¿Con quién tenía más contacto el pueblo de 1808? ¿Qué anteponía a todo género de monarquías, no sólo las monarquías absolutas, sino constitucionales? Pues es imposible dudar que aquel pueblo tenía más contacto que con el pueblo liberal al que pertenezco yo, como pertenece Su Señoría, más contacto que con los que formamos los partidos liberales, con los que acaban de ser vencidos en las montañas del Maestrazgo, de Cataluña y de Navarra.» (Sensación).

»¡Qué! ¿Ignora S. S. que aquel Cura... que S. S. nos pintaba con tan negros colores, ese no es uno de los principales héroes de la guerra de la Independencia? ¿Cuando adquirió el clero español la cualidad que profundamente deploro y le

distingue del de todos los países de Europa, para defender con trabuco en mano sus opiniones (?) y combatir con los enemigos de sus convicciones y de sus ideas? ¿Cuándo sino en la guerra de la Independencia? Entonces abandonaron los conventos y los coros de las catedrales para ir a los campos de batalla, y volvieron a los conventos y a los



CARLOS IV

Rey de España en 1808

coros de las catedrales con sus títulos de jefes y hasta con sus entorchados de brigadieres.»

En efecto, el mismo espíritu religioso y patriótico que animó a la España de 1808 contra la invasión extranjera, es el que inspira a la Comunión carlista en su perseverante lucha contra el liberalismo, invasión extranjera de ideas, de leyes, de instituciones y de intereses, bajo cuya funesta y tiránica influencia ha sufrido el espíritu nacional la triste metamorfosis que ha cambiado, sin dejar apenas rasgo de su antigua fisonomía, el genio y el carácter de nuestra raza, hoy decaída, envilecida y sojuzgada. Nuestros padres, que con heroísmo sin igual lograron vencer al Napoleón físico, no consiguieron vencer al Napoleón moral, es

decir, a la revolución en él personificada y por él importada a nuestro suelo en las bayonetas de sus soldados: este encargo nos lo dejaron a nosotros, y es cabalmente la empresa en que se halla empeñada la Comunión tradicionalista, heredera de la España antigua y representante de sus glorias. ¿Qué importaría para la honra y la independencia nacional que nuestros padres vencieran a los ejércitos extranjeros, si al fin y al cabo los extranjeros hubieran de continuar dominándonos por sus ideas, por sus leyes e instrucciones? ¡Menguado triunfo entonces el nuestro, indigno de un pueblo altivo e independiente; rechazar al enemigo invasor y dejar que siga ondeando orgullosa y triunfante en nuestro suelo su bandera! Más que triunfo, sería esto vencimiento; más que victoria, capitulación vergonzosa. La historia habrá de señalar dos períodos en la guerra de la Independencia española: el primero se cerró con la caída de Napoleón; el segundo terminará cuando hayamos hecho desaparecer su obra.

Tal es y no otro el carácter de la lucha que con heroica y sobrehumana constancia viene sosteniendo la Comunión carlista con los partidos e instituciones liberales, y tal y no otra la causa en cuyas aras sacrificaron su vida los mártires a quienes esta fiesta se dedica.

La manera de ver y de expresarse de los liberales de hoy respecto a los carlistas, idéntica a la manera de ver y de expresarse de los liberales de ayer respecto al pueblo español de 1808, es prueba patente de la paridad de ambas causas.



NAPOLEÓN I

Emperador de las tropas francesas



Las heroínas de Girona

«Demagogia blanca» llaman al carlismo los liberales doctrinarios de nuestros días; como el conde de Toreno, historiador de la guerra de la Independencia, llamó al pueblo del año ocho «singular demagogia, pordiosera y afraílada, supersticiosa y muy repugnante.»

Invocando el patriotismo y el amor a España, echan en cara los liberales a la Comunión carlista el promover «guerras civiles», lo mismo que, invocando también el amor patrio, decían los afrancesados a los buenos españoles que se alzaron en 1808 contra el invasor; claman un día y otro y rompen sus vestiduras contra los sacerdotes que «olvidando su misión de paz y de amor abusan de su sagrado ministerio para encender la guerra en defensa de una causa política», y este lenguaje es el eco fiel del que empleaban en 1808 los impíos invasores, que se jactaban al mismo tiempo de poder subyugar fácilmente a España, por ser «país donde hay muchos frailes», según dijo Napoleón al canónigo Escoizquiz. Si no existieran otras pruebas de la identidad sustancial de la causa del liberalismo, que hoy combaten los carlistas, con la de los invasores y afrancesados del año ocho que combatieron nuestros padres, la identidad del lenguaje de unos y otros sería de ello prueba convincente. Nosotros podemos aplicar con rigurosa propiedad a los liberales de hoy, con referencia a los afrancesados de ayer, aquellas palabras del Evangelio: «Vosotros sois de aquellos, pues vuestro lenguaje os descubre y denuncia.»

¡Lástima que sin esta «demagogia blanca, afraílada, repugnante y mal oliente» que tanto atacaba, y ataca aún los nervios de los liberales no sean posibles Zaragozas, Gironas, Dos de Mayos y Bruchs. Sin duda por no mezclarse con esa «demagogia pordiosera», los cortesanos de Carlos IV, los clérigos «ilustrados y de luces», los católicos de pega de entonces, tomaron el partido de los franceses y constiuyeron con los masones todos aquella legión de traidores, de eterno vilipendio en los anales de la patria, que nues-



Agustina de Aragón, en Zaragoza

tros mayores llamaron «afrancesados»! ¡Después de todo, no ha de negarse que procedieron con lógica los que ya se habían vendido a Napoleón...!

Pero, en fin; lo que en la guerra de la Independencia se ventilaba, como lo que se ventiló después, como lo que se ventila ahora entre la Comunión Tradicionalista y los partidos liberales y revolucionarios no eran «opiniones», sino «creencias» y «sentimientos» profundamente arraigados, alma y vida de la nacionalidad española. ¿Qué mucho, pues, que el clero, llamado a sostener esas creencias y esos sentimientos tomase parte activa en la guerra de la Independencia, y aun la haya tomado en las campañas sostenidas por la Comunión Tradicionalista contra la Revolución española, impía y anárquica y, además, perseguidora moral y materialmente de la Iglesia y de sus ministros?

Sí, causa religiosa y nacional es la causa carlista, como lo fué la sostenida por nuestros mayores en 1808, y mártires de la Religión y de la Patria son los que han sucumbido en defensa de esta causa, como lo fueron los que dieron su vida en aquella memorable campaña. Unos y otros han muerto peleando a la sombra de la bandera «Dios, Patria y Rey», y las cenizas de los héroes de nuestra Independencia han debido alegrarse al contacto de las cenizas de los héroes de la legitimidad, continuadores de su obra.

LOS ANONIMOS

Conocidos son los sacrificios, las hazañas, las heroicidades de los grandets hombres de la Comunión tradicionalista. Nuestros historiadores, y los mismos historiadores enemigos, se han encargado de poner de relieve las gigantescas figuras de nuestros heroicos generales que en el curso de las sangrientas luchas por la Causa de Dios, de la Patria y del Rey trabajaron con fortuna varia, obteniendo el laurel de la victoria unas veces, y

otras sucumbiendo con la doble corona del héroe y del mártir.

Yo admiro a esas grandes figuras de nuestra Causa en sus gloriosos triunfos y en sus gloriosas derrotas; astros de primera magnitud brillan en el firmamento de nuestra historia después de haber dado luz, calor y vida a las aguerridas huestes tradicionalistas que bajo sus órdenes lucharon con bravura no superada. Yo tengo para ellos un recuerdo imborrable en mi memoria, y en mi pecho una admiración sin límites.

Pero junto con esa admiración y ese recuerdo, siento casi siempre germinar con igual o mayor intensidad el recuerdo y la admiración hacia la legión de héroes anónimos, para los que la historia no ha podido tener la mención más ligera, y cuyos nombres, lo propio que sus actos de valor legendario, han permanecido en la obscuridad más dolorosa.

¡Cuántos sacrificios se han hecho por esos anónimos, abandonando sus modestos talleres, sus pequeñas propiedades, rompiendo con energía los lazos que la sangre o el cariño habían formado, para correr en pos del ideal, para ofrecer la sangre y la vida por la Causa de Dios, de la Patria y del Rey, sin la más remota esperanza de recompensa, sin el más leve pensamiento de gloria!

Yo, que en todos los casos de la vida, ¡tal vez sea por egoísmo!, he sido y soy un fervoroso admirador y un entusiasta apologista de los pequeños, de los pobres, de los humildes, de los que luchan y mueren sin que sus abnegaciones, sus virtudes, sus heroicidades dejen rastro para la admiración ni para la recompensa, y o no puedo menos, tratándose de las eponevas tradicionalistas, que rendir con preferencia el tributo tan modesto como sincero de mi admiración a los héroes anónimos, a los mártires de nuestra Causa, cuyos nombres no han sido esculpidos en bronce y cuyas hazañas no han registrado los historiadores, ni han cantado los poetas.

A. M.



Los héroes en Madrid (Defensa del Parque)

Por la Patria y la Tradición

Hay en esta piadosa institución, alianza hermosa de la Fe y de la Patria, un venero abundantísimo de aguas vivas para saciar la sed de los pensadores, de los cristianos, de los tradicionalistas. En ella, como en todos los pensamientos grandes y generosos, se encuentra la solución de problemas que ni siquiera se sospechaban, ni mucho menos pretendían al fundarla, porque se fundó como una afirmación solemne y rotunda de nuestro enlace con los pasados, de nuestra identidad con sus obras, con sus empresas y con sus sacrificios; de la sublime herencia que recogimos y guardamos de sus ejemplos y sus amores; herencia que nos ha sido legada por ministerio de la Religión y del Derecho.

Los ojos que contemplan tristemente las presentes ignominias, las farsas y el envilecimiento de ahora, vuélvense amorosos a mirar la Tradición, de la misma manera que en las casas grandes, venidas a menos, halla el corazón de sus moradores consuelo y orgullo en la grandeza de sus antepasados. Es este un sentimiento tan humano, que vanamente intentarán arrancar de los hombres. Sentimiento que no sólo afecta a los individuos interesados, sino que a los extraños se impone con fuerza irresistible. Ni cuando mueren los individuos, ni cuando mueren las naciones, mueren del todo. A través del sepulcro se prolonga la vida anterior, irradiándose en los sucesores, o con su gloria o con su ignominia, de las que nadie puede sustraerse. La paternidad no se pierde con la vida efímera de una generación, ni la sociabilidad se limita a los que viven.

Vulgar es la comparación de los árboles que tienen escondidas sus raíces bajo la tierra, y en ellas se sostienen, y por ellas se nutren. Como los árboles son los pueblos. Quitadles la Tradición, y les quitaréis la vida; levantad una muralla que separe el presente del pasado y habréis matado entusiasmos e ilusiones, habréis disuelto la sociedad nacional misma. Recuerdos y esperanzas, Tradición e Ideal, forman la vida de las familias y de las naciones; y aunque parece que los recuerdos ya no son porque fueron y las esperanzas no son todavía porque se refieren a lo por venir, es lo cierto que de unas y otras puede decirse, no que tienen tanto, sino que tienen más valor que las cosas presentes, ya que lo presente es una línea impalpable que huye siempre de nosotros con la rapidez del pensamiento,

No es la Tradición una cosa muerta, sino una sustancia viva que en todo momento nos acompaña. Viva y hermosa, porque su propio valor tiene el que le da la imaginación, segregándola de sus impurezas, apartándola todas las miserias que son propias de la humanidad caída y ofreciéndola a nuestra veneración, como se ofrecen las imágenes en los altares, con vistosos atavíos de galas y flores.

Por eso todos los pueblos aman su historia. En ella ven lo que han sido y aprenden lo que deben ser. Aman sus tradiciones, y en el amor de ellas buscan y refuerzan su grandeza y su poderío. La base de la educación nacional es, en los pueblos más cultos y felices, el estudio de la historia. ¡Con qué interés se hojean sus páginas y con qué orgullo se enumeran y detallan sus glorias! ¡Qué regocijo más puro encuentra el corazón al registrar en los siglos anteriores hechos inolvidables de los que dignifican y ensalzan a la humanidad, revelando la altura moral a que llegan las fuerzas humanas guiadas por sentimientos nobles! ¡Qué impulsos tan generosos y qué emociones tan santas despiertan en nosotros esos ejemplos de heroísmo que refulgen al través de las edades!

En cambio, en España ha habido quien ha renegado de la nuestra. Y no me refiero a esos estrambóticos modernistas que dan en la flor de achacar a la historia las culpas de nuestras ruinas y de nuestras divisiones. No a esos, sino a una generación de malos españoles que ha venido inculcando en las almas de muchos un odio feroz a la historia de España. Generación de progresistas venidos aquí para tormento y ruina de este pueblo heróico, como cayeron sobre Egipto las clásicas plagas. Ellos eran la negación, la antítesis del pasado. España era monárquica, y ellos eran demagogos; España era cristiana y ellos eran ateos; España era espiritualista, y ellos estaban materializados; España era caballeresca y noble, y ellos no tenían nada de nobles ni de caballeros.

Y para vengarse de esa España vieja, que se levantaba ante ellos como una acusación y un remordimiento, para justificar su diabólico empeño de destruirla, comenzaron por deshonorarla y fueron manchando las páginas de la Historia con las más villanas mentiras.

Pero al lado de estos desgraciados pseudo-es-

pañoles estamos nosotros, están los carlistas, están lo católicos todos con su veneración a los santos recuerdos de otros días.

Al pie de aquella bandera permanecemos amándola siempre y siempre dispuestos a defenderla con nuestros pechos y nuestros brazos. Ella es nuestro Ideal. Los que de buena fe han buscado remedio y soluciones para los males presentes, a ella han acudido a arrancar hojas sueltas de su programa; los que han querido encontrar modelos de tenacidad, de constancia y de heroísmo a nuestros personajes históricos han vuelto la vista para aprender el secreto de levantarse con gloria de las grandes caídas.

Ella es nuestra esperanza. Y cuando los enemigos del Altar y el Trono hablan de europeizarnos, nosotros, que no rechazamos ningún progreso legítimo, quisiéramos con más ardor y con más empeño nacionalizarnos más, porque de la Tradición arranca el alma española, que no ha dejado de ser grande hasta que no dejó de ser española.

Y ella, la Tradición, es grande como el corazón de una madre, que tiene cariños para todos sus hijos. Háblase mucho de la unión de los ca-

tólicos, y cabalmente esa unión está ahí, hecha, santificada, en las gradas del Altar y sobre el sepulcro de los que por España murieron. Nadie se atreverá a poner reparos a esa fiesta del corazón, fundada por la Monarquía, presidida por la Cruz y consagrada a la Patria. Para todos son esos recuerdos y para todos el programa salvador que en ellos palpita.

Y hasta cuando rezamos por nuestros muertos queridos, cuando pedimos a Dios por los mártires de la Patria y de la Bandera, no pedimos solamente por los que son nuestros por la sangre, sino que, además, pedimos por muchos que son padres y abuelos de aquellos que son ahora nuestros adversarios.

Porque es fiesta que une, que fortalece y que consuela. Fiesta bendecida por los que sienten de veras el patriotismo en sus pechos, y que perdurará como un homenaje piadoso a la Religión y a la Patria, y como un testimonio admirable de que nunca, ni en los días más tristes de la emigración, se olvidó Carlos VII de su España y de sus soldados...

ENEAS.

El paso de Valcarlos

La campaña gloriosa tenía un triste fin. Los ejércitos de la Lealtad plegaban sus banderas. Valcarlos, para nosotros, es un sitio de recuerdos imborrables.

Allí, en la frontera francesa, en Valcarlos, estaba Carlos VII el 28 de febrero del año 1876; allí sus leales, los que habían vencido, los triunfadores y los caballeros, a quienes la traición les colocara en aquel trance amargo. Y el Rey y sus leales, que habían saludado a la muerte muchas veces en empeños bélicos, iban a separarse de la Patria después de tantos días de gloria, para marchar al destierro, huyendo de la tierra que tanto amaban, con el corazón lleno de pena.

Eran los castellanos que, fieles siempre a su Caudillo, no querían abandonarle, no se resignaban a verlo desaparecer por extranjero suelo; eran los castellanos que querían seguirle en su infortunio.

Y el Caudillo, reuniendo los restos de su brillante ejército, alzó su voz ante aquellos batallones de Castilla, y quiso decirles algo que sentía hacia ellos, el amor y la gratitud a la lealtad de aquellos hombres; y la voz salía velada de su garganta; hablaba conmovido a los que tantas

veces le habían vitoreado, a los que, ante su gallarda figura y excelsas dotes, veían en él al Rey que hubiera hecho feliz a su España.

Allí concluía la guerra. El Caudillo y sus soldados se encontraban vacilantes en los linderos de la Patria, destrozado el pecho por huracán interior. Los vitores atronaron el espacio, más vibrantes que nunca, más impregnados de cariño que otras veces, y con aquellos vivas asomaban las lágrimas a los ojos de los veteranos, que hubieran preferido la muerte, si no fueran cristianos, al abandono de las armas mientras no llevaran al trono a su Señor.

Llegó el momento solemne. Se escuchó el sonido de las trompetas que entonaban la Marcha Real. Los soldados contemplaban a Don Carlos profundamente conmovido; miles de voces se unieron en un grito para aclamar al Caudillo y Don Carlos miraba con dolor a aquellos valientes, que todo por él y por su Causa lo supieron sacrificar.

Y se acordó, tuvo un recuerdo para los que cayeron muertos en los campos de batalla, y se apenó y sufrió; y la amargura le inundó de sentimiento, y lloró; sí, lloró. Pero no como el último rey

granadino, cuando veía a lo lejos la Granada de sus amores, sino de indignación por las traiciones, por no poder en el momento redimir a su España; pero prometiendo agotar sus fuerzas para conseguirlo.

Pasó el puente de Arneguy, y estaba fuera del solar hispano. La pena rebosó en su semblante. Volvió su mirada hacia España y exclamó con fuerza: ¡Volveré!

La adversidad le llevaba a Francia. Y el Caudillo no volvió. Pero aquella palabra de esperanza fortalece nuestro ánimo.

Don Carlos no desconfiaba. En aquel «¡volveré!» del día 28 de febrero de 1876 iba encerrada una promesa, toda una predicción.

Volverá a triunfar su Causa, la sublime Causa de la Tradición. Y reinará en España, y repetirá nuevas glorias, y enterrará bajo la losa del olvido la historia funesta, trágica y sin honra de un siglo de vergüenzas.

Ya lo manifestó Carlos VII en un documento solemne, en el hermoso «Testamento político a los carlistas».

Carlos Abanades



¡VOLVERÉ, VOLVERÉ!—Despedida de Don Carlos, 28 de Febrero de 1876

Don Carlos VII, durante la guerra, creó diez medallas bajo las siguientes denominaciones:

Medalla de Berga . . .	En cobre	Medalla de Cuenca . . .	En cobre
Medalla de Alpens . . .	En plata	Medalla de La Caridad . . .	En oro
Medalla de Montejurra . . .	En cobre	Medalla de La Caridad . . .	En plata
Medalla de Don Carlos . . .	En plata y en cobre	Medalla de La Caridad . . .	En cobre
Medalla de Somorrostro . . .	En cobre	Medalla a los defensores de la Costa Cantábrica . . .	En cobre

De todas ellas, como también de los sellos de correo y de las monedas de cobre de 5 y 10 cis. de pta., damos en el presente **Album** una reproducción

"Pensión París"



Gran pensión económica precios especiales para señores estables; se sirven comidas desde 2'75 en adelante. Hay ascensor.



VALENCIA

Paz, 30

Teléfono 11934

HORNYGAS

Hornillo ideal para usos domésticos sin riesgo alguno de explosión. A base de aceite pesado.



Patentado y registrado

Consumo 3 céntimos hora

Construcciones **ARAGO**

C. Luis Santangel, 5 - Tel. 14384

C. Moratín, 10 - Teléfono 12120

V A L E N C I A



PRIMER Instituto
OPTICO Oculístico
F. Gómez Rocafort

Anteojos y lentes para cualquier defecto de la vista • Cristales de todas clases • Gemelos de teatro, campo y marina • Vistas Estereoscópicas de España • Plumas Estilográficas, y todo lo relacionado con la Optica

C. Miguelete, 3

VALENCIA

Anti-Ulcus

Tratamiento moderno para la curación por medio de inyecciones de la Ulcera de estómago y duodeno, procesos hiperclorhídricos y vagotonias del tubo digestivo: úlceras varicosas etc etc.



De venta en todas las farmacias

Laboratorios REY - SEL

Avda. del 14 de Abril, 6 Valencia

Testamento político de Carlos VII

«A LOS CARLISTAS :

En el pleno uso de mis facultades, cuando mi vida, mas larga en experiencia que en años, no parece todavía, según las probabilidades humanas, próxima a su fin, quiero dejaros consignados mis sentimientos, a vosotros mis fieles y queridos Carlistas, que sois una parte de mi mismo.

Desde mi casa del destierro, pensando en mi muerte y en la vida de España, con la mente fija en el tiempo y en la eternidad, trazo estas líneas para que, más allá de la tumba, lleven mi voz a vuestros hogares y en ellos evoquen la imagen del que tanto amasteis y tanto os amó.

Cuando se hagan públicas, habré ya comparecido ante la divina presencia del Supremo Juez. El, que escudriña los corazones, sabe que no las dicta solamente un sentimiento de natural orgullo. Inspiránlas el deber y el amor a España y a vosotros, que han sido siempre norte de mi vida.

Pareceríame ésta truncada si no os dejase un testamento político, condensando el fruto de mi experiencia, y que os pruebe que aun después de que mi corazón haya cesado de latir, mi alma permanece entre vosotros, solícita a vuestras necesidades, reconocida a vuestro cariño, celosa de vuestro bienestar, alma, en fin, de Padre amanísimo, como yo he querido ser siempre para vosotros.

Pago, además, una deuda de gratitud.

Sois mi familia, el ejemplo y el consuelo de toda mi vida, según he dicho en momentos solemnes. Vuestro heroísmo, vuestra constancia, vuestra abnegación, vuestra nobleza, me han servido de estímulo inmenso en los días de lucha y de prosperidad, y de fortísimo sostén en las amarguras, en los sufrimientos, en la terrible inacción, la más dura de todas las cruces, la única que ha quebrantado mis hombros en mi vida de combate.

No puedo corresponder de otra manera a todo lo que os debo que tratando de dejaros en estos renglones lo mejor de mi espíritu.

En mi testamento privado consigno la ferviente declaración de mi fe católica. Quiero aquí repetirla y confirmarla a la faz del mundo.

Sólo a Dios es dado conocer qué circunstancias rodearán mi muerte. Pero sorpréndame en el Trono de mis mayores, o en el campo de batalla, o en el ostracismo, víctima de la revolución, a la que declaré guerra implacable, espero poder exhalar mi último aliento besando un Crucifijo, y

pido al Redentor del mundo que acepte esta vida mía, que a España he consagrado, como holocausto para la redención de España.

Con verdad os declaro que en toda mi existencia, desde que en la infancia alborearon en mí los primeros destellos de la razón, hasta ahora que he llegado a la madurez de la virilidad, siempre hice todo, según lealmente lo entendí y jamás dejé por hacer nada que creyese útil a nuestra Patria y a la gran Causa que durante tanto tiempo me cupo la honra de acaudillar.

Volveré, os dije en Valcarlos, aquel amargo día, memorable entre los más memorables de mi vida. Y aquella promesa, brotada de lo más honrado de mi ser, con fe, convicción y entusiasmo inquebrantables, sigo esperando firmemente que ha de cumplirse. Pero si Dios, en sus inescrutables designios, tuviese decidido lo contrario, si mis ojos no han de ver más ese cielo que me hace encontrar pálidos todos los otros, si he de morir lejos de esa tierra bendita cuya nostalgia me acompaña por todas partes, aun así no sería una palabra vana aquel grito de mi corazón.

Si España es sanable, a ella volveré, aunque haya muerto.

Volveré con mis principios, únicos que pueden devolverle su grandeza; volveré con mi Bandera, que no rendí jamás, y que he tenido el honor y la dicha de conservaros sin una sola mancha, negándome a toda componenda para que vosotros podáis tremolarla muy alta.

La vida de un hombre es apenas un día en la vida de las naciones.

Nada habría podido mi esfuerzo personal si vuestro concurso no me hubiera ayudado a crear esa vigorosa juventud, creyente y patriótica, que ya veo preparada a recoger nuestra herencia y a proseguir nuestra misión. Si en mi carrera por el mundo he logrado reservar para España esa esperanza de gloria, muero satisfecho, y cúpleme decir con legítimo orgullo que en el destierro, en la desgracia, en la persecución, he gobernado a mi Patria más propiamente que los que se han ido pasando las riendas del Poder.

Gobernar no es transigir, como vergonzosamente creían y practicaban los adversarios políticos que me han hecho frente, con las apariencias materiales del triunfo. Gobernar es resistir, a la manera que la cabeza resiste a las pasiones en el hombre bien equilibrado. Sin mi resistencia y la vuestra, ¿qué dique hubieran podido oponer

al torrente revolucionario los falsos hombres de gobierno que, en mis tiempos, se han sucedido en España? Lo que del naufragio se ha salvado, lo salvamos nosotros, que no ellos, lo salvamos contra su voluntad y a costa de nuestras energías.

¡Adelante, mis queridos Carlistas! ¡Adelante, por Dios y por España! Sea esta vuestra divisa en el combate, como fué siempre la mía, y los que hayamos caído en el combate, imploraremos de Dios nuevas fuerzas para que no desmayéis.

Mantened intacta vuestra fe, y el culto a nuestras tradiciones, y el amor a nuestra Bandera. Mi hijo Jaime, o el que en derecho, *y sabiendo lo que ese derecho significa y exige*, me suceda, continuará mi obra. Y aun así, apuradas todas las amarguras, la dinastía legítima que os ha servido de faro providencial, estuviera llamada a extinguirse, la dinastía vuestra, la dinastía de mis admirables Carlistas, los Españoles por excelencia, no se extinguirá jamás. Vosotros podéis salvar a la Patria, como la salvasteis con el Rey a la cabeza, de las hordas mahometanas, y huérfanos de monarca, de las legiones napoleónicas. Antepasados de los Voluntarios de Alpens y de Lácar eran los que vencieron en las Navas y en Bailén. Unos y otros llevaban la misma fe en el alma y el mismo grito de guerra en los labios.

Mis sacrificios y los vuestros para formar esta gran familia española, que constituye como la guardia de honor del santuario donde se custodian nuestras tradiciones venerandas, no son, no pueden ser estériles. Dios mismo, el Dios de nuestros mayores, nos ha empeñado una tácita promesa al darnos la fuerza sobrehumana para obrar este verdadero prodigio de los tiempos modernos manteniendo purísimos, en medio de los embates desenfundados de la revolución victoriosa, los elementos vivos y fecundos de nuestra raza, como el caudal de un río cristalino que corriera apretado y compacto por en medio del Océano, sin que las olas del mar consiguieran amargar sus aguas.

Nadie más combatido, nadie más calumniado, nadie blanco de mayores injusticias que los Carlistas y yo. Para que ninguna contradicción no nos faltase, hasta hemos visto con frecuencia revolverse contra nosotros aquellos que tenían interés en ayudarnos y deber de defendernos.

Pero las ingratitudes no nos han desalentado. Obreros de lo porvenir, trabajábamos para la historia, no para el medro personal de nadie. Poco nos importaban los desdenes de la hora presente, si el grano de arena que cada uno llevaba para la obra común podía convertirse mañana en base monolítica para la grandeza de la Patria. Por eso mi muerte será un duelo de familia para todos vosotros, pero no un desastre.

Mucho me habéis querido, tanto como yo a

vosotros, y más no cabe. Sé que me lloraréis como tiernísimos hijos, pero conozco el temple de vuestras almas, y sé también que el dolor de perderme será un estímulo más para que honréis mi memoria sirviendo a nuestra Causa.

Nuestra Monarquía es superior a las personas. El Rey no muere. Aunque dejéis de verme a vuestra cabeza, seguiréis, como en mi tiempo, aclamando al Rey legítimo, tradicional y español, y defendiendo los principios fundamentales de nuestro programa.

Consignados los tenéis en todos mis manifestos. Son los que he venido sosteniendo y proclamando desde la abdicación de mi amadísimo Padre (q. e. g. e.) en 1868.

Planteados desde las alturas del poder, por un Rey de verdad, que cuente por colaboradores al soldado español, el primero del mundo, y a ese pueblo de gigantes, grande cual ninguno por su fe, su arrojo, su desprecio a la muerte y a todos los bienes materiales, pueden en brevísimo tiempo realizar mi política, que aspiraba a resucitar la vieja España de los Reyes Católicos y de Carlos V.

Gibraltar español, unión con Portugal, Marruecos para España, confederación con nuestras antiguas colonias, es decir, integridad, honor y grandeza: he aquí el legado que, por medios justos, yo aspiraba a dejar a mi Patria.

Si muerdo sin conseguirlo, no olvidéis vosotros que esa es la meta, y que para tocarla es indispensable sacudir más allá de nuestras fronteras las instituciones importadas de países que ni sienten, ni razonan, ni quieren como nosotros, y restaurar las instituciones tradicionales de nuestra historia, sin las cuales el cuerpo de la nación es cuerpo sin alma.

Respecto a los procedimientos y las formas, a todo lo que es contingente y externo, las circunstancias y las exigencias de la época indicarán las modificaciones necesarias, pero sin poner mano en los principios esenciales.

Aunque España ha sido el culto de mi vida, no quise ni pude olvidar que mi nacimiento me imponía deberes hacia Francia, cuna de mi familia. Por eso allí mantuve intactos los derechos que como a Jefe y Primogénito de mi Casa me corresponden.

Encargo a mis sucesores que no los abandonen, como protesta del derecho, y en interés de aquella extraviada cuanto noble Nación, al mismo tiempo que de la idea latina, que espero llamada a retoñar en siglos posteriores.

Quiero también dejar aquí consignada mi gratitud a la corta, pero escogida falange de legitimistas Franceses que, desde la muerte de Enrique V, vi agrupados en torno de mi Padre, y luego de mí mismo, fieles a su Bandera y al derecho sálico.

A la par que a ellos doy gracias, desde el fon-

do del alma, a los muchos hijos de la caballerisca Francia, que con su conducta hacia mí y los míos protestaron siempre de las injusticias de que era víctima, entre ellos, el nieto de Enrique IV y Luis XIV, constándome que los actos hostiles de los Gobiernos revolucionarios franceses, inspirados con frecuencia por los mayores enemigos de nuestra raza, no respondían al sentimiento nacional francés.

Recuerden, sin embargo, los que me sucedan que nuestro primogénito corresponde a España, la cual, para merecerlo, ha prodigado ríos de sangre y tesoros de amor.

Mi postrer saludo en la tierra será a esa sagrada Bandera amarilla y roja, y si Dios, en su infinita misericordia, tiene piedad, como espero, de mi alma, me permitirá desde el Cielo ver triunfar, a la sombra de esa enseña gloriosa, los ideales de toda mi vida.

Y a vosotros que con tanto tesón los defendisteis al lado mío, alcanzará también mi supremo adiós. A todos os tendré presentes y de todos quisiera hacer aquí mención expresa. Pero, ¿cómo es posible cuando formáis un pueblo innumerable?

Inmenso es mi agradecimiento a los vivos y a los muertos de nuestra Causa. Para probarlo y perpetuar su memoria instituí la fiesta nacional de nuestros Mártires. Continuadla religiosamente los que hayáis de sobrevivirme. Congregaos para estímulo y aliento recíprocos, y en testimonio de gratitud a los que os precedieron en la senda del honor, el día 10 de Marzo de cada año, aniversario de la muerte de aquel piadoso y ejemplarísimo Abuelo mío, que con no menos razón que los primeros caudillos coronados de la Reconquista, tiene derecho a figurar en el catálogo de los Reyes genuinamente españoles.

Pero si no me es posible nombrar a todos, uno por uno, a todos os llevo en el corazón, y entre todos escojo para bendecirlo, como Padre y como Rey, al que se honró hasta ahora con el título de primero de mis súbditos, a mi amado hijo Jaime.

Dios, que le ha designado para sucederme, le dará las luces y las fuerzas necesarias para capitanearos. No necesito recordarle que si en vosotros, los Carlistas de siempre, hallará una especie de aristocracia moral, todos los españoles, por el mero hecho de serlo, tienen derecho a su solicitud y a su cariño. Nunca me decidí a considerar como enemigo a ningún hijo de la tierra española, pero es cierto que entre ellos muchos me combatieron como adversarios. Sepan que a ninguno odié, y que para mí no fueron otra cosa que hijos extraviados, los unos por errores de educación, los otros por invencible ignorancia, los más por la fuerza de irresistibles tentaciones, o por deletéreas influencias del ambiente en que nacieron. Una de las faltas que me han encontrado

más inflexible es la cometida por los que ponían obstáculos a su aproximación a nosotros. Encargo a mi hijo Jaime que persevere en mi política de olvido y de perdón para los hombres. No tema extremarla nunca demasiado, con tal de que mantenga la salvadora intransigencia en los principios.

Encárgole igualmente que no olvide cuán ligado se halla por mis solemnes juramentos a respetar y defender las franquicias tradicionales de nuestros pueblos. En las importantes juras de Guernica y Villafranca entendí empeñarme, en presencia de Dios y a la faz de los hombres, por mí y por todos los míos.

El mismo sagrado compromiso hubiera contraído en cada una de las regiones de la Patria española, una e indivisible, según ofrecí a Cataluña, Aragón y Valencia, si materialmente me hubiese sido posible. De esta suerte, identificados y confundidos en todos los españoles dignos de este nombre, su deber de vasallos leales con su dignidad de ciudadanos libres, compenetrados en mí la potestad Real y el alto magisterio de primer custodio de las libertades patrias, he podido creer y puedo afirmar con toda verdad, que dondequiera que me hallase llevaba conmigo la Covadonga de la España moderna.

Y ya que al nombrar como el primero de vosotros al Príncipe de Asturias, reúno en un mismo sentimiento de ternura a mi familia por la sangre con mi familia por el corazón, no quiero despedirme de vosotros sin estampar aquí los nombres de los dos ángeles buenos de mi vida: mi Madre amadísima y mi amadísima María Berta. A las enseñanzas de la una y a los consue-los de la otra debo lo que nunca podré pagar. La primera, inculcándome desde la infancia los principios sólidamente cristianos que sacaba del fondo de su alma, me dejó trazado el camino recto del deber. La segunda, sosteniéndome en mis amarguras, me dió fuerzas para recorrerle con pie firme, sin tropezar en las asperezas que al paso encontraba.

Esculpid en vuestros corazones y enseñad a los balbucientes labios de vuestros hijos esos dos nombres benditos: María Beatriz, María Berta. Y cuando vosotros, que tenéis la dicha también de vivir entre las admirables mujeres españolas, os sintáis confortados por una madre, por una hija, por una hermana, por una esposa, al asomarnos al espejo de sus almas y ver en ella reflejadas las virtudes del Cielo, acordaos que esos son reflejos también de estas dos almas privilegiadas que han iluminado el desierto de mi vida.

Os dejo ya, hijos de mi predilección, compañeros de mis combates, copartícipes de mis alegrías y de mis dolores.

No me lloréis. En vez de lágrimas, dadme oraciones. Pedid a Dios por mi alma y por España, y pensad que al tiempo mismo que vosotros

oráis por mí, yo estaré, con la gracia del Salvador del mundo, invocando a la Virgen María, a Santiago nuestro Patrón, a San Luis y San Fernando, mis celestiales protectores, suplicándolos con la antigua fe española que en mí se fortaleció en Jerusalén, al pie del sepulcro de Cristo, para que en la tierra se os premie como lo que sois, como cruzados y como mártires.

Antes de cerrar este mi Testamento político, y desando que el presente original, escrito todo de mi puño y letra, quede primero en poder de mi viuda, y faltando ésta pase a mis legítimos sucesores, saco dos copias, una literal en castella-

no, y otra en francés para que se comuniquen a la Prensa de España y de Francia, inmediatamente después que se hayan cerrado mis ojos.

Hecho en mi residencia del Palacio Loredán, Campo San Vío, en Venecia, el día de Reyes del año de gracia de mil ochocientos noventa y siete.

Sellado con mi sello Real. Consta de seis pliegos, que forman veinticuatro páginas, numeradas por mí. — CARLOS.

Es copia exacta de mi testamento político y consta de cinco páginas. Está destinada a la Prensa española. — CARLOS.»



El cadáver de Don Carlos VII en su lecho de muerte.



D. Jaime de Borbón y de Borbón

2.º Duque de Madrid



Insignia del Principado de Asturias
(Anverso)



D. Jaime vestido de Requeté
(1875)



Insignia del Principado de Asturias
(Reverso)

Nació el 27 de Junio de 1870 en la quinta-palacio de la Tour de Peilz (Vevey-Suiza), administrándole el bautismo el Sr. Obispo de Daulia, apadrinándole su augusta abuela paterna la Archiduquesa Doña Beatriz de Austria-Este y augusto tío D. Enrique V. de Francia, Conde de Chambord.

Con motivo del natalicio de D. Jaime enviaron a Vevey los carlistas de Tortosa una comisión que, presidida por el jefe civil de los tradicionalistas de dicha comarca D. José Antonio de Wenzel, entregó a la augusta señora Doña Margarita de Borbón una veneranda reliquia de la Santa Cinta, que es tradicional costumbre llevar a las reinas de España para que vele por ellas en sus alumbramientos.

Los carlistas de Asturias, siguiendo también la tradicional costumbre de aquel Principado, costearon la Cruz de la Victoria (que se impone a los primogénitos de los reyes de España) y la llevó a Vevey una comisión presidida por el catedrático de la Universidad de Oviedo D. Guillermo Estrada. El día 2 de agosto de aquel mismo año impuso Don Carlos a Don Jaime la expresada Cruz, en solemnísimo acto a que asistieron (en unión de la Familia Real prescripta y de los comisionados) los grandes de España

Marqués de Villadarias y Conde de Orgaz; los generales carlistas Elío, Estartús e Iparraguirre; el senador del reino D. Antonio Aparisi y Guizarro, el antiguo Intendente D. Gaspar Díaz de Labandero; el Marqués de Tamarit; los condes de Galiana y de Canga-Argüelles; los jefes del Cuerpo de Estado Mayor del Ejército D. Emilio de Arjona y D. N. Jover, y el de Caballería D. Alvaro Maldonado.

Durante la última guerra carlista estuvo Don Jaime varias veces en España; su augusto padre lo presentó en sus brazos a su ejército del Norte en brillante parada, en medio de las más delirantes aclamaciones de sus tropas.

Después de la guerra hizo Don Jaime sus estudios en Passy, bajo la dirección de los ilustrados y bravos generales carlistas D. León Martínez de Fortún y D. Emilio Martínez Vallejos, y del sabio sacerdote D. Manuel Barrena.

Fué Don Jaime alumno de los colegios de Vaugirard (Francia) y de Baumont (Inglaterra), ambos de la Compañía de Jesús; y habiendo enfermado gravemente en Munich a mediados de octubre de 1886, dió lugar aquel triste motivo, a una de las más espléndidas manifestaciones de la fe y de la vitalidad del Carlismo.

Por aquellos días los jóvenes carlistas de Ma-

DIOS " PATRIA " REY



Don Jaime III

drid elevamos a Don Carlos un entusiasta y valiente mensaje de adhesión redactado en estilo militar por el alferez de Estado-Mayor D. Reynaldo de Brea (hijo del General carlista del mismo apellido), cuyo mensaje valió un proceso a su entusiasta autor; pero que, suscrito por más de dos mil jóvenes, fué publicado por toda la prensa católico-monárquica de aquella época.

Incontables fueron los telegramas y las cartas de felicitación que de todas partes del mundo recibió Don Carlos con motivo de la salvación de Don Jaime, cuyo augusto Príncipe, para reponerse por completo de aquella enfermedad, realizó un interesante viaje a Egipto, acompañado por SS. AA. RR. los condes de Bardi y por nuestro antiguo y querido profesor D. Miguel de Ortigosa (hijo del General del mismo apellido), coronel de

la 5.^a batería de montaña del ejército carlista del Norte en la última guerra civil.

En 1888, cuando las fiestas del Jubileo Pontificio de Su Santidad León XIII, fué Don Jaime el encargado de entregar personalmente al Papa el magnífico pectoral de brillantes de familia que Don Carlos y Doña Margarita de Borbón ofrecieron con tan fausto motivo al Romano Pontífice, llegando a Roma Don Jaime con el ansia que es de suponer, y practicando desde luego toda clase de diligencias para ver al Papa y presentarle el obsequio de sus augustos padres.

Encontró grande oposición por parte de cierto cardenal muy afecto a la Corte de Madrid; pero, en cambio, se encontró, afortunadamente, con un sacerdote español, quien, indignado por los atropellos que se cometían con Don Carlos

y su Causa en la persona de Don Jaime, solicitó de Su Santidad una audiencia, la cual concedida, y llegada la hora de entrar, llegó también el momento de descubrir al Papa el empeño que se ponía en apartar de su presencia al Príncipe que esperaba cerca de la puerta.

Oír esto el Papa y ordenar la inmediata entrada de Don Jaime fué cosa de un momento; y después de las ceremonias y los saludos de rúbrica, León XIII mandó al sacerdote español que se retirase, quedando solos el Papa y el Príncipe.

El día 21 de septiembre de 1890, después de brillantes ejercicios, ingresó Don Jaime en la ilustre Academia Militar de Wiener-Neustadt, donde mereció la distinción de tener señalado por el Emperador de Austria, como agregado a su augusta persona, un oficial del ejército austríaco.

A principios de Agosto de 1893 terminó sus estudios el Príncipe Don Jaime, después de unos magníficos exámenes en los que obtuvo nota sobresaliente, abandonando entonces la Academia de Wiener-Neustadt, el 18 de agosto de 1893, fiesta del Imperio austríaco.

El día 3 de octubre de aquel mismo año Don Jaime (acompañado del joven oficial D. Fernando de Respaldiza) se hizo a la mar con rumbo a Bombay, a bordo del *Imperatrix*; recorrió las Indias, siguiendo un itinerario casi idéntico al de D. Carlos ocho años antes.

A la vuelta de aquel viaje, Don Jaime había tenido la dicha de pisar el suelo español en Guipúzcoa y en Filipinas; recorrió la Isla de Luzón y permaneció quince días en Manila, inolvidable perla de nuestras antiguas colonias; pero esas dos ocasiones en que respiró el aire puro de la Patria, lejos de satisfacer sus naturales y vehementes deseos, encendieron más y más sus ansias y le hicieron concebir un viaje por el interior de España, con el vasto itinerario que comprendía sus españolísima intención de adorar la Cruz de las Victorias en Asturias, besar el bendito Pilar de Zaragoza, arrodillarse ante el sepulcro de Santiago, visitar Covadonga, Begoña, Montserrat... ¡y de paso, saludar a sus amigos, sorprender al caballeroso Marqués de Cerralbo en su palacio de Madrid o en su castillo de Santa María de Huerta!

Accediendo Don Carlos a las reiteradas súplicas de Don Jaime, le concedió la autorización, que tanto anhelaba, para realizar aquel constante sueño que constituía para el Príncipe la más codiciada de sus venturas; pero con la expresa condición de que el viaje habría de ser tan secreto que, desde el punto en que se pudiera sospechar que se descubría el incógnito se suspendiera. Desde 1.º de junio a 7 de julio de 1894, en compañía del antiguo Diputado a Cortes y luego Senador del Reino D. Tirso de Ola-

zabal (a quien Don Carlos confió la custodia de Su Alteza) pudo Don Jaime recorrer España como un particular, sin producir molestia ni ocasionar compromiso alguno a los leales partidarios de la Causa tradicionalista.

Tanto al despedirse de la Patria en Barcelona, como en las reuniones que por entonces celebró en Urrugne y en San Juan de Luz con los carlistas españoles y franceses, electrizó a todos con sus nobles y solemnes declaraciones de fidelidad a su augusto padre y a los ideales católico-monárquicos.

Posteriormente, obedeciendo al natural deseo de estudiar todos los problemas que interesan a España, fué a Marruecos Don Jaime, acompañado del joven Marqués de Villadarias, visitando el interior en los primeros meses del año de 1895 y haciendo una larga estancia en Fez.

A principios de 1896 se presentó Don Jaime acompañado del Conde de Casasola, al Emperador de Rusia Nicolás II, quien le nombró alférez con destino al Regimiento de Dragones de Loubuy, n.º 24; en diciembre de 1897 fué trasladado al Regimiento de la Guardia Imperial de Húsares de Grodno; y en el verano de 1899 formó parte de una comisión militar rusa enviada a las fronteras del Afganistán, Turquestán y Persia, pasando después de guarnición a Varsovia.

En los campos de maniobras del ejército ruso perfeccionó Don Jaime su instrucción táctica, y con los estudios de estrategia y de historia militar, extendió ampliamente sus brillantes conocimientos del arte de la guerra.

Cuando surgió la insurrección de los boxers en China y las principales potencias militares de Europa enviaron a Pekín contingentes armados para proteger la vida y los intereses de los cristianos, solicitó en seguida Don Jaime con el mayor empeño ser destinado al Asia, y el Emperador de Rusia le agregó al Estado Mayor de sus tropas, a fin de que pudiera estudiar mejor aquella guerra. A las inmediatas órdenes del almirante ruso que mandaba todas las fuerzas moscovitas reconcentradas en Tien-Tsim, salió de Odessa con 2.000 cazadores, a bordo del *Moskova* y desembarcó en Port-Arthur.

En aquella célebre guerra fué Don Jaime condecorado por el General alemán Conde de Wahleersee, que mandaba en jefe las tropas aliadas, y se vió en fin, premiado y felicitado por el propio Emperador de Rusia. Se distinguió principalmente Don Jaime en el ataque a los fuertes de Peitang siendo por ello condecorado con Cruz equivalente a nuestra laureada de San Fernando, especialmente por el relevante mérito militar que contrajo lanzándose al frente de dos compañías (de las cuales perecieron gran número de oficiales y soldados), por un estrecho recinto sembrado de minas, una de las cuales, al

explotar, arrojó a gran distancia a Don Jaime quien se salvó milagrosamente, y puesto a la cabeza de los oficiales y soldados que no fueron víctimas de las minas, continuó el combate, sin tregua ni descanso, hasta lograr apoderarse de las posiciones enemigas.

También se distinguió Don Jaime organizando el salvamento de gran número de soldados franceses, por cuyo distinguido servicio fué propuesto por las autoridades militares francesas para la Cruz de la Legión de Honor.

Estaba ya a punto de concluirse aquella guerra de China cuando Don Jaime contrajo gravísima enfermedad, la cual le obligó a regresar a Europa; pero no sin antes realizar (aún consumido por la fiebre), uno de los brillantes hechos que más pueden enaltecerle en el doble concepto de católico y militar ante la consideración de las personas imparciales amantes de hacer justicia a la verdadera valía, y cuyo corazón rinda culto a las dos grandes milicias: la de Dios y la de las armas.

Iglesias, casas religiosas, escuelas, hospitales y algunos miles de católicos deben la existencia a la generosa iniciativa con que olvidándose Don Jaime de los cuidados que exigía su grave enfermedad, acudió en su defensa, comprometiendo una vez más su propia vida.

Es uno de los más interesantes episodios de la agitada y novelesca historia militar de tan abnegado como heroico *Príncipe de Borbón*, como le apellidaban sus compañeros de glorias y fatigas en las campañas en que a tan gran altura supo, con su propio y bravo esfuerzo, colocar su nombre. Encontrábase Don Jaime por octubre de 1900 al nordeste de la muralla china, cerca del punto en que llega hasta el mar. Era, a la sazón, oficial de órdenes del bizarro General ruso Tzerpitzky, el que había deshecho las huestes del célebre caudillo chino Maa, y a marchas forzadas había logrado ocupar a Shan-Hai-Kuang. A unos doscientos kilómetros de aquel punto, en la Mongolia oriental, existía una floreciente colonia católica dirigida por el venerable Obispo Monseñor Abels y numerosos misioneros y religiosos. Un excelente seminario, numerosas escuelas catequísticas y de artes y oficios, con grandes establecimientos benéficos, se agrupaban formando una población católica con más de dos mil familias.

Los boxers sitiaban la colonia que estaba ya expuesta a perecer si no se acudía en su auxilio.

Algunos emisarios que intentaron cruzar de noche las líneas enemigas sucumbieron; otros, más afortunados, lograron llegar hasta el General ruso Tzerpitzky, hombre caballeroso, que se dispuso a enviar el socorro.

Don Jaime solicitó en seguida el mando de

la fuerza auxiliadora, y con heroico esfuerzo, después de organizarla, pretendió marchar al frente de ella. Pero era imposible, estaba abrasado por la fiebre, tenía el tifus. Con una calentura de cuarenta y dos grados aún se atrevió a montar a caballo para ir a salvar los misioneros católicos. El General le obligó a desistir de su temeraria generosidad; pero Dios premió su animoso espíritu haciendo que fuese precisamente tan digno Príncipe quien lograra al fin salvarlos.

La columna de socorro llegó, rompió el cerco y organizó fuertemente la defensa; pero los boxers permanecieron en las inmediaciones en acecho de su presa. Una orden superior del Almirante Alexis, dada desde Puerto-Arturo, obligó al general Tzerpitzky a reconcentrar sus fuerzas y a abandonar todos los puntos lejanos, limitándose a guardar los ferrocarriles y los puestos cercanos a la costa. La colonia católica iba a quedar abandonada a la furia de los boxers. Don Jaime (que seguía gravemente enfermo), al saberlo se levantó del lecho y se fué a ver al General, a pedirle que continuara en la colonia católica la columna rusa que allí había ido, a fin de evitar una espantosa matanza. El General, caballeroso como pocos, le expresó el dolor que le causaba el no poder complacerle porque la orden del General en Jefe era terminante y él no podía dejar de cumplirla. Don Jaime, sin embargo, no desiste de su generosa y caritativa empresa; olvida el tifus que le enciende la sangre y sin preocuparse más que de procurar evitar el derramamiento de la de los misioneros y habitantes de la colonia católica, concibió una idea atrevida, y resuelto a realizarla, aunque le costase caer en el desagrado de los supremos jefes del Ejército europeo, se la comunicó a su inmediato General, quien en el fondo la aplaudió con toda su alma. *Yo tengo una doble condición* (le dijo Don Jaime), *soy Oficial y Príncipe. Como Oficial no puedo dirigirme al Emperador; pero como Príncipe, sí.*

Pero, ¿cómo dirigirse al Emperador, si antes de que llegara a San Petersburgo una carta, toda la colonia católica podía ser ya pasto de las llamas y ni un solo cristiano se salvaría de los cuchillos boxers? Telegrafiar directamente era casi imposible, y el telegrama habría tenido que cursarse por conducto oficial... Don Jaime, resuelto a todo, redactó un enorme telegrama en el cual explicaba cuanto sucedía; lo envió por medio de dos cosacos de toda su confianza a Tien-Tsim, y lo dirigió personalmente al Emperador, por la línea inglesa del Suez, pidiéndole que suspendiera la orden del Almirante Alexis y que las tropas no dejaran abandonada la colonia católica. Para que la caridad, en todos sus aspectos brillase en aquel loabilísimo acto, el telegrama a que nos referimos costó a Don Jaime más de tres mil francos.

Entretanto, el general Tzerpitzky recibió de nuevo la orden de concentración, pero noble y generoso, deseando coadyuvar en lo que de él dependiese al feliz éxito de las admirables gestiones de Don Jaime, no retiró de la colonia católica la columna salvadora, y aunque la orden se repitió, todavía esperó un poco más. Pasaron días terribles de ansiedad; Don Jaime, consumido por la fiebre hubo de quedarse en el camino, asistido por dos cosacos, mientras su División se alejaba... el Príncipe enfermo, en su delirio, no se acordaba de que a donde él estaba se iban aproximando fuerzas enemigas que en un momento podían rematar la destructora obra del tifus... ¡Que se suspenda la orden de retirada de la colonia católica!, era lo único que, olvidado de sí, pedían a Dios los abrasados labios del Príncipe español destinado por la Divina Providencia a ser digno Caudillo de los católicos incondicionales de su Patria.

La suprema orden del Emperador llegó al fin, accediendo a lo pedido por Don Jaime: el Czar Nicolás II, que también por aquellos días estaba postrado en el lecho, y que era bueno y generoso, aunque la falsa leyenda revolucionaria le haya pintado con sombríos colores, oyó la súplica de Don Jaime, y por telégrafo quedó la orden del General en jefe ruso modificada, de manera que la columna salvadora de la colonia católica continuase de guarnición en ella hasta que se consolidase la paz: seminario, escuelas, casas religiosas, misioneros y miles de familias católicas se habían ya salvado.

Los misioneros ignoraron al principio a quién habían debido su salvación, porque la caridad verdadera no alardea; pero al fin les enteró de todo el mismo General Tzerpitzky, y cuando supieron lo ocurrido, no tenían límites sus muestras de gratitud y de admiración hacia el tan bizarro cuanto caritativo *Príncipe de Borbón*. El Obispo holandés Monseñor Abels escribió a Don Jaime expresándole la más profunda gratitud suya y de toda la colonia católica que a él había debido su salvación. Los misioneros belgas acudieron al Gobierno de su nación, comunicando el hecho, pidiendo algún premio para el heroico y generoso Príncipe español, y Don Jaime se encontró poco después gartamente sorprendido con una honrosísima comunicación en que se le pedía que se dignase aceptar la Cruz de la Real y Militar Orden de Leopoldo de Bélgica.

En marzo de 1901 desembarcó Don Jaime en Marsella, pasó a Nagasaki, el hospital destinado por Rusia a la Marina, y luego fué destinado al famoso Regimiento de Húsares de la Guardia, de guarnición en Varsovia, después de haber disfrutado de licencia para reponerse de la gravísima enfermedad que había contraído en la guerra de China.

Desde de los comienzos de la guerra ruso-japonesa partió en 1904 Don Jaime para la Manchuria, a pesar de que su regimiento no fué de los destinados a campaña; allá fué de Oficial de órdenes del general Samsnof, Brigadier de Caballería del ejército ruso, que mandaba la Brigada de dicha Arma afecta al primer cuerpo de Ejército (Siberia) a cuyo frente se encontraba el general Slakelberg.

Cuando la célebre batalla de Liao-Yang, el *Príncipe de Borbón* permaneció tres días seguidos a caballo bajo el fuego enemigo; y en el sangriento combate de Vafangón, el veterano General ruso Samsnof, en uno de los momentos de mayor peligro quiso obligarle a retirarse de un punto donde la metralla japonesa barría las filas rusas: ¡Capitán Borbón! (le dijo) ¡vuestra existencia no os pertenece; puede ser necesaria a España! pero Don Jaime le contestó altivo: ¡General, si yo fuera un cobarde no sería digno de mi Patria! y espolleando al caballo llegó por en medio de una verdadera lluvia de fuego, hasta las trincheras enemigas para demostrar una vez más el heroísmo de los hombres de su raza.

Don Jaime, tan generoso como bravo, mereció en aquella sangrienta campaña que los chinos le llamasen el Capitán *Shango* (bueno) por el buen afecto con que trataba a los prisioneros, y en el campamento ruso le idolatraban los soldados por lo amigablemente que con ellos departía considerándoles siempre como queridos camaradas.

Dos veces atravesó Don Jaime las líneas japonesas, portador de importantes pliegos de los generales rusos. Llevándolos a Tien Tsim, acompañado de un oficial ruso, ambos vestidos de paisano, al pasar por Hinko, cuando estaba tomando unas interesantes vistas fotográficas, se vió sorprendido y rodeado por soldados japoneses quienes le tomaron desde luego por enemigo; pero la sangre fría de Don Jaime y su dominio del inglés llevaron al ánimo de los militares japoneses el convencimiento de que era corresponsal de un periódico inglés nuestro valeroso Príncipe, y gracias a ello pudo salvar su vida y la de su compañero.

Por los relevantes méritos contraídos en aquella formidable guerra fué ascendido a Comandante de Caballería Don Jaime de Borbón, que tan digna y heroicamente unió su nombre al de aquella titánica lucha entre rusos y japoneses en la cual sólo otro Príncipe europeo tomó también parte, distinguiéndose por su valor, el Príncipe Arsene Karageorgevich, hermano del Rey de Serbia. En aquella campaña mantuvo Don Jaime a una altura y reputación admirables su rango de Príncipe, su calidad de soldado y su condición de español.

En los solemnísimos funerales de Don Carlos,

celebrados en Trieste, y terminado su sepelio, Don Jaime recibió en el Hotel de Ville a los comisionados españoles: el Conde de Arbelaiz, como Decano de los jefes regionales carlistas pronunció un breve discurso, presentándole en sentidas frases el testimonio de adhesión de los españoles, y jurando fidelidad a Don Jaime, como heredero de los tradicionales derechos de su Augusto Padre.

Don Jaime, en un discurso muy elocuente, contestó agradeciendo el testimonio de adhesión y juramento de fidelidad de los tradicionalistas españoles; añadió que él seguiría firme y constantemente las huellas de su Padre y que su único anhelo se cifraba en ser útil a la Religión y salvar a España, haciendo que nuestra Nación, inspirándose en sus antiguas y gloriosas tradiciones, vuelva a ser próspera y feliz, como lo fué en los mejores tiempos de su gloriosa historia.

El día 4 de Noviembre de 1909 dirigió Don Jaime desde Frohsdorf, un magnífico manifiesto a sus leales; en Septiembre de 1910 le entregó el ilustre General de Artillería carlista y Diputado a Cortes, nuestro respetable y querido amigo Don Joaquín de Llorens, la faja de Capitán General que le regaló la minoría parlamentaria Católico-Monárquica; e iniciada por las jaimistas catalanes la idea de ofrecer a Don Jaime una espada de honor cuyo homenaje correspondiera a su elevada significación política y a sus prestigios militares tan heroicamente conquistados en los campos de batalla, secundaron en tan feliz idea a los tradicionalistas del Principado los de toda España, y hasta muchos de los residentes en Ultramar.

Una comisión presidida por el Grande de España Duque de Solferino entregó solemnemente dicha espada de honor, el día 15 de enero de 1911 en su Castillo de Frohsdorf, a Don Jaime.

En el solemne acto de entrega de la espada de honor acompañaron a Don Jaime su augusta hermana la Archiduquesa de Austria Doña Blanca de Borbón con sus hijos los Archiduques Reniero y Leopoldo de Austria, el Gentil-hombre Conde de Arbelaiz, el Secretario D. Antero de Samaniego y el distinguido joven D. José Joaquín de Olazabal, hijo del Conde Arbelaiz.

La Comisión española que tuvo el honor de ser alojada en el Castillo de Frohsdorf, fué objeto de numerosos obsequios.

Don Jaime de Borbón, con su brillante hoja de servicios militares, con su heroísmo en los campos de batalla, probó a la faz del mundo que la egregia Casa Real de Borbón puede enorgullecerse con sus nuevos blasones de inmarcesible gloria, ganados por uno de sus más insignes representantes, entre el humo de la pólvora, en medio del fragor de los combates. Pero si heroico mostróse Don Jaime ante los peligros y los ho-



Espada que ofrecieron los Tradicionalistas a D. Jaime de Borbón

El travesaño de la cruz lo forma por entero un feroz dragón acaimanado, símbolo de la destrucción y de la muerte.

Sobre este dragón infernal y formando el brazo alto de la cruz, se posan dos figuras: España, simbolizada por una hermosa y severa matrona vestida con túnica del siglo XV y coronada de castillos, que huyendo del dragón endemoniado busca amparo en el soldado de la Tradición, que en gallarda actitud expectante, el sable en reposo, empuñado con la diestra, ondea con la siniestra la bandera de Dios, Patria y Rey, y con ella envuelve a España.

En el arranque de la hoja toledana figura el escudo de Don Jaime, con el lema Dios, Patria y Rey, y las tres flores de lis, encuadrado por dos haces etruscos de los lictores romanos, símbolo de autoridad, y una guirnalda de hojas de roble, representativa de la fuerza. En el reverso, un medallón con la dedicatoria de la espada, completa los motivos ornamentales.

rreros de dos de las guerras modernas más sangrientas, como caballero y como particular también conquistó generales simpatías con los nobles rasgos de su bondadoso carácter.

Príncipe educado en la adversidad; alejado de adulaciones y de intrigas; dotado de admira-

bles dotes militares, de valor temerario, de entendimiento claro, y gran conocedor del mundo, Don Jaime constituía una garantía sólida, verdadera, en la lucha por la regeneración de España, único objeto de sus ansias: lo mismo cuando de niño vestía el uniforme carlista en el teatro de la guerra del Norte, que cuando se educaba con los soldados del Santo Capitán de Loyola; cuando conquistaba la aureola del mérito y del estudio en la Academia Militar de Austria, lo mismo cuando viajaba por Europa, por Marruecos, por Asia, por Filipinas y por las Antillas: en los más célebres combates, al igual que en su gabinete de estudio; en sus consultas con hombres eminentes de todos los países y en sus viajes por la Madre Patria, siempre deseoso de completar sus conocimientos sobre los problemas religiosos, políticos militares, sociales y económicos que directamente podían afectar al porvenir de España.

El día 2 de octubre de 1931, Don Jaime salía, como cada día después de comer, a dar un paseo. El tiempo era espléndido; un sol otoñal doraba las viejas piedras grises del Arco de Triunfo, de su casa de la Vía Hoche. Pidió su coche, con intención de dar un paseo por los bosques de Muntilly, que se hallan situados en el camino del Norte, en la ruta de Flandes. Al regreso de su excursión, un poco antes de las cinco de la tarde, se sintió preso, de improviso, de un gran cansancio; la respiración era fatigosa; la aorta, que ya se había manifestado de antes, dilatándose más, le oprimía dolorosamente el corazón. A poca distancia de París hubo de parar el coche: un ataque de asfixia le impedía mantenerse en posición vertical.

Los dos amigos que le acompañaban pidieron a toda prisa un coche de ambulancia, tratando de hacerle beber una taza de té, que no llegó a injerir; al mismo tiempo se avisaba por teléfono que

le procuraran su cama y que le esperaran en su casa su capellán y su médico.

Don Jaime llegó a las seis de la tarde a su residencia de la Avenida Hoche. Recibió los Santos Sacramentos, y poco después fallecía en brazos de su médico y amigo el doctor Larat y de los amigos que le habían acompañado en la excursión.

Seguidamente se telegrafió a su augusto tío Don Alfonso Carlos, a sus augustas hermanas, ausentes, a la Junta Nacional de Madrid y a su entonces secretario político en España señor marqués de Villores, como también a los Jefes regionales y prensa carlista, la fatal noticia.

Acudieron a París gran número de personalidades de nuestra Comunión. Llegaron, también, numerosos correlegionarios de Valencia, de Aragón, del País Vasco-Navarro, de Cataluña y Galicia, sobrecogidos por el pesar que les produjo la muerte del Caudillo en unas circunstancias tan extraordinarias y tal vez decisivas en que se encontraba nuestra nación. Y llegaron, unos con un puñado de tierra española, otros con banderas, y aun otros con ramos de roble, laurel y olivo para ser depositados en el féretro del augusto Príncipe.

En París se celebraron solemnes funerales, con asistencia de gran número de príncipes, aristócratas, una representación del Gobierno francés y centenares de españoles que rindieron el último tributo a su Señor y Caudillo.

El cadáver de D. Jaime fué trasladado a Viarracio (Italia) y enterrado en el panteón de la Tenuta Real, al lado de su augusta madre D.^a Margarita de Borbón y Borbón Parma.

Los solemnes funerales celebrados en la capilla de la Tenuta Real fueron presididos por sus augustos tíos D. Alfonso Carlos y Doña María de las Nieves de Braganza de Borbón.

¡Para la restauración monárquica, fué un golpe terrible la muerte de Don Jaime!

Festividades Tradicionalistas

Enero 6 - Fiesta Tradicional de los Reyes de España

Enero 23 - Onomástica de Don Alfonso-Carlos de Borbón y Austria-Este

Marzo 10 - Fiesta de los Mártires de la Tradición

Mayo 3 - La Invención de la Santa Cruz

Julio 25 - Festividad de Santiago el Mayor, patrón de España

Agosto 5 - Onomástica y cumpleaños de Doña María de las Nieves

Septiembre 12 - Cumpleaños de Don Alfonso-Carlos de Borbón y Austria-Este

Octubre 12 - Ntra. Sra. del Pilar y Fiesta de la Raza

Diciembre 8 - Festividad de la Inmaculada Concepción, Patrona de los Requetés y Juventudes

Peregrinación nacional Tradicionalista a Lourdes

Homenaje al Capitán General de los ejércitos de DON CARLOS VII

D. Rafael Tristany

Conde de Aviñó y Marqués de Tristany

(23 al 30 Abril de 1913)

HONRANDO A UN HEROE

Tristany ha sido glorioso en vida, llorado en muerte. Fué el hombre de los desprendimientos y de las sublimes bondades; el guerrero victorioso, loco de amor por sus soldados; el hombre honrado incapaz de contubernios.

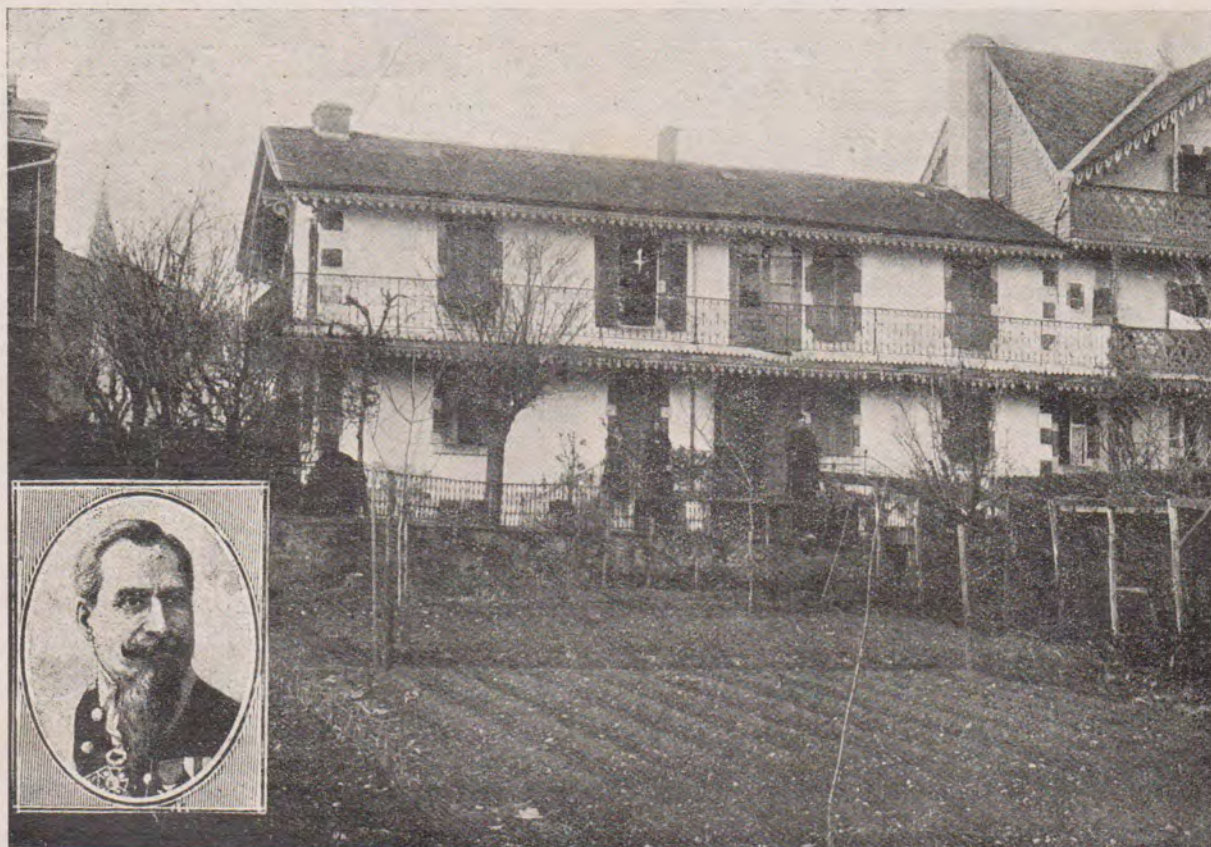
No pudo triunfar definitivamente, pero no quiso tampoco doblegarse. Se alejó de su patria, tan querida, y terminó sus días junto a las orillas del Gave, a los pies de la Santísima Virgen de Lourdes.

Así vivió unos años en ese paraíso de los Pirineos, que añora siempre aquel que solo una vez

puso en él su planta, respiró su aire puro y oyó, mientras le rezaba a la Virgen, el murmullo de la corriente que besa sus pies.

El héroe vivió como un mártir, lejos de los suyos, y murió como un justo. Sus restos reposaron trece años a los pies del Santuario, pero sus hijos, los que con él pelearon y los que sólo de oídas le conocieron, reclamaron para sí y para la patria querida las venerandas cenizas del héroe y del mártir.

Y a tal héroe, tal comitiva. Comitiva como no la vieron emperadores, ni reyes. Agrupación de corazones sanos que dan vida a esa pléyade de



CASA DEL REVERENDO D. JUAN ESPINOS, EN LOURDES

(La cruz blanca indica la habitación en que murió el general Tristany)

mártires de la Tradición, capaces de las más grandes epopeyas.

Los poderosos de la tierra no alcanzan a reunirse en sus duelos a esa muchedumbre de devotos del alma ingenua y corazón ardiente que saben llorar ante los restos del héroe y del mártir.

Se ha visto en la noche oscura serpentear por los senderos de la gran Basílica las peregrinaciones, locas de entusiasmo, cuyos miles de componentes cantaban con sonos angélicos el dulce ¡*Ave... Ave... Ave María!* ofrecido a la Reina de los cielos en su representación de la Virgen de Lourdes; se ha visto acudir de todas las partes del mundo enfermos deseosos de beber el agua de la fuente milagrosa y la imponente ceremonia de la Bendición con el Santísimo Sacramento, solemnidad inenarrable cuyo recuerdo jamás se olvida, como no se olvida la expresión ultraterrena de aquellos rostros suplicantes; pero nadie había visto a miles de hermanos nuestros reunidos en el valle paradisíaco para cumplir un deber social de honrar a un héroe y homenajear a un mártir, en aquella jornada gloriosa.

Castellanos y catalanes, aragoneses y astures, viscaínos y andaluces, valencianos y navarros, murcianos, extremeños y gallegos, unidos todos como un solo hombre; jóvenes o viejos, militares o paisanos, abandonaron su casa y sus comodidades para rendir culto al mártir del deber, al varón sin tacha que pasó por este mundo sacrificándose y dando un sublime ejemplo.

Y en el latir de los corazones de esos hermanos nuestros se sentía el palpar de toda la grey tradicionalista. Debe de ser marcado con piedra blanca el día en que Lourdes presenció este gran acto de civismo cristiano.

Quedaron después solitarias las alamedas y vericuetos, reinaron el silencio en la Gruta y en la Iglesia, pero todavía el eco irá repitiendo por mucho tiempo, junto con las últimas notas del canto del *Ave María*, las postreras plegarias por el héroe...

Y el fúnebre acompañamiento regresó a la patria trayendo las venerandas cenizas del que fue modelo de caballeros y de soldados, y trayendo además la íntima satisfacción del deber cumplido y grabada en el corazón la imagen del augusto Caudillo de la Comunión Tradicionalista ante el cual desfiló un pueblo creyente, entusiasta, dispuesto a los mayores sacrificios por salvar a España y alzar con honor santo la Bandera de Dios, Patria y Rey.

Hermoso espectáculo el que ofreció al mundo entero la gran Comunión católico-monárquica española, desde su augusto jefe al último de sus soldados.

Reunida en apretada haz, dando una elocuente prueba de la compenetración de sentimientos que en ella existen y demostrando la verdadera democracia cristiana que en ella reina, todos, absolu-

tamente todos, se congregaron alrededor de los restos inanimados de un venerable anciano, de un verdadero genio militar, en el que se hallaban sintetizadas todas las virtudes que constituyen el verdadero fundamento de nuestras gloriosas tradiciones: fe, heroísmo, caballerosidad y lealtad acrisolada.

Las palabras que el invicto general pronunciara en solemne momento, fiel expresión de cuanto pensaba y sentía, eran el reflejo exacto de lo que los legitimistas han sentido siempre: «S. M. —dijo a Carlos VII— no volverá a España sin que su fiel general, vivo o muerto, le preceda o le acompañe».

Azares de los tiempos hicieron que la muerte le arrancara de este mundo en suelo extranjero y que sus restos, cayendo al pie de la Inmaculada, no pudieran ser cubiertos con tierra española; pero su amor patrio preveyó esta contingencia, y fueron exhumados aquéllos para ser depositados en el seno de la tierra que le vio nacer, en el suelo de su adorada España, de su idolatrada Cataluña.

Fue un día glorioso para la Causa de la Tradición española: allí, junto a la gruta de Lourdes, a los pies de la Inmaculada, se tributaron los honores debidos al heroísmo y la lealtad acrisoladas, simbolizados en los restos del general D. Rafael Tristany; allí se vieron unidos en indisoluble lazo los tres lemas santos de nuestra tradicional Bandera: la Inmaculada, los peregrinos y Don Jaime.

Aquéllos, genuina representación de la patria española, con su augusto Jefe, doblando la rodilla e inclinando la frente ante la gruta de Lourdes, ante la divinidad; y honrando a una vez una gloria de la tradición y por tanto de la Patria; los peregrinos aclamando a su augusto Jefe y unos y otros confundidos en un estrecho abrazo...

LA PEREGRINACION

Diez trenes especiales salidos de distintas capitales españolas los días 22 y 23 de abril condujeron a Lourdes a millares y millares de tradicionalistas, cuya ardiente fe religiosa les llevaba a postrarse a las plantas benditas de la Virgen Inmaculada: cuyo patriotismo les movía a rendir homenaje a los restos venerandos de un gran patriota, de un gran español, y cuyo amor a la Monarquía proscripta les impulsaba a traspasar la frontera de la patria para conocer al nieto de cien reyes, representante augusto de una dinastía heroica que no transigió jamás con los enemigos de la Religión, de la Patria y del orden social.

¡Cómo poder trasladar al papel las intensas emociones de la semana iaimista que comenzó en Lourdes el día 23 de abril y acabó en Ardévol el día 29!

Los catalanes salimos de Barcelona en dos trenes especiales, dando un conjunto de 1.200 peregrinos, entre estrepitosos aplausos de los corre-

ligionarios que se quedaban y que vinieron a despedirnos.

A las siete de la noche entrábamos cantando en el espacioso andén de Narbonne.

De Narbonne a Toulouse todo el tren se convirtió como en iglesia ambulante. Se escuchó un canto, una plegaria en común, que fué sublime ejemplo. Bajo la dirección de un sacerdote, en cada coche se rezaba en voz alta, que no era ahogada por el ruido del tren, el santo Rosario.

EN LOURDES

Al llegar a la ciudad de la Virgen nos sentimos aún más entusiasmados cuando se nos dijo que entre nosotros se encontraba ya el Caudillo agosto de las Patrias Tradiciones.

Nadie faltó a las nueve de la noche del 23 a la salutación dirigida a la Santísima Virgen.

Desde las seis de la mañana del día 23, fué tan imponente el concurso que, sobre resultar insuficientes los incontables confesores esparcidos al rededor de la iglesia del Rosario, fué preciso a las seis y media comenzaran tres sacerdotes el reparto del Pan Eucarístico. Fué imposible plática alguna, pues no cesaba el desfile de jaimistas de todas las regiones, y no era posible la mucha retención de grupo alguno en el interior del Templo.

En la Santa Gruta fué preciso celebrar continuadas Misas hasta las diez, repartiendo en todas la Sagrada Comunión.

Espectáculo más cristianamente soberbio, no pensamos verlo en muchos años.

Y del banquete Eucarístico salieron los miles de bravos dispuestos a formar en la gran manifestación que se preparaba, presidida por Don Jaime y todas nuestras Autoridades políticas.

Los restos de Tristany paseados en triunfo.

No podíamos soñarlo.

En la esplanada inmensa del Rosario la multitud era imponente.

Con puntualidad militar, a las diez se pone en marcha la comitiva cuyo desfile va a resultar interminable. Saliendo ordenadamente por la puerta lateral, pasa por la calle Sur de la Esplanada, remonta la avenida de los hoteles, penetra en la ciudad de Lourdes y por la plaza se dirige a la estación del ferrocarril. El Gobierno francés (despóticos hombres de una república para mayor escarnio) nos *honró* con la arbitraria prohibición de desplegar banderas, de reunirnos en el Cementerio, pronunciar discursos, etc., etc. Republicanos habían de ser para evidenciar sus intolerancias. Y por supuesto que no faltó el zarpazo de nuestro demócrata Gobierno.

El desfile de peregrinos comienza.

A pesar de los cuatro kilómetros del curso, llega al término la cabeza del entierro, cuando en la plaza del Rosario quedan más de dos terceras partes por formar. Llevamos una hora de desfile, y urge doblar las filas. Cuatro de fondo van formando las restantes y su paso ¡aun dura unos cinco cuartos de hora!

Los peregrinos no aclaman, ni vitorean: a pesar del entusiasmo que les enloquece, las órdenes se dan por los jefes y la más rigurosa disciplina triunfa. Hay que avalorar este sacrificio inmenso de más de 10.000 peregrinos jaimistas. Estos sólo cantan o rezan.

Este recogimiento cristiano y patriótico, homenajeando a un héroe, sólo sufre una distracción tentadora, irresistible... Pasa el imponente entierro ante la casa, donde se hospeda a Don Jaime: y de vez en cuando, o con mucha frecuencia, un rostro español, atractivo, simpático, saludador, sonriente asomaba por las vidrieras, tras una cortina o por el balcón del segundo piso... ¡Ah! Entonces se hace casi im-



EN LOURDES

Grupo de peregrinos catalanes frente a la Iglesia del Rosario presididos por el Excmo. Sr. Duque de Solferino

sible hacer circular a la gente. Se detiene, se agrupa, se agita, sonríe y lanza boinas: la multitud no puede con su entusiasmo. Sólo un grito de «¡el R... lo manda!» háceles poner en movimiento y entonar cánticos, el «Ave, Ave María», la «Marcha de San Ignacio», etc.

Por fin, ¡era más del medio día cuando se han acabado las filas! se abren de par en par las puertas de la casa donde se halla el Rey, y suben unos jóvenes llevando una corona de flores naturales, bellísimas, con grande lazo de colores nacionales en el que se lee: «A TRISTANY.—JAIME», corona llevada con fervido entusiasmo por simpáticos requetés; y aparece por fin en el umbral la arrogante figura del Caudillo de la Tradición española.

Es momento emocionante que produce escalofríos. No se grita, ni se vitorea: se siente arder la sangre, escuece el corazón que vigoroso late, y vemos irresistiblemente correr a más de un centenar de requetés que se disputan el alto honor de escoltar a Don Jaime. No le escoltan, le estrujan materialmente, le arrebatan a los gendarmes que quieren custodiarle y a las propias Autoridades políticas que le rodean; vemos en el gran curso un alto de la multitud que vuelve ávida el rostro, y tememos por un momento que a aquellos cien «requetés» siga el precipitarse de otros cientos y cientos entusiastas, pero un formidable canto del «Ave» por orden de Don Jaime, logra contenerles manteniendo la formación correcta.

Preside el Augusto Caudillo entre el Excmo. Marqués de Cerralbo, Pradera, Pascual Pérez, Llorens, Balástegui, Gaytán de Ayala.

Formaban el duelo de familia el reverendo don José Espinós, señor Tristany, sobrino del general homenajeado y don Juan M.^a Roma, de la Comisión organizadora de la Peregrinación, y lo cerraban la Junta Regional de Cataluña presidida por el Excmo. señor Duque de Solferino y en la que figuraban los señores Gelabert, Argemí y Sugañes.

La manifestación de duelo fué avanzando imponente entre dos nutridas hileras de espectadores. En la parte alta de la avenida se presentó el carruaje conteniendo el féretro del que pendían cintas con los colores nacionales, que fueron sostenidas por los veteranos.

Majestuoso era el espectáculo.

Penetrar en la plaza de la Estación era poco menos que imposible. Dos cientos requetés, que cogidos del brazo formaron semicircular muralla defendiendo a don Jaime de todo atropello, viéronse impotentes ante la oleada de peregrinos que se vino encima. A pesar de ir Don Jaime casi a la cabeza de aquella improvisada manifestación, cuesta media hora poderle introducir en la Estación, en la que entran sólo el féretro y contadísimas personas con Don Jaime. Mientras tanto, la multitud que invade las afueras prorrumpe en el incomparable «Ave» de Lourdes.

Para aquellos millares de peregrinos ha sido la presencia del Caudillo queridísimo, fugaz momento de dicha: pero no se sienten satisfechos los nuestros que han consumado el sacrificio de ahogar hasta este instante los gritos y vivas que del corazón les escapaban. Para Don Jaime han sido momentos de emoción intensísima en que ha vibrado su alma española con la de sus leales. Ha llegado su Persona Augusta ante el furgón donde se deposita el rico féretro; se descubre religiosamente ante el cadáver cuando el sacerdote con cruz alzada reza un responso y...

Después... Mientras el pueblo en masa cantaba fervidamente y esperaba a su Jefe y Padre, unos gendarmes, un subprefecto — si bien con marcial saludo y exquisita cortesía — comunicaban a Don Jaime órdenes imposibilitándole comunicarse con los suyos; de la estación saldría al cabo de más de media hora por lugar apartado y oculto en un coche y de Lourdes tendría que alejarse rápidamente. Nube de tristeza invadió nuestro corazón. Ignorábanlo los leales, pero al cundir la noticia, intensa indignación se apodera de todos y habría para temer una catástrofe...

La voz de la protesta, el peligro que se corría, hízose resonar ante los mandarines franceses, y se logró la celebración del gran acto de la tarde por miedo de un conflicto.

LA RECEPCIÓN

Aunque clandestinamente se obligó a Don Jaime a salir de la estación y rápidamente cundió la voz: a las dos habría recepción popular. Don Jaime no quería abandonar a Lourdes mientras hubiera un español que no hubiera estrecha-



La recepción.—Aspecto de la calle por donde se salía de la residencia de D. Jaime en Lourdes



Lourdes. — En la esplanada de la Basílica

do su mano. Este ardiente deseo del Caudillo enloqueció más y más a las disciplinadas masas.

No se ha contemplado jamás espectáculo tan sinceramente sencillo y grande. No hay Rey en Europa en ningún siglo que pueda enorgullecerse de plebiscito tan majestuoso de su pueblo en tierra extranjera.

Millares y millares de jaimistas españoles se estrujan ante una puerta para estrechar la mano del Caudillo. En las continuas oleadas de aquella masa, se refleja la impaciencia, y en el rostro de todos se exterioriza el gozo inmenso de su corazón de leales.

La recepción dura muy cerca de cuatro horas. Don Jaime, con la mano algo hinchada de tanto apretón, está fatigadísimo y tiembla emocionado... Aquella lealtad le arroba, le arranca un cariño de sus labios para cada uno de aquellos entusiastas. Y al llegar la presentación de las banderas, el Caudillo las besa abrazándolas efusivamente y movidas por los robustos brazos de los jóvenes que échanlas a sus plantas...

DE DESPEDIDA

La casi totalidad de peregrinos habíanse reunido en la esplanada de la Basílica. A las cinco salió la procesión del Santísimo, en la que formaron numerosísimos jaimistas precediendo al Clero que salmodiaba cantos litúrgicos.

Las Autoridades francesas no quisieron tolerar que el Augusto Caudillo permaneciera muchas horas entre sus leales súbditos. Don Jaime dió la orden de que estuviese preparado su automóvil. Subió Don Jaime a su coche tomando la ruta de Pau. Pero el Señor sintió que su alma quedaba allá, al pie de la gruta bendita, entre sus leales que le aclamaban, entre aquella muchedumbre que le adoraba, entre aquellos españoles que después de Dios sólo en él confiaban para la salvación de la Patria...

Don Jaime se encarama a una verja que rodea una quinta lindante con el camino para dar el último adiós a sus leales: «Quizás no me verán aquí», exclama el Señor; y apercibiéndose de que junto a la propiedad cercada había otra abierta desde uno de cuyos extremos se domina-

ba la gran avenida de la Basílica y su monumental escalinata por el lado del Gave, trasladóse allí juntamente con los que le acompañaban, y destacándose unos pasos del grupo levanta la mano saludando a la multitud y grita: «¡Viva España!»

Los peregrinos notan la presencia del Caudillo augusto, se percatan de su saludo y como movidos por una corriente eléctrica exclaman al unísono un ¡viva el Rey! que llega hasta el Señor como inmensa ola de cariño que le emociona hondamente. «¡Viva España!» grita él nuevamente, formando bocina con sus manos. Millares de pañuelos y de boinas se agitan en el aire, mientras las ondas de aquel mar de entusiasmo van murmurando el himno santo de los patriotas incontaminados de la herejía liberal: «¡viva España!! ¡viva el Rey!!!»

El espectáculo es sublime. El Señor contempla como extasiado el pueblo que le aclama al pie de la Gruta Santa. «¡Viva el Rey!» va gritando la multitud como adivinando la emoción que en aquellos momentos embargaría el alma del Caudillo; y el Caudillo, esforzando su clara voz, contesta: «¡Vivan los Fueros!» Los peregrinos de Euskaria, a la evocación del Señor y entre un aplauso delirante, entonan majestuosamente el «Guernicako Arbola», y al terminar el himno regional cantan todos los peregrinos la «Marcha Real» española.

El Jefe augusto de nuestra Comunión política emprende definitivamente su marcha a Pau, y descubriendo su cabeza saluda a la Virgen milagrosa y da el último adiós a su pueblo querido que sigue estacionado al pie de la Gruta santa, repitiendo «¡Viva España!» «¡Viva el Rey!»

Y las voces sagradas de la Gruta, y los muros soberbios del templo, y las colinas verdes que coronan la tierra santificada por la Madre de Cristo-Dios, lanzan por la corriente del Gave el eco formidable de «¡¡¡Viva el Rey!!!»

PROCESIÓN DE LAS ANTORCHAS

MISA DE COMUNIÓN Y SOLEMNE OFICIO

La jornada del viernes, día 25, comenzó con misa de Comunión que, organizada por los jaimistas catalanes, se vió concurridísima.

A las once comenzó el solemnísimos Oficio en la capilla del Rosario, en el que celebró el reverendo señor Lisbona.

Fué una novedad sorprendente la ejecución admirable, por todos los peregrinos que llenaban el templo, de la popular misa *De Angelis*, de canto gregoriano. Resultó un conjunto admirable e imponente, solemnidad grandiosamente litúrgica.

Después del Evangelio nuestro querido amigo doctor Lisbona avanzó hacia la barandilla del Presbiterio y pronunció una sentida plática glo-



En Manresa.—La fúnebre comitiva saliendo de la Catedral de Manresa

sando las palabras de la *Salve*, tan consoladoras y verídicas para la España católica, «Madre y Esperanza nuestra ¡salve!»

Terminóse aquella popular cuanto conmovedora solemnidad con el canto de la «Salve Regina» por toda aquella gran masa de creyentes.

Por la tarde y en la Capilla del Rosario, debido a la incesante lluvia, se rezó el Vía-Crucis.

Eran las ocho cuando la Estación bullía de entusiasmo y gentío esperando la partida de los largos trenes.

Comenzó la bulliciosa y legítima expansión entre los pasajeros todos. A media noche, comenzó el rezo del Santo Rosario en voz alta como a la ida, resultando conmovedor el espectáculo cristiano. Vino el forzoso descanso y el natural rendimiento, hasta que amanecemos en Perpignan... pasamos Cerbere... saltamos la frontera, y llegando a Portbou resonó un formidable y unánime ¡¡ Viva España !!

EN LA FRONTERA ESPAÑOLA

Antes de partir de Portbou estuvo a punto de producirse un conflicto por la tiranía de los que pretendían que el cadáver de Tristany no llegase el día 26 a Barcelona. Buenas palabras y «formal promesa» de que serían transportados a Barcelona en el tren correo de la tarde apaciguó los ánimos y reavivó la alegría.

Al llegar a Barcelona, encontramos ya telegramas del secretario de la Junta organizadora, D. Juan M. Roma, haciéndonos saber desde la frontera que, después de vencer un sin fin de obstáculos, el cadáver de Tristany iba en el tren correo, y que llegaría a Barcelona a las siete de la tarde.

EN BARCELONA

Los peregrinos venían entusiasmados de la grandiosidad de los actos realizados en Lourdes y encantados de la persona de nuestro amado Caudillo Don Jaime de Borbón.

LLEGADA DEL CONVOY

A las siete y doce minutos llegó el tren de Francia conduciendo los restos del general Tristany, que iban custodiados por don Juan M.^a Roma, el Rdo. Espinós y don Miguel de Torres; los restos de Tristany iban encerrados en una rica caja de roble con adornos de bronce.

Ocho veteranos lo sacaron en hombros del vagón trasladándolo a la Capilla ardiente, donde fué cubierto con la bandera del Centro Regional de Veteranos Carlistas y adornado con la corona que nuestro augusto Caudillo dedicó a los restos del bizarro general.

El clero parroquial de Santa María del Mar cantó un responso, que todos oyeron descubiertos y emocionadísimos, y una vez terminada la ceremonia religiosa se formó la comitiva para trasladar el féretro a la estación del Norte.

Acto seguido salió la comitiva. Había anochecido. El gentío que esperaba su paso ofrecía un aspecto grandioso.

La manifestación fué superior a toda referencia que se pueda hacer. Al embocar el Salón de San Juan, uno de los sitios más espaciosos de Barcelona, es cuando mejor se pudo apreciar la grandiosidad del acto.

EL DESFILE

Al llegar la comitiva al Arco del Triunfo hizo alto para dar lugar al desfile. Allí, bajo un arco triunfal, era solamente donde se podía iniciar el desfile de aquella procesión de amores.

El Clero cantó nuevamente un reponso, comenzando tras él el desfile. Durante una hora estuvieron pasando correligionarios frente a la presidencia del duelo. ¡Fué un desfile grandioso, soberbio! En él se pudo apreciar con seguridad el número de correligionarios que asistieron a la manifestación. Más de 10.000.

EN MANRESA

El domingo 27, en un tren especial, fueron conducidos a Manresa los restos del general Tristany que acompañaban las autoridades de nuestra Comunión y unos 400 jaimistas barceloneses



En Manresa.—Momento de colocar el féretro en el automóvil que había de conducir los restos de Tristany a Solsona

dispensándoles los manresanos un entusiasta recibimiento.

El féretro iba cubierto con la bandera del Centro Regional de Veteranos, llevando la corona de flores que Don Jaime III ofreció a Tristany.

A la entrada de la manifestación en la ciudad salió a recibir los restos la ilustre Comunidad de la Seo, entonando un responso que fué escuchado con gran recogimiento por los numerosos correligionarios que allí estaban para incorporarse a la comitiva.

La manifestación resultó grandiosa e imponente, figurando a la cabeza de la misma numerosos sacerdotes.

Su paso fué presenciado por numerosísimo público. El féretro fué colocado al llegar a la Seo en un altar levantado en la puerta. Se celebró una misa de cuerpo presente, cantando la capilla de música. El grandioso templo, severamente adornado, estaba atestado de fieles. Las autoridades del partido, con las banderas, se situaron en el presbiterio. En el coro estaban la Comunidad y comisiones.

El ofertorio duró hora y media.

En la misma forma que al dirigirse a la Seo se organizó la comitiva a la salida, encaminándose a la Parroquia de Santo Domingo, atravesando en dicho trayecto casi toda la población.

Al llegar a la citada parroquia desfiló todo el acompañamiento ante las autoridades y los restos del invicto general Tristany.

Al terminar, los restos fueron depositados en el coche-automóvil que fué artísticamente adornado y la comitiva partió hacia Solsona.

HACIA SURIA Y CARDONA

Cerca de las dos y media de la tarde del domingo, 27, salieron de Manresa en automóviles el féretro del general Tristany y los comisionados que acompañaban el mismo, unos hasta donde fuera posible ir en automóvil, otros hasta dejar los restos del heroico caudillo carlista en poder de la familia Tristany en Ardévol.

Como decimos, componían la expedición el



En Cardona.—Manifestación del pueblo de Cardona al paso de la comitiva que acompañaba los restos de Tristany, colocados en un carruaje



En Solsona.—Momento de despedir el pueblo de Solsona los restos del general Tristany

automóvil severamente enlutado con franjas doradas, en el cual iba el féretro, adornado con las coronas que habían sido agregadas ya en Luordes, ya en el trayecto hasta Manresa.

Los autos se dirigieron por la carretera de Suria hasta esta última población. En el trayecto había apostadas parejas de la Guardia Civil, muchas de las cuales al pasar el féretro presentaban las armas.

Al entrar en Suria pudimos advertir que el pueblo entero había acudido a la carretera para presenciar la llegada del féretro que contenía los despojos del invicto caudillo.

Pocas veces se había podido presenciar tan gran multitud reunida en este pueblo, pues sin exageración podemos decir que Suria entera había ido al acto.

El párroco de Suria y los vicarios cantaron un responso mientras que se descendía el féretro del automóvil para colocarlo en una tarana, pues la carretera era intransitable.

Formaban la expedición las tartanas con pasajeros y otra con el féretro.

Al llegar cerca de Cardona pudimos advertir que nuestra llegada acompañando el féretro había despertado general curiosidad y entusiasmo.

En el cruce de las carreteras esperaba al féretro el pueblo en masa que lo recibió con grandes muestras de la simpatía que le merecía el apellido Tristany.

Allí formóse una comitiva, acompañando el féretro la banda de música «La Natural» de Cardona, ejecutando severas marchas fúnebres y dando custodia al mismo los veteranos de Cardona.

Frente al cementerio la Rda. Comunidad de Cardona, Clero y los vicarios de La Coromina y Figols, con asistencia del Regente de Cardona, entonó con canto gregoriano un solemne responso. Terminado éste, al mismo tiempo que acababan de relevar las caballerías emprendimos nuestra marcha.

A Cardona acudieron comisiones de varias



Casa solariega de la familia de Tristany

poblaciones como Fígols, Pagarolas, Torrescasana, etc.

Y nuevamente las tartanas se dirigieron hacia Solsona.

A las siete y cuarto de la tarde los carruajes hicieron alto en Clariana, pues allí estaban reunidos los Párrocos de Clariana, Santa Susana y Liñá, quienes saludaron a los que formaban la comitiva y cantaron un responso por el alma del finado.

Eran las diez menos cinco minutos cuando travesamos el puente sobre el río Negre que hay frente a las puertas de Solsona.

LLEGADA A SOLSONA

En el puente y junto a la puerta de Solsona aguardaban los sobrinos políticos del general, el Clero de la Parroquia, Junta Jaimista del Distrito y del Patronato Tradicionalista, concejales jaimistas, Comisión de Solsona para el Homenaje a Tristany y todo el pueblo.

Después de cantarse un responso tuvo lugar la entrada del féretro en Solsona, que puede decirse, sin temor de pasar por exagerados, que fué triunfal.

Abrían la marcha el Clero parroquial con cruz alzada, banda de música tocando marchas fúnebres, socios del Patronato con hachones encendidos, y el féretro llevado por los veteranos cerrando la comitiva la presidencia formada por la familia Tristany y los Comisionados de Barcelona.

Seguía después el pueblo entero que se es- trujaba para poder llegar cuanto antes a la iglesia donde fué conducido el féretro.

En la iglesia cantóse un responso a dos voces por el Clero y las Religiosas del Convento.

LA VELADA

Directamente desde la iglesia de la Enseñanza nos dirigimos al Café Suizo, en donde debía tener lugar la velada necrológica en honor del ge-

neral Tristany, que se había organizado por el Patronato Tradicional de Solsona.

Ocupó la presidencia el entonces diputado provincial D. Juan M.^a Roma, ocupando asientos en la presidencia el canónigo doctor D. Juan Rosell, D. Juan A. Tristany y D. Domingo Valls.

Empezó el acto leyendo un profundo estudio el canónigo doctor Rosell, principiando con una salutación de bienvenida a los peregrinos, que quieren restaurar las verdades encerradas en los principios tradicionalistas siguiendo el ejemplo de D. Rafael Tristany, recordando que Tristany nació cerca de Pinós, fué educado junto al Santuario del «Miracle» y murió en Lourdes junto al Santuario de la Virgen.

Terminó con valientes párrafos incitando a todos para que fueran dignos de la gloria de Tristany imitando sus bondades y su religiosidad.

El canónigo Rosell fué muy aplaudido durante su discurso y al terminar.

El reverendo José Peix leyó una poesía «En honor d'en Rafel Tristany».

El joven Isidro Calmet leyó un trabajo original acerca de la «Bondat d'en Tristany».

Después de haber leído otra poesía el reverendo Peix, ocupó la tribuna el señor Roma, quien empezó diciendo que la mejor prueba de la bondad de corazón que distinguía a Tristany era el amor que en Lourdes tenían para el general carlista todas las clases sociales.

Recuerda que Tristany no temía la libertad, pero la libertad en el corazón y no la libertad en



Ilmo. Don Juan Espinós
(Capellán de Honor de Don Jaime III)

los labios. Sus ansias de libertad eran absolutamente para el bien, pero negativas para obrar mal.

Termina el señor Roma haciendo una descripción de los actos de Lourdes, explicando el entusiasmo de los jaimistas al ver a D. Jaime III y afirmando que una Comunión como la Tradicionalista, que tantas mujeres españoles ha llevado a Lourdes para aclamar a un Caudillo y honrar a un mártir, no puede desaparecer, sino que es necesaria para la salvación de España que triunfe.

EN SUFRAGIO DEL ALMA DE TRISTANY

La iglesia de la Enseñanza presentaba un magnífico aspecto a las once de la mañana del lunes, día 28, con la numerosa concurrencia que la llenaba de bote en bote.

En el centro de la misma se había levantado un artístico túmulo.

Fué oficiante el Canónigo Magistral de Solsona.

De la oración fúnebre estaba encargado el reverendo don José Aras, de Solsona.

Durante el ofertorio desfilaron más de ochocientas personas, entre ellas las más distinguidas familias de Solsona.

Terminado el Oficio empezaron los preparativos de la salida para el Miracle. La despedida fué emocionante.

EN EL MONASTERIO DEL MIRACLE

A las siete menos cuarto llegamos a El Miracle. Allí nos aguardaban carlistas de La Furiola, de Igualada, de Pinós, y de este Caserío.

En el Monasterio gran animación; y junto con el lúgubre tañer de las campanas doblando a muerto, dan una nota severa que emociona.

Sale de la iglesia la Comunidad Benedictina, abriendo la marcha la Cruz alzada, siguiendo los educandos del Monasterio y cerrando la Comunidad del Miracle.

Cantaron unos responsos y la procesión descendió de aquellos montes para entrar en la iglesia.

El ataúd fué entrado por veteranos en la iglesia del Monasterio y la Comunidad rezó otras paces por el alma del General.



Camino de Ardévól.—La comitiva que acompañaba los restos de Tristany dirigiéndose al pueblo de Ardévól.



En Ardévól.—Conducción del cadáver del general Tristany a la iglesia parroquial

El Vice-Superior de la Comunidad del Miracle, pronunció una sentidísima alocución.

Principió dirigiendo una salutación a los recién llegados, dándoles la bienvenida, haciendo observaciones acerca del significado de estos obsequios y homenajes. Delante de la urna funeraria todo desaparece y sólo la Iglesia tiene el consuelo para nuestro dolor. Sólo ella tiene derecho a dejar oír su voz en estos actos funerales, pues Dios da a cada uno lo que debe ser su premio o castigo y ante la muerte sólo puede presentarse la grandiosidad de Dios.

En nombre propio y de los superiores ausentes y de la Comunidad toda, hace constar la satisfacción que tienen de guardar una noche el cadáver, deseando la paz eterna para el alma del general Tristany.

A las siete y media rezóse el santo Rosario por el alma del difunto general. Asistieron la Comunidad, los jaimistas todos y los habitantes del caserío del Miracle. Todo el acto fué solemnísimamente por su grandiosa sencillez. Al terminar cantóse por la Comunidad el «Liberame Domine».

Durante la noche velaron el cadáver los veteranos.

Por la mañana siguiente a las seis estaba anunciada una misa de cuerpo presente en sufragio de don Rafael Tristany.

Con el mismo ceremonial que la tarde anterior y siguiendo el mismo orden, salimos del Santuario del Miracle para dirigirnos a Ardévól.

Es mayor el número de los que van en la expedición. Se han agregado a nosotros jaimistas de muchas otras poblaciones que se dirigen a Ardévól para asistir al entierro.

LLEGADA A ARDEVOL

Allí la multitud es incontable, como incontables son las comisiones de los pueblos que acudieron.

Una banda ejecutó la Marcha Real entrando en el caserío. Abrían la marcha al banda de música de Solsona; seguían más de cuarenta sacerdotes



En Ardévol.—Momento emocionante en que D. Juan M.^a Roma, secretario de la Comisión Organizadora de la Peregrinación Tradicionalista a Lourdes, hace entrega del cadáver, en nombre de D. Jaime, a la familia de Tristany

de los pueblos y parroquias de los alrededores, quienes cantaron un responso. La caja conducida por jóvenes y veteranos y el pueblo entero, que desde muy lejos había venido a dar la última prueba de afecto al caudillo carlista.

El féretro fué entrado en la iglesia de Ardévol mientras las campanas seguían doblando a muerto.

LOS FUNERALES

Inmediatamente empezaron los funerales, siendo celebrante el Rdo. Ramón Mascaró, Párroco de Sú, capellán que fué del Batallón de Guías de Tristany.

Ocuparon las sillas del duelo el Arcipreste de Mollerusa, Rdo. Jaime Canardons; Don Pedro Pesarrodona, como vecino; D. Juan A. Tristany y su hijo Juan, don Modesto Falgueras, doña Angeles y doña Eloísa Tristany, doña Teresa Ramells, como vecina; los parientes José Miralles, Manuel Vendrell, Rafael Oliva y Ramón y José Casas.

El duelo oficial lo formaban los señores Roma, Puiggrós, Canes y el veterano de Cardona señor Tarruella.

El ofertorio, que duró mucho más que el Oficio, fué lucidísimo, desfilando una verdadera multitud, pero que no representaba ni la mitad de la gente allí reunida.

El Oficio fué cantado por los sacerdotes asistentes al acto, bajo la dirección del organista del Miracle.

El número de Párrocos de los pueblos vecinos fué grande. Basta decir que sólo en la Rectoría de Ardévol vimos reunidos más de sesenta.

EN EL CEMENTERIO

Con el mismo orden que a la llegada, trasladóse el féretro, en procesión numerosísima, al cementerio de Ardévol, a fin de ser depositado en su definitiva morada. Llegados allí, después de las preces de rúbrica, hizo uso de la palabra el Rdo. Dr. Abrás, de Solsona, quien trazó a grandes rasgos la biografía del general Tristany.

Luego el señor D. Juan M.^a Roma hizo el dis-

curso necrológico en representación de la Comisión organizadora.

Habló del Tristany caballero, del Tristany soldado, del Tristany bondadoso y padre del ejército que tan bravamente peleó a sus ordenes bajo la bandera que en el Norte tremolaba tan gallardamente D. Carlos VII.

Pintó a grandes pinceladas la labor militar de tan bravo general en todas las épocas de su acción laboriosa, y tuvo frases que arrancaron a la multitud frenéticos y prolongados aplausos.

Ante este cadáver yerto y frío — dijo el señor Roma — juremos no abandonar la bandera santa que él tremolara en los campos del honor en defensa de su Dios, de las libertades de su Patria y del derecho de Rey, despojado por la Revolución de la corona que debiera ceñir sus sienes en provecho de nuestra España infortunada.

Después de la ovación con que el público que le escuchaba saludó al señor Roma, éste hizo entrega del cadáver de Tristany, en nombre de Don Jaime, a su familia, que se hallaba presente, presidiendo el acto.

LA COMIDA

En la casa rectoral comieron unos cien invitados, entre ellos los Párrocos vecinos que habían acudido a Ardévol y a tomar parte en los actos celebrados.

El Párroco, Rdo. D. José Sala, cumplimentó a los reunidos de una manera admirable, haciendo prodigios de actividad y acierto, mereciendo de todos entusiásticas felicitaciones.

Después de la comida y a ruego de los numerosos sacerdotes que allí se reunieron, D. Juan María Roma dirigió la palabra a los comensales, recogiendo grandes aplausos y la felicitación de los señores sacerdotes presentes.

A las cuatro de la tarde, la Comisión oficial, acompañada de nuestros correligionarios, emprendió el viaje de regreso, dirigiéndose, en caballerías, camino de Calaf donde había de pernoctar para allí tomar el tren a la mañana siguiente, miércoles, día 30 de Abril, en dirección a Barcelona.



Banquete ofrecido a D. Juan M.^a Roma, por el éxito de la «Peregrinación de la Lealtad», de la que fué el organizador y propulsor

Junta Magna de Biarritz

que la

Comunión Católico-Monárquica

celebró el 30 de Noviembre
de 1919 bajo la presidencia
de su augusto Caudillo

Don Jaime de Borbón



Grupo de asistentes a la Junta Magna de Biarritz, que presidió el Señor Duque de Madrid

Por ser uno de los actos más solemnes de nuestra Comunión que presidió nuestro llorado Caudillo don Jaime de Borbón, queremos que sea constatada en este ALBUM la Magna Asamblea de Biarritz, con relación de los asistentes, las conclusiones votadas y la emocionante salutación de Don Jaime a la Asamblea en la cual pronunciaron notabilísimos discursos D. Luis H. de Larramendi, D. Lorenzo Sáenz Fernández y el muy Ilustre Sr. Magistral de Sevilla Dr. Roca y Ponsa.

ASISTENTES Y ADHERIDOS con los cargos que a la sazón ejercían.

Asistieron a la Junta, además del Excelentísimo Señor D. Luis Hernando de Larramendi, Secretario general político de S... en España, y de D. Lorenzo Sáenz Fernández, ex diputado a Cortes por Tudela y Tesorero general de la Comunión que lo eran entonces, los señores siguientes, que agrupamos por las Regiones que representaban:

ANDALUCIA

Presente: M. I. Sr. Dr. D. José Roca Ponsa, Canónigo Magistral de la Catedral de Sevilla.

Adheridos: Excmos. Sres. Marqués de San Martín, Jefe regional, Marqués de Valdeflores y Barón de Bretauville; M. I. Sres. Dr. D. Bartolomé Romero Gago y Dr. D. Jesús María Reyes, Canónigos, respectivamente, de Sevilla y Granada, y los señores D. Alfonso Porras Rubio y D. Fernando del Moral, Pbro.

ARAGON

Presentes: Excmo. Sr. D. Francisco Antonio Caveró, Jefe regional, y señores D. José María de Santa Pau, Jefe provincial de Teruel, y Don Pedro Legaz.

Adheridos: Excmo. Sr. D. Pascual Comín, ex Secretario General político del R...; D. José María de Claver, Jefe provincial de Huesca; D. Jesús Comín, de Zaragoza, y D. Pedro Calvo, de Bágüena.

CASTILLA LA NUEVA

Presentes: Excmo. Sr. Marqués de Tamarit, ex diputado a Cortes y Avudante que fué de Carlos VII; don Melchor Ferrer Dalmau, Director de «El Correo Español»; D. Miguel de Torres Valls, Administrador-Director del mismo diario; D. G. Arsenio de Izaga y Ojembarrena, Director que fué de «Juventud Tradicionalista», y D. Emilio Deán Berro, vicepresidente de la «Unión Social Tradicionalista», de Madrid.

Adheridos: Excmos. Sres. D. Rodrigo de Medina, ex secretario de Carlos VII, y D. Juan Pérez de Nájera, generales de nuestro Ejército, y señores Conde de Casasola y del Pinar, y Rvdo. D. Isaac García Sanz, Párroco de San Pedro, de Sigüenza.

CASTILLA LA VIEJA

Presentes: M. I. Sr. Dr. D. Ricardo Jiménez, canónigo de Burgos, D. Lorenzo de Cura, ex diputado provincial, D. Virgilio Sanjuán, Jefe local de Haro, y D. Juan Pablo, Huerta, ambos tenientes de alcalde de esta población.

Adheridos: Rdo. D. Aurelio de Ibarzábal, Pbro.; D. Andrés Bengoa, de Santander; D. Robustiano Olea de Laredo; D. Federico Paternina, de Ollauri, y D. Fernando de Diego, de Santander.

CATALUÑA

Presentes: Excmos. Sres. D. Miguel Junyent, Jefe regional entonces y Director de «El Correo Catalán», ex senador y ex diputado a Cortes; D. Luis Argemí, senador del Reino por Barcelona; D. Narciso Batlle y don Bartolomé Trias, diputados a Cortes por Barcelona y Vich, respectivamente; señores D. Joaquín Avellá y D. Domingo Valls, ex diputados provinciales y Jefes provinciales de Tarragona y de Lérida, y D. Juan B. Viza.

Adheridos: Excmos. Sres. Marqués de la Torre de Mediñá y Barón de Vilagayá; D. Juan María Roma, diputado provincial y Director de «El Centinela Catalán»; D. José María Marqués, diputado provincial; D. José Víctor Olesa, ex diputado provincial, D. Francisco de P. Gambús.

EXTREMADURA

Adherido: Excmo. Sr. Marqués de Matallana, Jefe provincial.

GALICIA

Adherido: D. Alberto Paredes, ex Director de «El Requeté».

LEON (Reino de)

Presentes: Excmo. Sr. D. Ildefonso Muñiz-Blanco, Jefe Regional; Rdo. D. Antonio Alonso, Beneficiado de la Catedral de León; D. Luciano Esteban Polo, y D. Baltasar L. de Guevara.

Adheridos: D. José María Grajal, Jefe provincial de Palencia; D. Nicasio Sánchez Mata, Jefe provincial de Salamanca y Decano de su Universidad; don Pantaleón Gómez Casado; D. Eduardo Junco; don Miguel Díaz, y don José de Larrucea y Lambarri, de Valladolid.

NAVARRA

Presentes: Excmos. Sres. D. Ignacio Balezteña, Jefe regional y concejal de Pamplona; Marqués de Vessolla, ex senador del Reino; Barón de Oña, concejal de Pamplona, y señores D. Blas Morte, vicepresidente que fué de la Diputación foral; D. Francisco Martínez, ex jefe regional y ex diputado provincial; D. Francisco Errea, diputado

provincial; D. Tomás Mata, teniente de alcalde de Pamplona; D. Justo Gortáriz concejal de este mismo Ayuntamiento; D. Pedro Santa Cruz, Beneficiado; D. Basiliso Oteyza, y D. Martín Echarrén.

Adheridos: D. Joaquín Baleztena, diputado a Cortes por Pamplona; D. Martín Larrayoz, concejal; RR. PP. Tomás Garrido y Fabián Linares; don Casildo Arostegui, D. Esteban Martínez Vélez, ex diputado foral, y D. Dámaso Munárriz.

VALENCIA

Presentes: Excmo. Sr. Marqués de Villores y don Enrique Adrién.

Adheridos: Excmo. Sr. D. Manuel Simó, ex Jefe regional y exdiputado a Cortes; D. Fernando de Rojas, ex diputado provincial; D. José Galán y Benítez, D. José Feliú, D. José Feo Cremades y don Francisco Aparisi.

VASCONGADAS

ALAVA

Presentes: D. Donato Nicolay, D. José Pérez de San Román y D. Luciano Salazar, Pbro.

GUIPUZCOA

Presente: Excmo. Sr. Marqués de las Hormazas.

Adherido: D. Juan Mocerrea.

VIZCAYA

Presentes: Excmos. Sres. Conde de Arana, Jefe señorial y ex senador del Reino, y D. Esteban de Bilbao y Eguía, ex diputado a Cortes por Tolosa y Senador del Reino por Vizcaya, y señores D. Domingo de Llona, diputado provincial; Don Ignacio María de Plazaola, concejal de Bilbao; D. Francisco de Santiago Marín, Notario de esta capital; D. Elías Luisa, y D. Pablo Ingunza.

Adherido: Excmo. Sr. D. Celestino de Alcocer, ex Jefe regional y ex diputado a Cortes por Laguardia y Vitoria.

COMIENZA EL ACTO

Todos permanecían en pie.

El Caudillo de la Tradición, con grave continente, palabra reposada y claro acento, alterado por la emoción, saludó a sus leales en estos sencillos y severos términos:

«Os manifiesto, antes que nada, mi más sincera gratitud por haber correspondido tan unánime y entusiastamente a mi convocatoria, inspirada en mi ferviente amor a la Bandera de la Tradición y a nuestra querida e infortunada España.

Todos, en mayor o menor grado, habéis hecho un verdadero sacrificio al venir hasta el destierro; pero todos debéis meditar en que esto, y mucho más, lo exige, con angustiosos clamores, la salvación de la Patria.

Ante obligación tan suprema e ineludible, ni vosotros ni Yo podíamos vacilar un instante. Por esto nos congregamos hoy aquí,

Ni por convicción ni por temperamento, soy aficionado a declaraciones utópicas y a discursos ampulosos; prefiero lo práctico a lo teórico, los hechos a las palabras, la verdadera sencillez al falso retoricismo.

Informado en este criterio, he procurado encastrar mi pensamiento en claras y ceñidas manifestaciones, que ahora os leerá mi Secretario político en España y que deseo que todos mis leales las reciban como sentida expresión de mis ideas y aspiraciones en los gravísimos y decisivos momentos actuales.

Quiera Dios que ellas sean fecundas para la restauración de la Patria.

Sentáos.»

Una formidable ovación con vitores y aclamaciones acogieron las palabras de S. M.

Apagada la ovación, Don Jaime entregó un documento al señor Larramendi, ordenándole que procediese a su lectura y que terminaba con las siguientes y alentadoras palabras:

«Preparémonos, trabajemos para ser útiles a la Religión y a la Patria. La intención preferente, al convocaros, ha sido intensificar mi personal intervención en la dirección de la Causa, y así estar en una mayor relación con vosotros.

Os doy mi palabra de honor en prenda de que, si puedo equivocarme, no cedo a nadie en elevación de miras, pureza de intención y amor a la Patria.

Me debo a España y a la Causa, y en su defensa estoy dispuesto a perder la vida.

Creo que recojo exactamente con mi propio pensamiento el de todos los presentes; y dispuesto a que intervengamos con más actividad en la política española, como eficaz fuerza y con prácticos procedimientos, he redactado las siguientes manifestaciones, que deben pasar a la nota oficial de esta Junta y ser norma fecunda de todos nuestros actos.»

* * *

ACUERDOS

La Comunión católico-monárquica actuará con más radicalismo que nunca en la pureza e integridad de sus principios y soluciones, puesto que los postulados más felices del pensamiento contemporáneo, las corrientes más sanas de opinión, fruto de la experiencia y la realidad, las necesidades que claman exigiendo solución ineludiblemente, todo muestra hoy la virtual eficacia y constante utilidad de nuestro Programa fundamental.

En su virtud:

A. — *Intensificará la política religiosa, teniendo presente el carácter especial de la Causa que defendemos, no olvidando que el R... sostiene con todo el vigor de su brazo y el amor de su corazón la Bandera católica frente a la liberal y revolucionaria, como sus augustos Predecesores Carlos V y Carlos VI y su amadísimo Padre, el inolvida-*

ble Carlos VII. Sometido a la Iglesia, como hijo sumiso, quiere restituirla toda la independencia que la otorgó el Redentor, y en particular la relativa a su misión docente y aquella independencia económica a la que tiene perfecto derecho, tan menoscabada en el régimen constituido.

B. — Dará una actividad más constante e intensa al esfuerzo colectivo referente a los problemas llamados regionalistas, para conseguir como fin primordial, que armonice la unidad de la Patria española con las legítimas aspiraciones forales, lejos de una política apasionada, personal y voluble, y así llegar a la dirección de toda la corriente de opinión regionalista, y, finalmente, para restaurar en España la vida foral castiza, que es una base imprescindible de la sustentación del orden, de la estabilidad de la paz social y de la prosperidad del país.

C. — Definirá, al propio tiempo que aumentará, la actuación de política social, sobre el esencial fundamento de la pronta reconstitución de las clases y corporaciones profesionales, manteniendo el puro y cristiano concepto de la propiedad hasta contra los atentados que, con espíritu contaminado de errores y prejuicios, le dirigen los propios partidos afines, y defendiendo, al par, con la mayor actividad y energía cuanto representa verdaderamente la dignificación de la clase obrera, llamada a disfrutar de tiempos nuevos, más justos y cristianos, si al cabo, como es de esperar, la revolución universal es vencida.

D. — Propugnará la desaparición del parla-

mentarismo, régimen absurdo, funesto y desacreditado en todos los pueblos, establecido sobre la guerra civil de los partidos permanentes; restaurando las Cortes representativas de las clases organizadas y de los intereses reales de la nación, con mandato imperativo, que define los deberes y responsabilidades y asegura el buen servicio y las justas sanciones para los diputados.

E. — Defenderá con mayor interés que nunca el principio de autoridad, que es clave en los problemas de la época y que sólo ella — la Comunión legitimista — sustenta verdaderamente en España.

F. — Contribuirá, por todos los medios políticos a su disposición, al prestigio del Ejército español, víctima del régimen imperante.

G. — Instaurará la realidad de la Administración de Justicia, hoy desconocida hasta el sarcasmo, y que precisa como fundamento indispensable de la vida civil.

H. — Aprovechará la excepcional situación en que España ha quedado a consecuencia de la neutralidad durante la guerra, para plantear una base sólida de la futura política internacional, que, por el momento, no puede ser de alianzas ni de manifestación de inclinaciones comprometedoras, sino de cordialidad con todos los demás países, de juiciosa expectativa, mientras el horizonte universal de la política extranjera no se aclare y defina.

I. — Estudiará, propagará, defenderá y promoverá las obras públicas que España para su prosperidad necesita, y que en la palabrería de la política de los partidos jamás requieren seriamente



DON JAIME DE BORBON EN BIARRITZ

De izquierda a derecha: D. Juan María Roma, D. Jaime de Borbón, D. Luis H. de Larramendi y D. Julio de Urquijo

Después de la guerra europea, y para resolver el conflicto planteado por dimisión de la Junta Nacional Tradicionalista en aquella época, son llamados por D. Jaime en Biarritz, los señores Larramendi, de Urquijo y Roma

la atención nacional, ni llegan a realizarse, y, asimismo, prestará la consideración debida a la agricultura y a la industria; facilitándoles todos los elementos económicos para su completo desenvolvimiento y asegurándoles, con una absoluta estabilidad social, la consolidación de su desarrollo.

J. — Expondrá con claridad, en la propaganda, la armonía entre el sano pensamiento moderno y nuestra significación doctrinal, y hará ver que la situación crítica de España, insoluble con todos los procedimientos liberales, tiene forma sencilla de resolverse en la paz espiritual, en la organización tradicional foral y corporativa y en el principio de autoridad que expresa el lema de nuestra Bandera: DIOS, PATRIA, REY.

* * *

Después de tan importante asamblea, Don Jaime recibió a los grupos regionales, firmó nombramientos, y luego quiso obsequiar a sus leales con un banquete íntimo que sirviera de despedida a las representaciones del Legitimismo en el solemne acto celebrado y fuera, a la par, testimonio de su amor y de su gratitud hacia todos por haber tan diligentemente respondido a su convocatoria y cooperado con tanto entusiasmo a los fines de la asamblea descrita.

Por último, concedió audiencia privada a los Delegados de las diversas regiones a fin de tener exacto conocimiento de cada una de ellas.



Billares Monforte

Los de máxima precisión
Construcción patentada

Plaza S. José Oriol, 3
Teléfono núm. 14985

Talleres:

Carmen, 20, interior
BARCELONA

Farmacia del Centro

Calle Sans, 62. - Barcelona

Fundada en el año 1844

Del Dr. Narciso Vergés y de Alós

Escrupuloso despacho de fórmulas.-Es-
pecialidades nacionales y extranjeras
Ortopedia. - Herboristería

Francisco J. Riera
Abogado

GRANOLLERS

Francisco Layret, 23 - Teléfono 118

BARCELONA

Rda. San Pedro, 33, 2.º 2.ª - Tel. 15024

Angel Truñó Rusiñol

Arquitecto Constructor

Tallers, 24 - Barcelona - Tel. 10944

José M.ª Ruscallea

Corredor de Cambio y Bolsa

Acreditado por su antigua y constante especialización en las operaciones del Banco de España

Orientación gratuita y Compra-venta de
Valores cotizables

Facilitando al cliente, si lo desea, el curso diario de los valores que le interesen

Pl. del Rey, 2, pral. - Teléfono 12731

DE 5 A 7

BARCELONA

Una conversación con D. Jaime

A las pocas semanas de la constitución del gobierno Berenguer (sucesor del de Primo de Rivera), un delegado del Consulado de España en Túnez donde se encontraba a la sazón Don Jaime de Borbón, Duque de Madrid, tuvo una conversación, de carácter político, con el entonces Caudillo de la Comunión Tradicionalista.

Dicho diplomático, después de hacer un merecido elogio de la amabilidad y vastos conocimientos de Don Jaime y de demostrar como seguía las palpitaciones de la política internacional, al hablar de España, decía que el Duque de Madrid se había expresado en los siguientes términos, que reprodujo con toda fidelidad. Dijo Don Jaime :

—Fué un gran error de Primo de Ribera no abandonar el poder seguidamente de pacificar Marruecos. El pueblo le hubiera aclamado como su salvador, dejando entonces unido el Ejército, al cual perturbó, desacreditándolo en sus últimos años ; y el pueblo, que muchas veces no ve las cosas tal como son, achaca al ejército los errores de Primo de Rivera, que son incontables. Claro es que el ejército no hace una nación, pero es cierto que un ejército con unidad, disciplina y alejado de la política, fortalece al Estado y lo hace respetar en el interior y en el exterior.

—¿Ha sentido Monseñor deseos de reinar en España?

—No negaré haberlos sentido, sobre todo en momentos en que he visto a España tan mal gobernada y peor dirigida. Pero mis deseos nada significan, aunque sean hijos de un grande amor a España, si no son compartidos, por su parte por la mayoría de la nación. En el gobierno de las naciones sucede como en el amor : ha de haber voluntad y satisfacción por ambas partes porque si esto no existe, ni en el país, ni en el hogar puede haber verdadera paz y sosiego.

—¿Cree Monseñor que en España existen políticos cumbres?

—Yo le diré ; personalmente a muy pocos conozco. A los más nombrados, en su mayoría, los conozco por su actuación y a través de lo que de ellos se escribe. Como durante la Dictadura, París ha sido refugio forzoso o voluntario de algunos de ellos, y por allí han pasado tantos, no poco podría decir de muchos ; pero la prudencia me manda no decir nada, en estos momentos en que todos ellos van a actuar de nuevo en Es-

paña. Mi juicio, en este instante, pudiera parecer parcial.

—¿Ni siquiera nada de Berenguer?

—Berenguer es una figura relevante, política y militarmente considerado, y a nadie conocedor de la situación de España, y de la Monarquía ha de extrañar que, para que la caída de Primo de Rivera y de Martínez Anido, verdaderos y únicos sostenedores de la dictadura, se realizase sin estrépito y sin perturbaciones en el país, habíase de acudir a Berenguer, porque un hombre civil, en aquellos momentos, no hubiese podido contener los impulsos de un pueblo que por espacio de más de seis años se les ha tenido sujeto y poco menos que amordazado. Esto no obstante, no creo que el gobierno de Berenguer sea muy durable, ni que sea otra cosa que un modo de facilitar el acceso al poder de unos hombres civiles así que se hayan serenado los espíritus y acallado los gritos de los «constitucionalistas». Esto, o España puede dar un tumbó hacia la república, que en un país como el español, sería, como dijo Cambó, un salto hacia el caos.

—Ya que Monseñor habla de Cambó, ¿qué le parece a V. A. la situación política del líder del catalanismo en estos momentos?

—Cambó me parece no sólo un valor nacional remarcable, sino que ha merecido ser considerado un valor europeo. Cambó ha logrado, en estos últimos años, mayor relieve visto desde todas las cancillerías europeas. Desde este punto de vista he podido apreciarlo yo, puesto que como valor nacional es en España donde mejor que yo pueden juzgarle.

—Monseñor ignora, tal vez, que a Cambó le fué ofrecida con insistencia la cartera de Hacienda, y la rechazó, no obstante evidenciarse que apoya con decisión al gobierno de Berenguer.

—Por la prensa francesa me he enterado, y la cosa me ha parecido natural en un hombre como Cambó.

—Pues muchos no lo ven como monseñor.

—Será que no ven que los hombres de talento han de saber dominar sus ambiciones, aunque sean a veces legítimas. Las precipitaciones, en política, suelen llevar a grandes fracasos. Cambó ha venido representando todo lo contrario de lo que representaba la dictadura de Primo de Rivera. Su entrada franca en el actual gobierno de Berenguer hubiera representado, aunque no fue-

ra así, una especie de agravio inferido a los caídos, y Cambó hubiera sido el blanco de todos los tiros de cuantos se han visto perjudicados, en uno u otro sentido, con la caída de la dictadura. Cambó habrá pensado así y ha acertado. No convenía ni a él ni al Gobierno; y menos convenía dar ocasión a las protestas de toda clase de intereses lastimados. En tanto, a Cambó, hombre de talento, y, además, astuto, le habrá parecido, en esta primera etapa de gobierno, más prudente que «gobernar desde dentro», «influir desde fuera».

—¿De modo que Monseñor cree que Cambó va

siguiendo paulatinamente su carrera... presidencial?

—Otros de menos talento han llegado a la meta.. Pero a Cambó, en estos tiempos de incompreensión, le acompaña una circunstancia que le entorpece el camino de llegar..

—¿Cuál?

—¡Es catalán!

* *

Esta interviú fué tachada por la censura al querer reproducirla la prensa española.

D. Jaime de
Borbón
a los españoles



a raíz de pro-
clamada
la República

París, 23 de abril de 1931.

Mi amor sin límites a España, reavivado constantemente por la amargura de un destierro injusto, me inspira hondas preocupaciones en estos momentos solemnes de la historia patria, en que el voto popular ha puesto término a un régimen, cuyo fin preveía y contra cuyos desaciertos protesté en reiteradas ocasiones. Quiero recordar en estos instantes a todos los españoles, que estoy en mi puesto de siempre, dispuesto a ser el primero en impedir que España se precipite a la anarquía y el desorden.

Antes que nada, he de decir cuán profundamente deploro los proyectados cambios en los colores de la bandera nacional. La vieja bandera española ha cobijado todas nuestras glorias y ha sido la compañera fiel de las tristezas y de los esplendores de España y, para mí, desterrado de toda la vida, era la amiga que consuela, la que me hacía latir más fuerte el corazón y me arrastraba los ojos en lágrimas, cuando la veía asomarse a la popa de algún navío, perdido en los mares lejanos. Únicamente un plebiscito de la nación entera puede decidir un pleito que afecta al alma de todos los españoles. Lanzo, desde el fondo del pecho, un llamamiento a todos, para

que exijan que sólo las futuras Cortes decidan sobre este punto.

He visto que el Gobierno Provisional que hoy asume el mando supremo hace cuantos esfuerzos puede para garantizar el orden, y deseo que los míos apoyen su actuación en todo lo que no sea contrario a sus tradicionales doctrinas, recomendando a todos los españoles que conserven su sangre fría, para seguir evitando la funesta explosión de los desórdenes callejeros.

Sólo con la cooperación eficaz de los elementos de orden, puede llegar el Gobierno, respetando las libertades esenciales, a la convocatoria de unas Cortes Generales Constituyentes que son hoy día una necesidad imprescindible.

Uno de los principios esenciales de nuestra actuación, en los años últimos, ha sido reclamar, precisamente, la convocatoria de estas Cortes libremente elegidas, así como ha sido siempre el fundamental objeto de nuestra política realizar la Federación de las distintas nacionalidades ibéricas.

Mi intención es que nuestros elementos procedan ahora, en toda España, a la organización del gran Partido Monárquico, Federativo, Anticomunista, defensor de las grandezas patrias in-

tensamente progresista, amigo de las reformas sociales que coloque a la Iglesia y al Ejército en su verdadero lugar, lejos de toda política.

Desde hoy, después del fallo de la nación entera, no puede haber más que un solo partido monárquico en España, y ese partido, genuinamente español, dispuesto a sacrificarse en todo momento por la grandeza y la unidad de nuestra Patria inmortal, es el partido legitimista, al que convido a todos los monárquicos y a todos los amantes del orden a dar su adhesión, si no quieren ir en busca de un nuevo fracaso.

Hemos llegado a unos momentos en que todas las fuerzas de orden deben entrar en acción. Han de acudir con ánimo decidido a las elecciones generales constituyentes, que deben ser un verdadero plebiscito nacional, y para las que pido al Gobierno Provisional que adopte el único sistema de escrutinio que permite aprovechar hasta el último voto de todos los ciudadanos: la REPRESENTACION PROPORCIONAL INTEGRAL, usada en las grandes naciones europeas.

En estas elecciones deben pronunciarse, de un modo definitivo, sea por la república, sea por una monarquía renovada, progresista, ampliamente descentralizadora, que no ofrecería ningún punto de contacto con el antiguo sistema, precisamente a causa de la creación de las grandes administraciones federales en las distintas regiones hispanas. Mi anhelo sincerísimo es que, a la cabeza de esta Federación esté un rey que represente por encima de los partidos, las aspiraciones de cada español. Gran parte de nuestro pueblo sigue monárquico, no lo niegan los mismos republicanos: no es justo que, por desafección a un rey que no supo hacerse querer del pueblo, se anulen las fuerzas monárquicas que son una reserva necesaria para el equilibrio del país, una garantía de unidad y la defensa más certera contra el bolcheviquismo.

Si la voluntad nacional libremente expresada se pronunciara en favor de la república, yo pediría a los monárquicos que colaborasen a la obra inmensa que es construir la Federación de la nueva España, dispuesto siempre a renovar, en los momentos críticos, el ofrecimiento de mi persona que hago a España en estas circunstancias, en que digo públicamente que todas las amenazas de separatismo declarado o encubierto encontrarán en mí el adversario más resuelto.

Diré más: desgraciadamente mi experiencia política y los largos años pasados en Rusia me han enseñado que una república patriota, moderada, bien intencionada, puede muy fácilmente, y en un espacio de tiempo brevísimo, ser arrollada por la avalancha del comunismo internacionalista, destructor de la Religión, de la Patria, de la familia y de la propiedad. Y eso, sí, lo juro, sacrificaría hasta la última gota de mi sangre en la lucha contra el comunismo antihumano, poniéndolo

me al frente de todos los patriotas, para oponerme a la implantación de una tiranía de origen extranjero.

JAIME

* * *

Al manifiesto de Don Jaime, fechado en París el día 23, y publicado en «El Correo Catalán» en la edición del 25 de abril, el entonces Jefe Regional de la Comunión Tradicionalista en Cataluña Excmo. Sr. D. Miguel Junyent, acotaba el siguiente artículo «Palabras de un Rey» bajo el subtítulo de:

EL FRENTE MONARQUICO

«Después de los acontecimientos ocurridos en España con motivo de la proclamación de la República, es la segunda vez que el egregio monarca Don Jaime de Borbón se dirige públicamente a los españoles por medio de un manifiesto publicado en la prensa francesa y transmitido a la española para su difusión en nuestro país.

Las primeras declaraciones del Jefe del legitimismo español, llenas de sinceridad, patriotismo y elevado espíritu gubernamental, produjeron honda sensación en todas las clases sociales y por doquier fueron comentadas con unánime aplauso, aún por los sectores políticos más distanciados de la ideología que defienden los organismos tradicionalistas y todas las demás fuerzas a ellos adheridos, con su excelso Caudillo al frente.

Hoy nuevamente se dirige a España, con la palabra encendida de nobleza y patriotismo, eco fiel de los sentimientos de un corazón que late por su adorada patria, ofreciendo la sangre que corre por sus venas para oponerse a que caiga un día en brazos del comunismo o de la anarquía, convirtiendo a España en un infierno suelto.

A tres soberanas afirmaciones podemos reducir el pensamiento de Don Jaime, con relación a los requerimientos dirigidos al pueblo español, en ambos documentos.

Es la primera, la voluntad firme y decidida de que se preste acatamiento al gobierno provisional de la República, proclamada, como poder constituido, por el voto del pueblo, con el que importa laborar, eficazmente, a fin de que se mantenga el orden más perfecto y se contribuya a la salvación y engrandecimiento de España.

Postpone a la felicidad de España todos los derechos imprescriptibles que la ley y la historia han acumulado para nutrir los archivos de la Tradición, con su trayectoria repleta de grandezas y heroísmos que, a través de los tiempos, han sido la admiración del mundo. Todo por España y para España, relegando, a segundo término, cuestiones que, si bien presentan o pueden ofrecer un carácter de substancialidad, quedan subordinadas a una expectativa que permita aplau-

dirlas y afianzarlas en aras del bien y legítimo progreso de la Comunidad.

Pero, en España, es indudable que el espíritu monárquico está infiltrado en la mayoría de los españoles, siquiera en las últimas elecciones una avalancha republicana en apariencia haya demostrado lo contrario. No es hora de comentar este hecho, ni de significar las causas o motivos que han podido producirlo; pero nadie negará que la idea monárquica está profundamente arraigada en nuestro país, a pesar de que, fuerza es reconocerlo, las instituciones caídas hicieran todos los posibles para desacreditarla, pecando por acción y omisión punibles.

Derribada la monarquía alfonsina y repudiada por la casi totalidad de los españoles, no queda otra que la legítima encarnada en Don Jaime, habiendo cesado quien ejercía la soberanía injustamente y por un acto de insubordinación militar.

Por ello se hace la segunda manifestación de mantener incólumes los derechos que le asisten como Jefe del único partido monárquico español y, al abrir un paréntesis a las actuaciones del nuevo poder constituido y ofrecer un crédito de confianza a su gobierno para regir los destinos de la patria, quiere que la historia no pueda decir nunca que prejuzga prematuramente los actos futuros de la nueva institución.

Acatamiento y colaboración en todo cuanto redunde en bien de España, pero, al declinar en el nuevo gobierno toda suerte de responsabilidades, como se hizo en la monarquía caída, mantiene el Rey todos sus derechos y hace un llamamiento a todos los monárquicos españoles para que robustezcan sus ejércitos abnegados y patriotas, y al adherirse a la única Monarquía legítima se organice un partido monárquico federal que, manteniendo firmemente la unidad española, reconozca la personalidad histórico-jurídica de las regiones, como así ha sido siempre la aspiración del tradicionalismo.

Este compás de espera ha debido ser fruto de una profunda y reflexiva meditación, porque a nadie se le oculta que sobre el horizonte de España aparecen negros nubarrones, que si de momento fácilmente se esfuman, son presagio de futuras tempestades y trágicas convulsiones.

Se ha engañado a las clases proletarias, ofreciéndolas promesas que será imposible poder cumplimentar; se han fomentado odios de clase que será muy difícil, por no decir imposible, re-

primir, y a todo esto hay que añadir un cúmulo de problemas que afectan gravemente a la economía nacional y a las relaciones sociales que es muy posible tengan que resolverse en medio de un ambiente de rebeldía y espíritu anárquico.

Y ante esta perspectiva febril y pavorosa, se dirige Don Jaime a los españoles, solicitando un plebiscito de alto patriotismo y reivindicando los principios y derechos de la Monarquía federal, libre de morbosos separatismos, invita al pueblo a la organización de un partido único con frente monárquico, que no puede ser otro que el legitimista por El representado, y termina haciendo la tercera manifestación de que está decidido a ponerse a la cabeza de todos los patriotas, dispuesto a derramar su sangre para oponerse al comunismo y a la anarquía.

M. JUNYENT

*
**

El margen de confianza abierto por Don Jaime en pro del Gobierno Provisional de la República, bien pronto habría de resumirlo el propio gobierno. Era en mayo siguiente, que a ciencia y paciencia de muchas autoridades republicanas, y sin que el propio ministro de la Gobernación, señor Maura, pusiese de su parte ni su catolicismo ni su deber, en distintos punos de España ardieran a docenas de conventos e iglesias, colegios y capillas, dando una muestra bien patente de cómo en España han entendido siempre los liberales la libertad y qué quiere decir en nuestro país una república democrática.

Y Don Jaime quiso hablar de nuevo a los españoles... y no se le dejó. Y quiso dirigirse a sus leales... y ¡fuera una imprudencia..!

Y entonces escribió unas instrucciones a sus Jefes Regionales, trazándoles unas normas a que ajustarse en las elecciones que iban a celebrarse en breve. Normas que hacían honor al buen sentido, a la nobleza, a la religiosidad, al levantado patriotismo de Don Jaime en aquella hora solemne... y tampoco pudieron llegar a su destino.

Y como llegaron, no obstante, a nuestras manos, queremos que las saboreen los lectores de este «Album», por ser muy contados, en España, los que a través de ellas han podido apreciar las elevadas virtudes y las abnegaciones que adornaron el alma bondadosa y patriótica de nuestro llorado Caudillo Don Jaime de Borbón.

Hélas a continuación:



A los Jefes Regionales de la Comunión Tradicionalista

DOCUMENTO INÉDITO

En mi manifiesto a los españoles de reciente fecha, en 23 de abril último, aconsejé a los míos una pronta organización de nuestras fuerzas a base de un Partido monárquico legitimista, único posible y razonable en la presente hora, marcadamente anticomunista, defensor de las grandezas patrias, intensamente progresivo y amigo de las reformas sociales necesarias y que colocara a la Iglesia y al Ejército, los dos sillares en que la sociedad española se asienta, al margen de las luchas políticas de partido en que parecía se iban a desarrollar más o menos violentamente las próximas elecciones generales para la constitución de unas Cortes Constituyentes en que francamente se pronunciara el país por la República o por la Monarquía, aunque esta monarquía, en buena lógica, no debía ni podía ser la falsamente liberal y centralista que personificó la dinastía liberal, rechazada tan unánimemente por el pueblo todo, hace bien pocos días.

La instauración de la República, el modo cómo se incautó del poder sin derramamiento de sangre y casi sin lucha (lo cual prueba a las claras cuán deleznable era la monarquía constitucional que España sufría hace casi un siglo), y la capacidad política e intelectual de algunos de sus ministros, pudieron merecer de los míos y de mí un generoso margen de sincera confianza, en espera de que, pasados los primeros días de natural vacilación, su actuación justa y a la vez enérgica, condujera al pueblo, y en particular a sus masas proletarias por el camino de la justicia y el orden y redujera a la impotencia y al silencio a los elementos comunistas y a los profesionales del desorden, enemigos jurados de toda autoridad, roja, blanca o incolora.

Yo no puedo creer que los vergonzosos acontecimientos que últimamente se han producido en España y que tan vivo dolor han ocasionado a las almas cristianas, hayan podido tener como único origen un alboroto monárquico-alfonsino que pudo ahogarse con dos parejas de orden público y con unas medidas de carácter gubernativo. La sacrilega acometida ha venido de más hondo: ha venido del mal comunista, de un período de irreligión hipócritamente consentido por altos y bajos y del espíritu revolucionario que yo denuncié en mi manifiesto último a los españoles, y sobre el cual, con desinterés natural en Mí y aún por deber, llamé la atención del Gobierno de la naciente República.

Después de los recientes y tristes acontecimientos, que tan claramente han puesto al descubierto el gravísimo mal, bien se vislumbra que la lucha electoral próxima ya no podrá desarrollarse en un plano puramente político para pronunciarse en pro de la República o de la Monarquía, sino que tenderá, naturalmente, a agrupar las fuerzas de los creyentes para salvaguardar el tesoro de la fe y de la religión atropellados inicualemente con odio feroz ante la indiferencia de muchos y la tolerancia de no pocos.

La ofensa debe haber llegado al corazón de los católicos. Y si esa saludable reacción se opera y se produjera, esa unión de fuerzas sanas, que nunca como en estos momentos pudiera ser salvadora, yo ruego a mis leales, tantas veces llamados «Guardia civil de la Iglesia», que sin plegar la bandera legitimista y tradicional, y sin desatender un momento la organización de sus fuerzas, presten su apoyo incondicional y su concurso a toda coalición católica que se apreste a hacer oír su voz y su poder en las próximas Cortes constituyentes, donde no han de faltar adelidos de la impiedad que pretenderán desnaturalizar o destruir el patrimonio espiritual que vivificó toda la gloriosa historia de nuestra querida España.

Yo he de creer que el Gobierno de la República, al devolver a los sacerdotes la plenitud de derechos civiles, ha querido ser sincero; y siendo así, a la vanguardia de la cruzada electoral católica podrán, y aún deberán ir los sacerdotes, sirviéndola de celosos y legítimos guías.

No importa que los míos no sean colocados a la vanguardia en esa lucha y no merezcan de los demás católicos ese honor. En la marcha de los ejércitos a veces las fuerzas de choque van a retaguardia y son, sin embargo, las que deciden la suerte de las batallas. Lo que sí quiero es que los míos, siempre leales y siempre valerosos, cumplan su misión en el sitio que ocupen.

Y al saludar a todos los leales en estos momentos de angustia, reitero a mis representantes la orden de completar la organización que les encomendé en ocasión reciente y se hallen dispuestos, como yo lo estoy, a cumplir la alta misión que la historia y el bien de nuestra Patria nos tiene a todos señalada.

Jaime.

París, 20 de mayo de 1931.

D. Alfonso de Borbón y de Austria



Conde de Caserta

El Sr. Conde de Caserta, Don Alfonso de Borbón y Austria, hijo de S. M. Don Fernando II, Rey de las dos Sicilias, y de S. M. la Reina Doña María Teresa de Austria, nació el 28 de Marzo de 1841.

Hizo su educación militar en Nápoles, ingresando en el cuerpo de Artillería, en el que sirvió hasta el empleo de Coronel. Formó parte de la comisión científico-militar para el examen y construcción de los cañones rayados. Hizo la campaña del Volturno y Garigliano, tomando parte muy activa en casi todas las batallas que se libraron, así como en el celeberrimo sitio de Gaeta, en cuyas jornadas mereció entre otras distinciones la cruz laureada de San Fernando de España, la laureada de la orden militar de Nápoles, la de María Teresa de Austria y la de San Jorge de Rusia; habiendo sido citado en la orden general del ejército y ganado sus empleos desde Comandante a Coronel en el campo de batalla.

El año 1867, cuando la revolución invadió los estados Pontificios, sirvió en los ejércitos del Papa como Coronel de Artillería a las órdenes del Ministro de la Guerra, encontrándose en la célebre batalla de Mentana, por la cual fué con-

decorado por Su Santidad con la cruz militar de la orden de Cristo. En 1870 asistió a la defensa de Roma.

En 1874 pasó a España para tomar parte en la campaña carlista; ingresó en el Ejército del Norte, como Coronel de Artillería, confiándosele poco tiempo después el mando de las baterías que operaban en Guipúzcoa, siendo ascendido a Brigadier por los servicios allí prestados. Con este empleo fué destinado a la división castellana.

Inmediatamente después de la batalla de Zumelzu se le encargó el mando de la división alavesa. En esta situación contuvo victoriosamente, en diferentes ocasiones, al enemigo muy superior en número; y cuando éste concentró sus fuerzas en Navarra fué llamado con su división a las órdenes del General Jefe de E. M. G.

Reforzado el enemigo en Guipúzcoa fué enviado allí S. A. con una brigada de su división, como Jefe de operaciones en aquella provincia, de donde volvió a Navarra después de la batalla de San Marcos, tomando parte en la de Lumbier, por cuyo hecho de armas fué ascendido a Mariscal de Campo.

Al final de la guerra, en aquellos momentos supremos en que concluido ya todo en Cataluña, Valencia y Aragón, el enemigo concentraba todas sus elementos en las Provincias Vascongadas y Navarra, se obligó a S. A. a aceptar el cargo de General Jefe de E. M. G.

Cuando el General Martínez Campos intentó y llevó a cabo el inconcebible y descabellado movimiento por la regata de Zubiri, convocó y reunió un consejo de Oficiales Generales en el cual expuesta la situación y oído el Consejo, dió la orden al Comandante general de la plaza de Estella, General Lerga, para que secundado por el Mayor General de Ingenieros, Brigadier Villar, defendiese Estella y su campo atrincherado a toda costa, seguro como estaba de que la importancia de sus posiciones y defensas le había de permitir operar ventajosamente dentro y fuera de su zona, pasando inmediatamente al Baztán con las fuerzas necesarias para combatir al General Martínez Campos.

En aquellos momentos, el General Quesada invadía Alava y Vizcaya, casi sin resistencia, no obstante las numerosas fuerzas de que allí disponía el Comandante general de Vizcaya; en tan-

to que el Brigadier Rodríguez Vera, cumpliendo con su deber, batía gloriosamente al enemigo en Guipúzcoa, con su Brigada.

Un temporal de nieves detuvo por algunos días las operaciones en el Baztán. En este intervalo fué precisamente cuando se nombró otro General, Comandante de la defensa de Estella y su campo atrincherado, con independencia del Jefe de E. M. G., y se envió a Guipúzcoa, por orden superior, al Mayor General de Ingenieros.

Poco después, convencido S. A. de la facilidad con que podía combatir ventajosamente al General Martínez Campos, en las cercanías de Vera, ordenó la concentración de las fuerzas que juzgaba necesarias, tomando personalmente el mando de los tres batallones que flanqueaban al enemigo, con los cuales llegó a la hora y sitio convenidos, y encontrándose sólo, supo después que su plan de operaciones se había variado por

un Consejo de Oficiales Generales, sin comunicárselo, por cuya razón presentó su dimisión, aceptando el mando interino que la enfermedad del bizarro General don Francisco Cervera dejaba vacante en la brillante división castellana; división, que modelo de subordinación y disciplina, tuvo la honra de proteger y custodiar la persona de S. M. acompañándole a su entrada en Francia.

Desde aquella época S. A. vivió en Cannes dedicado exclusivamente a la educación de sus hijos.

Murió en dicha ciudad italiana hace dos o tres años; y apesar de tener uno de sus hijos que casó con una hermana de Alfonso XIII, hasta su muerte se mantuvo fiel a la legitimidad española, habiendo nosotros sido testigos del paternal cariño con que distinguió siempre a Don Jaime.

D. Francisco Martín Melgar



Conde de Melgar

a los que vacilaban en hacer pública ostentación de sus ideas tradicionalistas.

Por aquella época de activa propaganda carlista colaboró en «El Pensamiento Español», «La Esperanza», «La Convicción», «Altar y Trono» y «La Ciudad de Dios», y llegó a ejercer el cargo de Director del diario madrileño «La Reconquista».

Cuando empezó la guerra carlista marchó al Norte, en unión de su hermano don Manuel Martín Melgar, quien sirvió bravamente en el Batallón 2.º de Castilla, en el cual ingresó como Cadete; se distinguió notablemente en las operaciones de la línea de Somorrostro, y era ya Teniente cuando falleció cristianamente en el hospital de Valmaseda, de resultas de un balazo que recibió batiéndose en el combate de Mercadillo.

Don Francisco Martín Melgar figuró en la redacción de «El Cuartel Real», en cuyo periódico de campaña escribió hasta el último número de su publicación, cumpliendo entonces el arriesgado encargo que se le dió de levantar la imprenta el mismo día que entraron en Tolosa las tropas alfonquinas; al siguiente ingresó como voluntario en el Batallón 4.º de Guipúzcoa y entró en Francia con Carlos VII.

Terminada la última campaña carlista, fijó su residencia en París; colaboró en «El Siglo Futuro», en «L'Univers» y en «El Estandarte Católico», de Santiago de Chile, y desde 1880 ejerció durante veinte años consecutivos el cargo de Secretario de Carlos VII, por cuyo augusto Señor fué agraciado con el título de Conde de Melgar y a cuyo lado prestó asimismo, el servicio de Gentil-hombre, acompañándole constantemente en su

Hijo del señor don Manuel Martín Melgar, Vice-Presidente de la Junta provincial carlista de Madrid, organizada en el año de 1870, nació en la Corte el día 31 de agosto de 1849; perteneció al núcleo de animosos jóvenes que al estallar la Revolución de 1868 lucharon con tenaz empeño por contrarrestarla, fundando al efecto centros y periódicos, estimulando con su valeroso ejemplo

habitual residencia de Veecia como en todos sus viajes por Europa, América y las Indias, haciendo célebre en «El Correo Español» sus siempre interesantes «Cartas de Venecia», primero, y luego sus admirables «Cartas de París», en cuya capital fué a residir cuando dejó la secretaría de Don Carlos.

Tanto por sus relevantes prendas personales, como por su elevado conocimiento de la política y por lo incansable y discretamente que supo desempeñar cuantas comisiones le fueron conferidas por nuestros Caudillos, Don Carlos primeramente, y más tarde por Don Jaime, que profesaba a Melgar un profundo cariño, fué el señor Conde de Melgar una figura relevante de la Comunión Tradicionalista.

Don Francisco Martín Melgar siguió paso a paso la vida de D. Jaime III, desde su infancia lo mismo que en su juventud, y aún en sus últimos años, en que Melgar su más íntimo consejero, como pudimos constatarlo nosotros personalmente.

Si Melgar hubiera hecho públicas sus «Memorias», seguramente hubiesen producido sensación. Nadie como él hubiera podido descubrir secretos, aún de índole internacional, cuyo misterio muchos altos personajes se llevaron a la tumba. El, que conocía el valor político que atesoraba el «Archivo de Loredán» y todos sus secretos, nos hubiera podido explicar cuanto tal vez callará la Historia para siempre...

Actualidad de nuestra Comunión

EXCMO. SR. D.
TOMAS DOMINGUEZ
DE AREVALO



Conde de Rodezno
—
JEFE DE LA
MINORIA CARLISTA

Diputados de la actual minoría Tradicionalista parlamentaria

ALAVA	José Luis de Oriol Uriguen	PONTEVEDRA .	Víctor Lis Quiven
BURGOS	Francisco Estébanez	SANTANDER .	José Luis Zamanillo
CADIZ	Manuel Martínez Pinillos	SEVILLA	Ginés Martínez Rubio
CADIZ	José Palomino	SEVILLA	Domingo Tejera
LERIDA	Casimiro de Sangenís	TARRAGONA .	Joaquín Bau Nolla
LOGROÑO . . .	Miguel de Miranda y Mateo	VALENCIA (cap.)	El Barón de Cárcer
MADRID (prov.)	Romualdo de Toledo	VALLADOLID .	Luciano de la Calzada
NAVARRA . . .	El Conde de Rodezno	SALAMANCA .	José M. Lamamié de Clairac
NAVARRA . . .	Esteban Bilbao Eguía	VIZCAYA . . .	Marcelino Oreja Elósegui †
NAVARRA . . .	Luis Arellano	ZARAGOZA . .	Jesús Comín Sagués
NAVARRA . . .	Javier Martínez de Morentín	ZARAGOZA . .	Javier Ramírez Sinués
OVIEDO	Gonzalo Merás		

Tradicionalismo y liberalismo

Un siglo de liberalismo, de endiosamiento de la libre voluntad humana como factor único del Derecho, de parlamentarismo, de supuesta soberanía nacional; es decir, que pseudo aplicación de la tristemente célebre y mentida trilogía que los clubs revolucionarios franceses opusieron al Decálogo, han conducido a que se perdiera la noción de la sana libertad, se olvidara el fraternal amor al prójimo y, exagerando desproporcionalmente el concepto de igualdad, se haya llegado al borde de la destrucción, de la civilización y del retroceso de la humanidad a las más desoladoras épocas pretéritas.

De tanto cantar las excelencias y esencialidad de los «Derechos del hombre», no se ha estado muy lejos de que los perdiera todos.

Durante ese siglo de aparatosas creaciones filosófico-políticas, pero que en realidad lo ha sido de bastardía, traiciones, desastres y vergüenzas, el Tradicionalismo, mejor conocido por Carlismo, ha mantenido intacta en España la inmutabilidad de su ideario. Y la ha mantenido en todos los órdenes y terrenos, sin cobardías ni claudicaciones, con terquedad y santa intransigencia en frente de las calumnias, absurdidades, persecuciones y vilezas de sus declarados enemigos, de las gastadas ironías de los oportunistas y, lo que es más triste, en frente de la glacial indiferencia y aún desafecto de muchísimos que, por su afinidad en esencialísimos extremos, parece hubieran de prestarle decidido calor y apoyo.

La duración y constante vitalidad del Tradicionalismo ha permitido se constituyera en celoso guardián y que se salvara el tesoro de las cristianas tradiciones que informan y caracterizan el tesoro de nuestra Raza. Hoy vuelven ávidamente sus ojos a este tesoro y van tomando de él

principios básicos en que ansían hallar la salvación, muchos aleccionados y desengañados de cuanto huele a liberalismo, parlamentarismo y mentida democracia. Bien está y ha de ser ello para los Carlistas motivo de complacencia.

Pero conviene no olvidar que el Tradicionalismo es un conjunto armónico sabiamente acomodado a las necesidades presentes; que son más que peligrosos los acomodamientos y mutaciones en lo que explica su continuidad y subsistencia; que no lo son menos las barajas de principios e ideas que por su opuesto origen han de tender a repelerse. Si se hubiese derrumbado o substituído uno solo de los tres por igual básicos pilares en que se sustenta, no quedaría hoy del Tradicionalismo más que un lejano recuerdo.

Bien merecen, pues, un rendido homenaje de gratitud y de sentido afecto la pléyade de pensadores, cruzados y hombres de buena voluntad que a costa de tanto heroísmo y sacrificios, y muchos a costa de sus vidas, permanecieron firmes, fieles y leales salvaguardando el ideario que es conceptuado hoy como inagotable cantera a la que hay que acudir para levantar nuestra futura organización política. Y muy especialmente merecen un ferviente homenaje de gratitud y de respetuoso afecto los sucesivos augustos Caudillos, Jefes amados y lealmente seguidos por esa legión de paladines y mártires del ideal cuyo último y actual representante, con la aureola de su simpático y legendario pasado y el prestigio de su venerable ancianidad, mantiene con idéntica entereza la inmaculada bandera del Tradicionalismo. Prestémosle nuestro rendido homenaje.

LORENZO M.^a ALIER

Jefe Regional de Cataluña

GRIFE Y ESCODA, S. L.

CENTRAL

Fivaller, 36 y 38 - Teléfono 13184 - BARCELONA

SUCURSALES

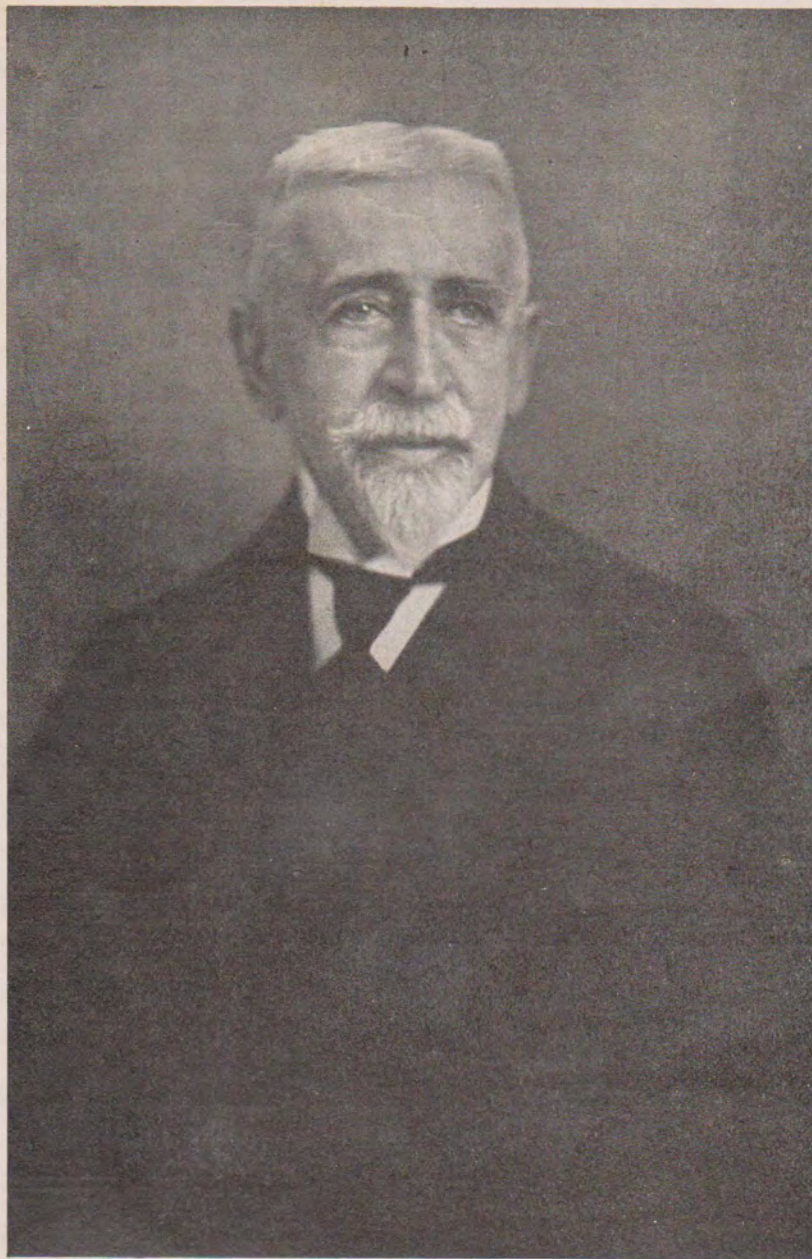
Morera, 11 - Tel. 13255 - Llano Boquería, 5 - Tel. 23771

MADRID: Alcalá, 30 - Teléfono 10573

CUBIERTOS-ORFEBRERIA-VAJILLAS
CRISTALERIAS-MUEBLES-OBJETOS
PARA REGALOS - ARTICULOS PARA
HOTELES - CAFES - RESTAURANTS
COLEGIOS - CIAS. DE NAVEGACION

LOS ESTABLECIMIENTOS MAS IMPORTANTES DE ESPAÑA

D. Alfonso de Borbón y de Austria-Este



DON ALFONSO-CARLOS I

«No cal pas dir com Catalunya estima
a Don Alfons, i en fa bona memòria;
ni tampoc alabances escatima
als fets del Príncep, carregats de glòria...»

(Càntiga... 1880)

Hijo de Don Juan de Borbón y de Braganza y de Doña Beatriz de Austria-Este, nació en Londres el día 12 de Septiembre de 1849. Fueron sus padrinos Don Carlos Luis de Borbón y de Braganza y la augusta esposa del Conde de Chambord, Enrique V de Francia.

Don Alfonso pasó los primeros años de su vida hasta 1859 en Módena; después vivió siempre en Austria.

A la edad de 18 años, de regreso de su viaje a los Santos Lugares (que hizo con su tío el Duque de Módena), Don Alfonso se fué directamente a Roma para alistarse en el Ejército de Su Santidad Pío IX, comenzando el 29 de Junio de 1868 a prestar servicio como soldado raso en el brillante Cuerpo de Zuavos Pontificios, pues no quiso aceptar el empleo de oficial con que Su Santidad deseaba agradecerle.

A la caída de Roma en poder de los garibaldinos, el 20 de Septiembre de 1870, solamente dos compañías de Zuavos defendieron la Puerta Pia contra el ataque de todo el Ejército italiano (que contaba unos 70.000 hombres). Don Alfonso, que ya por entonces era Alférez de Zuavos, tuvo la gloria de que su Compañía, la 6.^a del 2.^o Batallón que sólo se componía de unos 80 hombres y en la cual servían muchos españoles, tuviera a su cargo la defensa de dicha Puerta Pia, que estaba abierta.

Hechas prisioneras por los italianos aquellas dos compañías, que se defendieron una hora más que las demás tropas pontificias, no entraron en la capitulación general, y debían sus individuos ser pasados por las armas. El populacho quería que se diese en seguida cumplimiento a la sentencia; pero el vencedor les hizo gracia de la vida, no sin que las compañías fueran paseadas por las calles de Roma entre las bayonetas enemigas, dejando al pueblo liberal que insultara a su placer a los que en ellas formaban. A los oficiales les quitaron las espadas, los revólvers y hasta las cruces que llevaban; mas cuando los italianos pretendieron desarmar a Don Alfonso, éste rehusó entregar su espada y su revólver, consiguiendo salvar ambas prendas. La espada de Don Alfonso era de Toledo y había pertenecido a su abuelo Don Carlos M.^a Isidro de Borbón. Las tropas italianas no sabían dónde estaba Don Alfonso, y en los tres días que permaneció en Roma prisionero de guerra no fué descubierto, gracias a lo cual pudo librarse de los ultrajes que sin duda se le hubieran prodigado.

El 23 de septiembre, en Civitavecchia, al ser clasificadas por nacionalidades las tropas pontificias prisioneras, D. Alfonso logró meterse sin ser conocido en un barco francés, que le trasladó a Tolón, y de allí se fué a Vevey, donde a la sazón residía su augusto hermano Don Carlos. Después volvió a Gratz al lado de su augusta madre la Archiduquesa Doña Beatriz de Austria-Este.

El día 26 de Abril de 1871 Don Alfonso se casó en el castillo de Heuback (Baviera) con su augusta prima Doña María de las Nieves de Braganza, hija del difunto Rey Don Miguel de Portugal.

Su Santidad el Papa Pío IX, al dar la dispensa por el parentesco para el casamiento extendió una Bula en términos muy cariñosos, recordando los servicios prestados por Don Alfonso en el Cuerpo de Zuavos Pontificios.

Iniciada la última guerra civil, fué Don Alfonso nombrado General en Jefe de las tropas carlistas de Cataluña; dirigió las primeras operaciones militares desde la frontera, y a principios del año 1873 atravesó los Pirineos con su augusta esposa que quiso compartir con él los peligros y fatigas de la campaña.

Las acciones de guerra sostenidas en Cataluña y dirigidas por Don Alfonso fueron las siguientes:

Ataque y toma de Ripoll; combate de Campdevanó (en el que fué batido y rechazado hasta Ripoll el General Martínez Campos); toma de Berga; ataque a Puigcerdá; fuego de Camar; ataque de Sanahuja (donde cayó prisionero casi todo un Escuadrón republicano); fuego de Santa María de Oló; acción de Oristá (en la que los carlistas se apoderaron de un cañón de montaña); fuego de Prats de Lluçanés; acción de Alpens (donde murió el Brigadier liberal Cabrinety y cayó prisionera su columna, compuesta de Infantería, Caballería y Artillería); ataque y toma de Igualada; ataque de Caldas de Montbuy; fuego de Balsareny, y sorpresa de una columna enemiga; acción de Caserras (en la que los carlistas se apoderaron de una pieza de Artillería); ataque y toma de Tortellá; fuego de Argelaguer, rechazando a una columna republicana que acudía en auxilio de Tortellá; fuego en las inmediaciones de Vich y ataque (durante tres días) a una columna enemiga que en Septiembre escoltó un convoy de víveres para Berga.

Habiendo reunido Don Alfonso el mando de los ejércitos de Cataluña y del Centro, después de pasar una temporada en el Norte volvió a Cataluña, confirió al General Don Rafael Tristany la Comandancia General carlista del Principado, y a mediados de Mayo, pasó al Centro, donde dirigió los combates que a continuación se expresan:

Acciones de Gadesa y de Alcora; fuego con la guarnición de Teruel el (14 de junio); ataque de dicha capital, parte de la cual había ya caído en poder de los carlistas cuando estos hubieron de retirarse por acudir en auxilio de Teruel tropas liberales muy superiores en número a las de los carlistas; ataque y toma de Cuenca por asalto, después de tres días de sangrienta lucha; nuevo ataque a Teruel (4 y 5 de Agosto); ataque a la ciudad de Alcañiz y fuego de Adzaneta contra una brigada republicana.

A principios del verano de 1874, Don Carlos confirió también a Don Alfonso el mando de las provincias de Guadalajara y Cuenca, cuyas fuerzas carlistas puso a las órdenes del intrépido Brigadier Villalain.

En el mismo verano de 1874 Don Alfonso organizó la famosa expedición del malogrado y valiente Coronel Lozano a las provincias de Alicante, Murcia y Andalucía, la del arrojado Brigadier Villalain hasta las inmediaciones de Aranjuez; ordenó la interrupción de los servicios ferroviarios entre Madrid y Zaragoza, operación realizada por fuerzas aragonesas al mando del bravo Coronel Madrazo.

Así mismo preparó Don Alfonso un levantamiento en las demás provincias de Castilla la Nueva por medio del valiente veterano de la primera guerra D. Lucio Dueñas, y una expedición (no realizada) a la provincia de Soria para poner en comunicación el Ejército carlista del Centro con el del Norte.

Después de reorganizar el aguerrido Ejército carlista del Centro (cuyo mando interino confirió al General D. Gerardo Martínez de Velasco) repasó Don Alfonso el Ebro el día 20 de Octubre de 1874 por Flix, con su Escuadrón de Escolta, con el Batallón de Zuavos, con una Batería de Montaña y con fuerzas del Maestrazgo a las inmediatas órdenes del Brigadier Cucala. En la Juncosa Don Alfonso y Doña Nieves se separaron de la Artillería e Infantería, y solos con el Escuadrón-Escolta (efectuando una marcha de diez y ocho horas al trote corto), atravesaron el llano de Urgel, descansaron en Artesa de Segre y llegaron a Pons a las 24 horas de haber salido de Juncosa. En Pons también se separaron S.S. A.A. de la Escolta de Caballería, revistaron en la plaza fuerte de Seo de Urgel su guarnición y los Cadetes catalanes, y siguieron a Francia a esperar allí órdenes de Don Carlos.

Después de la guerra Don Alfonso y su augusta esposa se retiraron a Austria, a su casa de Gratz. Algún tiempo después el Padre Santo envió a Don Alfonso la Gran Cruz de la Orden de Pío IX en recuerdo de sus servicios de Roma, y a su muerte le legó un cuadro preciosísimo, en madreperla, representando la Resurrección del Señor, cuadro que los Padres Franciscanos de Jerusalén le habían regalado cuando celebró su jubileo episcopal, como consta en una lámina de cobre adherida al mismo. Este cuadro está en la

Capilla de S.S. A.A. R.R. y tiene 49 centímetros de altura por 22 de base.

Don Alfonso de Borbón y de Austria-Esté, que realizó atrevidas y frecuentes expediciones hasta por los países más incultos, fué el iniciador de la campaña anti-duelista que tanto se extendió por toda Europa y con tan felices resultados en varios puntos.

Don Alfonso Carlos, al morir Don Jaime de Borbón, su augusto sobrino, tomó, por propio derecho, el caudillaje de la Comunión Tradicionalista, que felizmente rige, a pesar de sus 85 años, con la energía y la clarividencia que Dios se ha servido mantenerle.



S. S. A. A.

Don Alfonso - Carlos

Doña María de las Nieves

En la última guerra Carlista

D.^a María de las Nieves de Braganza de Borbón



S. M. DOÑA NIEVES

«Donya Maria Neus, és xiqueteta,
un pom de flors, tan noble com discreta;
amb els ferits tan suau i compassiva
com amb els durs de cor es mostra altiva»

(Càntiga... 1880)

Hija de Don Miguel I de Portugal, nació en Heuback (Baviera) el día 5 de agosto de 1852; fué padrino suyo de bautismo su tío materno el Príncipe de Loewenstein, y madrina su tía paterna D.^a Isabel de Braganza y de Borbón.

Doña Nieves recibió la esmeradísima educación que a sus alumnas proporcionan las Religiosas del Sagrado Corazón, en uno de cuyos colegios, el de Pontigny (Francia) adquirió también los notables conocimientos que así en Historia como en Geografía posee en grado eminente.

Aunque educada en extranjera tierra, habla y escribe correctamente el castellano, siendo notable la galanura y facilidad de expresión que se admira en sus extensos manuscritos.

En el castillo de su augusto abuelo el Príncipe de Loewenstein (Franconia) conoció Doña María de las Nieves a don Alfonso de Borbón y de Austria-Este, y a él unió su suerte el día 26 de Abril de 1871.

Apuntados ya los hechos más importantes de la guerra carlista en que se distinguió D. Alfonso, queda con ello historiada la vida de su augusta esposa desde la fecha de su matrimonio, pues (como es sabido) juntos entraron en España, juntos corrieron los azares de la guerra y regresaron luego al extranjero, honrando Doña Nieves su pecho con la Gran Cruz Roja de la Real Orden del Mérito Militar y las medallas de Berga, Alpens y Montejurra.

El partido liberal quiso combatir al carlista desprestigiando a la egregia Señora que, ilustre por su prosapia y de nobilísimo corazón, mitigó en no pocas ocasiones la suerte de los heridos de ambos campos y de los prisioneros liberales, intercediendo en favor de los segundos y asistiendo a los primeros con el mayor cuidado e interés.

Las indignas y nada hábiles calumnias de que los liberales hicieron blanco a la valerosa Doña Nieves de Braganza, no lograron prosperar entre las personas de mediana ilustración y criterio algo recto, y si en el primer momento hicieron mella en las masas incultas, éstas llamáronse pronto a engaño, e hicieron justicia a las relevantes prendas de ilustración, bondad y valor que sus adversarios en armas no podían menos de reconocer en la insigne heroína del Ejército carlista.

El caballeroso Capitán General alfonsino Don Manuel Pavía y Rodríguez de Alburquerque fué de los que (a pesar de militar en campo opuesto) probaron la alteza de sus sentimientos diciendo en su obra titulada *Ejército del Centro* (página 175) publicada en Madrid el año 1878, lo siguiente:

«Acompañaba a Don Alfonso su distinguida e ilustrado esposa Doña Blanca. Es Doña Blanca una señora bizarra, agraciada e interesante, que no representa la fortaleza de su sexo, ni tiene figura varonil; todo lo contrario, es de peque-



Doña María de las Nieves en la Guerra (1875)

»ña estatura y tiene un físico delicado, sensible y débil. Esta ilustre señora compartía con Don Alfonso todas las penalidades, sufrimientos y escaseces de las guerras de montaña y de guerrillas, que es necesario haberlas practicado para conocer el alcance que tienen; y disfrutaba también de todas las contrariedades, obstáculos y disgustos de distintas clases que proporciona una insurrección popular, con rivalidades y escisiones de todos géneros. Doña Blanca observaba una conducta ejemplar y no era un obstáculo por su sexo para los movimientos y operaciones del carlismo. Doña Blanca no tenía ni una persona siquiera en su servidumbre, y todos los jefes y oficiales tendrían el que menos su asistente y ordenanza. Se había cortado el cabello y ella se vestía sola, limpiaba su ropa, y nunca molestó en las casas en que se alojaba. El General en Jefe (*el propio General liberal Pavía autor de la obra de que copiamos estas líneas*) ha residido en los mismos alojamientos, y tanto en estos como en los pueblos, no ha escuchado más que numerosos elogios a tan distinguida e interesante señora, rindiéndole la justicia que se merecía.»

El Brigadier liberal D. José de la Iglesia que cayó prisionero en el asalto de Cuenca por los carlistas, cuando fué ranjeado escribió desde Madrid (con fecha de 8 de marzo de 1875) al distinguido periodista extranjero Mr. Gordon, una no-

table carta que publicaron muchos periódicos de aquella época, que han reproducido luego varias obras de historia, y en cuyo párrafo segundo se expresaba textualmente así: «No puedo hacer menos que convenir en que son puras calumnias cuanto los periódicos han publicado, acerca de las crueldades cometidas por las respetables Altezas (*Don Alfonso y Doña Nieves*), cuya conducta, bondad y clemencia para con los prisioneros en general, y para conmigo en particular, no pudieron ser mejores; es igualmente falso que a mi salida de Cuenca, se me haya conducido atado por el cuello, como me aseguráis que se ha propalado.»

Doña Nieves de Braganza de Borbón, siempre inseparable de su augusto esposo, le ha acompañado en todos sus viajes, y en sus atrevidas y peligrosas excursiones por países incivilizados, y con él ha asistido también a las asambleas anti-duelistas y a todos los actos religiosos, políticos y sociales de su vida.

Doña María de las Nieves cuenta 83 años de edad, y continua secundando a su augusto esposo en todos momentos, con la energía de siempre habiendo publicado recientemente un libro de «Memorias» de la última guerra, dando pruebas de la maravillosa claridad de juicio y de la feliz memoria con que la dotó la Providencia.

La heroína de Castellfort



Francisca Guarch

«La heroína de Castellfort» — (Voluntario carlista)

Entre los héroes de la tropa carlista merece especial mención, por ser mujer, la valerosa hija

del pueblo Francisca Guarch Folch, conocida en el mundo político por la «heroína de Castellfort». su patria nativa.

Su incorporación, vestida de hombre al Ejército carlista, no fué debido a una exaltación política; fué hija de una idea permanente, clara, premeditada y discutida. Sabía qué hacía y por qué lo hacía, y así lo demuestra aquella serenidad de juicio que se revelaba en sus actos, a pesar de su escasa instrucción.

Un día, el siguiente de verse Francisca por primera vez vestida de hombre, depositó sus trenzas formadas por su cortada cabellera a los pies de la Virgen en una iglesia de Gerona. Era el tierno memorial de una humilde campesina a su Soberana, demandando valor y aliento para luchar con el arma en las batallas por su Dios.

Fué Francisca, en el ejército carlista, un modelo de soldado, y no es extraño que nuestra augusta Soberana, Doña María de las Nieves, la haya dedicado un recuerdo muy recientemente.

Nosotros la conocimos y tratamos durante años, hasta su fallecimiento, y sus entusiasmos no decrecieron nunca, como lo demostró cuando su intervención valiosa en la llamada «conspiración de Badalona» en el año 1900.

Pío IX y Nuestra Familia Real

S. S. el Papa Pío IX

Dediquemos un recuerdo al gran Papa Pío IX, el Papa del Sylabus, del Dogma de la Inmaculada, de la Infabilidad y del Concilio Ecuménico.

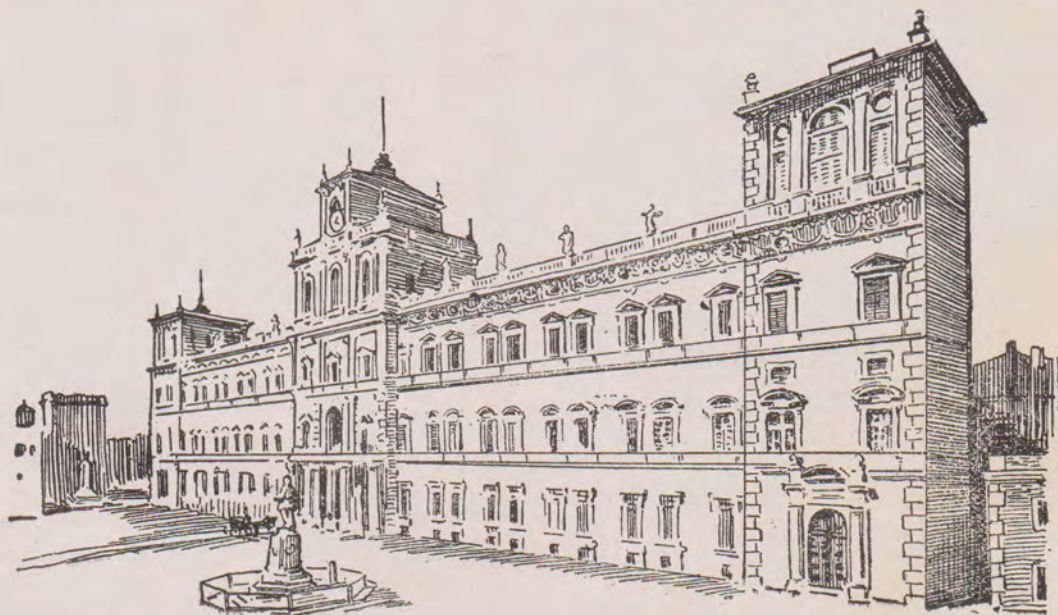
Los carlistas no pueden olvidar las bondades que tuvo para con los Cruzados de la Tradición Española que lucharon por su Dios, por su Patria y por los derechos del Rey.



En mayo de 1857, el Santo Pontífice Pío IX quiso visitar sus dominios temporales, y siendo éstos fronteros a los del Ducado de Módena por la parte de Bolonia, cuando llegó a esta ciudad acudieron a visitarle Francisco V y su esposa, llevando consigo a Doña María Beatriz y a los hijos de ésta Don Carlos de Borbón y Don Alfonso Carlos.

Recibiólos Pío IX con paternal afabilidad el día 15 de junio y anunció su propósito de administrar el Sacramento de la Confirmación a los dos jóvenes Príncipes al siguiente día. La ceremonia tuvo lugar en la capilla de San Miguel in Bosco, residencia de Su Santidad.

Pío IX celebró la Misa, dando en ella la Comunión a los Duques y a la Archiduquesa María



Palacio Real de Módena

Beatriz, y terminado el santo sacrificio administró la Confirmación a Don Carlos y a Don Alfonso Carlos, resolviendo que apradrinase al primero el Duque de Módena y al segundo la Duquesa.

Concluída la ceremonia, el bondadoso Pontífice invitó a todos a almorzar con él en sus habitaciones privadas, atendiendo con gran ternura a sus huéspedes.

Al despedir a los Príncipes les ofreció devolverles la visita en Módena, y en efecto así lo hizo el día primero de julio, siendo recibido con la mayor solemnidad. El Duque de Módena salió a esperarle a caballo a la frontera de sus Estados, y fué escoltando el coche hasta la puerta de la Catedral. Allí abrió la portezuela y ayudó a bajar al Pontífice, que entró en el templo apoyado en su brazo, ofreciendo antes a besar su pie

a las dos Archiduquesas, a Don Carlos y D. Alfonso.

El Papa salió de la Catedral entre dos filas de apiñada multitud, dirigiéndose al Palacio Ducal, desde uno de cuyos balcones bendijo al pueblo y al ejército que desfiló en su presencia.

Tres días permaneció Pío IX en el Palacio Real de Módena, concediendo audiencias públicas, siendo un hecho histórico que durante estos tres días no hubo ni una sola defunción en la ciudad, cosa sin precedentes y que no se ha vuelto a repetir.

Los Soberanos de Módena, Doña María Beatriz y sus hijos Don Carlos y Don Alfonso comían todos los días a la mesa con el Papa, que les trató con la amorosidad y ternura tan propias del Santo Padre Pío IX.

El Partido de Dios

El gran Pío X, dirigiéndose a los católicos de todo el mundo, les dijo: «Piensan los hombres que formando partidos de orden podrán salvar la sociedad, y se engañan, porque sólo hay un partido de orden capaz de salvarla: el partido de Dios».

¿Y qué partido es este? — decían algunos.

Yo quiero suponer que ese partido será el que se propusiera, antes que todo y por sobre de todo, hacer triunfar la Verdad y la Justicia; mejor dicho, hacer triunfar el reinado social de Dios, detrás del cual van todas las prosperidades que tanto ansía la sociedad en que vivimos.

Pero circunscribiéndonos a España, ¿cuál de los partidos existentes tiene más méritos para atri-

buirse el título del «partido de Dios»? ¿Cuál de los partidos pasados y presentes ha escrito en su Bandera el lema Dios por sobre de los otros lemas? ¿Qué partido es el que ha puesto más esfuerzos en defender a Dios y ha demostrado en la práctica mayor sumisión a las enseñanzas de la Iglesia?

Desde el más sabio al más ignorante; desde el Obispo al sacristán, pueden testificar, con la mano puesta sobre el corazón, si hay un partido en España que con mejores títulos pueda abrogarse, y con mayor razón, el denominativo de «Partido de Dios».

¡Cien años de lucha por Dios y por la Patria!
A. P. E.



Excmo. Sr. Marqués de Villores
Secretario Político de D. Jaime

Fué el Sr. Marqués de Villores, secretario político de Don Jaime durante algunos años.

Alma sencilla y generosa, corazón ingenuo y de encantadora bondad, Don Jaime le dispensó una confianza ilimitada que el Marqués correspondió entregándose por completo a los negocios del cargo con un espíritu de sacrificio digno de toda alabanza.

Al morir Don Jaime, Don Alfonso Carlos mantuvo al señor Marqués de Villores en el cargo, que desempeñó hasta su fallecimiento con la solicitud y entusiasmo de siempre, a pesar de la enfermedad que poco a poco iba minando su existencia hacía mucho tiempo.

Su muerte fué sentidísima por cuantos habíamos podido apreciar sus excelsas virtudes.

El general Zumalacárregui

Con motivo del centenario de su muerte 1835-1935



Aunque en las primeras páginas del presente «Album» aparecen el retrato y la biografía de este genio militar que tanto honró a la Causa Legitimista, queremos rendirle aquí un nuevo homenaje con motivo de celebrarse en este año 1935 el centenario de su irreparable muerte.

La austeridad moral presidió como un símbolo la vida corta, pero rebotante de gloria, de Zumalacárregui, Austeridad de militar español; austeridad de caballero cristiano.

En lo mejor de su vida, cuando el límite de sus triunfos militares llegó al máximo, Tomás Zumalacárregui era un hombre de cuarenta y cinco años. Fuerte y robusto, como un roble, anchas espaldas y cuello corto y nervudo. Habitualmente vestía una zamarra o chaqueta de piel de cordero; cubría su cabeza con la boina roja (al estilo guipuzcoano).

De sus nobles facciones de clásicas reminiscencias nos da un fiel retrato el capitán inglés C. F. Henningren que sirvió a sus órdenes los doce últimos meses de su vida. Dice así:

«Su perfil tenía algo de antiguo; la parte baja de su cara estaba formada como la de Napoleón y el conjunto de sus facciones tenía algún parecido con los antiguos bajorrelieves que se nos muestran como la imagen de Aníbal. Su pelo era oscuro, sin ser negro; sus bigotes se juntaban con las patillas y sus oscuros ojos grises, sombreados por espesas cejas, tenían una singular rapidez e intensidad en su mirada; generalmente, su expresión era pensativa y severa; pero cuando desfilaban ante él su mirada parecía, en un instante, reconocer toda la línea de un batallón.»

Este era el hombre. El héroe llevaba prendidos en los desgarros de su vieja zamarra, el ho-

nor y la gloria de una Causa justa, victoriosa en cien combates, desde las Amézcoas hasta Bilbao, donde se truncó para siempre la ruta gloriosa del capitán invencible. Pero en tan corto espacio de tiempo y de lugar, ¡cómo rebrillan las gestas inigualadas del caudillo que supo convertir una turba de campesinos entusiastas y desarmados, en ejército aguerrido de disciplinadas tropas!

Los mejores generales del régimen usurpador, cargados de laureles y agobiados de condecoraciones, hubieron de humillar su altivez ante el sencillo y austero «Tío Tomás», Lorenzo, Valdés, Rodil, Osma, Córdova, Espartero; uno tras otro fueron vencidos por el héroe. Y el viejo Mina, enviado como un fetiche por el pavor de los gobiernos de Madrid, contra su antiguo oficial, hubo de reconocer que su antigua fama de guerrillero no podía nada contra este guerrillero que sabía también ser general.

«¿Dónde está el feroz Zumalacárregui?», clamaba un herido liberal, durante la visita que Don Carlos, acompañado de su Estado Mayor, hizo al hospital de sangre de Vergara.

Zumalacárregui, pálido y sereno, al lado del Rey, habló. «Ya ve V. M. cómo creen que soy mis enemigos.» Y, sin embargo, el «feroz» Zumalacárregui fué el primero que propuso al iniciar la campaña que los prisioneros fueran tratados de acuerdo con las leyes de humanidad. Propuesta que fué rechazada por el general cristino con una misiva insolente que encabezaba esta frase: «Al jefe de bandoleros». Pero el «feroz» Zu-



La casa de Cegama (Guipúzcoa) en la cual falleció el General Zumalacárregui



Panteón del General Zumalacárregui en la Iglesia Parroquial de Cegama

malacárregui no paró hasta conseguir el tratado llamado de «Lord Elliot» que establecía el canje de prisioneros. Gracias al «feroz» Zumalacárre-

gui, más de diez mil prisioneros liberales, hechos en menos de un año, salvaron así sus vidas. ¡Ah!, pero en tanto los «benéficos» caudillos liberales arrasaban el país, quemaban los caseríos y fusilaban hombres y mujeres por ser parientes de los «facciosos». El general Valdés pasaba a sangre y fuego las poblaciones adictas a Don Carlos, y Mina, el guerrillero, no pudiendo encontrar a los campesinos que ayudaron a trasladar unos morteros carlistas, quemó sus casas, arrasó sus tierras y fusiló (!) a los bueyes que formaron los tiros de arrastre.

Zumalacárregui, héroe, vencía. Zumalacárregui, cristiano, perdonaba. Cien años de difamaciones no han podido borrar estas características esenciales de su personalidad.

*
**

Ahora la Historia reivindica esta figura austera y genial, con relieves que serán imperecederos. Y escritores de las más avanzadas promociones de la izquierda, como Benjamín Jarnés, saben superar sus pasiones sectarias, para proclamar al caudillo de los ejércitos carlistas como el mayor genio militar de la España contemporánea. Así fué, en efecto. Pero a nosotros, españoles y tradicionalistas y por tradicionalistas, católicos, no nos basta el genio militar de Zumalacárregui, aunque halague nuestra vanidad de partidarios. Nos satisfacen mucho más esas características raciales del gran español, que antes que militar quiso ser cristiano. Y como tal vivió y murió.

Y por eso en el centenario de su gloriosa vida, la España Tradicionalista se inclina reverente ante el general Zumalacárregui, que interpretando profundamente los símbolos augustos de nuestra Bandera supo ser ¡Caudillo y mártir!

E. R. A.

El mal menor (Mella)

La guerra exclusivamente defensiva lo mismo en las luchas guerreras que en las sociales y en las batallas de doctrinas, no es más que una triste necesidad de los débiles. Y cuando no es así, por fuerte que sea el ejército que limita sus empresas a resistir la violencia, no conseguirá otra cosa que pactar con la muerte, transigir con desventaja con el enemigo y abdicar hasta la esperanza de la victoria.

Con esa estrategia del mal menor se puede hacer el recuento de todas las batallas que se han perdido; pero no es posible empezar la lista con una sola que se haya ganado.

Durante todo el siglo *décimo nono*, no hay en España una sola década en que no haya perdido algo la fortaleza de la fe: Un día cae una almena, otro se ciega un foso, más tarde se derrumba una torre, después se cuarteja un muro, y no está toda en el suelo, porque ha habido los sodados de la tradición que acometieron por fuera al adversario. ¿Y todavía habrá quien defienda semejante estrategia, que no es más que la teoría de la derrota? La sabiduría popular la comentó en uno de sus gráficos apotegmas: «El que pega primero pega dos veces»; pero los ca-

tólicos españoles repetimos filosóficamente la súplica del general griego: «Pega, pero escucha». Y la Revolución, que no es en sus distintas formas más que la fuerza impía, pega, pero no escucha; y si escucha, es para llamarnos ¡provocadores! — como el lobo de la fábula al cordero que bebía más abajo — y después pega otra vez. Y sin embargo no aprendemos. La ley del escarmiento, que rige para los gatos, no rige para los católicos españoles.

Los que pueden vencer, los que vencerán sin duda, si se lo proponen valerosamente, son los que no acataron las instituciones enemigas, ni entraron en su legalidad, ni se resignaron a la estrategia de la sola defensa, sino que tomaron resueltamente la ofensiva; que a la táctica ofensiva se deben las victorias; que por no saber seguirla los católicos, vamos perdiendo cada día un girón de nuestra bandera y un pedazo de nuestra independencia.»

Documentos históricos

Carta de la Reina Cristina, viuda de D. Fernando VII, a su hija Doña Isabel, en la que explica como arrancaron la firma al moribundo Rey, alterando la ley sucesoria.

París, 27 de Abril de 1842.

Como reina, como madre, como mujer, tengo, hija mía, una obligación que cumplir contigo. Mientras me está cerrada la España y no puedo abrazarte, aun en estos días que así entre los simples particulares como entre los príncipes son dedicados al regocijo de las familias, llega a Madrid tu tía Carlota. Todas las puertas se abren a ella y a tu tío Francisco de Paula; ya puede estar satisfecha su ambición, y no sé qué más puede desear su gran corazón. Tu tutor Argüelles ¿no ha condescendido hasta el punto de recibir su visita? Y el infante de España, hermano de S. M. C. Fernando VII, ¿no ha obtenido el singular favor de ser tuteado por Espartero? Dejémosle, pues, gozar sus nuevas prosperidades de que es tan digno, y hablemos de tí, hija mía, y del asunto que tengo que tratar contigo.

Desterrada de España y lejos de tí, dedico a escribirte un día que era en otro tiempo de fiesta, aquel en que vino al mundo tu madre, lo que te hacen olvidar sin duda, para hacerte celebrar el día en que nació el jacobino Argüelles, o el día del cumpleaños del hombre que me ha echado de España, que me ha arrancado la Regencia, don Balduino Espartero.

Hasta aquí, hija mía, no se había hablado de tu tía Carlota. Estaba lejos de España y no podía verla, hablarla, ni oírla; eres tan niña que no hubieras podido comprender lo que hubiera tenido que decirte acerca de ella; y por otra parte, cuando se trata de una persona que nos está unida con los lazos de un estrecho parentesco, de una hermana, y se tiene que decir de ella lo que tengo yo que decir de Carlota, no se habla sino en el último extremo. Pero hoy ya no puedo vacilar; Carlota

va a encontrarse cerca de tí, llega con pasiones ambiciosas y malas, poseída de la esperanza de dominar tu espíritu naciente y tu carácter aún no formado. No puedo dejarte expuesta sin defensa a



El General D. Baldomero Espartero, Conde de Luchana
(El de la traición de Maroto y traidor a su Reina)

su influjo fatal; voy, pues, a revelarte una parte de la verdad que es necesario que sepas.

La primera persona a quien ha hecho traición tu tía Carlota. Aquí me veo obligada a describirte una escena lamentable. Tu padre el Rey Fernando estaba moribundo, y tu tía Carlota, que alimentaba un profundo odio contra el infante Don Carlos, y que esperaba, además, tener más influjo bajo mi regencia que bajo el reinado de tu tío, me excitaba hacía mucho tiempo a hacer mudar la ley de sucesión en tu favor. Faltaba aún la última firma que conseguir, y te lo confieso, hija mía, a la vista del lecho de muerte, yo dudaba, ¿sería por ventura el ángel de mi guarda quien me detenía al borde del precipicio? ¿Se me representaría en siniestro y confuso presentimiento alguna débil idea de todos los males que he sufrido hace diez años, las angustias de mi regencia, los horrores de Barcelona, las tristezas de mi destierro? No lo sé, pero, en fin, yo dudaba, sea por tí y por mi misma, sea por respeto a aquella agonía que era menester violentar, a aquella mano entorpecida por la muerte que, fría e inmóvil como el mármol, no se levantaba ya. Pero tu tía Carlota estaba a mi lado como mi mal genio.

Se reía de mi debilidad, insultaba mis escrúpulos, y observando con ojos inquietos los progresos de la agonía de tu padre, me decía que aún era tiempo; que aquella mano, por fría e inmóvil que estuviese, podía todavía firmar; viendo, en fin, que yo no tendría nunca el triste valor que procuraba inspirarme, me trató de alma débil y pusilánime, y acercándose ella misma al lecho de dolor, se acercó al moribundo y le presentó el papel que era menester que firmase.

Tu padre, entonces, dirigiendo hacia ella una mirada suplicante en que apenas se percibía la última chispa de vida, le dijo con voz apagada: «Déjame morir»; pero tu tía Carlota, asiéndole la mano y llevando la pluma que en ella había colocado, le gritó: «Se trata de morir bien; se trata de firmar.» Mira tú, hija mía, a qué precio te ha hecho reina tu tía Carlota.

Desde que murió tu padre, no cesó de instarme para que la España estuviese siempre cerrada a Don Carlos: persiguió con su odio la vida de tu tío, como había atormentado la muerte de tu padre con sus asedios; ¡estaba escrito que Carlota sería el azote de su familia; y yo tuve muy pronto motivo para quejarme de ella como tu padre!

Tu tía no había pretendido hacerme un favor; había querido vendérmelo, y no contribuyó a hacer pasar la corona a tu cabeza, sino para llevarla en tu nombre. Yo encontraba siempre delante de mí sus intrigas y conspiraciones; me ponía obstáculos, me tendía lazos, y presentando en todas partes turbulencias, o manteniendo las que se suscitaban naturalmente en aquella época desgracia-

da, era enemiga de mis partidarios y aliada de mis enemigos.

Yo procuraba apoyarme en el partido moderado y combatía a los exaltados, que amenazaban sepultar la España bajo una vasta ruína; al momento alargó Carlota su mano a los exaltados. Fué el alma de sus conciliábulos; soñó con hacer en España el papel que representó en otro tiempo en Francia Felipe Igualdad; creyó que llegaría a subir al trono siendo la cómplice de la demagogia; gracias a ella, los peligros ya tan grandes de mi situación se agravaron más; ya no sólo tuve que luchar contra los desórdenes inevitables en un tiempo de revolución; fué necesario combatir proyectos ambiciosos que amenazaban tu poder y mi autoridad. La anarquía, la licencia, nada arredraba a tu tía Carlota, y todo camino que parecía deber conducirla al poder supremo, le parecía digno de ella, aunque fuese necesario pisar escombros y andar sobre sangre.

Ahí tienes, hija mía, una parte de lo que tu tía Carlota había hecho cuando me vi obligada a desterrarme de España. No ha habido una intriga cuyo hilo no haya tenido; no ha habido una conspiración de que no haya sido cómplice; no ha habido un solo acto de mi Gobierno que no haya combatido. Después de haber llegado a Francia, no ha renunciado ni a sus odios ni a sus proyectos. Cuando Espartero, cansado ya de ser fiel, preparaba los acontecimientos que debían obligarme a alejarme de España y a separarme de tí; cuando, entregada sin defensa a los ultrajes de los amotinados de Barcelona, me libraba con gran trabajo de los puñales de los asesinos ¿sabes, hija mía, lo que hacía tu tía Carlota? Depositaba todo el veneno de su odio en los folletos infames, en que el honor de tu madre era entregado a las encrucijadas y al desprecio de la calle. Excedía en furor a los amotinados de Barcelona, porque es preferible a una reina tener su traje manchado de sangre, que tenerlo sucio de lodo.

Ya ves, hija mía, si puedo decirte con razón: «Desconfía de esa mujer, que lleva consigo la desgracia y la ruína; sus palabras son engañosas; sus protestas de amistad son lazos; su presencia es un peligro.» El último acto de su conducta ¿no ha confirmado todas sus culpas? Cuando Espartero me echaba de España, cuando me separaba de tí, hija mía; cuando después de haberme arrancado la Regencia me arrebatava la tutela de mis hijas, ¿de parte de quién se ha puesto tu tía Carlota? De parte de Espartero; se ha apresurado a inclinarse ante su nuevo poder; ha aceptado para tí la tutela del revolucionario Argüelles, cuando ha perdido la esperanza de obtenerla, y entretanto, envía a su marido a recibir el tuteo de Espartero, las insolencias del abogado jacobino, de quien ha hecho tu tutor, y los desdenes de la viuda del

general, que en 1823 condujo a tu real padre por las escaleras del cadalso a que subió Luis XVI.

Ahí tienes, hija mía, lo que debes recordar cuando tu tía Carlota quiera apoderarse de tu espíritu y de tu corazón, cuando se insinúe en tu confianza para engañarte, cuando reclame de tí un afecto de que es indigna. ¡Ah! Interpóngase entonces entre ella y entre tí el lecho de tu padre, cuya agonía sitió. Ten presente la memoria de tu tío Don Carlos, cuyas desgracias ha causado; y la

ternura de tu madre, cuyo reposo ha destruído Carlota, cuya autoridad ha atacado, cuyo honor ha marchitado, te detenga al borde del precipicio a que esa mujer pérfida quiere arrastrarte. Acuérdate de ello, hija mía; tu padre, tu madre, tu tío; en una palabra, toda tu familia tiene motivos para quejarse de la infanta Carlota; ha hecho traición a todos los que debió amar; es el mal genio de tu casa. Dios te guarde de este mal genio!

CRISTINA

Manifiesto de Carlos VII, (Diciembre de 1870)
protestando de la proclamación de D. Amadeo

¡A los españoles!

La revolución que en 1833 sentó en el trono de España a una niña inocente, después de haber deshecho su obra y por varias partes mendigado un rey, de quien necesita por algún tiempo al menos, ha ofrecido la corona de Felipe V a un príncipe de la casa de Saboya.

Carlos Alberto, rey de Cerdeña, reconoció como rey legítimo de España a mi augusto tío el conde de Montemolín.

El príncipe Amadeo ha aceptado la corona que me pertenece de derecho. Infiel a las tradiciones de la antigua Saboya, no se ha atrevido siquiera a exigir los procedimientos de la Italia nueva. Ciento noventa y un individuos, que se llaman constituyentes, y que no representan la décima parte del pueblo español, con voluntad más o menos espontánea, le han alargado la corona, y él la ha tomado.

Debo protestar y protesto. Lo hago, no por temor de que el silencio se interprete en daño del derecho, porque jamás el mundo creería que yo asintiese, en ninguna manera, al enorme atentado; sino para advertir en tan solemne ocasión a todas las potestades legítimas del peligro que crece, y recordar al pueblo español el amor que le tengo.

Protesto, pues, por mí, y en nombre de mi familia, y hasta tomando el de todas las potestades legítimas, contra la violación de la ley fundamental, hecha en Cortes por Felipe V, en que se ordenaba y ordena la sucesión a la corona entre sus descendientes legítimos; violación que envuelve, explícita o implícitamente, la de los tratados diplomáticos que con aquella ley se relacionan, y van dirigidos a mantener el equilibrio europeo, y a evitar guerras sangrientas.

Protesto en nombre del pueblo español de 1808, y de todos los tiempos, pues que en todos fué católico y libre, contra el insulto que se infiere a su noble altivez por una minoría facciosa y armada, que intenta imponerle un rey y un rey extranjero.

Protesto contra el ultraje que se causa a la fe de España, buscando cabalmente ese rey en el hijo del que está hiriendo hoy al catolicismo y a toda la cristiandad, en la augusta y santa cabeza de Pío IX, vicario de Jesucristo en la tierra.

Protesto, en una palabra, contra la revolución, que acaba de dar un paso adelante encontrando, en una casa real de Europa, un nuevo auxiliar o un nuevo instrumento.

Si no se tratase de conspiraciones impías, y de reyes extranjeros; si se tratase meramente de un derecho personal; si el abandono de ese derecho pudiese contribuir al bien del pueblo español, no sería para mí penoso sacrificio, sino bendecida fortuna. Y si fuera sacrificio, yo lo haría pensando en mi España. Mas aquí el deber es obligación; la causa de España es mi causa, como la causa de los reyes legítimos debe ser la causa de los pueblos. La revolución española no es más que uno de los cuerpos del grande ejército de la revolución cosmopolita. El principio esencial de ésta es una soberana negación de Dios en la gobernación de las cosas del mundo; el fin a que se tiende la subversión completa de las bases hijas del cristianismo, sobre las cuales se asienta y afirma la humana sociedad. No hay potestad legítima en el mundo que no esté amenazada en sus derechos; amenazadas están en todos los pueblos la paz y la justicia, la civilización cristiana y la libertad verdadera.

Por eso levanto yo mi voz, protestando ante Dios, ante las potestades legítimas, ante el pueblo español, con quien estoy identificado por mi sangre, por mis ideas, por mis sentimientos, y hasta por comunes dolores, que tenga confianza en mí como yo la tengo en él. Por la memoria de nuestros padres, y por la salvación de nuestros hijos, cumplirá ese hidalgo pueblo con su deber, y yo con el mío. — CARLOS.

La Tour-de-Peilz, 8 Diciembre de 1870.

Espanoles:

Hoy hace un año que desenvainé la espada en defensa de la honra, de la prosperidad y de la grandeza de la Patria.

Seguíame entonces un puñado de valientes casi inermes. No teníamos más recursos que nuestra fe, ni más esperanzas que la esperanza en Dios y en la santidad de nuestra causa. El fracaso de anteriores esfuerzos en los campos de Oroquieta contra el duque de Aosta, tan extranjero en España como la república, había quitado el ánimo aún a muchos que se tenían por animosos.

Pero Dios ha premiado nuestra fe y ha sido propicio a nuestra esperanza. Hoy estoy a la cabeza de un ejército considerable, valiente y disciplinado, que cuenta por sus combates el número de sus victorias. Los mejores generales de la revolución son testigos de ello: a todos los he tenido en frente; a todos los he vencido.

Esto prueba que la fe en la fuerza del derecho, me ha dado ya el derecho de la fuerza. Pero no me impide este derecho, único que pueden invocar los que me combaten, acudir nuevamente al buen sentido de los españoles y a la honradez de todos los hombres de bien.

Cierto que la magnitud y elocuencia de los acontecimientos que en poco tiempo ha presenciado España son tales, que casi hacen inútiles mis palabras. Mi actitud y las bayonetas de Mis voluntarios lo dicen todo. Prometí solemnemente salvar a España o morir por ella, y lo cumplo. Y bien sabe el mundo que antes de esto tendí a Mis enemigos la mano en señal de paz, y acepté la lucha parlamentaria, que repugnaba tanto a Mis ideas, como a los deseos de los monárquicos leales; mas cuando el triunfo coronaba la abnegación de los buenos, la arbitrariedad y la violencia de los vencidos hacían estériles los esfuerzos de los vencedores. La buena fe burlada y la virtud escarnecida clamaron a Mí entonces con gritos de noble indignación, y Yo tuve que responder a aquellas voces desenvainando la gloriosa espada de Felipe V.

Creo, sin embargo, que debo decir una vez más cuál es mi pensamiento y cuál el móvil que me guía en esta grande empresa de la Restauración de España. No necesitan mis heroicos defensores oír de nuevo Mi voz; pero dije en solemne ocasión que Yo era Rey de todos los españoles, y quiero probarlo dirigiéndome a todos, porque

quizás los haya que duden todavía de la sinceridad de mis propositos, y se dejen alucinar por la raiacia de mis adversarios.

Nacido y criado en el amor a España, salvarla fué mi primer pensamiento, y ya no ha sido otro el pensamiento de Mi vida.

La ley y la tradición me hicieron Rey. Por esto y por mantener incólumes todos los principios de la bandera que Colón clavó en el Nuevo Mundo y en Orán, Jiménez de Cisneros, rechacé la corona que me ofrecían los hombres de Septiembre, antes de la batalla de Alcolea. Siempre creí que para perder a España sobaban pretendientes, desde D. Alonso hasta la república, y que el Rey legítimo debía usar de su derecho, libre de todo compromiso, cuando, como Pelayo, pudiese emprender la gigantesca obra de la regeneración de la Patria.

Un rey de Aragón, después de vencer a los rebeldes de su reino, rasgó con el puñal el odioso privilegio de la Unión, y este monumento de licencia y anarquía fué sustituido con sólidas y verdaderas cartas de libertad.

Esto quiero Yo; vencer a los rebeldes, rasgar con la espada de la justicia sus privilegios de licencia, y otorgar a los pueblos sus cartas de libertad.

Y nadie mejor puede otorgarlas que quien, fiado en el amor de su pueblo, no necesitará para sostener su Trono arrancar a la agricultura y a la industria sus mejores brazos, ni a las madres sus hijos: que ellas los dan con generoso entusiasmo, y ellos acuden siempre a donde su fe y su lealtad los llaman.

Lo que significo y lo que deseo, dicho está en la carta a mi hermano el Infante Don Alfonso y en otros documentos que se han publicado con Mi firma. Y como un Rey caballero no tiene más que una palabra, lo que he dicho, dicho queda, y confirmado y ratificado por Mí.

No se arguya que falta claridad en mis palabras. Hombres fáciles en prometer, pero nunca dispuestos a cumplir lo prometido, no tienen derecho para acusar de ambiguas las declaraciones de un Rey que solo promete lo que está resuelto a cumplir. Hay principios eternos, inmutables como Dios de quien proceden. Pero hay doctrinas políticas sujetas a la mutabilidad de las cosas humanas y a la variedad de las circunstancias y de

los tiempos; y sería temerario empeñarse en compromisos basados en imprevistas contingencias.

España es católica y monárquica, y yo satisfaré sus sentimientos religiosos y su amor a la integridad de la Monarquía legítima. Pero ni la unidad católica supone un espionaje religioso, ni la integridad monárquica tiene nada que ver con el despotismo.

No daré un paso más adelante ni más atrás que la Iglesia de Jesucristo. Por eso no molestaré a los compradores de sus bienes; y poco ha he demostrado, de una manera inequívoca, la sinceridad de esta declaración.

Celoso de Mi Autoridad Soberana y convencido como estoy de que las sociedades perturbadas necesitan de una mano fuerte que las desembarace de obstáculos el camino del bien, reconozco, sin embargo, y he reconocido siempre, que los pueblos tienen derecho a que su Rey les oiga, por medio de sus representantes libremente elegidos, y la voz de los pueblos cuando la ficción no la desnaturaliza, es el mejor consejero de los reyes. Quiero, pues, una legítima representación del país en Cortes, sin que me sirva de modelo el proceder frecuente de la revolución con esas Cámaras que apellida Soberanas y que la historia llamará engendros monstruosos de la tiranía.

Sé que las generaciones se corrompen o se regeneran por medio de la instrucción pública, y éste será uno de los puntos en que fijaré Mi atención con más exquisito esmero, porque hartamente han podido ver España y Europa que sus grandes tempestades se forman en las cátedras y en los libros, para estallar en los parlamentos y en las barricadas.

Largo tiempo ha que aflige el ánimo considerar el estado de la Hacienda de España, que será más desastroso cuanto más tarde Yo en subir al trono de mis mayores. ¡Caiga sobre la revolución toda la responsabilidad de esos desastres! Mas Yo aseguro que si hay poder humano capaz de salvar la Hacienda y levantar el crédito, Yo lo he de conseguir con la ayuda de Dios y el patriotismo de los españoles. Y bien puede esperar, sin vano alarde, en la ayuda de Dios y en su propia perseverancia resolver cuestión tan árdua quien hizo, por la firmeza de su voluntad, que una guerrilla de veinte y siete hombres se convirtiese en un ejército poderoso e invencible que es hoy la ad-

miración del mundo. De todas suertes, si España no logra salvar su Hacienda, cumplirá como cumple un deudor honrado, y podrá decir en verdad que todo lo ha perdido menos el honor.

Fuera impropio de Mi dignidad rebajarme a desmentir las calumnias que algunos propalan entre el sencillo vulgo, suponiendo que estoy dispuesto a restaurar tribunales e instituciones que no concuerdan con el carácter de las sociedades modernas. Los que no conocen más ley que la arbitrariedad, ni tienen energía más que para encarnizarse en los vencidos y atropellar a los indefensos no deben intimidar a nadie con el augurio de imaginarios rigores y monárquicas arbitrariedades. ¿No he probado cien veces con mis adversarios rendidos, que ni la arbitrariedad ni el rigor hallan cabida en Mis sentimientos de Rey?

Amo a España como a una hija del corazón; y Dios que ve el de los hombres sabe que sueño con la gloria de esta hidalga tierra hasta el punto de imaginar, que acaso está destinada a ser la iniciadora de la purificación de la activa e inteligente raza latina, derramada en ambos continentes como vanguardia indispensable de la civilización cristiana. Y amando a España, tengo que pensar en sus ingratos hijos que al otro lado de los mares la combaten o la escarnecen: hijos cuya ingratitud explican, en cierto modo, los extravíos de la madre; pero que volverán sin duda a la casa de sus mayores cuando la paz y el orden renazcan en ella con vigor al impulso de Mi paternal solicitud.

Ya veis que hoy como ayer a todos llamo, aun a los que se dicen Mis enemigos; los llamo para dar término a esta guerra fratricida, y poner mano a los cimientos de una paz duradera. Ceda la ambición de una minoría siempre sediciosa a la elocuente voluntad de este pueblo que me aclama y me da sin coacción sus tesoros y su sangre. Pero si el grito de la rebeldía continúa, Yo le ahogaré con el estampido de Mis cañones. España entera hará un esfuerzo supremo para sacudir el yugo que la oprime, y los que hoy no acepten el signo de conciliación, tendrán mañana que someterse a la imperiosa ley de la victoria.

Vuestro Rey,

CARLOS

Cuartel Real de Morentín a diez y seis de Julio de mil ochocientos setenta y cuatro.

Carta de D. Carlos

Al general D. José B. Moore y Arenas

Venecia, 8 de Noviembre de 1899.

Mi querido Moore: Me preguntas mi opinión sobre el conflicto económico que hoy abruma a Cataluña. La respuesta la he dado hace años en multitud de documentos que el amor a mis pueblos me ha inspirado.

La tristísima situación del Principado no se remedia con palabras, sino con actos, y cuáles hayan de ser estos, bien especificado se encuentra en nuestro programa.

Hace más de treinta años, al dirigirme el 30 de Junio de 1869 a mi amadísimo Hermano, y en su persona a todos los españoles, afirmé solemnemente que en mí alentaba el amor a la descentralización, característico en nuestra historia, y que así como el espíritu revolucionario pretendía igualar las Provincias Vascas a las restantes de España, todas éstas, si se cumplieran mis deseos, se igualarían, en lo posible, en su régimen interior con aquellas nobles Provincias.

Tres años después, al devolver sus franquicias y libertades en 16 de Julio de 1872 a los pueblos de la antigua Corona de Aragón, explícitamente confirmé aquellas ideas, prometiendo a catalanes, aragoneses y valencianos restaurar, de acuerdo con ellos, y acomodándolos a las exigencias de nuestros tiempos, sus fueros tradicionales.

Más adelante, en 17 de mayo de 1882, repetí, en carta a Llauder, mis propósitos de atender a Cataluña como ella se merece, encareciendo al propio tiempo a los incomparables hijos de los almogávares la necesidad de no olvidar nunca que uno de los mayores timbres de gloria para todos nosotros es el de llamarnos españoles.

Y finalmente, en enero de 1897, en el Acta Política redactada en el Palacio Loredán, en los discursos de nuestros representantes en el Parlamento liberal y en los artículos de nuestros periódicos reflejando mis deseos y mi pensamiento, se afirmaba el sano y castizo regionalismo, encerrado en la descentralización administrativa y económica, el respeto a las legislaciones particulares en lo que tienen de privativas y el pase foral, que es el escudo de estas libertades tradicionales.

Esto he afirmado constantemente en frente de esos poderes arbitrarios del parlamentarismo, que no sólo regatean, sino que niegan hasta un simple concierto económico a pueblos que tienen el derecho, que la verdadera Monarquía les garantiza, de administrarse a sí mismos.

Quien juró sobre la Hostia consagrada bajo el árbol de Guernica como Señor de Vizcaya sus fueros venerandos, y como Rey los de Guipúzcoa

en Villafranca, y que estuvo a punto de realizarlo en Navarra, si causas materiales del momento no le hubieran impedido reunir sus Cortes, tendría uno de los más grandes placeres de su vida al poder hacerlo como Conde de Barcelona en Cataluña.

Representamos la verdad histórica y la justicia. La verdad y la justicia no cambian.

Lo que pensaba en aquellas fechas sigo pensándolo ahora, con más firme convicción, si cabe, porque los hechos me han dado la razón, como me la han dado también en la cuestión cubana, justificando plenamente los patrióticos temores que en 1868 me dictaron mis cartas a Lersundi y a Aldama, proponiendo antes que nadie, y en el sólo momento oportuno, las reformas que, aplicadas a tiempo, nos hubieran conservado las colonias.

El Estado liberal, que ha hollado el derecho en la familia y en la Iglesia, no había de respetarlo en el municipio y la religión. El ha reivindicado para sí la libertad administrativa y económica, y ha entregado a los pueblos, sarcásticamente, la libertad política. Yo quiero, por el contrario, que se administren a sí mismas las regiones, y que se limite a gobernarlas el Estado; porque sobre la servidumbre administrativa y económica no se ha levantado nunca más que la tiranía política.

Por no haber tenido en cuenta las afirmaciones de nuestro programa, la situación ha llegado a condensarse en esta disyuntiva: o el régimen corrompido y opresor que ha tomado por asalto las funciones del Estado se separa de la nación, o los miembros de ésta, heridos por él en las fuentes de su vida, se apartarán unos de otros, queriendo evitar, con siniestras repulsiones, la muerte que se cierne sobre todos. El separatismo político se convertiría entonces en separatismo nacional. Un régimen que produce la mutilación del territorio y de la historia, la bancarrota y la deshonra, no puede dejar detrás de sí más que la discordia en las regiones, la lucha en las clases y los odios en los almas.

Mi maldición no cae sólo sobre el separatismo criminal y suicida, que es el efecto, sino sobre el centralismo revolucionario y la inmoralidad parlamentaria, que son la causa.

Los que han roto las grandes unidades morales de la historia, la interior de las creencias y la exterior de la Monarquía, deshaciendo la trama espiritual formada por las tradiciones y los siglos, me causan más honda repulsión todavía que los locos cegados por el polvo de la catástrofe, que quieren salvar a uno de los miembros más importantes del territorio nacional, arrancándole del

tronco, por donde circula su sangre y se alimenta su vida.

Las glorias catalanas son glorias españolas, como los intereses de Cataluña son los intereses de España. No se puede ser buen catalán sin ser buen español, y en las presentes circunstancias un buen español es, necesariamente, defensor de las tradicionales libertades de pueblos que forman la Patria común.

Los gobiernos que se han sucedido en este siglo, revolucionarios en su origen, en sus principios y en sus procedimientos, son los responsables ante Dios y ante la historia, de la terrible si-

tuación actual. Un Gobierno apoyado en la verdad católica, engendrado en el Derecho, amante de la tradición, esclavo de la justicia y como tal inmune del contagio parlamentario que ha envenenado los pueblos latinos, y libre de complicidades con los criminales que han llevado el honor al cadalso, es el único que puede darle patriótica y definitiva solución.

Inculca estas verdades en todos los que quieran contribuir a salvar con la honra nacional la existencia misma de Cataluña, y pidiendo a Dios que te guarde, queda como siempre

Tu afectísimo, CARLOS

Reproducción de un documento

Muchos carlistas recordarán que a raíz del fracasado "Movimiento de Badalona", en Octubre de 1900, la prensa enemiga y aún no pocos de nuestros correligionarios, acusaron a D. Salvador Soliva, alma de aquella vasta conspiración, de dos cosas: 1.^a de que jamás fué Coronel; y 2.^a de que carecía de toda autoridad militar en la provincia de Barcelona, en aquella época...

El documento que publicamos, deja sin valor alguno aquellas afirmaciones, que hemos querido rectificar por la buena memoria del Coronel D. Salvador Soliva

Además, el portador del documento de Don Carlos que antecede, dirigido al General Don José Moore; en 8 de Noviembre de 1899, fué el Sr. Soliva, que se hallaba en Venecia en aquellos días llamado por Don Carlos



El Excmo Sr. Capitan General y en Jefe de este principado y Ejército en virtud de la R.O. del 12 de Enero del corriente año y en uso de las facultades que le están conferidas ha tenido a bien disponer

Registrado n.º 6
Fo.º 1.

En atención a los meritos y circunstancias que concurren en el Coronel de Infantería Don Salvador Soliva: Tengo en nombrarle, en comisión del Real Servicio, Jefe interino de la brigada de Barcelona. Debiendo proceder a la organización de las fuerzas de dicha provincia con arreglo a las instrucciones especiales que se le darán y el Reglamento Orgánico de este Ejército.

Lo que comunico a V. S. para su conocimiento y efectos consiguientes

*Quis quot a V. S. en D. L.
cuartel 8.º de la frontera a 7 de Mayo 1899
El General Jefe de E. A. G.*

José B. Moore



Sr. Coronel D. Salvador Soliva, Jefe interino de la Brigada de Barcelona

Augusto manifiesto

A los españoles

Espanoles : Hace más de un siglo que Mi Augusto Abuelo Don Carlos María Isidro de Borbón y Braganza (Carlos V), al morir su hermano Fernando VII, alzó frente a la democracia liberal la bandera de la legitimidad donde estaban escritas las grandes afirmaciones que constituyen la tradición de España.

A la sombra de aquella bandera y bajo sus pliegues lucharon durante siete años (desde 1833 a 1840) los Cruzados Carlistas hasta que la traición inutilizó aquel heroico ejército de setenta mil voluntarios de la Tradición; ya que era inútil tratar de vencerlos en los campos de batalla.

Vendida entonces, pero no vencida, la Comunión Tradicionalista continuó en permanente protesta contra todas las ilegitimidades entronizadas por la revolución liberal.

Protestas, unas veces armadas (como la de 1872 a 1876, con sus setenta y un mil voluntarios), y otras pacíficas, pero siempre protestas de la España Tradicional, frente a la España revolucionaria para evitar que jamás prescriba el derecho nacional legítimo ante el hecho revolucionario ilegítimo consumado.

Y al cumplir más de cien años la usurpación y desatarse nuevamente la revolución fiera, una vez más alzamos nuestra Bandera, que es la Bandera de la Tradición Nacional, consagrada al Sagrado Corazón de Jesús, y llamamos para que se alisten bajo ella a todos los españoles.

«Decir que aspiro a ser Rey de España y no de un partido, es casi vulgaridad; porque, ¿qué hombre digno de ser Rey se contenta con serlo de un partido? En tal caso se degradaría a sí propio, descendiendo de la alta y serena región donde habita la majestad, y adonde no pueden llegar rastreras y lastimosas miserias. Yo no quiero ni debo ser Rey sino de todos los españoles; a ninguno rechazo, ni aun a los que se digan mis enemigos; porque un Rey no tiene enemigos; a todos llamo, hasta a los que parecen más extraviados; y los llamo paternalmente en nombre de la Patria dolorida y deshecha. Y si de todos no necesito para subir al Trono de mis mayores, quizás necesite de todos para establecer sobre sólidas e inconvencibles bases la gobernación del Estado y dar fecunda paz y libertad verdadera a mi amadísima España.»

Eso decía Mi inolvidable Hermano Don Carlos VII en carta escrita desde París a 30 de junio de 1869 y que hoy suscribo Yo haciendo más sus afirmaciones.

Un siglo de liberalismo, de democracia y parlamentarismo han llevado a la ruina moral y material a todas las naciones que adoptaron tan funesto sistema.

Y para salvarlas del oprobio, la ruina y la anarquía, buscan nuevos métodos y nuevas orientaciones políticas, sociales y económicas que garanticen el principio de autoridad y devuelvan a los ciudadanos aquellas libertades naturales y sociales que perdieron en día nefasto, a cambio de una absurda, antinatural y falsa libertad e igualdad política, entendida al modo liberal revolucionario.

Todos los pueblos piden en esta hora trágica en que va a reinarse la última batalla entre la Revolución materialista y la Contrarrevolución Católica, un régimen político que garantice la paz y justicia social, y cada uno se la procura en instituciones no exentas de la incertidumbre, del ensayo y del peligro de la novedad.

En España será inútil buscar la salvación de la Patria, si el nuevo edificio político no se labra con materiales sacados de la secular cantera de la tradición histórica.

Por eso nosotros, Yo y mis leales, no ofrecemos nuevas panaceas con que engañar una vez más al sufrido pueblo español.

Por eso nosotros no lo halagamos con falsos espejuelos de igualdad económica, como antes lo engañaron con el espejuelo de la igualdad y libertad políticas, entendidas al modo liberal.

Lo que hacemos frente al fracasado liberalismo individualista y frente al fracasado liberalismo estatista, es proclamar y jurar cumplir, si llegamos al Poder, las grandes afirmaciones que sintetizan el Ideario Nacional, lo mismo cuando lucha para defenderlo, que cuando triunfante ejerce su hegemonía sobre el mundo entero, crea pueblos y ciudades, funda escuelas y universidades, abre nuevos rumbos a la industria y al comercio y alumbraba en fin una civilización informada del Espíritu de Cristo, en la que la cultura y el progreso material llegaron a límites no igualados por ninguna otra nación en la historia.

Y esas afirmaciones, defendidas en este último siglo con ríos de sangre y mares de sacrificios, en tiempos de guerra y de paz por las insubornables huestes Carlistas y por la Monarquía legítima, de que soy único representante, son:

PRIMERA. La unidad religiosa, que es decir la íntima y perdurable unión moral de la Iglesia y del Estado, y la plena afirmación de los derechos que tanto en su orden interno como en el externo corresponden a aquella por razón de su indiscutible soberanía.

SEGUNDA. La afirmación política, o sea, el restablecimiento de la Monarquía tradicional en sus esenciales notas: católica, templada, moderativa, hereditaria y legítima; y, por tanto, fundamentalmente opuesta a la monarquía liberal, democrática, parlamentaria, centralizadora y constitucionalista.

TERCERA. La afirmación orgánica que repudiando el espíritu individualista, atómico y desorganizador de los sistemas liberales, estatuye la sociedad como un conjunto armónico de organismos, ordenados en razón de la jeraquia de sus fines y dotados de la autarquía necesaria para su cumplimiento, con sus órganos propios. Consejos, Juntas y Cortes regionales, comenzando por la familia, primera de todas las actividades sociales restablecida a la plenitud de sus naturales derechos.

CUARTA. La afirmación federativa, que implica la restauración de las regiones con todos sus Fueros, libertades, franquicias, buenos usos y costumbres, exenciones y derechos que les corresponden y con la garantía del pase foral, condición obligada de su integridad, no sólo compatible, pero además inseparable de la indisoluble unidad de la Nación Española.

QUINTA. La afirmación de la Monarquía templada con sus Consejos, órganos necesarios a su asesoramiento, y las Cortes, instrumento auténtico de la voluntad nacional. Ninguna ley fundamental del Reino podrá cambiarse ni alterarse sino en Cortes convocadas al efecto, y con el concurso de los procuradores sometidos al mandato imperativo de los organismos y actividades por ellos representados.

SEXTA. La afirmación dinástica, que tuvo su origen en aquella que impropriamente fué llamada Ley Sálica — porque no excluye absolutamente a las hembras, llamadas a la sucesión a falta de la línea de varones —, según la promulgó en 1713 Felipe V.

Sobre estas bases fundamentales ha de restaurarse el orden moral político, económico y social de España. Sólo desde el Poder, con la colaboración nacional puedo llegar a la implantación de éste, que no tolera partidos políticos, sino colaboradores sociales de una política nacional y permanente, unificada por los dos grandes vínculos sociales: Religión y Monarquía.

La Monarquía quiere continuidad, y de aquí la necesidad de una ley sucesoria que entra en la categoría de las fundamentales. Pero también requiere legitimidad, con la doble amplitud moral y jurídica de su contenido. Legitimidad de origen en el título sucesorio y legitimidad de ejercicio, según el cual el Rey queda sometido a las prescripciones inviolables del Derecho Natural, y al conjunto de aquellas leyes fundamentales, que, consagradas por la Tradición y promulgadas con anterioridad a las revoluciones, constituyen, con el respeto a la soberanía espiritual de la Iglesia, el límite insuperable de su propia soberanía.

Y esta doble legitimidad es la que hemos venido representando y sosteniendo desde el destierro y en los campos de batalla la Dinastía que comienza en Mi Abuelo Don Carlos V, sigue en Carlos VI, continúa a través de Don Juan III en Carlos VII, se transmite a Jaime I y hoy represento yo frente a todas las ilegitimidades monárquicas o republicanas.

Y consciente de mis derechos y de mis deberes; de que la bandera que tremolo no es un estandarte partidista, sino emblema nacional, y de que nuestra Comunión necesita quedar orientada sobre estos fundamentales problemas, **DECLARO:**

Que ante Dios y España soy y tengo que ser el más fiel guardador de las leyes tradicionalistas, que no puedo modificar por mi sola voluntad, lo que implicaría un absolutismo del que reniego, ni por presiones de grupos más o menos numerosos, lo que significaría estar en manos de oligarquías y demagogías.

Que no teniendo sucesor directo, sólo podrán sucederme quienes, sabiendo lo que ese derecho vale y significa, unan la doble legitimidad de origen y de ejercicio, entendida aquella y cumplida ésta al modo tradicional, con el juramento solemne a nuestros principios y el reconocimiento de la legitimidad de mi rama.

Que siendo dentro de la doctrina tradicional más necesaria aún que la legitimidad de origen, la de ejercicio, cualquier llamamiento que refiriéndome a la primera y guiado por el afán de procurar una solución, una solución nacional y contrarrevolucionaria hubiera podido hacer, queda desde luego anulado e invalidado ante la persistencia en mantener derechos constitucionales y principios políticos sólo admisibles dentro de un sistema liberal, y reñidos, por tanto, con la Tradición Española. Porque jamás podría Yo cometer, y protesto solemnemente que no cometeré, la inconsecuencia de entregar las Huestes Leales, que tantos esfuerzos realizaron por el triunfo de nuestros inmortales principios, a la dirección de quienes no acertaron a comprender la magnitud de tanto sacrificio y el deber de repa-

rar el daño inmenso que un siglo de liberalismo y revoluciones originó a España.

Si en los altos designios de la Providencia estuviera decretado el triunfo de nuestra Causa en vida mía, mi primera resolución sería la de convocar Cortes generales del Reino y proclamar en ellas el sucesor a quien corresponda el derecho, sabiendo lo que ese derecho significa y los deberes que entraña.

Pero si así no fuera y la muerte me sorprendiera en el destierro, como a mis antepasados, sin haber resuelto este trascendental asunto, no por eso habéis de desmayar. A las grandes causas nunca les falta su Caudillo, y aunque se extinguieran todas las legitimidades posibles, hay un derecho sagrado que jamás prescribe en los pueblos, y es el supremo derecho, que la Tradición Española conoció más de una vez, de otorgarse el Príncipe que sepa representar dignamente la causua de la Patria, que es la causa de la

fe y de aquellas gloriosas tradiciones que nuestra Comunión supo encarnar y encarnará siempre por encima de todas las mudanzas de la historia.

De lo que sí podéis estar seguros es de que en todo caso yo sabré siempre cumplir con mi deber, como tengo plena seguridad de que vosotros sabréis cumplir con el vuestro, siguiendo el ejemplo de nuestros gloriosos antepasados.

Pidamos al Corazón de Jesús, sin cuyo auxilio nada esperamos y sin cuya soberanía nada queremos, que bendiga nuestros propósitos y una nuestras voluntades al servicio de estos ideales santos, nobles y salvadores.

¡VIVA CRISTO REY! ¡VIVA ESPAÑA!

Desde el destierro, en la fiesta de San Pedro, a veintinueve de junio de mil novecientos treinta y cuatro.

ALFONSO CARLOS



D. Manuel J. Fal Conde, Secretario General de la Comunión Tradicionalista y representante en España de D. Alfonso-Carlos

Fal Conde

Por razones de la nueva organización dada a la Comunión Tradicionalista; por exigencias de una subdivisión de trabajo que demandaba el resurgimiento de nuestras fuerzas operado en estos últimos tiempos, la Junta Suprema hubo de disolverse, disponiendo D. Alfonso-Carlos el nombramiento de un Secretario General político que, sin que recayera en persona sobre la cual pesara ya un cargo con propias y determinadas responsabilidades, asumiera en España la dirección general de la Comunión Tradicionalista, estuviera en contacto constante con el Caudillo y reuniera las condiciones de actividad, talento, independencia de acción y energía necesaria para tan alto cargo.

Todas las miradas convergieron con la del R... sobre una misma persona: Fal Conde. Y éste fué el elegido por el Caudillo.

Y es él, el que con los bríos de su juventud, la energía de su carácter, el tacto que deriva de su inteligencia preclara y la flexibilidad de su temperamento, dirige hoy en España la nave del Tradicionalismo por entre el mar inquieto y convulso de la política española.

Reciba el Sr. Fal Conde nuestro leal saludo.

El derecho a la Guerra

I

ANTE EL DOLOR PRESENTE

No voy a mojar mi pluma con jugo venenoso, como pudieran suponer algunos al leer el título de mi alegato. Pero andan por ahí algunos sujetos en cuya epidermis espiritual no hacen mella, por lo visto, los latigazos sectarios de los anticatólicos, ni sienten el escozor de las heridas que les está infligiendo en las almas un régimen político, que no es régimen de libertad como han venido diciendo.

Que se levanten a su favor las voces de los bienhallados con la situación presente, es cosa explicable; pero no lo es que hombres que por su carácter sacerdotal, o por el relieve político que antes habían adquirido, vengan dándonos normas a seguir, enmendando la plana a la Iglesia y trazándonos el triste camino de un apoyo sincero a lo actual y que debemos intervenir para evitar nuevas y dolorosas atrocidades.

No tenemos los católicos la culpa de que la República y la Iglesia no se hayan dado todavía las manos. Hasta hoy, las manos de la República y de los republicanos no se han levantado sino para abofetear a la Iglesia y a los católicos. Yo no debo ni puedo señalar qué camino es el que ha de seguir en adelante la Iglesia; lo que sí quiero es decir a los católicos que cuando un pueblo no quiere perecer a manos de un déspota, y agotada que sea la paciencia, las razas y los recursos legales, no le queda a tal pueblo más recurso ni camino que apelar a la fuerza y a la violencia; y si a tal extremo no llegara, es que o se siente cobarde o que las ofensas a sus creencias, a su dignidad y a sus intereses no han llegado aún a su corazón.

Yo no puedo creer lo último, porque en nombre del pueblo fiel habló el Episcopado. Tampoco quiere creer lo primero, porque entonces habría que suponer que el pueblo fiel tiene sobradamente merecido el gobierno que padece y soporta. Quienes merecen una serena y severa réplica son los que, nuevos definidores de la doctrina católica, fulminan sus rayos contra los *extremistas de la derecha* y guardan todos los miramientos y finezas para los *extremistas de la izquierda*. ¡Nada de extremismos!, nos dicen. ¡La Iglesia condena toda violencia y todo acto de fuerza!, repiten.

Y yo, que soy un humilde fiel de la Iglesia católica, sin que ahora ni nunca espere que los Obispos salgan por ahí predicando la guerra santa, seguiré propugnando el derecho que los pueblos tienen a la violencia y a la guerra cuando se han agotado todos los razonamientos y los

poderes públicos siguen oprimiendo las conciencias y atropellando el país.

Y siéndome forzoso salir a la palestra, lo haré santiguándome como cristiano rancio. Tendréme, con todo, por feliz, si mereciese la aprobación de los hombres de buen juicio y lograre el fin deseado, animando a los fieles españoles a defender, si llegara el caso, la religión con las armas, y haciendo ostensible la absurdidad de cuantos se atreven a suponer ilícita semejante defensa.

II

EL HOMBRE ES NATURALMENTE RELIGIOSO

Tanto es así, que con su misma sangre circula el celestial fuego de amor a la religión. Ora se le considere en el estado de naturaleza o de simple familia, ora en el de civil sociedad, su existencia y su felicidad están siempre identificadas con la religión.

No es menos natural al hombre su tendencia a defender y conservar la vida de su cuerpo, que la religión, vida de su alma. Un mismo instinto le arma para repeler toda agresión e injusticia contra su vida, ya natural, ya civil, ya religiosa. De estos principios, arraigados en el mismo ser del hombre; de estos irresistibles sentimientos que la mano omnipotente de Dios grabara indeleblemente en el corazón de todos los mortales, nace el indisputable derecho que la naturaleza, o mejor, Dios sapientísimo ordenador de ella concediera al hombre, para defender no menos su propia existencia, que la Religión y la Patria. Y esta verdad sencilla a la par que luminosa, se halla constantemente atestiguada por la historia de todos los siglos y de todas las naciones, aun las más salvajes de la tierra. Entre los atenienses era costumbre reunir la juventud en el templo de Agraule y obligarla con el siguiente solemne juramento: *Juro pelear hasta morir por los intereses de la Religión y de la Patria*. El principio de donde procedía esta ceremonia religiosa era no menos natural que verdadero; si bien en su aplicación padecían una grande aberración por ser falsa la religión que defendían, lo que no puede tener lugar hablando de la religión católica, por ser ésta una pura emanación de la infinita sabiduría de Dios, y un destello de su luz sin sombra ni mancha.

¡Que el derecho de repeler con la fuerza a los enemigos de la religión es un absurdo! Pero, ¿qué mayor absurdo, qué mayor y más execranda paradoja que la de quien, con aires de defini-

dor, se obstina en negar un derecho proclamado por la voz universal de la naturaleza y constatado uniformemente por los intereses de la sociedad? Es preciso crear una moral a su antojo, tener una peregrina idea de la religión, querer desconocer su perenne influjo sobre el corazón humano y los inmensos bienes que trajo a la tierra, uniéndola con el cielo, para sentir lo contrario.

Si es lícito defender la Sociedad y la Patria contra los perturbadores de la pública tranquilidad, y sostener con la fuerza sus legítimos intereses y sus justos derechos, ¿cómo no será permitido defender la religión, que es el alma, el vínculo y sostén más fuerte del orden social, y sin la cual jamás existió ni puede existir estado alguno con tranquilidad estable?

La religiosa España estaba en pacífica, antigua e inmemorial posesión de la Religión Católica y de su culto. Pero vinieron los impíos, y asaltando el poder y el gobierno, se mancomunaron, se conjuraron y arman para perseguirla y exterminarla: la santidad y pureza del Evangelio ofenden con demasiada su vida y su conducta. No hay género alguno de armas de que no se hayan valido para combatirla: y se pretenderá que no pueden los fieles españoles echar mano, cuando tengan feliz ocasión, de las armas en defensa de su religión atropellada, patrimonio heredado de sus mayores, garantido por antiguas y fundamentales leyes del reino? ¿No amenazó muchas veces el señor Maciá con una acción guerrera de los catalanes, si por el gobierno de Madrid no se concedía a Cataluña su autonomía? ¿Serán de superior condición los derechos civiles de los catalanes, que los derechos espirituales de todos los fieles españoles? Cotéjense, por fin, todas las causas de guerra, que reconocen por justas los escritores del derecho natural y de gentes, y desafío al filósofo modernista más barbudo a que me señale una sola que no se incline con fuerza a favor de la religión. Si para muchos casos particulares y en muchas circunstancias autoriza el derecho natural a los hombres para repeler con mano armada las injustas agresiones y los manifiestos atropellos, de los enemigos, vindicar las injurias y reparar los daños, nunca más justa será la guerra que para defender, vindicar y conservar la religión, sin la cual no hay paz, ni tranquilidad, ni orden, ni leyes, ni justicia, ni vínculos sociales, ni derecho, ni Patria, ni sociedad, ni felicidad posibles.

Mas no es solamente el derecho natural el que permite a los hombres defender y vindicar la causa de la religión. Podría fácilmente presentar muchas y luminosas pruebas a favor de lo mismo que nos ofrece el derecho positivo divino y humano. Basta leer el libro conocido por «Las guerras del Señor» para convencernos ple-

namemente de esta verdad, confirmada por la porfiada y gloriosa lucha de los Macabeos, animados del celo por la religión santa y por las leyes patrias contra el impío Antíoco. ¡Qué guerra aquella tan eminentemente religiosa! ¡Qué entusiasmo y valor! ¿Habrá sacerdote capaz de afirmar que aquellos héroes cometieron un absurdo? ¿Es que habrá decaído tanto el espíritu cristiano, que llegan algunos ministros del Señor a presentarnos una Iglesia por los rancios católicos desconocida, un Catolicismo tan acomodaticio que raya en espantosa claudicación?

III

FALSAS OBJECIONES

Pero se nos objeta que: LA CAUSA DE LA RELIGION ES DEMASIADO HERMOSA PARA SER DEFENDIDA CON EL HIERRO Y CON EL FUEGO.

Sí; hermosa es por cierto la religión; y lo es tanto, que en nada necesita del modernista trabajo que algunos se han tomado para *hermosarla* con atisbos de reforma y ponerla *limpia y pura* a lo luterano.

Hermosa es la causa de la religión: pues por lo mismo debe sostenerse por cuantos medios sean lícitos, incluso con la guerra, cuando con *hierro y fuego* la acometen y asaltan sus enemigos. Cuanto más precioso y de mayor valor es un tesoro, más grandes esfuerzos suelen ponerse para custodiarlo y repeler a los que injustamente osaren privarnos de su brillantez y hermosura. Nuestra es la posesión del incomparable tesoro de la religión; con él vivíamos feliz y tranquilamente antes que salieran del fondo de las sectas esos monstruos que tan inícuamente persiguen a la Iglesia y han jurado aniquilarla. ¿Por qué no hemos de procurar aniquilarlos a ellos?

¡Hermosa es la religión! Tanto, que en vano pretende esa necia sabiduría de ciertos hombres añadirla un solo átomo de perfección a la que le concedió su Autor cuando la formó y con el divino matiz de su sangre la hizo toda pura e inmaculada; pero que *por ser demasiado hermosa no se la puede defender con las armas*, si la necesidad lo exigiere, es una ilación no sólo disparatadísima, sino opuesta al sentido común de los hombres que saben discurrir racionalmente. Es una consecuencia propia del filosofismo modernista, que sólo enseña a palabrear y discurrir sobre verdades, bordeándolas con sus atrevimientos o asomándose inconsciente, a la herjía.

Sí; *es muy hermosa la causa de la religión*; pero por serlo, precisamente, no debe dejársela abandonada, sino que es justo defenderla a mano armada contra sus más terribles y fieros enemigos.

Otro argumento se esgrime contra nuestra tesis con estas palabras: «*El Salvador mandó a Pedro, cuando cortó la oreja a Malcos, que volviese la espada a su lugar, para enseñar al mundo que su reinado es de paz. La Iglesia, animada del mismo espíritu de paz y caridad, detesta las violencias y desaprueba al que quiere propagar la religión con la fuerza.*» No parece sino que el autor de este argumento quiere hacernos engullir el Maniqueísmo, que tenía por lícita la guerra como opuesta a la paz, mansedumbre y caridad del Evangelio, sin atender que la guerra es a la vez un instrumento y un medio a veces imprescindible para lograr la paz: o bien se pretendía, a fuerza de una caridad mal entendida, convertirnos en estúpidos indiferentistas en materia de religión.

¡No, señores moralistas y lo modernista, no! Atiéndanlo bien. No es lo mismo *predicar, propagar, enseñar y establecer* la religión, que defenderla ya tradicionalmente establecida, sostener su posición legítima y sus sagrados derechos, y vindicar las injurias y atropellos de sus enemigos. Lo primero jamás ha sido obra de *la violencia y de la fuerza*: no se planta la Cruz con las armas. Lo segundo puede y debe serlo en ciertas circunstancias, sin que ello se oponga a la doctrina de Jesucristo ni al espíritu de la Iglesia. Bien así como en un gobierno justo y entre sabios legisladores, jamás la formación de una ley saludable ni el conocimiento de ella se ha confiado a la punta de la espada; pero sí el hacerla cumplir, después de promulgada en debida forma y el defenderla contra los díscolos y los insultos de los que la violen. Sólo entre la anarquía, la revolución atea y los gobiernos despotas, la ley es la fuerza de una mayoría cesarista amparada por la fuerza de las bayonetas y el triste fruto de las imposiciones del populacho que no se hace conocer sino por sus violencias.

Jesús mandó a Pedro *volviese la espada a su lugar* porque debían cumplirse hasta el fin las sagradas escrituras, y el Hombre-Dios había de beber el cáliz de la pasión y consumir con su sacrificio, la redención humana; de lo contrario, como dijo el mismo divino Maestro, podía rogar a su Padre celestial, quien le hubiese mandado más de doce legiones angélicas para la defensa.

La verdad, pues, de la religión no se anuncia, no se predica ni prueba con las armas, con la fuerza y la violencia; pero una vez confesada, admitida, reconocida y establecida tan tradicionalmente como en España, produce sus derechos, sus acciones y sus obligaciones, que pueden hacerse respetar y defenderse, si es preciso, con la fuerza. Esta es la conducta que sigue y observó constantemente la Iglesia, animada del mismo espíritu de su divino Fundador. Nunca

ha permitido que la creencia de la religión católica se establezca con la *violencia y fuerza de las armas*. Sabe muy bien que el creer ha de ser obra del entendimiento y de la voluntad por medio de la gracia, y que nada debe ser tan voluntario como la religión, la cual, por lo mismo de ser forzada, sería nula, según la bella expresión de Lactancio. «No con la espada — escribió un piadoso Rey de Navarra—, sino con la persuasión, con la fuerza de la doctrina, se planta la religión en los corazones de los hombres y se corrobora con el ejemplo de una vida honesta.» Pero esta misma Iglesia nuestra, luz y columna de la verdad, ¿ha prohibido jamás el defender la religión ya establecida contra las injustas agresiones de sus enemigos? ¿Acaso el Evangelio abrogó los derechos naturales sociales y políticos de los pueblos? La religión de Jesucristo, dando un nuevo ser y vida a los pueblos que la abrazaron, participa con la misma sociedad de todos sus derechos, y no es menos lícito defender la una que la otra.

Y no se olvide que el Salvador de los hombres, con ser manso y humilde de corazón, descargó algunos latigazos sobre los profanadores del templo. Procuren guardar bien las espaldas, que algunas docenas merecerían los que profanan la doctrina católica y llevan la confusión en las almas de muchos sencillos creyentes.

IV

EL ESFUERZO DE TODOS

No debe, necia o maliciosamente, confundirse la Religión considerada en sí misma, y en cuanto es un conjunto de verdades reveladas por la infalible palabra del mismo Dios, con lo que es aquélla por parte de los individuos que la profesan, dando legítimo culto a Dios como a su autor y su fin, formando una perfecta sociedad religiosa cuyos derechos no son menos respetables que los de la sociedad civil. La defensa de la Religión nunca ha tenido por objeto el compeler directamente por la fuerza a que se admitan, abracen y crean las verdades de la fe católica; pero sí que no sea injustamente impedida su profesión, su culto, sus usos y sus costumbres, sus leyes y su gobierno, que en nada han de atropellar al poder civil. No es lícito a los creyentes obligar con las armas a los enemigos de su creencia a que abandonen sus errores y sigan la religión verdadera; mas no por eso los que la profesan deben dejarse oprimir y atropellar por los impíos sin oponer resistencia como mansas ovejas; ser miembros de la Congregación de los fieles no quita el derecho natural de la defensa. ¿No ha sido la Iglesia expropiada de sus bienes, incendiadas muchas iglesias y conventos, profa-

nadas las imágenes, derribadas las cruces de término, expulsados los jesuitas, privados los religiosos de la enseñanza y próximos a ser desposeídos de sus propiedades; en una palabra: la religión convertida en objeto de ludibrio y befa, de rabia, encono y contradicción?

El espíritu revolucionario no es capaz de remordimiento ni de retroceso en su camino; es el movimiento continuo de la iniquidad y de la perfidia. ¿Y aún anda por ahí quien pretende y espera que la República y la Iglesia se alarguen las manos?

Tal es el horroroso cuadro. ¡verídico cuadro! de la desgraciada España. Y a su vista, ¿no ha de ser justo, no ha de ser lícito, no ha de llegar a ser obligación y el más sagrado de los deberes acudir a la fuerza (si las razones no valen para los déspotas) para defender la santa Religión y con ella la Patria? ¿Qué español, como corra por sus venas la pura y leal sangre de sus ma-

yores, no sentirá inflamarse su noble y religioso corazón ante los ultrajes a su Dios y el escarnio de sus creencias? ¿Puede hallarse español alguno, por más ignorante que sea, que no conozca ya, a fuerza de una larga y dolorosa experiencia, que la causa de la Religión y de la Patria están como identificadas en España?

Unámonos, pues, todos los buenos españoles en defensa de la Religión; corramos todos a reunirnos bajo los estandartes de la Religión y de la Patria. Gritemos asimismo viva la Libertad, hija de Dios, así como el libertinaje es hijo de Lucifer. Un solo esfuerzo general y unánime bastará para reducir a los que, invocando una libertad y un revolucionarismo que en absoluto desconocen, se han entregado loca, malévola-mente y con infernal encono, a atropellar los derechos de Dios, y a sumir la Patria en el caos más espantoso.

DOCTOR LEAL.

Programa Tradicionalista

I

EL DEBER DE SER POLITICO

1.—El hombre tiene el deber ineludible de defender a Dios y a las cosas de Dios. Y sobre todo allá donde sean atacadas. Hoy, el reinado de Cristo sobre la sociedad y los hombres es atacado preferentemente por los políticos y en el terreno político (*leyes, escuelas, propaganda, Estado ateo*, etc.) ES UN DEBER RELIGIOSO, pues, intervenir en la política del país.

2.—La Patria es una cosa natural, la herencia de nuestros padres, el tesoro de nuestros hijos, la lengua que hemos aprendido y con la cual nos expresamos fácilmente, la tierra donde nosotros y nuestros hermanos hemos nacido, el hogar que ha sido testigo de nuestras alegrías y de nuestros dolores. ES UN DEBER PATRIOTICO intervenir en la marcha integral de la Patria, queriendo hacerla fuerte, rica, gloriosa y bien gobernada.

3.—Tengo el deber de defender mis intereses económicos, la libertad de mis paisanos, el pan de mis hijos, el buen gobierno para mis hermanos, la prosperidad para todos los ciudadanos. ES UN DEBER INDIVIDUAL intervenir en los negocios comunales.

4.—Mi condición de hombre, de racional y de gobernado, me autoriza la crítica en favor o en contra de los actos de los que me gobiernen

y administren. Y condenaré las cosas malas que yo hubiera podido evitar, por la parte que me tocara: y alabaré las buenas con satisfacción, sin haber intervenido para nada en esas glorias. Solamente tiene derecho a criticar los actos del gobierno, aquél que hizo todo lo posible por evitar los malos gobernantes.

5.—La indiferencia política de los ciudadanos engendra, al fin, el caciquismo más asqueroso, el entronizamiento de los malos, la ruina de todo lo bueno. Los buenos son más que los malos. Estos, en la política, serían vencidos por los buenos, si éstos luchasen. Si muchos no lo hacen, lucharé yo por deber. El pecado de abstención de los otros, no excusaría mi pecado.

6.—El hombre es, además de hombre, ciudadano. Debe actuar de hombre y de ciudadano. De hombre bueno y de ciudadano bueno. No de hombre solamente, sin meterse en política: ni de hombre bueno y ciudadano malo, como hacen muchos. Un mal ciudadano es un mal hombre.

7.—Los griegos, en distintas épocas de su historia, confiscaban los bienes de los que no intervenían en lo negocios políticos, y aun en las guerras civiles. Un célebre cardenal escribió: «Prefiero un impío, un mal ciudadano, a un hombre indiferente.» León XIII recordó muchas veces, como hombre y como Papa, los deberes políticos de los ciudadanos. Todos los pensadores

lanzan sobre los indiferentes aquel estigma de la madre de Boabdil: «Llorad como mujeres lo que no supisteis defender como hombres.»

II

LA TRADICION

8.—Política quiere decir el régimen del pueblo; es decir, todo lo necesario para evitar a la sociedad los peligros que naturalmente encuentra en su camino, y todo lo necesario para guiar al pueblo hacia el bien en todo sentido. Evitarle todo lo malo, fomentando todo lo bueno. Y eso se hace por medio de leyes.

9.—Las leyes pueden ser de tres clases: LEYES DE DERECHO NATURAL, que ningún pueblo puede conculcar, como «no matarás», «amarás a tu padre y a tu madre», «el hombre es libre»; LEYES TRADICIONALES, que son las que un pueblo se ha dado a sí mismo durante siglos y siglos, del mismo modo que otro pueblo se ha dado otras diferentes; y LEYES ACCIDENTALES, que son las dadas a tenor del derecho natural y de las tradiciones a cada instante y según los tiempos.

10.—El derecho natural une a todos los pueblos. El derecho tradicional es el que conviene a un solo pueblo, a su carácter, a su modo de ser; el que distingue una nación de otra, dándole personalidad clara y propia; es el derecho natural amoldado a cada lugar. Derecho accidental (*que puede ser igual en muchas naciones*), es como el amoldamiento de la nación a los distintos tiempos, es la fisonomía externa, es el traje con que se visten las naciones a cada instante.

11.—La Tradición es lo más importante de un Programa político. Porque el derecho natural es igual en todas partes. El derecho accidental varía constantemente a través de los tiempos. La Tradición, en cambio, es el alma del pueblo, lo que hace que aquel pueblo tenga personalidad propia, clara, permanente a través de los siglos, de peculiar relieve en el concierto de las naciones.

12.—La Tradición, aun queriéndola y amándola mucho, hemos de aceptarla a beneficio de inventario. Es decir, rechazando lo que sea inaceptable hoy, por tradicional que sea, cambiando lo que no pertenezca a la esencia de la tradición, sino a las mudanzas temporales; no confundiendo las instituciones que las buenas costumbres del pueblo engendraron, con aquellas que nacieron del cesarismo de un hombre o del despotismo de algún período anárquico.

13.—La Tradición española, en lo más esencial, comprende desde el siglo VIII hasta el XV. Antes de ese período, los pueblos ibéricos estaban en plena formación étnica. Después, ya las instituciones van desnacionalizándose, por in-

fluencias del Renacimiento, de la Revolución francesa, etc.

III

DIOS Y LA IGLESIA.

14.—Dios ha de reinar sobre los individuos y sobre la sociedad. La nación es soberana en todos sus asuntos privativos. Los asuntos mixtos no pertenecen a ella sola. Los asuntos religiosos tocan a la nación, por referirse a los ciudadanos; tocan a la Iglesia por ser cosas religiosas. Toca a la nación materialmente; a la Iglesia, formalmente. El Estado no puede impedir la acción de la Iglesia en lo religioso.

15.—La Iglesia tiene que regular, ella sola, todo lo dogmático y disciplinario. Tiene que organizarse libremente, sin perturbar, no obstante, la par del Estado. Ella también tiene que intervenir en dos asuntos no exclusivamente religiosos: la moral y la enseñanza. Porque la moral es la base religiosa, y la enseñanza podría apartar a todo un pueblo de la verdadera Religión.

16.—La Religión de España es la Católica. Condenar a los que, privadamente, profesan otras religiones, la Iglesia no lo quiere y el Estado no puede hacerlo. Prohibir toda manifestación privada de otros cultos, jamás se hizo en la España tradicional: judíos y moros vivieron libremente en Cataluña y en Castilla. Prohibir las organizaciones públicas de otras religiones es deber del Estado, igual que toda manifestación aparatosa. La Unidad Católica, así entendida, tradicionalmente entendida, será ley del Reino.

17.—La Iglesia, en sus ministros y en su organización, no debe depender del Estado. Nombrar Obispos, intervenir en la organización religiosa, pagar a los sacerdotes, son cosas ajenas por completo a los gobiernos; de no ser así, podrían originar simonías, indignidades, organización débil, conflictos religiosos por causas políticas. El Estado dará a la Iglesia lo necesario para vivir decentemente, lo que en justicia se le deba, organizándolo; es decir, capitalizará los bienes necesarios, para que, con sus rentas, viva la Iglesia económicamente independiente. Lo que el Clero percibía del Estado no era un sueldo. Era una mezquina restitución.

18.—El Clero, por lo demás, no tendrá privilegios de gobierno teocrático, que no toleran las tradiciones hispánicas. Organizados los dos Cleros, regular y secular, de conformidad con la legislación eclesiástica, tendrán todos los derechos de los demás ciudadanos, y, al mismo tiempo, todos los deberes: patrióticos, económicos, etcétera, etc. Los documentos de la jerarquía eclesiástica no podrán ser nunca objeto, para circular, de permisos reales o de censuras gubernativas.

IV

PATRIA, AUTONOMIA Y DEMOCRACIA

19.—Serán reconocidas todas las personalidades colectivas que la Naturaleza o la Historia hubiesen estatuido, con carácter definido y reconocido. Y así serán reconocidas las regiones, las comarcas, los municipios, los gremios, las clases y las asociaciones. Y cada una con su personalidad con todos los derechos que de ello se deriven, como asimismo con todos los deberes a que viene obligada.

20.—Las regiones españolas — o las reuniones de regiones agrupadas por lenguas, historia e intereses — tendrán verdadera autonomía administrativa, económica, judicial, jurídica y política, adaptada ésta a las necesidades del tiempo. Cada una decidirá sus leyes privativas, sus contribuciones y su organización interna; cada una organizará su enseñanza, sus obras públicas y su policía, formando así un conjunto de repúblicas democráticas presididas por una Monarquía federativa y cristiana.

21.—Las Comarcas de la Región tendrán autonomía económica y administrativa — no política, jurídica ni judicial — en lo privativo de la Comarca. Y los Municipios en lo exclusivo de la respectiva demarcación. Los gremios que lo necesiten como el de Comercio, tendrán sus tribunales especiales.

22.—Los Consejos Municipales serán formados, por partes, por representantes de las familias (cabezas de familia) y de los gremios, de formación forzosa. Los Consejos de las Comarcas serán formados, por partes, por representantes de los gremios, cabezas de familia y notabilidades. Los Diputados regionales serán representantes, por partes, de gremios, ciudades y autoridades populares. Todo cargo, por medio de sufragio universal orgánico.

23.—Las Cortes regionales se reunirán anualmente en día y lugar fijados de antemano. Es indispensable su voto para todo nuevo impuesto, guerra o paz, tratados comerciales, servicio militar y demás asuntos graves que se determinen. Los ministros regionales, secretarios del Rey, serán nombrados por él, no pudiendo ninguno de ellos ser diputado, ni formar parte de Compañías y negocios comerciales. El poder judicial será autónomo e inamovible.

24.—El servicio militar es voluntario; la instrucción militar es obligatoria; los Somatenes armados un derecho del pueblo.—Todas las lenguas hispánicas, en lo regional, tienen iguales derechos de expresión.—Las contribuciones se basarán en la proporcionalidad de la riqueza, no pudiendo cargarse ninguna sobre artículos de primera necesidad. Una protección abierta a las in-

dustrias nacionales no será obstáculo a leyes protectoras del trabajo, cuya prosperidad debe basarse en estudiados puertos francos, zonas neutrales y admisiones temporales.

25.—Habrá, políticamente, absoluta libertad individual de conciencia en cosas religiosas; libertad de prensa en lo político, sin previa censura, limitada por la prohibición de inmoralidades y abiertos ataques al Dogma católico; libertad de asociación y de tribuna, con las solas limitaciones anteriores, vigentes en todos los grandes pueblos; libertad absoluta al trabajo y también a la huelga pacífica, reguladas una y otra por los gremios interesados: libertad y derecho de enseñanza y de adquirir en todos los organismos autónomos.

26.—El Gobierno Central o Federal cuidará de los intereses generales a toda la Comunidad Española, que son: Ejército de mar y tierra, la consiguiente defensa del territorio español y luchas armadas con otras naciones; negocios y tratados comerciales interregionales; garantía de los derechos individuales de los ciudadanos; conflictos interregionales; administración de los intereses generales; legalidad religiosa, de común acuerdo con la Santa Sede.

V

REY Y DINASTIA

27.—La organización política será un conjunto de repúblicas regionales, unidas estrechamente por una Monarquía federativa. Cada región tendrá sus códigos: el Estado también tendrá los suyos. El poder ejecutivo de cada región será nombrado por el Rey. Este resolverá, por sí solo, todos los negocios secundarios del Estado, y los Virreyes regionales (Presidentes de Ministros) los negocios secundarios de su respectiva región. Lo demás, el Rey o Virreyes con sus Cortes.

28.—Los ministros regionales y los ministros nacionales serán residenciados al terminar su ministerio. Un tribunal examinará su gestión en todos sentidos; y serán absueltos o condenados en las circunstancias que determinen las constituciones del Reino. Podrá ser, también, residenciado el Rey en los casos que las mismas constituciones prevengan.

29.—La manera de funcionar las Cortes no será parlamentaria en el discutir, como no lo será en su constitución. Se presentarán las defensas y contras por escrito, y sólo podrán pronunciarse breves palabras en las rectificaciones. Así, Cortes y Monarquía serán representativas.

30.—A la sucesión de la Corona no tienen derecho las mujeres, sino en caso gravísimo que las Cortes determinarán; así como los casos de

regencia los determinará la Constitución. La Dinastía es legal y legítima siempre que, habiendo subido legítimamente, o aun siendo de un origen ilegítimo remotísimo y olvidado, reine y gobierne según ley y recta razón. Queda depuesto un rey — pero no la dinastía — cuando incurra (a juicio de las tres cuartas partes de los representantes del Reino) en uno de los grandes atentados que la Constitución señale.

31.—La Comunión Tradicionalista Española sigue leal y rindiéndole amoroso culto a la rama masculina de la Casa de Borbón, representada hoy por el Augusto Don Alfonso-Carlos I de Borbón y Austria-Este, hermano de Don Carlos VII y tío de Don Jaime de Borbón y de Borbón.

VI

PROCEDIMIENTOS Y ORGANIZACION

32.—En un pueblo bien regido, el derecho de rebelión no existe. La guerra, más si es civil, es un mal inmenso que genera una larga serie de calamidades morales y materiales. Pero es, muchas veces, un mal menor irrecusable, que evita otros mayores males. Es así cuando el Rey, legítimo o no de origen, malgobierna al pueblo y los legítimos representantes de éste no deponen ordenadamente al Rey. Hay entonces un derecho santo de insurrección, y la guerra llega indefectiblemente a los límites del deber.

33.—Es un hermoso ideal de buen gobierno, la no existencia de partidos políticos contrarios. Pero a veces, no sólo son un derecho (cuando discuten unos con otros de cosas más o menos necesarias), sino que son más bien un deber (cuando, gobernando los malos, los buenos contraen la obligación sagrada de organizarse y luchar).

34.—La Comunión Tradicionalista, triunfante, aspira a aniquilar los partidos, haciéndolos innecesarios, gobernando bien. La Comunión Tradicionalista, en la oposición, ha de vivir en partido compacto, fuerte, organizándose a imagen del Estado futuro, con Juntas de origen popular al frente de los pueblos, comarcas y regiones, presididas por altas personalidades de nombramiento real. El contacto de Rey y pueblo ha de ser constante. Así el Rey conocerá las necesidades de su pueblo; y éste amará a su Rey con amor entrañable.

35.—Siglo el presente eminentemente social, más que político, los instrumentos de lucha no han de ser precisamente los partidos políticos, sino mejor coaliciones sociales (*religiosas, económicas, regionalistas*, etc.) Estas solidaridades, sostenidas con lealtad y sinceridad absoluta, no deben impedir la propaganda y la acción de los ideales privativos de la Comunión.

VII

¿CUAL ES EL MEJOR PARTIDO?

36.—Es deber de todo buen ciudadano el tomar parte en las luchas políticas de su tiempo y de su tierra. Y como que cada cual es responsable de sus actos, es deber suyo examinar los distintos programas de los partidos políticos españoles, para ingresar en las filas del que encuentre mejor, teniendo siempre en cuenta estas palabras de Balmes: «Es difícil que una agrupación política defienda un Programa idéntico a lo que yo deseo. Pero es obra patriótica ingresar en el partido más afín; y no retirarse a casa o alzar nueva bandera por el solo motivo de que ningún partido dice exactamente lo que nosotros quisiéramos.»

37.—Un buen programa ha de basarse en estas cuatro cosas: 1.^a Que no sea opuesto al derecho natural, inmutable en todo tiempo y lugar. 2.^a Que esté conforme a las tradiciones, carácter, historia de aquel pueblo, compatible con su personalidad. 3.^a Que no contradiga los adelantos y las necesidades de los tiempos presentes. 4.^a Que estando en la oposición, personalmente y como partido, practique en lo posible sus ideales y doctrinas en todos sentidos.

38.—El Programa de la Comunión Tradicionalista no va contra el tercer principio, como se ha dicho; ni contra el cuarto. No contradice los tiempos modernos, porque, como se ha visto en el presente esbozo, es eminentemente democrático y lleva sus ideales religiosos acomodados a las actuales circunstancias, sin merma de su pureza. No llevan los tradicionalistas una conducta contradictoria con su programa, sino que avanzan cada día más en el camino de su total organización, verdaderamente tradicionalista.

39. Los demás partidos, opuestos al tradicionalista, han de contradecirse por uno u otro lado. Unos atacan los derechos de los ciudadanos con ideales de persecución religiosa; otros atacan el derecho democrático con su acción anticatólica, cuando el 80 por 100 de españoles se firma voluntariamente católico; los de aquí luchan por el centralismo, antinatural y antiespañol; los de allá defienden una forma republicana que la tradición española no tolera.

40.—Todos los partidos han gobernado. Todos los programas se han implantado en España. Todos han gobernado y todos han fracasado... Todos menos el Partido Carlista y el Programa Tradicionalista. Es propio de hombres previsores y sensatos, agotados todos los remedios, probar el último que queda.

Dando a leer este salvador programa, podéis ganar dos votos para la Santa Causa: UNO DE SUMA a nuestras filas y UNO DE RESTA a las del enemigo.

J. M.^a R.

Epílogo

Ninguna de las pocas firmas que aparecen en este **Album** (como no sea, claro está, la mía humilde), ha tenido conocimiento de que iba a ser nuestro colaborador. No podemos decir que las hayamos usurpado, porque de antemano sabíamos que nuestros amigos prestarían con gusto su adhesión y su concurso a cualquiera obra que tendiera al esplendor de nuestra Causa, a la cual honraron con su pluma y con el destello de su inteligencia. A todos ellos mi salutación por lo que supieron escribir sobre puntos de nuestra Historia y que a mí me ha parecido útil reproducir en este **Album histórico del Carlismo** para mayor difusión y conocimiento entre nuestros correligionarios y amigos.

Pero el carácter preferentemente militar que ha ido tomando este **Album** en el camino de su elaboración histórica y a través de más de un siglo de vida y acción de la Comunión Tradicionalista, me obliga a rendir un merecido y especial homenaje a dos personalidades a las cuales debo cuantos conocimientos he podido adquirir sobre historia militar del Carlismo y sobre sus hombres de armas: me refiero al bizarro General-Jefe de Estado Mayor carlista, D. Antonio de Brea, escritor militar meritísimo, fallecido en Madrid en 1898; y su hijo el erudito escritor militar carlista D. Reynaldo de Brea y Cuartero, que sin él sospecharlo aparece destacado colaborador de este **Album**, y a la antigua amistad del qual he podido yo recoger la mayoría de retratos y datos militares que ilustran la presente obra.

No pretendo haber hecho una obra completa, porque el historial del Carlismo, para ser completo, necesitaría la publicación de otras tantas obras como hasta hoy publicadas, y aún más. Ni es posible encerrar en este **Album**, ni en diez, las biografías de todos los héroes de nuestras guerras, ni a todos los relevantes políticos que honraron nuestra Causa y se honraron a sí mismos defendiéndola y amándola. Hemos puesto las más destacadas y conocidas en la milicia y en la política; y ahora por mi sola cuenta, aún sabiendo que voy a lastimar la modestia de un antiguo amigo, quiero que se dibujen asimismo en nuestro **Album**, las dos figuras más relevantes entre nuestros historiadores militares: D. Antonio y D. Reynaldo de Brea, de la más antigua prosapia tradicionalista, y a los cuales debemos, en gran parte, la larga lista de la casi totalidad de cuantos jefes y oficiales militaron en los Ejércitos de la Tradición.

JUAN MARIA ROMA

Excmo. Sr. D. Antonio de Brea

Hijo del Ilmo. Sr. D. Juan de Brea (Gentil-Hombre y Secretario de Doña Isabel II, del Hábito de San Juan, Comendador de número de Isabel la Católica y Caballero de la Pontificia Orden de San Gregorio Magno, de la distinguida de Carlos III y de la del Mérito Civil) y sobrino del Eminentísimo Señor Don Fray Cirilo de Alameda y de Brea (Cardenal Arzobispo de Toledo, Grande de España de Primera Clase, Maestrante de Ronda, General de los Franciscanos, etc.) nació en Ecija (Sevilla) el año 1834. Hizo sus primeros estudios en el Real Colegio de Seminaristas Nobles, de Madrid, ingresó como Caballero Cadete de Artillería en el Alcázar de Segovia el año 1848, ascendió a Alférez en 1852, a Teniente en 1854, y fué nombrado poco después Caballero de San Juan.

Destinado el Sr. de Brea al tercer Regimiento de Artillería de plaza, y encontrándose de guarnición en Cádiz cuando la contra-revolución de julio de 1856, desarmó la Milicia Nacional de dicha capital al frente de una Compañía de Artillería.

En 1857 fué nombrado Caballero de al Orden de Carlos III y destinado al Regimiento de Artillería a caballo, de guarnición en Madrid.

Cuando la guerra de Africa solicitó y obtuvo ser destinado a campaña con la Segunda Batería del Regimiento a caballo, cuya batería mereció ser felicitada por el General en Jefe D. Leopoldo O'Donnell, y ser citada con grande encomio por el ilustre Académico de la Real Española D. Pedro Antonio de Alarcón en su notable «Diario de un testigo de la guerra de Africa».

Batióse el Sr. de Brea durante aquella campaña en las acciones de 25 y 30 de diciembre de 1859, en la batalla de los Castillejos, en el paso del río Azmir, en las acciones de Montenegro y de la Aduana, en las batallas de Guad-el-Jelú y de Tetuán, y en la acción de Samsa, ganando la Cruz de San Fernando, el grado de Capitán y el título de Benemérito de la Patria.

En 1862 fué ascendido a Capitán y destinado al Cuarto Regimiento Montado.

En enero de 1866 formó parte, con la Batería de su mando de la División que a las órdenes del General Marqués de Sierra Bullones persiguió a las tropas sublevadas por el General Prim, hasta obligarlas a refugiarse en Portugal, y en la sangrienta jornada del 22 de junio de aquel mismo año batióse por Doña Isabel en las calles de Ma-



drid contra las tropas sublevadas por el General Pierrad.

En 1867 fué agraciado el Capitán Brea con la Cruz del Mérito Militar.

Cuando a la muerte del Capitán General D. Ramón María Narváez, Duque de Valencia, se encargó de la Presidencia del Consejo de Ministros el ilustre político D. Luis González Bravo, decidido a dar la batalla a la Revolución, ofreció un Gobierno Civil de provincia a nuestro biografiado, como persona de toda su confianza y militar de los más significados por su lealtad; pero el Sr. de Brea prefirió continuar en el mando de su Batería, al frente de la cual peleó en defensa del trono de Doña Isabel a las órdenes del caballero Capitán General Marqués de Novaliches, en la célebre batalla de Alcolea, en la cual ganó el grado de Comandante.

En septiembre de 1869 fué nombrado Caballero de la Orden de San Hermenegildo; al año siguiente fué agraciado con la Cruz de Isabel la Católica y estaba ya propuesto para el empleo inmediato (que por rigurosa antigüedad ya le correspondía) cuando solicitó su licencia absoluta al ser proclamada la República en Madrid.

Entonces emigró a Francia y ofreció su espada a Don Carlos, cuya augusta señor le destinó a la División de Navarra; por cierto que al dar los periódicos liberales la noticia del ingreso del Sr. de Brea en el Ejército carlista doliéronse de ello, por considerarle «militar de los más dignos y respetables, por la gran reputación y prestigio

de que gozaba entre sus compañeros del Arma de Artillería», palabras textuales de «La Iberia», diario progresista de Madrid.

A las inmediatas órdenes del General Ollobatióse el Sr. de Brea en la acción de Puente-la-Reina (por la que fué ascendido a Teniente Coronel), en la batalla de Montejurra (por la que fué agraciado con la Medalla de aquella victoria carlista (y en la acción de Velabieta, en la que a pesar de haber perdido (entre muertos y heridos) todos los artilleros que le rodeaban, menos el bravo sargento Garricho, siguió el Teniente Coronel Brea haciendo fuego hasta que le obligó a retirarse el mismo General Ollo, quien le felicitó al frente del Batallón 2.º de Navarra y premió su valor con la Placa Roja del Mérito Militar.

Asistió después el Teniente Coronel Brea a la acción de Berástegui; a las operaciones del sitio de Portugalete, al combate de Ontón; y cuando el sitio de Bilbao mandó las baterías de Artárgan, Santa Mónica y Ollárgan, haciendo frente (a sólo unos doscientos metros del enemigo) con el fuego de unos cuantos cañones lisos, al de la numerosa artillería rayada de la plaza durante los dos meses y medio que se prolongaron las operaciones de la línea de Somorrostro, obteniendo el empleo de Coronel y la Medalla de Vizcaya.

En el mes de mayo de 1874 pasó el Coronel Brea a Francia, comisionado para comprar los atalajes de cuatro baterías; en el mes siguiente, organizó la primera Batería montada del Ejército carlista; en agosto fué nombrado jefe de la segunda División de baterías de campaña; en septiembre asistió a las operaciones de la línea del Carrascal con las baterías del Marqués de las Torres de Orán y del Conde de Guevara, al frente de las cuales batióse en la acción de Monte San Juan; en noviembre mandó la Artillería carlista que concurrió al sitio de Irún, dirigió personalmente los fuegos de la Batería de San Marcial,



General de Artillería D. Antonio de Brea. - Brigadier de Artillería D. Luis de Pagés. - General de Artillería D. Juan Maestre. - General de Ingenieros D. Amador del Villar y Coronel de Artillería D. Amado Claver

y en diciembre fué agraciado con la Medalla de plata de Carlos VII.

En enero de 1875 asistió el Coronel Brea a las operaciones de la línea del Oria con las baterías de Reyer y de Torres; batióse en los combates sostenidos en la citada línea los días 28 y 29 de enero; trasladóse en seguida a Navarra para volver a tomar parte en las operaciones de la línea del Carrascal, a las cuales asistió mandando las baterías del Marqués de Grañina, de García Gutiérrez y de Ortigosa, y cuando la batalla de Lácár llegó a merecer que en el parte oficial de aquel famoso hecho de armas consignase el Comandante General Carlista de Navarra D. Ramón Argonz lo siguiente: «La Artillería, a las inmediatas órdenes del Coronel Brea, siguió el movimiento de las columnas de ataque, y situándose en un punto conveniente, hizo tan nutrido y certero fuego sobre las baterías enemigas que consiguió apagar los de éstas, contribuyendo eficazmente al buen éxito de la batalla».

También protegió el Coronel Brea, con la artillería de su mando el heroico ataque dado a Monte-Esquiza por el Coronel Calderón a la cabeza del Batallón titulado de «Guías del Rey», sosteniendo ambos bravos jefes el combate hasta que el mismo General Mendíry, Capitán General carlista de las Vascongadas y Navarra, les ordenó personalmente dar por terminados aquellos combates, los cuales valieron a nuestro biografiado la Placa Roja de tercera clase del Mérito Militar, permutada después por la Encomienda de la Orden de Carlos III.

En el siguiente mes de marzo volvió a distinguirse en el victorioso cañoneo de Aya (línea del Oria) el Coronel Brea, quien ejerció después durante cuatro meses la Dirección de la «Academia de Oficiales de Artillería de Campaña» establecida en Azpeitia, y habiéndosele encargado a mediados de julio de proteger la costa contra los bombardeos de la Marina de Guerra de Don Alfonso, dirigió la construcción y el artillado de las baterías de Bermeo, Elanchove, Mundaca y Lequeitio, al frente de las cuales sostuvo numerosos fuegos contra los buques de la Escuadra, siendo por ello agraciado con la Medalla de la Costa Cantábrica.

El día 19 de noviembre de 1875 fué D. Antonio de Brea ascendido a General de Brigada y encargado del mando de la División de Artillería de operaciones en las Provincias Vascongadas, con cuyo motivo construyó y artilló la Batería acasamatada de Venta Zúquin y dirigió varios cañoneos contra los castillos y los fuertes de San Sebastián, Guetaria y Hernani.

A principios de diciembre de 1875, terminada ya la guerra en Cataluña y en el Centro, reunió el Gobierno de Don Alfonso más de doscientos mil hombres para operar contra los carlistas del Norte. En aquellos momentos críticos confi-

rió Don Carlos el mando de su Ejército del Norte a su augusto primo el Príncipe de Nápoles, Don Alfonso de Borbón y de Austria, Conde de Caserta, y nombró Jefe de Estado Mayor de Su Alteza al Brigadier de Artillería D. Antonio de Brea, quien con tal motivo mostró una vez más sus excelentes dotes militares en aquella época por extremo difícil y azarosa, distinguiéndose al sorocar en unión de S. A. el Conde de Caserta la sublevación del Batallón primero de Alava (ocurrida en Abárzuza contra su Coronel), así como en el cañoneo de Hernani, en los combates del monte de San Bartolomé, de Baigarri, Artazu, Santa Bárbara de Mañeru, Santa Bárbara de Oteiza y de Iruña; contribuyendo, en fin, eficazmente a salvar el honor de las armas carlistas, ya que (en el estado a que habían llegado las cosas) imposibilitaban su triunfo el gran número de tropas y los poderosos elementos de combate acumulados sobre el Norte por los alfonsinos, así como otras causas de triste recuerdo, imposibles de consignar aquí por falta de espacio para ello.

Al concluirse la guerra entró en Francia el General de Brigada Brea con S. A. R. el Conde de Caserta, como segundo jefe de aquella brillante División (compuesta de batallones castellanos, cántabros, asturianos y primero de Valencia y de los regimientos de Caballería de Borbón y de Cruzados de Castilla) que en unión de las tropas afectas al cuartel de Don Carlos (a las inmediatas órdenes de su Ayudante de Campo el General Martínez Fortún) escoltó a aquel Augusto Señor hasta Francia, siendo, por lo tanto, S. A. R. el Príncipe, Conde de Caserta, así como D. León Martínez Fortún y D. Antonio de Brea los únicos generales que mandando, como tales, tropas formadas, disciplinadas y armadas, tuvieron la honra de tributar honores, el día 28 de febrero de 1876 a Don Carlos, cuyo Augusto Señor premió con la Gran Cruz Roja del Mérito Militar el contraído en los tres últimos meses de campaña por nuestro ilustre biografiado, cuyos servicios posteriores a la época de la guerra fueron recompensados con el ascenso a General de División en el año de 1893.

El General Brea que ejerció muchos años el cargo de primer Vice-Presidente del Círculo Tradicionalista de Madrid, distinguióse como escritor desde la remota época en que no era aún más que Cadete de Artillería, como así se consigna en la magnífica obra titulada «La Vida Militar en España» debida al capitán de Artillería D. José Cussachs y al de Infantería D. Francisco Barado, pertenecientes ambos al Ejército Alfonsino.

Entre los numerosos escritos del General Brea merecen especial mención la novela titulada «Un noble y un bastardo», sus artículos publicados en varias revistas e ilustraciones con el título de «Recuerdos Militares» y sus estudios sobre «La batalla de Alcolea» y sobre «La Campaña de So-

morrostro», cuya Memoria ganó el premio ofrecido por D. Jaime de Borbón en el Certamen celebrado en Madrid el año 1896 para conmemorar la primera fiesta carlista del día 10 de marzo, consagrada a los Mártires de la Tradición Católico-Monárquica. Pero lo que más afirmó su reputación en esta clase de trabajos lo fué su «Campana del Norte de 1873 a 1876», obra verdaderamente notable y por la cual felicitaron al General Brea, no sólo Don Carlos y los carlistas, sino que también varios prelados, muchos generales, jefes y oficiales alfonsinos y algunos personajes civiles adictos a la Causa liberal.

El General Brea falleció cristianamente en Madrid el día 14 de diciembre de 1898; su entierro probó la gran estimación en que le tuvieron liberales y carlistas, pues a él asistieron los generales alfonsinos Azcárraga, Correa (Jefe del Cuarto

Militar de la Reina Regente Doña María Cristina), Vega Inclán, Sevilla, Lafuente, Andía, Larumbe, Muñoz Vargas y Rivera, los Marqueses de Ovieco, de los Castellones, de Reguer, de Villa-Huerta y de Villafuerte; los Condes de Torrependo, de Casasola, del Pinar, de Aznier, de Manila, de Torre-Arias y de Rodezno; el Ministro de Ultramar Romero Girón; el antiguo Ministro de la República Sr. Echegaray; los coroneles de Artillería Fort, Vargas y Quinto; los tenientes coroneles de dicho Cuerpo Piñera, Rascón, Carra, Sentestillano y La Llave; otros muchos jefes y oficiales alfonsinos, y la mayor parte de los carlistas residentes en Madrid, presididos por sus generales D. Elicio de Berriz (último Ministro de la Guerra de D. Carlos de Borbón), D. Amador del Villar y D. Cesáreo Sanz, Diputado a Cortes por Pamplona.

D. Reynaldo de Brea y Cuartero

B. de Artágan



Hijo del General carlista de Artillería Don Antonio de Brea y González Bayón, que fué el Jefe de Estado Mayor de S. A. R. D. Alfonso de Borbón y de Austria, Conde de Caserta

Sobrino del Cardenal de Toledo y Grande de España D. Fray Cirilo de Alameda y de Brea, del Obispo de Nueva Segovia D. Fray Mariano Cuartero y Sierra; y del General carlista de Artillería Marqués de Berriz, último Ministro de la

Guerra de D. Carlos de Borbón y de Este; y biznieto político del Conde de Sechi que fue Vice-Presidente de la Junta Carlista de Tortosa cuando la guerra civil de 1833 a 1840.

D. Reynaldo de Brea nació en Zaragoza el 12 de mayo de 1863; a los once años de edad ya recorrió a caballo gran parte del país vasconavarro, acompañando unas veces a su padre (que mandaba a la sazón las baterías del Marqués de Grañina, del Conde de Guevara, de D. Julián García Gutiérrez y de D. Joaquín de Llorens) y otras veces con su tío el General carlista Berriz que era por entonces Comandante General de Vizcaya. Encantado el jovencito Brea con aquella tan deliciosa vida, escribió una especie de jugueteo cómico al que tituló: *El amor y la guerra*, mostrando así, ya, aficiones a la pluma.

A los diez y seis años de edad (y preparado al efecto por el Coronel de Artillería carlista Don Julián García Gutiérrez), ingresó en la Academia del Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, y a los pocos meses de ser ascendido a Alférez (con el número siete de los veinte y cinco nuevos oficiales que constituyeron su promoción) dejó ya la carrera militar después de patentizar sus simpatías personales en una Memoria que con carácter reglamentario hubo de escribir, y a la cual dió el título de *Chuanes y Vendeanos*, como en honor de los combatientes legitimistas de Francia.

Desde que renunció al uniforme militar colaboró con gran asiduidad en muchos periódicos tradicionalistas, y se distinguió actuando en todo con decisión y entusiasmo como Secretario de la Congregación de San Luis Gonzaga, de Madrid, y como primer Presidente de la primera

Juventud Carlista que se organizó en la capital de España, y cuyo primer Mensaje de adhesión a Don Carlos de Borbón y de Este fué por el joven Brea redactado, publicándolo toda la prensa Católico-monárquica de nuestra Nación y algunos periódicos de América y de Francia.

Invitado por su tío el Obispo de Nueva-Segovia Don Fray Mariano Cuartero (hermano de su señora madre) se embarcó D. Reynaldo de Brea para Filipinas, en donde fué corresponsal político-literario de «El Correo Español», de Madrid y desde donde colaboró asiduamente en la ilustración militar carlista titulada «El Estandarte Real», publicado en Barcelona bajo la acertada dirección de D. Francisco de P. Oller, y de cuya excelente ilustración fueron también colaboradores el Marqués de Cerralbo, Delegado General de Don Carlos, y los generales carlistas Marqués de Valde-Espinosa, Brea, Díaz de Ceballos y Barón de Sangarren y el diputado a Cortes D. Joaquín Llorens.

Cuando la insurrección de los indios apodados *Cabaylanes* en la provincia de Antigua (de la Isla de Panay) ocurrida por la primavera del año 1888, aunque D. Reynaldo de Brea llevaba algunos años de no ser militar, en seguida se ofreció al Gobernador Político-Militar de aquella provincia para batirse por España, y salió a operaciones con una columna de la Guardia Civil, asistiendo a varios fuegos por la parte de Antigua, Guintas, Pilago y Sibalong.

En abril de 1891 embarcó en Manila con rumbo a España, y en octubre de aquel mismo año se trasladó de Madrid a Tortosa, donde ha ejercido durante un quinquenio el cargo de Presidente de la Junta de la Cruz Roja, y en donde viene residiendo desde hace ya algo cerca de medio siglo, distrayendo sus ocios con escritos relativos a nuestras guerras de la anterior centuria; pero hace bastante tiempo que no publica nada, y ahora, achaques propios de su avanzada edad le tienen (desde mediados de 1932) dedicado exclusivamente al cuidado de su salud, prescindiendo (al efecto) de toda clase de actuaciones, viviendo, en fin, como prisionero en su propio domicilio, sin salir de él más que en los días que resultan hermosos por todos conceptos, y solamente a las horas en que domina bien el sol.

De sus numerosos, y ya lejanos, trabajos del género ya aquí indicado, podemos recordar ahora los que a continuación se expresan:

«Bocetos militares» — «Victorias carlistas de antaño» — «Victorias Isabelinas» — «Guerra de Montañas» — «Carlistas de antaño» — «Caudillos liberales de antaño» — «Estudios Militares» — «Cruzados Modernos» — «Generales Moderados» — «Apuntes de Estrategia» — «Aspecto militar del Marquesado de Tortosa» — «Carlistas ilustres de Andalucía» (obra premiada en público Certamen celebrado el año 1910 en Sevilla) — «Grandezas militares de la Independencia» — «Victorias de Cruzados Modernos» — «Notas de Historia» — «Victorias liberales de antaño» — «Príncipe heroico y soldados leales» — «Heroísmo Carlista» — «Recuerdos militares de Ultramar» — «Políticos del Carlismo» — «Bocetos Tradicionalistas».

En cuanto al concepto que pudiera merecer la extensa labor por D. Reynaldo de Brea realizada, nos limitamos a hacer constar que un diario de tanta circulación como lo es «La Vanguardia», de Barcelona, publicó al frente de la primera página de su número de 20 de agosto de 1929 un importante artículo del notable escritor D. Arturo Masriera titulado «Fuentes Bibliográficas», en cuyo tercer párrafo de su segunda columna se lee textualmente lo que sigue:

«Bermejo en su «Estafeta de Palacio» es más agudo y sagaz que malicioso. El Barón de Ar-tágan construye una mole histórica formidable con sus diez volúmenes dedicados al *Príncipe heroico y soldados leales, Bocetos Tradicionalistas, Carlistas de antaño, Victorias Tradicionalistas*, y otros tantos, en los que no hay personaje carlista sin su correspondiente biografía, ni acción, ni batalla sin todos los datos y debidos comentarios. Es obra partidista, desde luego, pero llena de tan sanas intenciones como manifiesta el autor en uno de sus prólogos. Facilitar la obra del historiador futuro, suavizar asperezas entre enemigos seculares, evitar días de luto en lo porvenir y amortiguar los desastrosos efectos de las luchas políticas entre hermanos son los ideales que persigue». No incluye documentos, y omite, muy adrede, las biografías de Cabrera y de Miret.»

Relación

de algunas destacadas personalidades carlistas que, en la imposibilidad de darlas sitio preferente en el presente *ALBUM* (o por no poseer su fotografía, algunos; otros, por faltarnos determinados datos; y de no ser así, porque con diez tomos como el presente no fuera bastante), su larga actuación en el campo carlista bien merece que sus nombres figuren en la presente *relación*, como justo homenaje a su lealtad y a los servicios que tan desinteresadamente prestaron a la causa Católico-Monárquica.

Sentimos que ni nuestra memoria ni nuestro archivo no haya podido abrazarlos todos.

DE LA PRIMERA Y SEGUNDA GUERRA (de 1833 a 1840 y de 1846 a 1849)

- SR. D. JUAN BAUTISTA ERRO, Ministro Universal de Don Carlos V.
- SR. D. JOSE ALVAREZ DE TOLEDO, Representante de Don Carlos V en Nápoles.
- SR. D. FRANCISCO BENITO ERASO, Comandante General de los carlistas vascos.

- SR. D. ANTONIO TALLADA, Brigadier de Infantería, fusilado en 1838.
- SR. D. JOSE DE SUREDA, Gentil-hombre de Don Carlos V.
- SR. D. FRANCISCO TADEO CALOMARDE, Agente diplomático de Carlos V., en varias Cortes europeas.
- SR. D. JOSE M. DE VILLAVICENCIO, Gentil-hombre de Carlos V, quien le distinguió por sus servicios con el título de Conde de la Constancia.
- EXCMO. SR. BARON DE RHADEN, Coronel del Ejército del Norte.
- SR. D. MIGUEL DE OTAL, Consejero de Estado de D. Carlos V.
- EXCMO. SR. CONDE DE ORGAZ, Gentil-hombre de Cámara de D. Carlos V.
- EXCMO. SR. D. LUIS GARCIA DE LA PUENTE, Ayo de Don Carlos de Borbón y Austria-Este.
- EXCMO. SR. D. MELCHOR DE SILVESTRE, Comandante General de Ingenieros del Norte.
- EXCMO. SR. D. BARTOLOME GUIBELALDE, Comandante General de los carlistas guipuzcoanos del 1836 a 1838.
- SR. D. BASILIO ANTONIO GARCIA, Director General de Expediciones durante la guerra.
- SR. D. PABLO SANZ, General de tropas carlistas de Navarra, fusilado en Estella el año 1839.
- SR. D. IGNACIO BRUJO, General de las tropas carlistas de Cataluña, en 1834 y 1835.
- SR. D. CARLOS PEREZ DE LAS VACAS, Brigadier de los carlistas castellanos de 1832 a 1836.
- SR. D. SANTIAGO VILLOBOBOS, Brigadier de Caballería, muerto en la toma de Córdoba en 1836.
- SR. D. MARTIN LUIS DE ECHEVARRIA, Brigadier, muerto en el combate de El Perdón (1838).
- SR. D. BARTOLOME PORREDON (a) ROS DE EROLES, Brigadier asesinado en Cataluña en 1847.
- SR. D. JUAN CABALLERIA, Brigadier, muerto en Cataluña en 1847.
- SR. D. JUAN PERTEGAZ, Coronel de Infantería, heroico defensor del Castillo de Alcalá en 1840.
- EXCMO. SR. BARON DE HERVES, Primer mártir de la Causa Carlista, fusilado en Teruel el día 27 de diciembre de 1833, Teniente General del Ejército de Carlos V. Sus hijos y sus nietos, los señores Conde de Samitier, Barón de Pueyo y Conde de Samitier (Don Carlos) todos han figurado después en los ejércitos de la Tradición.
- SR. D. PEDRO L. DE GUIMAREST, Muerto en 1841 en Oceanía, a dónde fué deportado por conspirador carlista en 1835.
- SR. D. FRANCISCO ROMERO PALOMEQUE, Coronel de Caballería y Comandante del Escuadrón del Principe de Asturias. Hizo toda la primera guerra. En 1868 ofreció nuevamente su espada a Carlos VII, pero viendo que la guerra tardaba en estallar, ingresó en la Compañía de Jesús.
- SR. CONDE DE SECHI, Presidente de la Junta secreta carlista de Tortosa y Maestrazgo en la primera guerra, confiscándosele por el Gobierno todos sus bienes.
- SR. D. RAFAEL SALAS (a) PLANADEMUNT, Hizo la primera guerra. En 1848, murió en acción el día 10 de abril a las órdenes de «Marsal».
- SR. D. JOSE MAÑA PUIG, En 1832 levantóse en armas a favor de Carlos V. En 13 de febrero de 1833 fué traicionado por un falso amigo que lo entregó a los liberales, que le llevaron a Castelltersol, donde él y el Padre Tusquellas de los Agonizantes fueron fusilados.
- FRAY FELIPE LOPEZ CATALA, Por sus ideas carlistas fué detenido en Valencia el día 6 de agosto de 1835. Y en un motín revolucionario, en que se pedía la cabeza de todos los carlistas, él, el canónigo señor Ostalaza y cinco paisanos carlistas más, fueron bárbaramente asesinados en Valencia.
- EXCMO. SR. MARQUES DE VILAFRANCA Y DE MEDINASIDONIA, Embajador de Carlos V en Rusia.
- D. FRANCISCO DE ULIBARRI, Capitán en la primera guerra. Coronel en la segunda, Mariscal de Campo en la última con el cargo de Comandante General de los carlistas vizcainos, en 1874. Murió de una herida en la acción de Oñate.
- D. JOSE DE SAN JUAN, Era Capitán General de Extremadura en tiempos de Fernando VII. Al fallecer este Rey, fué sometido a un Consejo de Guerra que le confinó a Ceuta por causa de su adhesión a Don Carlos V.
- D. TEODORO CARMONA, Jefe de la Brigada de la División carlista de Navarra. Sabedor el General Maroto de que el Brigadier Carmona no aprobaba su conducta, le fusiló en Estella al mismo tiempo que a los generales Guergué, García y Sanz y al Intendente Ruiz.
- D. JOSE MARIA DE ARROYO, Brigadier agregado al Cuartel General del Infante Don Gabriel de Borbón.
- D. JOSE SACANELL, Gentil-hombre, en vida de Fernando VII, del entonces Infante de España D. Carlos M. ISIDRO. Acompañó constantemente a Carlos V hasta darle sepultura en Trieste.
- D. EPIFANIO CARRION, Bravo Coronel de Caballería carlista en la primera guerra. De los pocos que cumplieron su palabra secundando al General Ortega en su intento de proclamar a Carlos VI en San Carlos de la Rápita. Fué fusilado en abril de 1860, por un Tribunal que tuvo interés en condenarle por las revelaciones que hacía en su interrogatorio.
- D. EULETERIO CARRION, Hijo del malogrado Coronel Carrion (su padre) a cuyas órdenes militaba, muerto gloriosamente en la acción en que su padre cayó prisionero.
- D. FRANCISCO DE ITURRALDE Segundo General a las órdenes de Zumalacárregui en 1834.
- D. JOAQUIN DE ALZAA, General carlista en la primera guerra, arcabuceado el 3 de julio de 1848 en la segunda, en Zaldivia.
- D. FRANCISCO DE ALZAA, Comandante de voluntarios en 1833, muerto en el sitio de Ochandiano en 1835.
- D. JUAN MANUEL DE SARASA, — Mariscal de Campo en 1835. Del Consejo Supremo de Guerra y Marina en 1837.
- D. BLAS MARIA ROYO DE LEON, Ayudante de Campo de Carlos V.
- D. JUAN DE GOIRY, — Comandante General de los carlistas de Vizcaya, en 1838.
- D. FRANCISCO RAMON MORALES, Brigadier del Ejército; en 1833 fué deportado a Ceuta por adicto a Don Carlos. Cinco años después, ingresó en el Ejército carlista del Norte, hasta finalizar la guerra.
- D. JOSE M. DE AREVALO, General en la primera guerra y en la segunda. En la última fué del Consejo de Don Carlos, en París.
- D. FERNANDO DE ZABALA, General carlista en 1835 y Ayudante de Campo del Infante Don Gabriel.
- D. LUIS EYARALAR, Comandante del Escuadrón de Lanceros de Navarra. Fué uno de los quince jefes carlistas que al principiar la primera guerra civil firmaron la famosa Acta de Estella proclamando Comandante General de Navarra a Zumalacárregui.
- D. JOAQUIN DE MONTAGUT Y DE DOMENECH, Jefe militar en 1833. Ofreció su espada a Don Carlos V, siendo nombrado Teniente Coronel de Caballería carlista. Comandante de la Guardia Real en 1834.

EN LA ULTIMA GUERRA CIVIL

- SR. D. EUSEBIO RODRIGUEZ ROMAN, Comandante General de los carlistas guipuzcoanos en 1875 y 1876.
- SR. D. ROMAN SAENZ DE INESTRILLAS, Jefe de Estado Mayor de la Comandancia de Guipúzcoa en 1875.
- SR. D. VICENTE DE ALBALAT, Procedente de la Guardia Civil, muerto gloriosamente en el sitio de Bilbao.
- SR. D. FRANCISCO DE ALBALAT, Ultimo Ayudante de Campo y Secretario de Don Carlos VII.
- SR. D. JUAN DE HERRERA, Comandante del Escuadrón-Escolta del General en Jefe del Ejército del Centro.
- SR. D. MARCELINO ORTIZ DE ZARATE, Comandante de la 3.ª Batería de Montaña del E. R. del Norte.
- SR. D. FELIX DIAZ AGUADO, Comandante de Artillería del Ejército del Norte.
- SR. D. JUAN DE SUREDA, Ayudante de Ordenes del General D. E. de Berriz.
- SR. D. TOMAS DE SUREDA, Ayudante de Campo del General Don Antonio de Brea.
- SR. D. FERNANDO DE ORAA Y COLOGAN, Oficial de Ordenes del General Ministro de la Guerra de Carlos VII.
- SR. D. JOSE DE BERRIZ Y DE OCHOA, Ayudante de Campo de su señor padre el General Berriz.
- SR. D. JOSE PEREZ DE GUZMAN Y HERRERA, Jefe de Estado Mayor de los carlistas navarros en 1875 y 1876.
- SR. D. MANUEL MARCO Y RODRIGUEZ, Comandante General de los carlistas aragoneses en 1872 a 1874.
- SR. D. RAMON ARGONZ, Comandante General de los carlistas navarros en 1874 y 1875.
- EXCMO. SR. MARQUES DE LAS TORRES DE ORAN, Ultimo Jefe de la Artillería carlista de Navarra.
- SR. D. RODRIGO DE MEDINA Y ESQUIVEL, Ayudante del Cuarto Militar de Carlos VII.
- SR. D. PASCUAL GAMUNDI, Ultimo Comandante General Carlista de Aragón.
- SR. D. RAFAEL ALVAREZ Y CACHO, Ultimo Comandante General Carlista del Maestrazgo.

- SR. D. DOMINGO DE EGAÑA. General carlista, asesinado en el Norte (1876).
- SR. D. ANGEL CASIMIRO VILLALAIN. Brigadier, muerto en la acción de Monlleó, en 1875.
- SR. D. RAMON NOLLA MARTI. Subinspector de Sanidad Militar de los carlistas del Centro en 1874 y 1875.
- SR. D. ANDRES MADRAZO. Coronel de las fuerzas aragonesas de 1872 a 1875.
- SR. D. JOSE GARIN Y VARGAS. Director de la Academia de Ingenieros de Vergara en 1875 y 1876.
- SR. D. FRANCISCO TALLADA Y FORCADELL. Coronel, muerto en la acción de La Pileta en 1873.
- SR. D. MANUEL DE LA CRUZ. Segundo Jefe de Escolta de Carlos VII.
- SR. D. TOMAS VIVAS. Capitán de la Escolta de Carlos VII.
- SR. D. JOAQUIN FERRER. Comandante General de los carlistas del Maestrazgo, muerto en la acción de Castell de Cabres en 1873.
- SR. D. FRANCISCO ROCA. Intendente de los carlistas del Maestrazgo en 1874 y 1875.
- SR. D. MANUEL IBARS Y LOPEZ. Coronel carlista de Aragón en la última guerra. Nació en Uldecona en 1820. Hizo todas las tres guerras y tomó parte en todos los alzamientos y conspiraciones.
- SR. CONDE DE COMA DE PRAT. Ayudante del Campo de D. Carlos y de D. Francisco Savalls.
- EXCMO. SR. CONDE DE CALTAVUTURO. Brigadier carlista muerto gloriosamente en la victoria carlista de Udave, en 1873.
- SR. D. JOAQUIN ZAFORTEZA Y CRESPI DE VALLDAURA. Ayudante de Campo del General Elio; Teniente Coronel de Caballería y de la Escolta de Carlos VII.
- SR. D. JOSE QUINT ZAFORTEZA Y CRESPI DE VALLDAURA. Oficial de Ordenes del General Mogrovejo y agregado después al E. M. de la Comandancia Carlista de Alava.
- SR. D. FRANCISCO HERNANDO. Ayudante de Campo del General Lizárraga, autor de «La campaña carlista» y notable escritor.
- SR. D. INOCENCIO DE DORRONSORO Y ZUARDA. Ayudante de Campo de la Comandancia General de Guipúzcoa.
- EXCMO. SR. MARQUES DE VALDE - ESPINA. (Don Juan N. de Orbe y Mariaca). Director General de Caballería en 1875, Comisario Regio de Vizcaya y Guipúzcoa y Teniente General del Ejército Carlista.
- EXCMO. SR. JOSE MARIA DE ORBE Y GAYTAN DE AYALA (Marqués de Valde-Espina). Teniente Coronel en la última guerra, después Presidente de la Diputación de Guipúzcoa.
- EXCMO. SR. CANDIDO DE ORBE Y GAYTAN DE AYALA. Ayudante de Campo de su señor padre el General Marqués de Valde-Espina.
- SR. D. JOSE DIEZ DE LA CORTINA Y CERRATO. Jefe de Estado Mayor de los carlistas de la Mancha, muerto en Piedrabuena en 1874.
- SR. D. JOSE DIEZ DE LA CORTINA Y DE OLAETA. General de Brigada y Jefe Regional de Andalucía de 1904 a 1912.
- SR. D. ALEJANDRO DIEZ DE LA CORTINA. Capitán de Caballería en la última guerra.
- SR. D. MANUEL DE ORAA. Coronel del Ejército Carlista de 1872 a 1876.
- SR. D. MARCELINO DE ORAA. Ayudante de Campo del General D. Elcío de Bériz.
- SR. D. ANTONIO OLIVER. Jefe de Estado Mayor General de los carlistas del Centro en 1875.
- SR. D. JOSE OLIVER. Subintendente del Ejército del Centro en 1875.
- SR. D. ISIDORO DE IPARRAGUIRRE. Ayudante y Secretario de Campaña de Carlos VII.
- SR. D. ALVARO DE MALDONADO. General Carlista, en los años 1874 y 1875.
- SR. D. SIMON DE MONTOYA Y ORTIGOSA. Brigadier carlista en la última guerra y Delegado de D. Carlos en Navarra en 1887.
- SR. D. JOSE M. G. DE SOLANA. Coronel de los cruzados de Castilla y distinguido por Carlos VII con la faja de Brigadier por sus trabajos después de la guerra.
- SR. D. JUAN DE PARADA. Brigadier, Jefe de la Junta militar carlista de la frontera y vocal del Consejo Supremo en la guerra de Carlos VII.
- SR. D. JOSE A. DE WENETZ. Auditor de Guerra del Ejército carlista.
- SR. D. JUAN BARO OROMI. Miembro de la Junta de Vevé, Gobernador militar de la Seo de Urgel en 1874 y Jefe de la Brigada de Tarragona en 1875. Hizo todas las tres campañas.
- D. REGINO MERGELIZA DE VERA. Tomó parte en las tres guerras. En la última (1875) era Gobernador militar de Durango. D. Carlos VII le concedió el título de Conde de Mergeliza de Vera.
- D. JOAQUIN PALLE. Peleó en las tres guerras. En la última (1874) era Coronel al mando de la Segunda Brigada de Aragón.
- D. GERARDO MARTINEZ DE VELASCO. Comandante General de los carlistas vizcainos en 1874, después de los de Valencia y más tarde Ayudante del Campo de Carlos VII. Había luchado en las anteriores campañas.
- D. PEDRO VIDAL. Comandante de Infantería en 1873, en el Norte. Jefe de E. M. del E. C. del Centro en 1874 y Comandante General de Cantabria en 1876.
- D. JOSE RAMOS Y GONZALEZ. Auditor de Guerra en la División de Vizcaya.
- D. ENRIQUE SACANELL. Teniente Coronel del Ejército Carlista, en la última guerra, en el Norte.
- D. JUSTO SANJURJO. Bravo Coronel de Caballería, víctima de su arrojo, halló muerte gloriosa en la victoria de Udave. (Padre del General D. José Sanjurjo y Sacanell.)
- D. JOAQUIN ARANDA. Jefe de E. M. de la Comandancia General de Valencia en 1874.
- D. ANDRES DE ORMAECHE. Jefe de los Batallones de Guernica y Asatia, ascendiendo a Brigadier por su heroísmo en la batalla de Somorrostro.
- D. PEDRO BALANZATEGUI ALTUNA. Comandante General de los carlistas leoneses, cuando el destronamiento de Doña Isabel. Levantóse en armas en 1868 y, hecho prisionero, fué sentenciado a muerte y fusilado en 6 de agosto de 1869.
- D. JUAN JOSE DE AIZPURUA. Hizo la primera guerra. Coronel carlista en 1872, Brigadier en 1874 y Comandante General de Guipúzcoa.
- D. MARTIN LUCIANO DE ECHEVARRI. Hizo la primera guerra, y luchó en la segunda. En la tercera (1875), era Brigadier.
- D. MIGUEL LOZANO HERRERA. Bravo Teniente Coronel carlista, fusilado por los liberales el día 3 de diciembre de 1874 en Albacete.
- D. HERMENEGILDO DIEZ DE CEBALLOS. Comandante General de Aragón en 1873 y de Guipúzcoa en 1874.
- D. CASTOR DE ANDECHAGA Y TORAL. General en 1873 y 1874, muerto en campaña.
- D. VICENTE SABARIEGOS SANCHEZ. General carlista de la Mancha en 1872, muerto en Retamozo en 1873.
- D. JOAQUIN LLAVANERA SOLA. Mariscal de Campo y Secretario de Estado y del Despacho de Guerra.
- D. JOSE RUIZ DE LARRAMENDI. Jefe de Estado Mayor de los carlistas catalanes en 1873, pasando luego al Norte.
- D. MATIAS DE VAL. Comandante General de la provincia de Tarragona en 1872 y 1873. Había hecho la primera guerra.
- D. MANUEL SALVADOR PALACIOS. Comandante General de la División de Castilla en 1875. Había hecho la primera guerra.
- D. JOSE DE LERGA. Mariscal de Campo y Gobernador militar de Estella en 1875. Había hecho toda la primera guerra.
- D. FERNANDO ORDOÑEZ. Comandante General de Caballería del Centro en 1874 y 1875.
- D. FEDERICO ANRICH SANTA-MARIA. Era Ministro de Marina de la República en 1873. Dimitió y fué al Campo carlista, en el que desempeñó el cargo de Comandante General de la Costa Cantábrica.
- D. PABLO MONTAÑES BERDOL. Presidente de la Junta clasificadora de Jefes y Oficiales en 1874. Había militado en la primera y segunda guerra.
- D. LUIS DE PAGES CABALLERO. Coronel y Director de la Academia de Oficiales de artillería de campaña establecida en Azpeitia en 1873.
- D. MARIO DEL VILLAR CASTROPOL. Coronel del Regimiento de Caballería de Borbón de 1873.
- D. JOAQUIN DE MONTAGUT VILLALTA. Comandante del Batallón tercero de Navarra en 1874. Después de la guerra fué vocal de la Junta Regional de Cataluña.
- D. MARCELINO MARTINEZ DE JUNQUERAS. Coronel del Batallón sexto de Navarra en 1874.
- D. RAMON M. DE SAN JUAN. Brigadier y Comandante General de los carlistas de Cadiz, y organizador de nuestras Fuerzas en Andalucía.

- D. JERONIMO GARCIA. Coronel y Jefe de Estado Mayor de los carlistas de Navarra en 1872. Murió en el combate de Sierra-Urbasa.
- D. FERNANDO VAZQUEZ. Brigadier carlista en 1872. Había hecho la segunda campaña, de Comandante, a las órdenes de Cabrera.
- D. JUAN GENER DE CAMPMAJO. Teniente de Infantería de guarnición en Seo de Urgel, prisionero de guerra con El Obispo Dr. Caixal.
- D. ESTEBAN HERRERO GARCIA. Tomó parte en todas las campañas carlistas. En Enero de 1875 era Teniente Coronel al mando de los Inválidos de Castilla, acantonados en Orduña.
- D. MANUEL PLANA. Coronel del Regimiento de Caballería carlista de Navarra en 1875 y 1876.
- D. FRANCISCO TOMAS CHINCHILLA. Hizo la primera y segunda campañas carlistas. En la última era Brigadier del Ejército del Norte.
- D. DOMINGO CALVO PEGUERO. Luchó en la primera y segunda guerras. En la tercera era Coronel de Caballería en el Maestrazgo. Caso singular, luchaban en las filas carlistas treinta individuos de su familia entre hijos, yernos, nietos y sobrinos.
- D. LEONARDO GARRIDO LOPEZ. Teniente Coronel del Batallón octavo de Navarra.
- D. JOSE DE RESPALDIZA. Ayudante de Ordenes de D. Carlos VII y Coronel de Caballería, de cuyas armas procedía.
- D. CARLOS CRUZ RODRIGUEZ. Gran organizador y propulsor de las fuerzas carlistas de Andalucía, ingresó en el Ejército en 1873, obteniendo el empleo de Comisario de Guerra y habiendo servido en el Regimiento de Caballería de Navarra, de Capitán. Notable escritor militar y político, colaboró en casi toda la prensa carlista de España.
- SR. D. CONDE DE AYAMANS. Gentil-hombre de Carlos VII desde 1874.
- SR. D. CONDE DE FUENTES. Del Consejo Provisional de Carlos VII en París.
- SR. D. CONDE DEL PINAR. Miembro de la Junta de Vevey y Ministro de Carlos VII.
- D. DIEGO FERNANDEZ HINESTROSA. Agregado al Batallón de «Radica» en 1873.
- D. MANUEL DE SAAVEDRA. Depositario general de fondos para la guerra en 1872.
- D. FLORENTINO POLO PEYROLON. Secretario del General Marco de Bello en 1874.
- D. JOSE FERNANDEZ DE HINESTROSA. Ayudante de Campo del General Calderón.
- D. SALVADOR ELIO. Presidente del Tribunal Superior Vasco-Navarro 1874.

POLITICOS DEL CARLISMO

- EXCMO. SR. DUQUE DE SOLFERINO. Senador del Reino por derecho propio y Jefe Regional de Cataluña.
- EXCMO. SR. MARQUES DE SAN MARTIN. Diputado a Cortes por Aóiz en varias legislaturas y Jefe Regional de Castilla la Nueva y Extremadura.
- EXCMO. SR. MARQUES DE VILLADARIAS. Presidente de la Junta Central Católico-Monárquica en el periodo revolucionario.
- EXCMO. SR. MARQUES DE BELLET. Del Consejo Regional Carlista de Valencia.
- EXCMO. SR. MARQUES DE CASTRILLO. Delegado de Carlos VII en las provincias de Málaga, Granada, Almería y Jaén.
- EXCMO. SR. MARQUES DE VALDEFLORES. Presidente de la Junta Provincial de Córdoba.
- EXCMO. SR. MARQUES DE LA ROCA. Senador carlista por Tarragona en las Cortes de 1870.
- EXCMO. MARQUES DE VESSOLLA. Senador por Navarra en varias legislaturas, y había sido Ayudante de Ordenes de D. Alfonso Carlos.
- EXCMO. SR. CONDE DE BELASCOIN. Vicepresidente del Centro Militar Carlista de Madrid.
- EXCMO. SR. CONDE DE CASASOLA. Diputado a Cortes por La Guardia.
- EXCMO. SR. CONDE DE MONTENEGRO. Senador por Las Baleares en 1871 y 1872.
- EXCMO. SR. CONDE DE SOL. Senador del Reino en 1871 y 1872.
- SR. CONDE DE D.ª MARINA. Director de «La Verdad» de Santander; de «El Basco» de Bilbao y Vicepresidente de la Junta Regional de Castilla la Nueva.
- EXCMO. BARON DE ALBI. Gentil-hombre de Carlos VII y del Consejo Regional de Cataluña.

- EXCMO. SR. CONDE ROCHE. Jefe Regional del Reino de Murcia, y Diputado a Cortes por dicha capital de 1871 a 1873.
- EXCMO. SR. CONDE DEL CASTILLO DE PINEYRO. Diputado a Cortes por Tudela en 1907 y 190.
- EXCMO. SR. CONDE DE VALDELLANO. Vicepresidente de la primera Juventud Jaimista de Madrid y de la Junta de la Casa de los Tradicionalistas de la Corte.
- ILTRE. SR. DON CESAREO SANZ Y LOPEZ. Diputado a Cortes por Pamplona de 1871 a 1873, Vocal del Tribunal Supremo de Guerra y Marina de Carlos VII.
- SR. D. RAFAEL DE LLANZA. Diputado a Cortes por Villafraña en 1871.
- SR. BARTOLOME FELIU. Diputado a Cortes por Tafalla, y Delegado de Carlos VII en España.
- SR. D. JOAQUIN DE CORS GUINART. Senador por Girona en las Cortes Constituyentes.
- SR. D. JOAQUIN OLIVAS ZAFONT. Diputado a Cortes por Olot, en 1869.
- SR. D. RAMON SOMOZA SAAVEDRA. Diputado a Cortes por Sarriá (Lugo), en 1871.
- SR. D. JUAN JOSE ARECHAGA LANDA. Senador carlista por Vizcaya en 1871.
- SR. D. ANTONIO VASQUEZ MERGELIZA. Jefe provincial por Ciudad-Real y Director de «El Manchego».
- SR. D. NARCISO DE CASTELLVI DE VILLALONGA. Diputado a Cortes por Vendrell en 1871.
- SR. D. JOSE M.ª DE AMPUERO. Senador del Reino por Guipúzcoa en 1907.
- SR. D. VALENTIN NOGUERUELA. Diputado general provincial por Haro en 1907.
- SR. D. MANUEL BONMATI DE CENDRA. Senador por Girona en 1907.
- SR. D. EMILIO SICARS DE PALAU. Senador por Barcelona en 1907.
- SR. D. EPIFANIO FORTUNY, BARON DE ESPONELLA. Senador por Lérida en 1907.
- SR. D. RAMON DE VALLS Y DE BARNOLA. De las Juntas Regional y Provincial de Barcelona y del Consejo de Redacción de «El Correo Catalán».
- SR. D. JOSE ERASMO DE JANER. Jefe Regional de los carlistas catalanes y cofundador de «El Correo Catalán».
- SR. D. LORENZO M. ALIER CASSI. Diputado a Cortes por Cervera en 1907 y Secretario de la Junta Regional de Cataluña.
- SR. D. MIGUEL JUNYENT ROVIRA. Diputado a Cortes por Vich en 1907. Director de «El Correo Catalán», Jefe Regional, con Jaime III y Consejo de Barcelona.
- SR. D. MARIANO BORDAS FLAQUER. Diputado a Cortes por Berga en 1907 y Concejal de Barcelona en 1922.
- SR. D. SALVADOR ANGLADA. Concejal de Barcelona y miembro en la Junta Regional en 1932 y 1933.
- SR. D. JUAN BTA. VIRA CABALL. Concejal de Barcelona y miembro de la Junta Regional de Cataluña.
- SR. D. TOMAS CAILA. Jefe Provincial de Tarragona, Director de «Joventut» y Jefe de la minoría carlista del Ayuntamiento de Valls.
- SR. D. PEDRO ROMA CARPI. Secretario de la Junta Regional, Presidente de la Juventud y del Circulo carlista de Barcelona.
- SR. D. TOMAS DE CENDRA. Vicepresidente de la Junta provincial de Girona y vocal de la Regional de Cataluña en 1919.
- SR. D. JOAQUIN DE SOLA MORALES. Diputado provincial carlista por Olot-Puigcerdá, de la Junta provincial de Girona y Regional de Cataluña.
- SR. BARON DE VILAGAYA. Vicepresidente de la Junta Regional de Cataluña y del Consejo de «El Correo Catalán».
- SR. D. LUIS PERICAS MORROS. Diputado provincial por Vich-Granollers varias veces y miembro de las Juntas Regional de Cataluña y Provincial de Barcelona.
- SR. D. LUIS ARGEMI DE MARTI. Vicepresidente de la Junta Regional de Cataluña, Senador del Reino y Diputado provincial por Barcelona.
- SR. D. NARCISO BATLLE Y BARO. Diputado a Cortes por Barcelona en varias legislaturas y miembro de la Junta Regional de Cataluña.
- SR. D. JOSE MARIA DE SITJAR. Presidente de la Junta Provincial Carlista de Barcelona en 1907.
- SR. D. RAMON RIERA. Concejal carlista del Ayuntamiento de Barcelona.
- SR. D. BARTOLOME TRIAS. Diputado a Cortes por Vich en diferentes legislaturas, Presidente de la Juventud Tra-

- diconalista de Barcelona y Gerente de «El Correo Catalán».
- SR. D. JOAQUIN GOMIS CORNET. Jefe carlista del Distrito de Manresa, de la minoría Carlista del Ayuntamiento de aquella ciudad, y del Consejo de Administración de «El Correo Catalán» y de la Junta Regional del 1930 al 1934.
- SR. D. PIO DE VALLS Y DE FELIU. Diputado provincial carlista por el distrito de Arenys-Mataró durante muchos años.
- SR. D. JOSE MARIA VILAHUR. Jefe provincial de Gerona y Diputado provincial por Gerona en distintas elecciones.
- SR. D. TOMAS PINYOL. Jefe provincial carlista de Lérida y diputado provincial por Lérida-Borjas Blancas.
- SR. D. MANUEL PUIGREFAGUT. — Diputado provincial por Vich-Granollers y Jefe carlista del Distrito de Vich.
- SR. D. JUAN LAVAQUIAL. Vicepresidente de la Junta provincial de Lérida y Concejal del Ayuntamiento de la capital.
- SR. D. JOAQUIN AVELLA. Jefe provincial carlista de Lérida y Diputado provincial por Valls-Montblanch durante muchos años.
- SR. D. JUAN SOLER Y ROIG. Concejal del Ayuntamiento de Barcelona, vicepresidente de la Junta provincial de la misma y autor de algunas obras carlistas.
- SR. D. JESUS CONDOMINES. Secretario de la Junta Provincial carlista de Barcelona y concejal carlista de la capital.
- SR. D. VICTOR J. OLESA. Diputado provincial por Tortosa-Roquetas y Presidente de la Junta Provincial carlista de Tarragona durante muchos años.
- SR. D. SALVADOR MORALES. Aposentador del Cuartel de Carlos VII y periodista católico-monárquico.
- SR. D. CIRIACO NAVARRO VILLOSLADA. Miembro de la histórica Junta de Vevey y Director durante mucho tiempo del diario de Madrid «El Pensamiento Español».
- SR. D. JULIAN DE OTAL. Diputado a Cortes por Alcañiz.
- EXCMO. SR. D. CELESTINO DE ALCOCER. Diputado a Cortes por Vitoria y Laguardia, y Jefe Regional de Castilla la Vieja.
- SR. D. CAYETANO BUHIGAS MONTRABA. Diputado provincial varias veces por Vich-Berga.
- EXCMO. SR. D. MIGUEL DE DORRANSORO. Diputado General de Guipúzcoa.
- SR. D. ANTONIO JUAN DE VILDOSOLA. Diputado a Cortes por Bilbao. de 1869 a 1873.
- SR. D. IGNACIO DALMAU Y DE BAGUER. Diputado a Cortes por Seo de Urgel. de 1871 a 1873.
- SR. D. RAFAEL DIAZ AGUADO SALABERRY. Presidente de la Joventut Carlista de Madrid. Diputado a Cortes por Tolosa en 1807 y 1810 y Presidente del Circulo Tradicionalista de Madrid.
- EXCMO. SR. D. MANUEL DE SUREDA Y DE BOXADORS. Diputado a Cortes por Palma de Mallorca y Comisario Regio de Carlos VII por las Baleares.
- EXCMO. SR. D. PEDRO LLOSAS Y BADIA. Diputado a Cortes por Olot en distintas legislaturas.
- EXCMO. SR. LUIS DE TRELLES. Diputado a Cortes por Vilademuls (Gerona). de 1871 a 1873.
- EXCMO. SR. D. BENIGNO DE REZUSTA. Senador del Reino de 1893 a 1895. por la provincia de Guipúzcoa.
- SR. D. BIENVENIDO COMIN. Del Consejo Provincial de París 1869. secretario de Carlos VII y miembro de la Junta de Vevey en 1870.
- SR. D. PASCUAL COMIN. Jefe Regional de los carlistas de Aragón con Don Carlos y con Don Jaime.
- SR. D. RODRIGO IGNACIO DE VARONA. Diputado a Cortes por Alava. de 1871 a 1873.
- SR. D. FRANCISCO DE P. OLLER. Notabilísimo escritor carlista. fundador de la primera Biblioteca Tradicionalista y de varios semanarios carlistas y actual representante de D. Alfonso Carlos en la República Argentina.
- SR. D. CARLOS FERNANDEZ DE HINESTROSA. Gentil-hombre de D. Jaime de Borbón.
- SR. D. AGUSTIN CRESPI DE VALLDAURA. Presidente del Centro Parlamentario carlista en 1871 y 1872.
- SR. D. LEON CARBONERO SOL Y MERAS. Notable escritor carlista.
- SR. D. MANUEL CARBONERO SOL Y MERAS. Periodista y Vicepresidente del Circulo Tradicionalista de Madrid.
- SR. D. JUAN VIDAL DE LLOBATERA. Diputado a Cortes por Torroella de Montgrí y Auditor de Guerra de los carlistas.
- SR. D. MANUEL DE BOFARULL Y DE PALAU. Diputado a Cortes por Vilademuls en 1907 y Senador por Gerona en 1912.
- SR. D. RAMON ORTIZ DE ZARATE. Diputado a Cortes por Vitoria desde 1868 a 1871.
- SR. D. RAMON ORTIZ DE ZARATE (sobrino del anterior). Director de «El Correo del Norte». Diputado provincial de Alava y fundador del diario «El Alavés».
- SR. D. JOAQUIN LLACH. Presidente de la Junta provincial de Gerona y vocal de la Regional en 1919.
- SR. D. DALMACIO IGLESIAS. Diputado a Cortes por Gerona y fundador de «La Voz de la Tradición».
- SR. D. JUAN L. MARTIN MENGOD. Primer Director del «Diario de Valencia», Teniente de Alcalde del Ayuntamiento de Valencia y culto publicista.
- D. JOSE DE ESPAÑA Y DE ORTEU. Presidente, durante muchos años, de la Junta Provincial carlista de Barcelona y del Circulo Tradicionalista de la capital.
- SR. D. DOMINGO VALLS. Presidente de la Junta Provincial de Lérida y vocal de la Regional en 1919.
- D. JOAQUIN MARIA DE SULLA. Diputado a Cortes carlista por Tremp en las Cortes de Don Amadeo.
- EXCMO. SR. MARQUES DE DOU. D. Luis Fernando de Alós era Diputado a Cortes por Tortosa en el reinado de Isabel II. Toda su vida estuvo adherido a la Causa Católico-Tradicionalista. Perteneció a la Junta Regional carlista de Cataluña, al Consejo de Redacción y Administración de «El Correo Catalán» durante muchos años; gran amigo del Sr. Llauder y muy querido de Don Carlos VII.
- SR. D. ALBERTO DE URRIES. Hijo de los Marqueses de Ayerbe, a la muerte de Fernando VII abrazó la causa carlista, tomando parte en cuantos trabajos de conspiración y organización fueron menester, captándose el odio y la persecución de los liberales, que se cebaron en él. En 1868. en Zaragoza, con Comin. el General Mareo, el Conde de Robles, Serrano Franquini, se pusieron al frente del movimiento carlista de Aragón.
- SR. D. JOSE SORRIBES Y RUIZ. PBRO. El Doctor Sorribes, Capellán Real del Monasterio de El Escorial, cuando el destronamiento de Doña Isabel emigró a Francia, donde trabajó en favor de la Causa Carlista, desempeñando delicadas comisiones. Culto escritor, sus artículos en «El Correo Catalán» hicieron célebre el pseudónimo de «Un Ermitaño».
- SR. D. FELICIANO DE OCAÑA MANZANARES. Entusiasta conspirador y favorecedor de la Causa Carlista en la última guerra. Presidente de la Junta Tradicionalista del distrito de La Latina, de Madrid.
- SR. D. JOSE GALINDO Y VIDIELLA. Presidente de la Diputación carlista de Aragón. en 1875.
- SR. D. MARTIN GAYTAN DE AYALA. Gentil-hombre de D. Jaime de Borbón.
- SR. D. ARTERO DE SAMANIEGO. Secretario de D. Jaime III.
- SR. D. JESUS L. DE GRIMAREST. Presidente de la Junta Provincial Tradicionalista de Sevilla en 1871 a 1873.
- SR. D. ANTONIO QUERALT. Presidente del Circulo Carlista de Tortosa en los azarosos tiempos de conspiración que precedieron a la última guerra.
- SR. D. RAMON DE SALVADOR. Presidente de la Diputación Carlista del Maestrazgo en 1875.
- SR. D. JOSE ZAFORTEZA Y MUSOLES. Fué Presidente de la Joventud Carlista de Palma de Mallorca.
- SR. D. JOSE QUIN ZAFORTEZA Y TOGORES. Diputado a Cortes por Manacor en 1871 y 1873.
- SR. D. JUAN VIDAL CARLA. PBRO. Diputado a Cortes por Sort (Lérida) cuando las Constituyentes.
- SR. D. PASCUAL DE ISASI ISASMENDI. Diputado a Cortes carlista por Bilbao en 1869.
- SR. D. JOAQUIN HERNANDEZ RODRIGUEZ. Diputado a Cortes carlista por Ordenes en 1871.
- D. GUSTAVO SANCHEZ MARQUEZ. Escritor tradicionalista y Administrador-Gerente de «El Correo Español» durante muchos años.
- SR. D. JUAN B. FALCO. Fundador de la «Biblioteca Popular Carlista». Jefe redactor de «El Correo Catalán» y corresponsal colaborador de la prensa carlista en Barcelona.
- SR. D. FERNANDO FELIPE FERNANDEZ. PBRO. Diputado a Cortes carlista por Orense en las Cortes Constituyentes.
- SR. D. GUILLERMO VERD. Diputado a Cortes carlista por Inca (Baleares) en 1871.

INDICE

	Página
PROLOGO. El Centenario del Tradicionalismo...	5
FELIPE V. La Legitimidad Histórica ...	9
Ley fundamental de la Sucesión a la Corona ...	13
Opinión de la Real Academia de la Historia ...	15
Los derechos de Doña Isabel II ...	17
Por una idea, no por un trono-Vindicando a los mártires de la Tradición ...	21
POR LA PATRIA. Oda ...	27
PRIMERA EPOCA	
Biografía de D. Carlos M. Isidro de Borbón (Carlos V.)...	29
Biografía de Doña María Francisca de Braganza ...	34
Biografía de Doña María Teresa de Braganza...	35
Biografía del Infante D. Sebastián-Gabriel...	37
¿Qué es el Carlismo? ...	38
La Dinastía Carlista ...	40
La Dinastía liberal ...	41
El Tratado de Utrech ...	43
Carta del Rey Carlos Alberto a D. Carlos V. ...	43
Biografía del General Zamalacáregui ...	45
Biografía del Sr. Obispo de León, Delegado Apostólico ...	55
Biografía del Comandante General Gómez y Damas ...	57
Biografía del General Conde de España ...	59
Relación gráfica de los principales Jefes y Oficiales de la primera guerra ... páginas 64, 65, 66 y 67	67
HEROISMO CARLISTA. Relación de sus victorias ...	68
La «Pubilla de la Cuadra» Episodio inédito de la I.ª guerra ...	77
Las primeras Cortes liberales (de Cádiz 1812) ...	79
El Clero Español y la Causa Carlista ...	82
D. Carlos V. y Maroto ...	83
En defensa de su honor militar (Carta del Comandante Jimenez) ...	87
Barcelona, ciudad del terror (2 febrero y 15 marzo de 1837) ...	89
Ferocidades Revolucionarias (Decreto de pena capital contra Carlos V.) ...	91
D. Rafael de Riego, El Idolo liberal ...	93
Cosas y Casos de Antaño. Contra la Iglesia, Contra Vasconia y Navarra. Los «Ayacuchos». Carlos V. a las puertas de Madrid ...	94
Maroto y los fusilamientos de Estella ...	97
«El Tigre del Maeztrasgo». Cabrera y el paso del Ebro ...	99
Fusilamiento de una anciana, (la madre de Cabrera) ...	103
El Cantor de las Glorias Carlistas. (D. Fernando de Sagarra) ...	106
SEGUNDA EPOCA	
Biografía de D. Carlos de Borbón y de Braganza (Carlos VI.) ...	107
Biografía de Doña Carolina de Borbón, Condesa de Montemolin... ..	109
Biografía del General D. Jaime Ortega ...	111
Movimiento Carlista de San Carlos de la Rápita... ..	115
Enrique V. de Francia, Conde de Chambord ...	116
TERCERA EPOCA	
Biografía de D. Juan de Borbón y de Braganza (Juan III) ...	120
Biografía de Doña María Beatriz, Archiduquesa de Austria... ..	121
DIVISAS REALES. Las Flores de Lis... ..	123
Cruzados de Carlos VII. ...	126
Relación de Jefes carlistas que, antes, lo eran de D. Fernando VII. o de Doña Isabel ...	129
CUARTA EPOCA	
Biografía de D. Carlos de Borbón y de Austria Este (Carlos VII.) ...	142
Biografía de Doña Margarita de Borbón Parma ...	149
Biografía de D. Roberto de Borbón, Duque de Parma ...	153
Biografía de D. Enrique de Borbón, Conde de Bardi. ...	154
VERDADES IGNORADAS. El pretendiente Duque de Montpensier ...	161
El Rey intruso (D. Amadeo) y la Juventud Carlista de Barcelona (1870) ...	162
Otra defensa del honor militar. Del campo carlista de 1875... ..	166
El golpe de Estado del General Pavía (Enero de 1874) ...	169
Enseñanzas. De Re histórica (Prisión del Obispo de Osma) ...	172
Biografía del General Rada (Radica) ...	174
Biografías del sr. Marqués de Tamarit, de su hermano D. Juan y de su sobrino D. José... ..	175
Relación gráfica de los principales Jefes y Oficiales de la última guerra ... 177, 178, 179, 180 y 181	181
Biografía del General Pérez Nájera (el General de más edad superviviente) ...	183
Biografía del General D. Rafael Tristany... ..	186
Biografía del General D. Francisco Savalls... ..	188
Biografía del General D. Juan Castells... ..	191
Biografía del General D. Cayetano de Freixa y de su hijo D. Joaquín... ..	193
Biografía del Coronel D. Juan Francesch... ..	194
Biografía del Brigadier D. Marcelino Gonfaus (a) Marsal... ..	196
Biografía del General D. José Moore... ..	197
Biografía del General D. Juan Romagosa... ..	198
Biografía del Comandante de Zúavos D. Ignacio Wilhs... ..	199
Biografía del Brigadier D. Jerónimo Galcerán... ..	200
Relación gráfica de los principales Jefes y Oficiales de Cataluña... .. 202, 203, 204, 205, 206 y 207	207
Biografía del Dr. D. Jaime Balmes... ..	209
Biografía del Ilmo. Cardenal Alameda de Brea... ..	210
Biografía del Ilmo. Cardenal Monescillo... ..	213
Biografía del Ilmo. Obispo Fray Raimundo Strauch... ..	214
Biografía del Ilmo. Obispo Dr. Caixal... ..	216
Biografía del Ilmo. Obispo de Daulia... ..	217
Biografía del Ilmo. Obispo de Nueva-Segovia... ..	218
Biografía del Ilmo. Obispo de La Habana... ..	219
Biografía del Ilustre Canónigo Dr. Vicente Manterola... ..	220
Biografía del Ilustre Canónigo Dr. Cruz Ochoa... ..	221
Biografía del Ilustre Canónigo Dr. Roca y Ponsa... ..	223
Biografía del Ilustre Canónigo D. Ramón O'Callaghan... ..	224
Biografía del Ilustre Canónigo D. Nicolás Palsalodos... ..	225
Biografía del Ilustre Canónigo Dr. Labayru Goicoechea... ..	226
Biografía del Excmo. Sr. D. Juan Donoso Cortés... ..	227
Biografía del Excmo. Sr. D. Antonio Aparisi y Gujjarro... ..	228
Biografía del Excmo. Sr. D. Francisco Navarro Villoslada... ..	229
Biografía del Excmo. S. D. Cándido Nocedal... ..	230
Biografía del Excmo. Sr. D. Luis González Bravo... ..	232
Biografía del Excmo. Sr. D. Juan Vazquez de Mella... ..	233
Biografía del Excmo. Sr. D. Guillermo Estrada Villaverde... ..	235
Biografía del Excmo. Sr. D. Manuel Polo y Pezrolón... ..	236
Biografía del Excmo. Sr. D. Bartolomé Gabino Tejado... ..	237
Biografía del Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo... ..	238
Biografía del Excmo. Sr. D. Matías Barrio Mier... ..	239
Biografía del Excmo. Sr. D. Luis María Llauder... ..	240
Biografía del Excmo. Sr. D. Benigno Bolafios (Eneas)... ..	241
Biografía del Excmo. Sr. D. José M. de Pereda ...	242
Biografía del Excmo. Sr. D. Tirso de Olazabal... ..	243
El Cura Santa Cruz (Juzgado por los liberales)... ..	244
Las Merindades de Viscaya y Carlos VII. ...	249
Institución de la fiesta de los Mártires (10 marzo) Gloria a nuestros progenitores (Guerra de la Independencia) ...	254
La Fiesta del 10 de Marzo... ..	255
Los Anónimos... ..	258
Por la Patria y la Tradición... ..	259
El Paso de Valcarlos... ..	260
Testamento político de Carlos VII... ..	263
QUINTA EPOCA	
Biografía de D. Jaime de Borbón y de Borbón (Jaime I (III)) ...	267
Festividades Tradicionalistas... ..	273

	Página
Peregrinación Nacional Tradicionalista a Lourdes (1913)...	274
Junta Magna de Biarritz (1919)...	284
Una conversación con D. Jaime...	289
D. Jaime de Borbón a los españoles a raíz de proclamada la República...	290
A los jefes regionales de la Comunión Tradicionalista...	293
D. Alfonso de Borbón y de Austria (Conde de Caserta)...	294
D. Francisco Martín Melgar (Conde de Melgar)...	295
Actualidad de Nuestra Comunión...	296
Tradicionalismo y liberalismo...	297

SEXTA EPOCA

D. Alfonso de Borbón y de Austria-Este...	298
Dña María de las Nieves de Braganza y de Borbón	301
La heroína de Castellfort...	303
Pío IX y nuestra familia real...	304
El Partido de Dios...	305
Excmo. Sr. Marqués de Villoreo...	305
El General Zumalacárregui (con motivo del centenario de su muerte)...	306
El mal menor (Mella)...	307
Documentos históricos...	308
Manifiesto de Carlos VII. ¡A los españoles!...	310
Manifiesto de Carlos VII. (llamado de Morentín)	
Españoles:...	311
Carta de D. Carlos al General José B. Moore...	313
Augusto Manifiesto dirigido a los españoles por D. Alfonso Carlos...	315
Fal Conde...	317
El derecho a la guerra...	318
Programa del Partido Tradicionalista...	321
Epílogo...	325
D. Antonio de Brea...	325
D. Reynaldo de Brea...	328
Relación de carlistas ilustres...	329

Índice de Grabados

Estandarte de La Generalísima...	4
D. Felipe V. Primer Rey español de la Casa de Borbón...	8
Arbol genealógico de los Reyes de España...	26
D. Carlos de Borbón y de Borbón (Carlos V.)...	29
Dña María Francisca de Braganza...	34
Dña María Teresa de Braganza...	35
D. Sebastian Gabriel de Borbón...	37
Dinastía Carlista...	40
Dinastía Liberal...	41
El General Zumalacárregui...	45
Carlos V. revisando sus tropas en el Norte...	50
Preparando una emboscada...	50
Una carga en plena batalla...	51
Defendiéndose en una trinchera...	51
Zumalacárregui y su Estado Mayor...	53
Un alto en el camino...	54
El Obispo de León...	55
El General Gómez Damas...	57
Entrada de los carlistas en Córdoba...	58
Batalla de Oriamendi...	58
El Capitán General Conde de España...	59
Casa de Aviá en donde estuvo preso el Conde de España...	63
Fotografías de Jefes carlistas de la primera guerra...	64, 65, 66 y 67
Gráficos de la primera guerra...	70
Gráficos de la primera guerra...	74
Gráficos de la primera guerra...	81
Asalto de Almadén por los carlistas...	91
D. Rafael de Riego...	93
Lápida conmemorativa de los fusilamientos de Estella...	97
El General D. Ramón Cabrera...	99
Cabrera arengando a las tropas...	101
Paso del Ebro por Carlos V...	101
Gráfico alusivo a la defección de Cabrera...	101
Fusilamiento de la madre de Cabrera...	103
D. Carlos de Borbón y de Braganza (Carlos VI)...	107
Dña Carolina de Borbón de Borbón...	109
El General D. Jaime Ortega...	111
Carlos VI en San Carlos de la Rápita...	113

	Página
Los principales actores de San Carlos de la Rápita...	115
El Conde de Chambord...	116
Conducción de un herido...	118
D. Juan de Borbón y de Braganza (Juan III)...	120
Dña María Beatriz de Este...	121
Condecoraciones Carlistas...	122
Homenaje a los Voluntarios de Carlos VII...	125
Paso de Castellar de Nuch...	141
D. Carlos de Borbón y de Austria-Este (Carlos VII)	142
D. Carlos y su augusta Madre Dña Beatriz...	145
D. Carlos VII. en las Pampas de Chile...	146
D. Carlos VII. (reproducción de un cuadro del Loredán)...	147
Dña Margarita, esposa de Carlos VII...	148
Dña Margarita y sus hijos...	149
Espada de D. Carlos, Residencias de D. Carlos y Capilla de Viareggio...	151
Batalla de Montejurra...	152
Prisión del Brigadier carlista Calderón...	152
El Duque de Parma...	153
El Conde de Bardi...	154
Batalla de Somorrostro...	155
Muerte del General Ollo...	155
Victoria carlista de Lacar...	157
Sitio de la Seo de Urgel...	157
Condecoraciones y medallas carlistas...	158
Alojamiento de Carlos VII en Villafranca...	158
Cruz erigida en recuerdo de la batalla ganada por Uranga...	158
Grupo de Jefes carlistas catalanes (1872)...	159
Antonio María de Orleans...	161
D. Amadeo de Saboya...	162
Atentado contra D. Amadeo, en Madrid...	164
Grupo de voluntarios carlistas vascos...	167
Palacio-alojamiento de D. Carlos VII (Gulpuzcoa)...	167
El General D. Manuel Pavia...	169
Tropas de Pavia rindiendo honores a los Embajadores...	170
D. Carlos de Borbón y su Estado Mayor...	173
D. Teodoro Rada (Radica)...	174
Sr. Marqués de Tamarit (D. Antonio)...	175
Sr. Marqués de Tamarit (D. José)...	176
Jefes carlistas que pelearon en la última guerra...	177, 178, 179, 180 y 181
El General Nálera...	183
Condecoraciones, Monedas y sellos carlistas...	185
El General D. Rafael Tristany...	186
El General D. Francisco Savalls...	188
El General D. Juan Castells...	191
Un mártir por la Religión...	192
El General Freixa y su hijo D. Joaquín...	193
El Coronel D. Juan Francesch...	194
Muerte de Francesch en Reus...	195
El Brigadier Gouffau (a) Marsal...	196
El General D. José Moore...	197
El Comandante General D. J. Romagosa...	198
El Comandante de Zúavos D. Jenacio Wilhs...	199
El Brigadier D. Jerónimo Galcerán...	200
Episodios de la última guerra...	201
Cataluña por Carlos VII. Fotografías de Jefes y Oficiales catalanes...	202, 203, 204, 205, 206 y 207
Sr. Dr. D. Jaime Balmes...	209
Sr. Cardenal Alameda de Brea (Toledo)...	211
Sr. Cardenal Dr. Monescillo (Toledo)...	213
Sr. Obispo Dr. Strauch (Vich)...	215
Sr. Obispo Dr. Caixal (Seo de Urgel)...	216
Sr. Obispo Dr. Serra (Daulia)...	217
Sr. Obispo Dr. Cuartero Sierra (Nueva-Segovia)...	218
Sr. Obispo Dr. Sáez (La Habana)...	219
El Canónigo Dr. Manterola...	220
El Canónigo Dr. Cruz Ochoa...	221
El Canónigo Dr. Roca y Ponsa...	223
El Canónigo Dr. O'Callaghan...	224
El Canónigo Dr. Pasalodos...	225
El Canónigo Dr. Labayru...	226
D. Juan Donoso Cortés...	227
D. Antonio Avaris Guíjarro...	228
D. Francisco Navarro Villoslada...	229
D. Cándido Noedal...	230
D. Luis González Bravo...	232
D. Juan Vázquez de Mella...	233
D. Guillermo Estrada...	235
D. Manuel Polo y Peyrolón...	236
D. Gabino Tejado...	236

Sr. Marqués de Cerralbo...	238
D. Matías Barrio y Mier...	239
D. Luís María de Llauder...	241
D. Benigno Bolaños (Eneas)...	242
D. José M. de Pereda...	243
D. Tirso de Olazabal...	244
El Cura Santa Cruz (de Guirillero)...	245
El Cura Santa Cruz (de Misionero)...	246
A los Mártires de la Tradición...	251
Carlos V. El Rey Santo...	252
Carlos VII. El Rey Caballero...	253
Los Héroes del Bruch...	255
Carlos IV. (1808)...	256
Napoleón I. (1812)...	257
Las heroínas de Gerona...	257
Agustina de Aragón...	258
Los héroes de Madrid...	258
¡Volveré! ...	261
Carlos VII en su lecho de muerte ...	266
Don Jaime III (1875) en traje de Requeté ...	267
Insignia del principado de Asturias ...	267
Don Jaime III en traje de Capitán General español ...	268
Espada ofrecida a Don Jaime por sus leales ...	272
Casa en Lourdes donde murió Tristany ...	274
Gráficos de la Peregrinación Nacional de Lourdes (Tristany) ...	276, 277, 278, 279, 280, 281, 282, 283

Junta Magna de Biarritz ...	284
Don Jaime en Biarritz en 1919 ...	287
Grabado de Don Jaime. ...	290
Don Alfonso de Borbón (Conde de Caserta) ...	294
Don Francisco Martín Melgar (Conde de Melgar) ...	295
Excmo. Sr. D. Tomás Domínguez de Arévalo (Conde de Rodezno) ...	296
Don Alfonso de Borbón y de Austria-Este (Don Alfonso, Carlos I) ...	298
Sus Altezas Don Alfonso-Carlos y Doña María de las Nieves ...	300
Doña María de las Nieves de Braganza y de Borbón ...	301
Doña María de las Nieves en la guerra ...	302
Francisca Guarch (La heroína de Castellfort) ...	303
S. S. el Papa Pío IX ...	304
Palacio Real de Módena ...	304
EXCMO. SR. MARQUES DE VILLORES ...	305
El General Zumalacárregui y la casa donde falleció ...	306
Panteón del General Zumalacárregui en la Parroquia de Cegama ...	307
El General Don Baldomero Espartero ...	308
Nombramiento de Jefe Interino a favor de D. Salvador Soliva ...	314
Fal Conde ...	317
Excmo. Sr. D. Antonio de Brea ...	326
Generales de Artillería Carlista...	326
Excmo. Sr. D. Reynaldo de Brea...	328



HISPANO OLIVETTI